APAGA EL FUEGO, SI PUEDES

MARÍA LASO

niebla

El asesinato de un profesor de yoga en el parquin de un centro comercial y la desaparición de Carlos Abreu, uno de los empresarios más poderosos de la provincia, mantendrán durante semanas en jaque a la policía de Huelva. A la inspectora Houda Falú y a su compañero, Raúl Damacio, se lo va a poner difícil un variopinto grupo de personajes, a cual más enigmático y traicionero. Desde la mano derecha del empresario, una joven portuguesa, hasta las mafias rumanas que se pasean a sus anchas entre Sevilla y Huelva. María Laso presenta la que puede ser su mejor novela, en la que nos sumerge en un mundo en el que amistad, amor, celos, corrupción y violencia se aúnan en un thriller tan evocador y entretenido que acaba atrapando irremediablemente al lector.

María Laso

Apaga el fuego, si puedes

©María D. Laso FLores, 2019
© Imagen de la Portada: Manuel Delgado Vaz
© de esta edición Rafa Pérez. Editorial Niebla, 2019

Primera edición en Niebla: Abril de 2019

I.S.B.N: 978-84-949902-3-6
Depósito Legal: H 104-2019
BIC: F-FA

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

www.nieblaeditorial.com

Hecho e impreso en España — Made and printed in Spain

A la memoria de Francis Vaz

«Pero el fuego de la tierra ha sido creado por Dios para beneficio del hombre, para mantener en él la centella de la vida y para ayudarle en las artes útiles, mientras que el fuego del infierno es de otra calidad y ha sido creado por Dios para torturar y castigar al impenitente pecador».

Retrato del artista adolescente
JAMES JOYCE

«Por fuertes ánimos, por mengua de aver, por usar mucho mugeres, e bino et malos plazeres, por ser tortiçero e cruel, por aver muchos contrarios e pocos amigos se pierden los señoríos o la vida».

Conde Lucanor
DON JUAN MANUEL

1

Entró en el parquin del centro comercial, aparcó y se dispuso a esperar en el interior del coche con las luces encendidas, tal y como Kenya le había pedido que hiciera en un wasap. No tardó en ver al hombre que, sin duda alguna, se acercaba hacia el lugar donde había estacionado su Opel Corsa. Parecía borracho, se tambaleaba un poco. Vestía un traje de chaqueta azul marino y camisa blanca, sin corbata. No podía apreciar, por la distancia que los separaba y por la barba recortada del individuo, si sonreía o hacía alguna mueca extraña. Se estremeció, a pesar del ambiente caldeado del interior del vehículo. Había mantenido la calefacción encendida todo el trayecto, y habían sido más de dos horas de camino. Kenya tendría que darle muchas explicaciones dentro de un rato, cuando le entregara aquello que había venido a buscar. No se podían hacer las cosas así, razonó el muchacho. Kenya era la persona más bondadosa y dulce que había conocido en su vida, pero a veces lo desconcertaba.

—Necesito que me hagas un favor, que recojas un paquete en Huelva —le soltó nada más atender su llamada.

—¿En Huelva? Pero es que estoy en…

—No te lo pediría si no fuera muy importante para mí.

Guardó unos instantes de silencio antes de contestarle. No pudo negarse, se lo debía.

—Vale, ¿cuándo lo tengo que recoger y en qué lugar de Huelva? —dijo el joven en un tono desprovisto de emoción.

—Hoy, dentro de tres horas.

El muchacho iba a protestar por la premura del encargo, pero se lo pensó antes de hacerlo.

—Todavía tengo que concretar dónde, en cuanto lo sepa, te mando la ubicación por WhatsApp.

Y colgó.

«No debería haberme prestado a hacerle este favor», fue en lo último en lo que pensó antes de que se abriera la puerta del copiloto y de que aquel desconocido trajeado le rebanara el pescuezo con una rapidez pasmosa, lanzándole un tajo de derecha a izquierda en la garganta con la afilada hoja de una navaja de cazador. Apenas unos segundos bastaron para que el brillo de su mirada se empañara, para que su cerebro se quedase sin sangre y oxígeno. No pudo articular ningún grito de sorpresa, pues cayó inconsciente por la hemorragia. Se

podría decir que su muerte fue rápida y no demasiado dolorosa. El sicario recolocó en el asiento el cuerpo desmadejado, que de repente había perdido todo su vigor de hombre joven. Apagó las luces del coche; limpió la navaja con un pañuelo de tela, que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, antes de cerrar el arma letal y volver a guardársela junto con el pañuelo ensangrentado, sacó las llaves del contacto y cerró la puerta tras de sí. Con toda la naturalidad del mundo se alejó de la escena del crimen, sin apresurarse, mirando a su alrededor, percatándose de que el único aliento que había en aquel momento en la tercera planta del parquin era el suyo. Con disimulo innecesario, comprobó que no le había salpicado ni una gota de sangre. No quería que nadie pudiera fijarse en él una vez que subiera a la bulliciosa superficie, la de los comercios y restaurantes, de aquel centro comercial. Había escondido una hora antes, dentro de la cisterna de uno de los aseos para caballeros, habitáculo en el que previamente había colocado un cartel de «fuera de servicio», una bolsa con ropa, la que iba a necesitar para cambiarse una vez que hubiera realizado el trabajo encomendado.

El primero de los varios tramos de escaleras mecánicas que tomó, cuya función era la de transportar a alelados consumidores al mundo de fantasía y efímera felicidad que aquel lugar evangelizaba, no iba muy concurrido. Según subía de nivel, el bullicio de la muchedumbre aumentaba. Lo principal era llegar lo antes posible al abrigo de su bolsa de camuflaje, quitarse aquella barba postiza, las lentillas de color marrón, alborotarse el pelo y colocarse los piercing. Intentó no rozarse con nadie, labor harto difícil pues la gente se trasladaba por los pasillos en marabunta, invadiendo pasillos y galerías en un desconcertante caos, pendientes de los escaparates de las tiendas o de las pantallas de sus móviles.

Tras abrir la puerta del cartel, entró en el servicio y se apresuró a convertirse en otra persona, en alguien que se parecía más a su verdadera identidad —alto, delgado, moreno, cabello rizado, pantalón vaquero, camiseta de manga larga con estampado urbano de la marca Desigual y varios piercing en las orejas—. El traje, el pañuelo ensangrentado y la camisa blanca se quedaron en la cisterna, a la espera de que algún encargado de la limpieza los descubriera. Lo único que el asesino no abandonó en aquel lugar fue su preciada navaja. Abrió la puerta y se alejó caminando deprisa hacia la salida del centro comercial, aunque no lo bastante como para llamar la atención. En su retina aún guardaba la imagen del cuerpo flácido del joven dentro del interior del coche, con la boca y los ojos muy abiertos, bañado por completo en un mar de sangre y con la expresión paralizada en una mueca de terror, que ni el mejor amortajador de cadáveres podría borrar de su rostro.

El destino es extraño, forma círculos que van uniendo acontecimientos sin sentido aparente hasta que de pronto todo acaba encajando como en las piezas de un puzle. Todo el mundo está atrapado dentro de esos círculos y, de una manera u otra, las actuaciones de los demás nos acaban afectando, dirigiendo nuestras decisiones.

2

Tras un saludo inicial, Carlos cerró la puerta de la calle. Kenya se encaminó hacia el salón, sin esperar a que el dueño de la casa la invitara a hacerlo, hasta detenerse delante de unas enormes puertas de cristal que enmarcaban unas maravillosas vistas del mar.

—¿Por qué me has mandado llamar, Carlos? —dijo, volviéndose hacia el hombre que la observaba absorto, a no más de tres pasos de distancia.

Lo miró con cansancio, como si estuviera harta de que situaciones parecidas se vinieran repitiendo cíclicamente.

—Por Ángel —dijo tras un momento—. Quiero acabar con él, y tú me vas a ayudar a hacerlo.

No pudo evitar que un escalofrío le recorriera el cuerpo. «Otra vez con la misma historia», pensó.

—Carlos, ¿por qué no lo dejas ya? Está en Japón, por amor de Dios. ¿No es lo suficientemente lejos para ti?

—Ha vuelto. Está en la sierra, en la casa de sus padres.

Ella lo miró asombrada.

—¿Estás seguro?

—Pues claro que lo estoy —dijo irritado.

Pareció dudar unos segundos sobre si hablar o no. Al cabo, dijo, como si se dirigiera a sí misma:

—Juró que no volvería. Que se marchaba para siempre.

—Pues ya ves, se ha cansado de sol naciente, de geishas y de samuráis.

La observaba con atención, intentando descifrar los sentimientos que aquella noticia le suscitaban. Kenya no se lo puso fácil, recondujo toda emoción a lo más recóndito de su ser. No podía permitirse flaquear nunca más delante de Carlos.

—Lo mejor que puedes hacer es dejarlo en paz. Sea lo que sea en lo que estés pensando… yo no voy a colaborar. Búscate otro aliado.

La sorpresa de Carlos fue sincera.

—¿Hablas en serio?

Ella guardó silencio, intentando mantener el tipo, aunque no sabía por cuánto tiempo podría hacerlo.

—¿Estás diciéndome que no piensas ayudarme? —insistió Carlos, entre divertido y confundido—. ¿Que Ángel no es asunto tuyo?

—Déjalo ya, por favor. —Le suplicó.

—¿Por qué he de dejarlo?

Lo miró sin el menor brillo en los ojos.

—Quizá… porque han pasado muchos años, porque tal vez no fue para tanto lo que te hizo… porque…

La interrumpió alzando una mano, como solicitando una pausa que le permitiera comprender el significado exacto de los argumentos que ella estaba desgranando.

—Según tú, ¿debo perdonar su traición? —inquirió al fin.

Su expresión se tornó tensa, defensiva.

—Era tu amigo. Hizo lo que hizo porque sabía que tu idea era descabellada, que acabaría volviéndose en vuestra contra, que acabaría con vuestra amistad.

—¿Y no fue justamente eso lo que ocurrió?

—Sí, bueno, pero porque tú así lo quisiste. Te negaste a escucharlo.

—¿Estás insinuando que yo tuve la culpa?

Carlos no daba crédito a lo que estaba oyendo. Su rostro se ensombreció. ¿Cómo era posible que aquella mujer no comprendiera su ira, su frustración disfrazada de rabia, su deseo de que lo apoyara al cien por cien en aquel asunto?

—No, bueno…

—El acuerdo nos hubiera beneficiado a todos. A él, el primero. Hubiera estado bajo mi protección toda la vida.

—¿Nunca te has parado a pensar que, tal vez, no deseaba esa protección?

—¿Por qué no la iba a querer? —Su tono no era el de hacer amigos.

Kenya no se sorprendió de que Carlos le hiciera esa pregunta, estaba acostumbrado a que la gente se acercara a él buscando esa mísera protección. Se creía la clase de hombre que merecía que cualquier sujeto lo abandonara todo para seguirlo al fin del mundo.

—No todo el mundo quiere que lo protejan, que lo mantengan…

—No eres tú la más indicada para señalar eso, ¿verdad?

Se sintió juzgada, culpada, muy cansada. Le hubiera gustado correr hacia su coche, conducir hasta el hotel en el que estaba parando y encerrarse en su habitación, echarse en la cama y hundir la cabeza en la almohada; pero, sobre todo, olvidar que aquel encuentro se había producido.

—No todo el mundo es como yo.

Lo miró con largura, con extrema fijeza. Parecía considerar si valía la pena seguir diciéndole lo que no quería oír, si serviría de algo.

—No podía deshacerme de Paula por los niños, los dos lo sabíais. Mi propuesta nos beneficiaba a todos —volvió a repetir—. Nosotros tres podríamos haber sido muy felices, hacíamos un trío perfecto: él,

mi mejor amigo; tú, la mujer que ambos amábamos y que no nos importaba compartir y yo, haciendo que nuestra vida fuera perfecta, como de cuento de hadas.

«Los cuentos de hadas son invenciones para hacer soñar a niños inocentes», pensó Kenya. Se arriesgó a prolongar aquella peligrosa conversación.

—Sí, tienes razón, fue culpable de creer que algo así no podría salir bien, de pensar que acabaríamos haciéndonos daño. —Carlos fue perdiendo la compostura y empezó a mirar a la joven, mientras esta hablaba, con los ojos entrecerrados y con una clara ansiedad en el rostro—. Que él no aceptara tu propuesta, la de que él y yo nos casáramos de cara a la galería para, de esta forma, mantener cierta respetabilidad delante de los demás, aunque siguiéramos yendo a tu cama cuando tú nos solicitases… Eso no constituye un crimen tan grande como para que hayas estado tantos años obsesionado con él, para que no le hayas dejado en paz, imaginando mil y una putadas con las que amargarle la vida.

—Lo querías más a él que a mí, ¡reconócelo!

Se volvió contra ella, apenas logrando apenas contener el impulso de golpearla en la cara, de machacarle el rostro a puñetazos.

Kenya sintió un escalofrío.

—Sabes que no es cierto. Además, tras tomar aquella decisión... él no volvió a ponerme una mano encima.

—Te puso contra mí, te contaminó antes de marcharse –dijo él, como si no la hubiera escuchado. Le tembló el labio y las pupilas de sus ojos brillaron.

En ese punto, ella hizo una pausa. Cuando habló de nuevo, su voz sonó dura y certera.

—Acúsalo de lo que quieras, pero no de que intentara manipularme. El único que cambió después de que él se marchara fuiste tú, no yo. Reconócelo, sé justo.

—¿Justo, dices? —La miró con una fijeza de hielo, casi inhumana.

—Sí.

—¿No te lo he dado todo, incluso más de lo que podrías haber soñado?

—Sí, ya sabes que te estoy muy agradecida, pero esa no es la cuestión.

—Entonces… ¿cuál es?

—Que tú no has podido superar que Ángel se alejara de ti, porque es la persona que más has amado en tu vida, y que su supuesta «traición» te ha vuelto loco —le dijo en un tono fatigado, como si Kenya supiera llegado el momento justo de decirle a Carlos todo lo que había callado durante años.

La joven miró al hombre como se mira a un niño incapaz de

comprender, o a un idiota. Le hubiera gustado seguir diciéndole verdades, gritarle que estaba enfermo, que tenía algo horrible enquistado en su interior.

—¿Así que crees que estoy loco? —Abrió mucho la boca para hacer esta pregunta, como si le faltara el aire.

—Es una forma de hablar. —La joven reculó e intentó desviar los pensamientos de Carlos, fueran los que fuesen, por otros derroteros—. Me refiero a que ahí empezó tu obsesión por él. Primero, intentaste convencerlo de todas las formas posibles; después, llegaron las discusiones; más tarde, el acoso…

El hombre moduló una mueca decepcionada y negó con la cabeza. La miró con ojos atormentados.

—Lo has vuelto a hacer… ¿Así que yo lo acosé? —dijo con voz ausente, cual si no le hablara a ella.

—Acoso, intento de persuasión… Por favor, no te quedes con palabras al azar, sino con el sentido que les estoy dando. ¡Piénsalo un momento!: Ángel y tú veníais de mundos opuestos y teníais maneras diferentes de entender la vida. Tu loca fantasía no hubiera funcionado.

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad? —En sus ojos destelló un desprecio que era extensible al resto de la humanidad—. Pues no tienes ni puta idea de cuál era nuestra relación, del vínculo que manteníamos. Nos respetábamos, éramos cómplices… Hubiera ofrecido mi vida para salvar la suya.

—¿Te estás escuchando? ¿Ves como tengo razón? Si solo hubiera sido un amigo más... habrías pataleado durante un tiempo, pero ya solo sería un recuerdo borroso. Carlos, si todavía queda algún rescoldo aquí —Se dio un par de toques en el pecho—, alguna migaja del cariño que sentiste por él, debes dejarlo ir de una vez por todas.

—Jamás lo entenderás, ¡estúpida! ¡Lealtad, es cuestión de lealtad! La lealtad sagrada que se deben los amigos. Y él la traicionó.

Se ensombreció el rostro de la chica.

—No te haré cambiar de idea, ¿verdad?

Kenya había leído alguna vez algo que se le podía aplicar a Carlos: «La rabia es como una boya en la superficie del agua. Lo que crees que te enfada es solo la punta del problema. Has de seguir la cadena hasta abajo para ver a qué está enganchada, qué la mantiene en su lugar».

—Te lo voy a preguntar una vez más, pero será la última: ¿estás conmigo o con él?

Kenya fue consciente, en aquel mismo instante, de que por mucho que intentara arrojar algo de luz en la oscuridad de Carlos, no lo lograría. Porque al final la cuestión era bien simple: se puede llegar a saber cómo empieza el odio, pero no cómo puede acabar.

—Te pertenezco, ya lo sabes —dijo con voz ausente, cual si no hablara con él.

Carlos asintió y, a continuación, le dio una serie de instrucciones que esperaba que la joven realizase sin dilación. En cierto modo, aunque no se pusieran de acuerdo en cuanto a lo ocurrido en el pasado, en el porqué de la huida de Ángel, lo realmente cierto es que ambos habían sido los extremos del delgado hilo por el que el prófugo se paseó a sus anchas antes de abandonarlos a su suerte.

Kenya no pudo menos que acceder a involucrarse en el descabellado plan que aquel neurótico le describió con todo lujo de detalles.

Respiró hondo antes de meterse en el coche. Las fábricas del polo químico que se encontraban a apenas una decena de kilómetros de la casa, una de las varias que el empresario tenía repartidas por la provincia de Huelva, emitían un olor nauseabundo que impregnaba las calles de la ciudad borrando de un plumazo esa atmósfera limpia que la joven esperaba encontrar al alejarse de Carlos. Ante sus ojos el mundo se tiñó de grises, resentido y desquiciado.

¿Cómo había llegado a convertirse en la mujer que hoy era? Los años al lado de aquel hombre le habían debilitado el carácter. ¿Por qué no se enfrentaba a Carlos y asumía las consecuencias de esa decisión? Sería su sentencia de muerte. ¿Qué había llegado a ver en él? Fue inevitable no sucumbir al magnetismo de su poder, a su inteligencia. Era, y seguía siéndolo, un líder. Todos le seguían y lo admiraban. Le recordaba muchísimo a su padre, y también a Leandro, su primer amor.

Echando la vista atrás podía reconocer en Carlos los tics autoritarios y la violencia reprimida en sus gestos, en su modo de ver la vida. Pero ella, al principio, no había reconocido todo aquello, sino que se había quedado con la imagen de un hombre que se mostraba seguro de sí mismo, al que los avatares de la vida habían curtido, y que había llegado a construir un imperio económico a su alrededor.

Era imposible saber si su vida habría sido distinta si su padre y su primer amor no hubieran muerto, y si Ángel y Carlos no se hubieran cruzado en su camino.

3

Sonó el móvil. Ángel estaba inmerso en su trabajo, pero su mano acercó automáticamente el teléfono a la cara.

—Ángel —dijo en lugar de «hola».

—¡No te vas a creer a quién acabo de ver en un…!

Lo que escuchó a continuación lo hizo estremecerse. Sufrió una sensación tan intensa al escuchar su nombre, que palideció. El parloteo al otro lado de la línea se cortó solo cuando él dijo:

—Estoy acabando un encargo, te tengo que dejar. —Y, sin esperar réplica, apretó el botón de finalizar la comunicación.

Se pasó las encallecidas manos por la cara. Se masajeó las sienes. Estaba ocupado en su interior, uniendo las piezas del rompecabezas. ¿De verdad era Kenya? Carmen estaba segura de ello, incluso había bajado la ventanilla de su coche y la había saludado, saludo al que ella había respondido. Apenas un intercambio de palabras antes de que el semáforo volviera a ponerse en rojo y los claxon empezaran a protestar por la demora en encender el motor de la mujer que encabezaba la caravana de vehículos parados.

Al cabo de un momento se acercó al perchero en el que tenía colgada la chaqueta de cuero, metió la mano en uno de los bolsillos y sacó una petaca de plata de la que extrajo un cigarrillo de picadura. Se lo acercó a la boca y lo encendió con el mechero que siempre llevaba en el bolsillo trasero de los vaqueros. La llama del encendedor le iluminó las facciones duras. Inhaló sucesivas bocanadas profundas, llenándose los pulmones de todo el alquitrán y la nicotina que necesitaba para sosegar un poco el nerviosismo que le había provocado aquella llamada.

Era un hombre alto, huesudo, canoso, de boca firme y rostro anguloso. La edad, recién cumplidos los cincuenta, lo había vuelto más pausado, formal; pero en su juventud había sido todo un donjuán, un provocador y un idealista. Había cambiado de trabajo como de camisa. Los años pasados en la empresa de Carlos habían sido la ocupación más larga de su currículo. Su visión del mundo era simple en la forma y compleja en las causas: algo de egocentrismo, mucho de soñador, deseos de agradar y de ayudar al prójimo, un sentido del humor algo sarcástico, la certeza intelectual de que el mundo se abocaba a la distopía más absoluta por estar gobernado por corruptos y tiranos, visionario, fatalista, supersticioso, místico… Todo eso

componía un carácter caótico, que en un principio atraía como un imán, pero que en cuanto pasabas un tiempo a su lado, aburría un tanto. La oralidad era su mejor baza y, a la vez, su talón de Aquiles.

Había sido precisamente todo eso lo que lo había unido durante años a Carlos. El carácter de este último se podía resumir más brevemente, estaba hecho de egoísmo, ansia de poder y crueldad.

Terminó el cigarrillo a la vez que completaba una idea. Necesitaba un plan inmediato que pudiera ayudarle con el problema que sabía que se le venía encima. No era casualidad que Kenya rondase por el pueblo. Si ella estaba cerca, Carlos también lo estaría. Debían de haberse enterado de que había regresado a España.

Tenía que improvisar un plan a marchas forzadas. Pero no se le ocurría nada, estaba bloqueado. Miró el reloj: era hora de acercarse al banco y hacerse cargo de algunos asuntos antes de ocuparse de lleno del contratiempo, de un posible encuentro con Kenya o con Carlos.

Saludó con un movimiento de cabeza a uno o dos conocidos, pero sin aflojar el paso, para disuadirlos de cualquier intención de pararlo. Miró la hora en el móvil. Llegaba puntual a su cita del banco; confiaba en que no le hicieran esperar. El banquero era un hombre joven, eficiente y agradable. Atendió a su visitante con solicitud; lo hizo pasar a un despacho acristalado, anodino y funcional, con persianas venecianas de aluminio blanco.

—Siéntese, por favor.

Él también se sentó tras su mesa de despacho, abrió una carpeta negra de la que sacó unos cuantos impresos y, tras examinarlos, los volvió a guardar, dirigió su atención al ordenador y consultó varios archivos, muy concentrado. Después de aproximadamente cinco minutos, miró con fijeza a Ángel y, con la mejor de sus sonrisas, le comunicó que, al no haber presentado ningún aval, no podían concederle el crédito que había solicitado.

—Lo siento mucho. Le recomiendo que se busque a un avalista y que, cuando lo tenga, vuelva a solicitar el préstamo —y así zanjó el asunto y se despidió de él.

Ángel se levantó de la silla, abrió la puerta de aquel habitáculo asfixiante y pegó un portazo. Escuchó el tintineo de las persianas venecianas por la fuerza del impacto en el endeble acristalamiento.

Ya en el exterior, se encogió de hombros. La negativa entraba dentro de lo previsto. Miró hacia ambos lados de la calle, como si esperara que se materializase algún fantasma, indiferente a las personas de carne y hueso que caminaban por ella. El cielo se había transformado en un manto gris que se extendía amenazante sobre los tejados de las casas y Ángel tuvo la sensación de que la temperatura había descendido cinco o seis grados en los apenas veinte minutos que había permanecido en el interior de la sucursal bancaria.

4

Pasaban las once de la noche cuando Manu regresó a la casa rural en la que se alojaba. Había cenado con un picoteo de tapas *delicatessen* rústicas en el pueblo, en el restaurante familiar que le habían recomendado los compañeros de trabajo oriundos de la zona. Hacía apenas media hora que había dejado de llover, pero la humedad del ambiente le enfrió el cuerpo al bajarse del coche. «Un buen día para haber estrenado la bufanda que Kenya me regaló en el amigo invisible de este año», pensó. Estaba muy cansado y tenía sueño. Se daría una ducha caliente que le desentumeciera los músculos y se echaría a dormir antes de que se le pasara la hora del sueño y le diese por ponerse a revisar todos los documentos que les habían ido entregando a lo largo de los dos últimos días en aquel maldito curso que se le estaba haciendo interminable. Resopló amargado.

Estaba muy agradecido a Carlos por haberle dado aquella oportunidad. Al final iba a resultar que Kenya llevaba razón, y que no era tan cabrón como aparentaba ser. De pie, fuera del coche, respiró despacio para intentar no pensar en el dueño de la empresa en la que hacía unos meses había empezado a trabajar. Sin embargo, la intrusa imagen del empresario Carlos Abreu se definió con claridad en su cabeza y no pudo impedir que sentimientos negativos, de miedo y rencor, reemplazaran al de agradecimiento que había tenido apenas unos minutos antes. «Es un ser retorcido y cruel», sentenció para sí. No podía descartar que lo que le hubiera llevado a contratarlo en aquellos momentos tan difíciles por los que estaba pasando no fuera sino alguna maniobra oscura por su parte.

Se dispuso a abrir la maciza puerta de la casa, cabizbajo. Intentando ordenar sus emociones, desde el asco que sentía hacia sí mismo por haberse convertido en el perro faldero de su «jefe-amigo» hasta el ánimo de su instinto de supervivencia.

Le costaba centrarse en el presente, olvidarse del pasado. Y eso justamente era lo que siempre le habían recomendado los distintos psicólogos que habían intentado arreglar su vida.

Sabía que era imposible volver atrás y cambiarlo todo. Por mucho que lo hubiera intentado, nunca había podido dejar atrás lo ocurrido. Aquel accidente seguía torturándole. Le parecía que olvidarlo sería como dejar de respirar, como estar muerto.

El cadáver de su hermano flotando en el agua no solo no había

dejado de importunarlo en sueños, ahora también lo hacía cuando estaba con los ojos bien abiertos. Pero lo peor seguían siendo las pesadillas.

Para todo el mundo, lo sucedido había sido un accidente. Nadie había pensado que se tratara de otra cosa que no fuera el resultado de un estúpido juego de niños que había terminado de forma trágica.

Sus padres nunca habían llegado a superar esta pérdida, se convirtieron en unos muertos vivientes. Alcohol, drogas, gritos y golpes fueron recurrentes a partir de entonces.

Tenía catorce años y su hermano Ramón doce. Estaba harto de que lo siguiera a todos lados. No soportaba tenerlo siempre encima, que merodeara a su alrededor y que fuera un chivato. Por su culpa, su padre le había zurrado con el cinturón en varias ocasiones. Aquel día estaba con sus amigos en el embarcadero. Se picaban para ver quién hacía la pirueta más peligrosa en sus saltos al agua. Llegó él y lo estropeó todo.

Calentó a sus amigos en contra de su hermano y consiguió que estos empezaran a hostigarlo con insultos: nenaza, blandengue, maricón… Lo zarandearon. Lo cogieron entre los cuatro y simularon que lo tiraban al agua. Fue un juego estúpido que acabó en tragedia.

Él fue quién tropezó con la pierna de uno sus amigos, lo que le causó un gran dolor. Ambos perdieron el equilibrio y acabaron cayendo al agua, arrastrando consigo al niño. Los chicos que sujetaban por los brazos a su hermano lo soltaron para no caer ellos también a la ría.

La cabeza de Ramón rebotó en el cemento antes de sumergirse en el agua. Era epiléptico. El agua se tiñó de rojo alrededor de ellos tres. Fue terrible darle la vuelta al cuerpo y ver aquellos ojos que parecían expresar sorpresa, contemplar aquellos labios entreabiertos que no boqueaban buscando aire.

No pudieron hacer nada para salvarlo. Tardaron en arrastrarlo hasta las piedras apiladas que había a un lado del muelle. Lo izaron dejándose la vida en ello, infligiéndole más heridas y moratones a aquel cuerpo inerte con los afilados tajos de los pedruscos limados durante años por el agua de la ría. Un último intento y lo colocaron en una piedra algo más lisa que las otras. Manu acercó su oreja a la boca de su hermano, pero no pudo sentir ni un hálito de vida.

No sabía cuánto tiempo había tardado en acercarse algún adulto, lo único que recordaba con precisión que la mano encallecida de un marinero, al que todos los muchachos conocían por haberle ayudado a descargar las cajas de pescado en varias ocasiones, lo había apartado de encima de Ramón, agarrándolo por los hombros. Manu se quedó sentado un poco más allá mientras el hombre intentaba encontrar las constantes vitales del pequeño. Al cabo de unos segundos se enderezó,

negó con la cabeza y mandó a uno de los chicos a que fuera en busca de los padres del muchacho, mientras él daría aviso a la Guardia Civil.

Manu se limitó a esperar el rato más largo de su vida, catatónico y con ganas de morir, a que llegasen las preguntas, las miradas torvas y el terrible castigo. Lágrimas como puños mojaban la resbaladiza y negra piedra en la que estaba sentado. Cuando escuchó el grito de su madre que se acercaba a la carrera, que pasó por su lado sin siquiera mirarlo y que se abrazó al cuerpo de su hijo pequeño, sintió cómo una zarpa le apretaba el corazón como si nunca fuera a soltarlo. Esa zarpa era un sentimiento fácil de nombrar: culpa.

No hubo proceso después del accidente. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que había sido una gamberrada que se les había ido de las manos.

Después de aquello, todo cambió. Durante semanas fue incapaz de salir de su habitación; sus padres tampoco presionaron para que lo hiciera. En el instituto fueron bastante permisivos con su ausencia. Se limitaba a estar tumbado en la cama con la vista clavada en el techo. Habría dado cualquier cosa por estar inconsciente, por no pensar. No lo consiguió, aunque lo intentó con todas sus fuerzas. Lo torturaba la tristeza, la vergüenza, la culpa… Llegó a pensar en suicidarse, en cortarse las venas con una de las hojas de la cuchilla de afeitar de su padre o en colgarse de la lámpara de su habitación. Pero el mismo dolor por la muerte de Ramón le impidió quitarse la vida.

Se impuso el castigo de ahogarse en aquel dolor para dirimir su culpa. Meses después, descubrió que las drogas le podían ayudar a sobrellevar aquella carga y, también, que era la mejor forma de sentenciarse a muerte. Sin posibilidad de labrarse un futuro, sin poder mirar atrás, día tras día se acrecentó en él la sensación de que estaba perdiendo el juego.

Se le fue la cabeza. Al menos eso llegó a creer. Fueron años de confusión, de neblina, de microcastigos autoinfligidos. Se llegó a sentir como el suicida que decide despeñarse por un precipicio sabiendo que al fondo del mismo le esperan centenares de piedras, de cantos afilados por las inclemencias atmosféricas. En el fondo deseaba ese daño, quería imponerse la herida y el dolor como penitencia porque no soportaba ser quien era.

Se dejó llevar hacia los límites de la locura. Caminó por la vida como una sombra que se esconde de ella misma. En la corriente que lo arrastró durante todo aquel tiempo, devoró su existencia quemando todas las velas, apurando su contenido, como si llegar cuanto antes al final supusiera acabar con la tortura de estar noqueado, vacío. No fue fácil salir de aquel submundo al que se había visto abocado.

El cadáver de su hermano había ido tomando, con el transcurrir de los años, un aspecto distinto al que él recordaba. En las últimas

pesadillas que había padecido se le presentaba con la piel pálida, los labios azules y los ojos y la lengua amoratados e hinchados, como los de un pez muerto que lleva días pudriéndose en la orilla del mar. Hasta podía sentir el olor, un aroma dulzón y pegajoso, a humedad y podredumbre. Tenía la sensación de que venía en su busca, de que lo culpaba del accidente, de que cobraba consistencia en la pesadilla para poder matarlo y llevárselo con él a unas aguas mucho más oscuras y corrompidas que en las que él murió. Sabía lo que aquella aparición venía buscando: venganza.

Manu notó una corriente de aire frío acariciándole la nuca. Se dio la vuelta, preguntándose si habría alguien detrás de él, pero no vio nada. Aún así, los músculos se le tensaron, preparados para saltar sobre cualquier ser que pretendiera atacarle.

Escuchó el tono del wasap, se metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y sacó su iPhone. Lo desbloqueó con la huella del dedo y entró en la aplicación. Sonrió al leer el mensaje que le habían mandado.

Antes de resguardarse del frío y de la humedad en el interior de la casa que había alquilado durante seis noches por Airbnb, contempló la luna, que se mostraba altiva y mística, en un cielo que, poco a poco, se iba despejando de nubes e iba recortando un paisaje siniestro iluminado por una claridad lechosa.

5

—¿Desde cuándo no sabes nada de Carlos? —preguntó Kenya.

—Desde hace dos días, más o menos —le respondió la compungida mujer.

Siguieron calladas un momento. Kenya se volvió para mirar a Paula.

—No es la primera vez que desaparece sin dejar rastro durante un día o dos, un fin de semana o, incluso, más tiempo.

—Lo sé.

Paula se encogió de hombros a la vez que se sorbía los mocos. «Pero esta vez es diferente», pensó. Intentó no mirar a Kenya a los ojos; no quería que esta apreciase el odio infinito que le tenía, pero no pudo evitar que se le retorciera la boca en un rictus de desprecio.

Estaban sentadas en uno de los cómodos reservados del Café de Inma, envueltas por la tenue música ambiental del local.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Kenya, refiriéndose a los moratones que Paula tenía en el rostro.

—Es obvio, ¿no te parece? —respondió con acritud—. Pero si quieres toda la información, es el resultado de las dulces caricias de mi marido, de tu idolatrado Carlos. Ya sabes, un accidente… —siguió con ironía—. Su puño se encontró con mi cara la última vez que nos cruzamos por el pasillo de casa.

Kenya contrajo las mandíbulas.

—No podéis estar siempre así, discutiendo continuamente. Si no encontráis la forma de estar juntos en paz, deberíais separaros. Carlos no es mala persona, es solo que…

—¡Cállate, no lo defiendas! —gritó fuera de sí, haciendo que varias clientas que estaban en ese momento desayunando se volvieran a mirarlas.

—Paula, tranquilízate, no montes un espectáculo. Es lo que menos te interesa en estos momentos…

La atribulada mujer dudó un instante, perpleja. Luego movió la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—Lo sabes perfectamente. Me has llamado porque estás preocupada por Carlos. No sabes nada de él desde el miércoles. No es fin de semana, no es un puente… En fin. No hay que ser muy espabilada para intuir que algo está pasando.

—Tengo que denunciar su desaparición a la policía, ¿verdad?

Intercambiaron una mirada significativa.

—Sí. Es lo que yo haría.

—¿Y cómo explico lo de los moratones?

—Es un problema.

—Ya sé que es una mierda. La cuestión es si cuento la verdad o no.

—Sería ridículo contarles que te diste un golpe con la puerta de uno de los armarios de la cocina o que te caíste —dijo frunciendo los labios con un rictus de censura, dejando claro que esas socorridas triquiñuelas no merecían su aprobación.

—¿Entonces?

Kenya se tomó un tiempo para contestar.

—Cuenta que tienes un amante, y que ha sido ese estúpido joven imberbe el que te ha hecho eso.

—¿Estás loca? ¿Me tomas por una idiota? —espumajeó Paula—. ¡Eres una hija de puta!

No respondió a la provocación.

—Piénsalo, piensa en todo lo que puedes perder… —Hizo un gesto con las manos que abarcó toda la distancia que separaba a las dos mujeres—. Póntelo fácil, sopesa las repercusiones de esa explicación con las que te acarrearía contar que los moratones te los hizo tu marido.

—Me das miedo. ¿Quién se esconde detrás de la máscara que llevas siempre puesta?

—No digas tonterías. Sabes que velo por vuestros intereses, por los tuyos y por los de Carlos. Soy amiga de tu marido desde hace tiempo —puntualizó—. Os aprecio.

—Sí, sí… Siempre con la misma cantinela —vaciló un instante—. Pero no te creo. Ya no. —Su expresión había pasado de ser temerosa y humillada, casi servil, a despectiva. Una mujer viniéndose arriba.

Eso arrancó una sonrisa malévola en la otra. Se inclinó hacia ella, riendo.

—Pues, lo creas o no, te interesa hacerme caso. Carlos puede volver pronto y, sin duda alguna, estaría muy interesado en conocer ciertos detalles folletinescos relacionados contigo y con nuestro querido profesor de yoga o, mejor aún, tal vez desee agradecerle en persona toda la dedicación y el esfuerzo que ha invertido en tu persona para trabajar tu bienestar, tu paz interior —dijo triunfal—. Y no querrás eso, ¿verdad?

Paula torció la boca, llorosa, y poco a poco volvió a convertirse en una mujer apocada, gris. A medida que se daba cuenta de lo terrible de su situación, sus ojos pasaron del estupor al miedo.

—Miserable… —masculló.

Tras sacar del monedero un billete de diez euros y dejarlo encima de la mesa, Kenya se puso de pie. Reía entre dientes. No quiso esconder que estaba disfrutando con todo aquello. Miró a Paula a los ojos, sin pestañear. Le sorprendió que la mujer todavía tuviera ovarios para mantenerle la mirada, aunque ese último vistazo le corroboró que estaba ante una mujer derrotada. Se inclinó hacia ella, acercándose a su oreja, como si fuera a hacerle la última confidencia.

—No vuelvas a hablarme en tu puta vida como lo has hecho hace unos minutos —susurró—, porque la próxima, te borro de la faz de la tierra. Creo que a Carlos le sentaría muy bien la viudez. Y no olvides una cosa… solo eres una payasa, solo eso.

Dicho lo cual, se enderezó, se dio media vuelta y se alejó de la atribulada Paula, sin volver la vista atrás. El tiempo corría en su contra y tenía cuestiones más apremiantes de las que ocuparse.

Debía ponerse en contacto con Ángel antes de que Carlos lo encontrara. Esperaba que todavía no lo hubiera hecho. Le escamaba que el empresario llevase dos días desaparecido. Al parecer, por lo que había estado indagando, ella era la última persona conocida que lo había visto. No contestaba al móvil, ni a los wasap ni a las llamadas, aunque lo tenía encendido. Había ordenado a su secretaria que no lo molestasen bajo ninguna circunstancia hasta el lunes de la siguiente semana. ¿Dónde diablos se habría metido?

Tenía que convencer a su viejo amigo de que se enfrentara a Carlos. Y si la situación se complicaba... ¿Podría convencerlo de que la mejor solución para todos era acabar con él? Sí, sobre todo después de lo que Ángel había sufrido por lo que le había ocurrido a su compañera japonesa, Kikuê.

No había tiempo que perder: iría a aquel pueblo inhóspito donde se refugiaba su antiguo amante y no callaría hasta conseguir remover y sacar a flote toda la frustración, la rabia que Ángel había ido acumulando durante años contra su constante hostigador.

6

La inspectora Houda Falú examinaba con atención el montón de papeles y fotografías que tenía encima de la mesa. Era el dosier sobre el caso del «Degollado del Holea», como lo habían bautizado los periodistas. La hora aproximada de la muerte. La limpieza de la herida. El análisis de la sangre encontrada en el interior del vehículo, por si entre aquel despropósito que había anegado el escenario del crimen pudiera haber restos de la sangre del asesino. ¿Cuánto rato siguió vivo el joven? No demasiado. Tal vez un minuto.

En varios folios se enumeraba y analizaba lo que se había recogido del interior del coche: pañuelos usados en el hueco de la puerta del conductor; toda la documentación del finado dentro de la cartera que encontraron en el hueco de debajo del reposabrazos central; un paraguas plegable y el chaleco reflectante en el hueco de la puerta del copiloto; un par de envoltorios de caramelos de menta bañados en sangre que rescataron debajo del asiento del sujeto; un libro titulado *La tradición del yoga*, de un tal Georg Feuerstein, que trataba sobre la complejidad del yoga y su relación con la cultura hinduista. En el maletero tampoco se había encontrado nada reseñable: una esterilla Manduka, las preferidas por los maestros de yoga; una pequeña manta de color negro con algunas franjas grises; un par de toallas de un tejido ligero, de las de secado rápido, con diseños geométricos y dos bloques de yoga de corcho. Todo había sido etiquetado y guardado en un par de cajas especiales destinadas a los laboratorios.

Houda se recordó de pie, cerca del coche, observando a los agentes de la científica pasar de lo más minucioso a lo más obvio. Buscaron huellas, se llevaron la tierra de las alfombrillas, pelos... Sacudió la cabeza en un acto reflejo para borrar la macabra imagen del escenario del crimen que se le había instalado en las retinas.

El meticuloso análisis no revelaba ninguna sustancia extraña por ninguna parte, nada que pudiera encauzar la investigación hacia un ajuste de cuentas por asunto de drogas, nada que pudieran relacionar con estupefacientes.

Pasó las hojas con rapidez. Las fotografías del vehículo, un Opel Corsa de 115 CV que funcionaba con gasolina, lo mostraban en el aparcamiento del parquin del centro comercial en el que se lo habían encontrado estacionado hacía menos de cuarenta y ocho horas. Tenía una pequeña hendidura en la puerta del conductor por algún golpe

recibido, y el color verde lima metalizado de la esquina izquierda delantera saltado con restos de pintura blanca. Datos de la matrícula, el número de serie del motor, los papeles del coche encontrados en la guantera del copiloto, la ITV pasada hasta marzo del próximo año. Todo en orden, el informe no aportaba datos relevantes que dieran alguna pista de por dónde tirar.

Houda opinaba que el asesino debía de haberse citado con el chico siguiendo un plan, a una hora determinada y en aquel lugar en concreto, con la intención de ejecutarlo. No había huellas de pelea. Y el corte se había realizado en el punto exacto del cuello donde podía causar una muerte rápida.

Volvió a recordar el momento en el que llegó a la escena del crimen, cómo al acercarse al coche y ver el cadáver bañado en sangre había estado a punto de vomitar. El hedor dulzón de la sangre se le había incrustado en los orificios nasales y hasta que volvió a su casa, se pegó una larga ducha de al menos diez minutos y aspiró el vapor del agua caliente, no se lo había quitado de la cabeza.

No era una novata, tenía experiencia en materia de muerte violenta, pero seguía sintiendo la misma emoción que al inicio de su carrera ante los cadáveres. Lo único que había cambiado eran los mecanismos de protección psicológica en los que se apoyaba para poder continuar hacia adelante. Lo peor era cuando se trataba de niños. El caso del pequeño Jordi todavía la sobrecogía al recordarlo. Un vecino lo había violado, lo había destrozado a golpes y lo había enterrado en uno de los parterres de su jardín. El lugar quedaba a la vista de sus vecinos, a la vista de los padres del pequeño. Volvió a sacudir la cabeza. «El sufrimiento de los vivos es insostenible en circunstancias tan espeluznantes como esas», pensó.

A través de la documentación que habían encontrado en el vehículo, pudieron comprobar que el propietario del coche era el mismo conductor.

Houda se permitió un descanso llegado este punto. Soltó los papeles encima de la mesa, cerró los ojos y se dispuso a hacer una serie de ejercicios para desentumecer los músculos. Aquel día llevaba demasiado tiempo sentada. Se colocó en una postura correcta y, tras tres respiraciones profundas, se vació de aire por completo. Partiendo de la pelvis, contrajo el abdomen y tiró para arriba de toda la musculación del tronco.

Le encantaba su trabajo, a pesar de todo lo que este conllevaba. Estaba orgullosa de su profesión, había querido ser policía desde la adolescencia.

Disminuyó la tensión de los hombros, subiéndolos y manteniéndolos hasta las orejas, para luego relajarlos. Diez movimientos.

Había luchado por partida doble para ganarse aquel despacho. Primero por ser mujer, segundo por ser hija de inmigrantes. Sus padres eran marroquíes y habían venido a España en busca de una vida mejor que la que les podía ofrecer su pequeña aldea.

Se colocó las manos sobre los hombros y realizó movimientos circulares hacia atrás con los codos. Diez movimientos.

La joven había tenido que sacrificar, más bien replantearse, parte de sus prioridades y creencias culturales.

A continuación se concentró en las extremidades inferiores. Giró los tobillos primero hacia adentro y luego hacia fuera, varias veces con cada pie.

Lo más duro había sido enfrentarse a sus familiares. Fueron demasiadas las discusiones que acabaron en gritos y portazos, aunque nunca llegaran a la violencia física. Su padre era el hombre más tranquilo y flemático que había conocido en su vida: el único cometido en el que basaba toda su existencia parecía ser el de trabajar incansablemente para dar el mejor sustento posible a su clan. En cambio, las féminas de la familia (su madre y una de sus hermanas) eran feroces valedoras de las costumbres tradicionales árabes.

Siguió sentada, pero levantó las piernas y las estiró, alternándolas de forma simultánea en el aire. Realizó veinte movimientos.

Al final, el mismo tesón férreo y litigante característico de las mujeres de la familia, que también poseía Houda, fue lo que las predispuso a aceptar a regañadientes sus decisiones. Le constaba que ahora estaban muy orgullosas de ella e, incluso, había llegado a sus oídos que sus hermanas habían discutido con vecinas o conocidas árabes cuando estas se habían atrevido a criticarla por vestir a la occidental o por no haber formado todavía una familia.

El siguiente ejercicio consistió en elevar los talones hasta que los pies se quedaron solo apoyados sobre los dedos. Veinte más.

Superado el primer escollo, tocó camuflarse y ser una más en la fauna de jóvenes estudiantes, en el instituto y en la universidad. Como buena estratega, aprobó con buena nota. Se licenció en criminología y se presentó a las oposiciones del Cuerpo Nacional de Policía.

Su mayor temor en aquellos años iba dirigido hacia las pruebas físicas, pero consiguió superarlas. Eso sí, por un mínimo margen.

El tiempo de preparación en la Academia de Ávila había sido duro. Las mujeres eran minoría y, aunque ella tuviera la doble nacionalidad (marroquí y española, por haber nacido en Huelva), algunos de sus compañeros la tomaron con ella. A «la mora», como la llamaban en su propia cara, se le hicieron difíciles los meses que vivió en aquel recinto cerrado con cientos de normas y una férrea disciplina. Resistió por ese deseo que llevaba dentro de las entrañas de proteger vidas y de luchar contra la maldad humana, de poner su

granito de arena para que la sociedad fuera más justa.

Recordó con cierta emoción su primer día en la academia, de pie en la explanada de la entrada al centro, expectante a que mencionaran su nombre en voz alta. Las miradas de reojo que la señalaron cuando le llegó su turno y se escuchó su nombre en boca del sargento: «¡Houda Falú!».

Le asignaron una habitación, una tarjeta de identificación y el nombre de sus compañeros de camareta. Después llegaron las instrucciones que tenían que grabarse a fuego durante aquel primer día. Les ordenaron que las asimilaran con rapidez, pues eran los mandamientos sagrados que les acompañarían durante el resto de la formación.

El golpeteo dentro de su caja torácica se intensificó al atravesar por primera vez el hall principal de la puerta de entrada de la academia y leer el lema que representaba el valor del trabajo policial: «SERVICIO, DIGNIDAD, ENTREGA Y LEALTAD».

Allí había aprendido a ser disciplinada, cuidadosa y observadora. También que las críticas a su persona por parte de algunos compañeros, en vez de hundirla, la fortalecían.

Se repetía una y otra vez que aquellos nueve meses en aquel «Gran Hermano Policial» pasarían rápido. Así, consiguió afrontar de forma realista todos los problemas que se le cruzaron en la academia. No llegó a magnificar lo que le ocurrió dentro de aquel recinto ni se encerró en sí misma. Relativizó presiones y sentimientos personales. Se rodeó de unos pocos confidentes, que podía contar con los dedos de la mano, con los que compartir agobios, ilusiones y trabajo. Se apoyaron y se cuidaron entre ellos. Esas amistades mejoraron su estancia y su posición en la academia. Se hizo fuerte y consiguió lo que tanto deseaba: convertirse en policía. En la persona que va a contracorriente, que se lanza hacia el peligro cuando los demás huyen en sentido contrario.

Los años se habían sucedido y Houda había interiorizado muy hondo su condición de investigadora criminal y del sentido de la justicia. O eso creía ella. También había sacrificado por aquella vocación un par de relaciones sentimentales que podían haber llegado al matrimonio.

Se sabía atractiva; sus rasgos angulosos y exóticos gustaban a los hombres. De piel tostada, con los ojos verdes y achinados, que se dejaban enmarcar por una media melena oscura y abundante. A sus treinta y un años todavía no había sentido el deseo de construir el nido y poner huevos.

Se colocó una botella de agua entre las piernas, en la cara interna de los muslos, e hizo presión hacia adentro para evitar que se le cayera al suelo. Con este ejercicio trabajaba los aductores para

mantenerlos más firmes.

Era muy difícil encontrar un amor con el que compaginar todos los frentes que tenía abiertos. Pero sí sucumbía a discretos escarceos amorosos de vez en cuando, porque no cerraba las puertas a los sentimientos: era consciente de que estos no se pueden controlar. ¡Pero habían sido tan escasos e improductivos!

Su compañero, el veterano Raúl Damacio, la sacó de sus cavilaciones al abrir la puerta de su despacho y entrar como un vendaval en él. Ruborizándose, se quitó la botella de entre las piernas.

—¿Y los buenos modales? —le recriminó por no llamar a la puerta. Él nunca lo hacía y ella siempre se lo señalaba. No se lo tomaba a mal, porque sabía que la respetaba y la valoraba.

Había sido su máximo valedor desde que los habían emparejado como compañeros. A veces se pasaba tres pueblos en su afán por defenderla frente a otros compañeros que no opinaban lo mismo, a los que les salía la vena machista o racista en cuanto la veían entrar por la puerta de la comisaría, los que la miraban como si perteneciera a una casta inferior. Habían discutido por este motivo en más de una ocasión. Houda intentaba que su compañero entendiera que ella podía apañárselas solita, que no tenía ningún problema en mandar al cuerno a esos majaderos, que le resbalaban las miradas de desprecio y que las pullas de algunos descerebrados le rebotaban. A aquellas alturas, tenía asumido que llamaba la atención en un trabajo como el suyo. Era indudable que en Huelva, en España y en el resto de Europa, el clima se había recrudecido para los inmigrantes, incluso para los de segunda generación como Houda. Sin embargo, Raúl volvía erre que erre con lo de que eran inaceptables las formas con las que algunos la trataban (en el fondo, una minoría), y con lo de que él jamás lo iba a tolerar delante de su persona. Como se enredaban en un tira y afloja inútil, el inspector solía terminar con la cuestión negándose a seguir escuchándola, marchándose y dejándola con la palabra en la boca. Ese era el único escollo en su relación; por lo demás, trabajaba a gusto con aquel policía cuyo aspecto físico denotaba que debía estar a punto de jubilarse, aunque todavía le faltaran algunos años para ello. Houda sabía que podía confiar en él. Su cabeza era rápida y ágil, además de una magna enciclopedia en cuanto a nombres de personas y fechas importantes de Huelva que hubieran estado involucradas en algún caso antiguo. Se complementaban muy bien, eran como dos veteranos curtidos, aunque ella fuera mucho más joven que él. Había ocurrido innumerables veces que se adelantaban a los pensamientos del otro, parecía que hubieran vivido la misma guerra y que no necesitasen recurrir a las palabras para transmitirse sus reflexiones personales. Sin embargo, Houda tenía la impresión de que a Raúl lo atormentaba algo, que le ocultaba alguna parcela de su existencia. La joven

fantaseaba con que tal vez algún día su respetado compañero se sincerara con ella y le dijera cuáles eran esos fantasmas que oscurecían, un tanto y a ratos, su semblante.

—Tenemos una posible desaparición y podría estar relacionada con el caso del Holea.

Houda se puso en pie de un salto.

—¿De quién se trata? —preguntó la mujer inmediatamente, clavando la mirada en Raúl.

—De un pez gordo, del empresario Carlos Abreu Fuentes.

—¿Desde cuándo lleva sin dar señales de vida?

—Más de cuarenta y ocho horas, según ha denunciado su mujer.

—Y… ¿por qué dices que podría estar relacionado con el caso del chico degollado?

Houda no apartaba la mirada de su compañero.

—Siéntate, porque te vas a caer de culo —dijo, sonándose la nariz. No se había recuperado del todo de una fuerte gripe que no acababa de desaparecer—. La mujer tiene varios moratones en la cara, cuando le he preguntado por ellos… no ha tardado en echarse a llorar y ha contado que se los había hecho un joven con el que se veía a espaldas de su esposo. Le he preguntado el nombre, para investigarlo como posible sospechoso de la desaparición del marido, y va y me suelta que se llama Eduardo Morales Tauste.

—¡Venga ya!

—Imagínate cómo me he quedado al escuchar el nombre.

—¿Le has contado que el chico al que degollaron en el Holea es su amante?

—No. He preferido analizar sus reacciones e indagar en el tipo de relación que mantenía con los dos hombres. Si mi intuición no me falla… creo que no tiene ni puta idea de lo que le ha pasado al joven con el que se la estaba pegando al marido.

—¿Sigue en las dependencias? —preguntó Houda, que se había desplazado de detrás de la mesa en dirección a la puerta.

—Espera —dijo, cogiéndola del brazo para detenerla—. No, ha prestado declaración y la hemos dejado ir. Tiene dos niñas pequeñas e iba de camino al colegio para recogerlas—justificó.

Houda miró el reloj. Eran poco más de las dos de la tarde.

—Le damos un par de horas más y vamos a comunicarle las buenas nuevas. Mientras, pásame lo antes posible el informe de su declaración. Me gustaría leerlo antes de ir a su casa. Quiero hacerme una idea de cómo ve ella el asunto de la desaparición de su marido.

—En veinte minutos lo tienes encima de la mesa. —En la puerta del despacho se volvió para hacerle un último apunte—. Parecía asustada, no tanto por la desaparición del marido, sino porque este pudiera enterarse de que ella tuviera un amante.

—¿Crees que porque le tiene miedo? Aunque haya declarado que los moratones se los hizo el difunto…

Raúl lo pensó unos segundos antes de responder.

—Quizás, o tal vez estuviera pensando en todo lo que puede perder si esa relación llegara a transcender. Ya sabes cómo son algunas mujeres.

Houda pasó por alto esa desacertada generalización.

—¿La consideras una interesada, una mujer débil?

—Es pronto para decirlo, pero desde luego no es como tú —respondió Raúl, haciéndole un cumplido. Rehuyó la mirada de la mujer para que esta no pudiera adivinar del todo que el cumplido lo decía porque se avergonzaba de su anterior metedura de pata—. Doy por hecho que ya no trabajamos solo con la hipótesis de una desaparición, ¿verdad?

—No, lo más probable es que ambos casos estén relacionados. Si se confirman nuestras sospechas... este caso se puede convertir en el centro de atención mediática de los próximos días.

—Joder —dijo con tono preocupado el inspector.

7

Kenya contemplaba, desde la terraza de la habitación del hotel Fuerte El Rompido, la patera que cruzaba desde el pueblo hasta lo que los lugareños llamaban «la otra banda». Le extrañó que, con el temporal que se avecinaba, alguien estuviera dirigiéndose hacia aquel paraje natural protegido. No era el mejor momento para disfrutar de la hermosa y salvaje playa que esperaba al otro lado de la flecha de dunas de arena. Una gaviota surcaba las alturas antes de descender de golpe y desaparecer de su vista, como si quisiera esconderse del día anodino en el que se había transformado, según iban pasando las horas, lo que la joven creyó que sería una prometedora jornada.

Carlos reservaba durante todo el año aquella habitación con vistas al mar. Desde la terraza también se apreciaban en toda su plenitud los jardines traseros del hotel y la piscina exterior. Sin embargo, no era temporada de baños ni época para tomar el sol. El cielo estaba encapotado y no tardarían en caer las primeras gotas. Más allá de los faros y del centro comercial, el agua de la ría tenía un color verdoso por la oscuridad que, poco a poco, iba cerniéndose sobre ella. Los barcos anclados en el puerto apuntaban sus proas hacia el este.

«¡Qué pena que hoy no se pueda apreciar uno de los hermosos atardeceres de este lugar!», pensó Kenya. Como los que había podido disfrutar allí cientos de veces. Cerró los ojos para poder recrear la imagen en su mente, la del sol poniéndose por El Terrón entre una sinfonía de matices de rojos y naranjas: colores cálidos, románticos, pasionales; o colores infernales, según el ánimo de quien los contemplara.

Empezaron a encenderse las primeras luces del pueblo.

Kenya llevaba puesto un vestido de manga larga con un escote de vértigo, de color marfil, con estampado multicolor de aires punk. Ningún complemento le restaba protagonismo a la prenda e, incluso, el peinado resaltaba la elegancia del corte del vestido. Llevaba la melena engominada hacia atrás, recogida en una coleta baja. Parecía una actriz preparada para el *photocall* de una alfombra roja, alguien evanescente que no perteneciera al mundo de los mortales.

La última década la había convertido en una mujer espectacular. Los años y la experiencia le habían afilado los instintos y el físico, la habían hecho prisionera de su propia belleza. La indiferencia con la que se enfrentaba al mundo era el manto de invisibilidad tras el que se

escondía. En aquel momento su sonrisa era extraña. Nadie, al mirarla, podría saber si era una sonrisa de tristeza o de alegría.

Aquel atardecer tan ceniciento la llevó a pensar en la muerte. Ella moriría, como todos, reflexionó, pero no antes de vengar a los dos hombres a los que había amado sobre todos los demás.

El día que se enteró de sus muertes fue como si una enorme negrura se hubiera instalado dentro de ella devorando todo a su paso. Fue la emoción más dolorosa que había experimentado hasta entonces. Algo dentro de lo razonable por su juventud, pues contaba solo diecisiete años. Le pareció que aquella tragedia había creado un agujero negro que acabaría devorando su realidad, o, al menos, transformándola. Por un lado, el vacío más absoluto y, por otro, una nueva carga de responsabilidad por la que forcejear a partir de entonces.

Aún hoy, esos dolorosos recuerdos provocaban que le costase horrores meter algo de aire en sus pulmones. La garganta podía llegársele a bloquear debido a la emoción durante unos preciados segundos.

Aquel aciago día había sido la primera vez que había experimentado una crisis de ansiedad, sensación que no había dejado de acompañarla inevitablemente en algunos momentos y durante toda su vida.

Recordó que en el funeral de Elder, su padre, la atmósfera era asfixiante. Muchísima gente había querido acompañarlo en aquellos momentos: alumnos, padres, compañeros… Había sido una persona muy querida y conocida, por dedicar tantos años de su vida a la docencia. El murmullo de desconocidos había sido como oir un sonido rayante y sordo, de esos que, al prolongarse en el tiempo, acaban por volver loca a cualquier persona. No podía distinguir las palabras, tan solo aquel rumor que le saturaba la cabeza y empujaba para adentro su cráneo. De vez en cuando escuchaba algún sollozo, desde la distancia que da el tiempo no sabría decir si los producía alguno de aquellos extraños o ella. Solo el dolor era un sentimiento reconocible; el resto, ruido.

El mundo empezó a dar vueltas, como siempre que pensaba en todo aquello. Cerró los ojos y logró detenerlo.

No fue fácil crecer bajo la sombra de las circunstancias en las que se había producido la muerte de su progenitor. Su madre había tomado la mejor decisión al vender la casa familiar de Faro y poner terreno de por medio entre aquella tragedia y ellas. Kenya no hubiera sido capaz de soportar los posteriores susurros y habladurías de la gente. Probablemente todo eso se habría ido atenuando con los años, pero también podría haber durado lo suficiente como para arruinar la vida de su madre, de su hermana Assunçâo y de ella misma. Aunque

Kenya no había podido dejar de sufrir por ello, ya fuera por lo que había curioseado y recopilado en la red sobre el caso, por las investigaciones personales que había llevado a cabo durante años o por las entrevistas que había hecho a algunos amigos de su padre. Cuanto más leía, cuanto más hablaba con la gente, cuantos más datos recopilaba, más confundida se sentía. Todo ese trabajo lo llegó a realizar a espaldas de su madre, pues esta jamás había querido hablar sobre aquel drama. La muerte de Elder había acabado siendo un tema tabú en la familia. La única y última vez que mencionaron al padre había sido horas después del entierro. Kenya acababa de acostarse, su madre entró en la habitación, se sentó en la cama y le acarició y besó el pelo. Acto seguido, le hizo jurar que jamás le contaría a su hermana pequeña, a Assunçâo, cómo había muerto Elder. Esta era apenas un bebé cuando ocurrió todo. ¿Las cosas habrían sido distintas si la familia hubiera hablado del asunto abiertamente? ¿Qué sabía su madre de la doble vida de su padre? Era una tontería hacerse ahora esas preguntas, pues ellas no pertenecían a esa clase de familias en las que se puede hablar hasta de cómo sería vivir en el infierno.

Con el tiempo se había dado cuenta de que solo ella había acarreado con toda aquella maraña de culpa y dolor, con aquella parte de la herencia que le había dejado Elder, y que había sido decisión suya cargar con los pecados de este.

Había llegado el momento de descargar el fardo de sus hombros en los de otra persona. El día que murió su padre, no solo lo perdió a él, sino que también se había desvanecido Leandro, su amante. Demasiadas pérdidas para quien todavía era una niña. Sin apenas energía, apática, empezó a arrastrarse por el mundo, limitándose a existir porque no le quedaba otro remedio.

Había llegado la hora de encontrar las últimas respuestas. Y la única persona que podía dárselas estaba muy cerca de allí, cerca de aquella habitación de hotel en la que pernoctaba.

A su derecha, el fondo del cielo gris recortaba los pinos. El silencio era casi absoluto. Si se concentraba, Kenya incluso podía escuchar los latidos de su corazón. Dentro de la negrura de sus ojos se atisbaba una luz que jadeaba por el insuficiente oxígeno que entraba en sus pulmones.

La primera persona a la que iba a matar con sus propias manos, sin intermediario alguno, esperaba en una de las casas del centro del pueblo. Le ofrecería el frasquito con el veneno. Esperaría a que ella tomara la iniciativa, pero si se resistía…, si aquella mujer todavía seguía teniendo algo de apego a la vida, ella no iba a dudar en hacérselo tragar. Pero eso sería al día siguiente, porque aquella noche tenía otra cita. Una cita, que esperaba mucho más agradable y placentera, con un apuesto acompañante al que había conocido unas

horas antes en el hall del hotel, y que ya debía de estar esperándola en una de las mesas del restaurante del complejo hotelero. Un entusiasta galán que le había susurrado al oído, tras un impulsivo y breve coqueteo, que la haría subir a las estrellas. Kenya tenía la suficiente experiencia con el género masculino como para no entusiasmarse demasiado con aquella promesa. Podía conformarse con mucho menos. Esa noche solo quería sentir el calor de unos brazos rodeando su cuerpo.

8

Olía a guiso de patatas con chocos, a jazmín, a naranjas maduras, a pescado fresco, a mar. Kenya recorrió la calle principal del pueblo echando un vistazo al interior de las casas de los pescadores, pues la mayoría de ellas mantenían abiertas de par en par las puertas y las ventanas como si quisieran mostrar a los transeúntes la riqueza oculta de sus humildes moradas. Llevaba unos pantalones vaqueros de talle alto que le sentaban como un guante, un bonito blazer azul y su melena negra atada en una minicoleta. Antes de llegar a la iglesia y a la plaza de la Sirena, se detuvo ante una puerta cerrada y, antes de llamar al timbre, se cercioró, apretando el bolso, de que el botecito de cristal con su preciado líquido seguía allí.

—Tenía ganas de conocerte. —Fueron las primeras palabras que pronunció la dueña de la casa.

—Lo mismo digo.

No hizo falta ninguna clase de presentación, aun siendo la primera vez que se veían en persona. Ambas se habían estado informando, a través de terceros, de lo que habían sido sus vidas en los últimos diez años. Redes sociales, informes de detectives privados… habían conseguido que se conocieran muy bien.

—¡Adelante! —dijo, a la vez que se hacía a un lado para permitirle el paso a la visitante.

Kenya se adelantó hacia el interior de la casa marcando cada paso con la suficiencia sutil que se impone uno mismo cuando se siente observado y se está acostumbrado a la admiración de los demás. La cocina, amplia y luminosa, conectaba con el salón. La vivienda engañaba vista desde fuera. Lo que parecía una casucha más, de paredes desconchadas y sucias, encajada en un barrio humilde y alejado de los lujosos chalets que se derramaban por el pueblo, se descubría en el interior con espaciosas habitaciones, muebles de calidad, lo más novedoso en aparatos tecnológicos e impresionantes fotografías enmarcadas que no debían ser de cualquier fotógrafo *amateur*. Kenya se paró a contemplar una de aquellas fotografías, y sintió de un modo visceral que era obra de alguien con la gran sensibilidad propia de un gran artista. La imagen de una barca varada en el fango de la ría de El Rompido absorbió su atención por completo.

—¿De quién son? —preguntó.

—Mías. Durante un tiempo solo fue un *hobby* pero, después de una exposición que hice en el local del faro del pueblo…, surgieron compradores y, bueno, ahora me ayudan a pagar facturas. Pero, por favor, toma asiento —dijo, señalándole uno de los dos sillones que se encontraban a ambos lados del sofá. Ella se sentó en uno de los extremos del mismo.

El salón se comunicaba a través de una cristalera enorme con un patio interior lleno de macetas.

La mujer tenía una piel muy blanca, no parecía que se beneficiara del récord de días de sol del que tanto se vanagloriaban los onubenses que se entretenían en comparar su provincia con otros lugares de España. Llevaba las uñas cortas y cuidadas y el pelo rubio, con abundantes hebras blancas, recogido en un moño alto. En el rostro, que conservaba todavía una cercana belleza a pesar del sufrimiento que delataban decenas de profundos surcos en su frente y ojos, solo la profundidad del azul de sus pupilas delataba en sus delgadas facciones una pincelada de la mujer que debió de ser una década atrás. Estaba descalza y vestía con ropa cómoda: un pantalón de tejido ligero con estampado de cuadros y bolsillos laterales, una camiseta blanca de algodón y una chaqueta de punto de color crema con un elegante diseño frontal en cascada.

—Te he estado esperando durante muchos años. –La voz de la mujer enronqueció un punto—. Me alegra que al fin estemos la una frente a la otra.

Julie no dejó translucir que el corazón le latía en las venas como si se le fuera a desbordar la circulación. Por un momento temió llegar a desvanecerse. Respiró despacio, buscando recuperar el dominio sobre sus nervios.

—No te debe de haber costado mucho esperar en un sitio como este –dijo Kenya, pasando la mirada por la habitación.

Utilizó un tono áspero para amedrentar a la mujer, pero la joven se sorprendió de no sentir tanta rabia como creyó que iba a experimentar cuando la tuviera delante.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó la señora, con un leve atisbo de alarma en la voz. Intentó evitar enfrentarse a los ojos acusadores que la escudriñaban, así que dirigió su mirada a un exquisito mueble bar que se encontraba detrás del sillón desocupado.

—No, Julie, esta visita no es de cortesía, ya lo sabes. —Kenya continuó con el guion.

—Lo sé. Te debo una explicación pero, con un vaso en la mano…, todo puede resultar más fácil.

—No tiene por qué ser fácil, y menos cuando se es culpable de destrozar a una familia.

Julie asintió, cercada por una entereza poco creíble.

—Bruna, eres muy joven, no sé si lograrás entenderlo…

—No me llames así —dijo con la mirada endurecida—, mi nombre es Kenya.

—¿Kenya? —se hizo la sorprendida, aunque era conocedora de esta circunstancia.

—Sí, Kenya. Elegí este nombre y no otro porque significa dos mujeres en una misma mujer. Una, humana y vulnerable, y otra, independiente, audaz y poderosa. Después de la muerte de mi padre y de Leandro… cambié el de Bruna por este y adopté los apellidos de mi madre. Vendimos la casa —siguió hablando como una forma de exonerar el pasado—. Mi madre pidió traslado a Oporto. Pusimos tierra de por medio —continuó la joven, consciente de que había llegado la hora de las verdades—. Aún así, siempre me he sentido como algo estático en torno a lo que pasaban las cosas, rozándome apenas en la superficie. —Al terminar la parrafada, se sintió estúpida por haberse extendido tanto en sus explicaciones.

—¿Y cuál de las dos Kenyas ha venido hoy a mi casa? —La joven había dado a entender que el cambio de nombre lo había realizado hacía años, pero Julie sabía a ciencia cierta que lo había hecho recientemente.

La joven no necesitó reflexionar ni un segundo para responderle.

—Desde luego, no la Kenya amistosa y comprensiva. —Le atornilló los ojos con la mirada.

Julie le sostuvo la mirada a duras penas, entrecerró los ojos y balanceó con suavidad la cabeza.

—Quiero que sepas que todo este tiempo he vivido por imposición, no porque no deseara abandonar este mundo. Lo he deseado muchas veces. —Se frotó con los dedos la sien derecha—. Pero no he tenido el suficiente valor para acabar con todo.

Permaneció en silencio, observando sus queridas plantas como si contemplara los restos de los naufragios que guarda el fondo del mar.

—Supongo que me odias —soltó Julie con un hilo de voz.

—Supones bien. —Las palabras sonaron sin sentimiento.

Julie miró el reloj de pared que se encontraba detrás de la joven. El tiempo que suponía que Kenya le estaba dando para que se explicara se escapaba deprisa. Cuando volvió a dirigirse a Kenya, esta tenía los ojos encharcados y su boca dibujaba una fea mueca.

—Fue culpa mía.

—Si esperas que te diga que no lo fue…, puedes pudrirte ahí sentada, porque sí que lo fue.

La joven seguía intentando quebrar los sentimientos de Julie.

—Tienes razón —respondió pausadamente la mujer—. No vale la pena retrasar más el relato de la historia. Estás aquí porque necesitas saber lo que ocurrió hace diez años en aquella nave industrial de Faro.

¿O me equivoco? —No esperó su confirmación para continuar—. Puede que no te gusten, o que no entiendas algunas de las cosas que vas a oír, pero es la verdad. —Necesitó hacer una breve pausa para insuflarse de algo más de valor—. Antes que nada… no fui yo quién mató a tu padre.

Notó en la joven un destello de sorpresa y luego que la mirada se le ensombrecía. Solo fue un instante. Kenya enseguida recompuso el gesto, como si echara una pesada cortina sobre sus pensamientos más ocultos.

—Yo lo amaba. —Era cierto. Lo había amado con la misma intensidad con la que después llegó a odiarlo—. Lo amé —acabó concluyendo.

Hizo una pausa, dando pie a que la joven hiciera algún comentario, pero esta no se lo iba a poner fácil. Julie comprendió, resignada, que era ella la que debía mover peón. Comenzó a hablar con miedo de que sus recuerdos le fallaran en el momento en el que más los necesitaba; lo hacía sin pasión, con la conciencia del náufrago que ha estado demasiado tiempo en una isla desierta sin contacto con otros semejantes. Sabía que la joven no iba a empatizar con ella, le contara lo que le contase. Había perdido a un padre y a un amante. Ella solo era la culpable de una de las muertes: la de Leandro, el hombre que había seducido a Bruna (ahora Kenya) siendo esta una niña. En cuanto a Elder, había sido Leandro quien lo había matado cuando aquel lo atacó. ¿Los motivos de Elder para ir contra su amigo? Tres razones que lo habían cegado tanto como para anhelar que corriera la sangre: Leandro se había acostado con su hija Bruna cuando esta contaba diecisiete años de edad; lo iba a meter en un lío por el secuestro y la desaparición de Julie (en un momento de debilidad o locura, Elder le había confesado a Julie que era miembro de una banda de asesinos y, cuando se dio cuenta de que ella no le iba a seguir el juego, fue en busca de Leandro para que lo ayudara a hacerla desaparecer) y, por último, por los sentimientos que habían ido amontonándose contra el empresario a lo largo de sus años de amistad: se sentía traicionado, ninguneado y menospreciado por él.

—… El encontronazo hizo que se esparciera por el suelo la bolsa de masilla que Leandro llevaba en la mano –continuó Julie—. Leandro le golpeó la muñeca, intentando que soltara la pistola. Solo consiguió que el arma dejara de apuntarle. Tu padre le asestó un violento cabezazo, que provocó que ambos perdieran el equilibrio y cayeran. Leandro tuvo la suerte de hacerlo encima de tu padre, y aprovechó esa ventaja para golpearle en la cara. Al fin, el forcejeo se decantó hacia Leandro, que consiguió que tu padre soltara el arma. Le aferró con las dos manos la garganta y, cuando empezó a notar que el cuerpo perdía resistencia, se sacó la navaja automática que llevaba en el bolsillo del

pantalón, apretó el botón y puso la punta bajo el mentón de, en otros tiempos, su mejor amigo. —No tuvo valor para contarle cómo la sangre salió a borbotones cuando Leandro hundió la hoja con un golpe seco en la yugular de Elder—. En ese momento le disparé a Leandro. Había conseguido desatarme y, aunque seguía abotargada por las drogas que me había suministrado tu padre, salté hacia la pistola que se encontraba muy cerca de mí, la agarré con todas mis fuerzas y…, disparé.

No había más que decir. En el espacio que separaba a las dos mujeres se quedó revoloteando el velo del recuerdo.

Le había disparado en la frente a quemarropa. Las extremidades de ambos hombres habían dejado de moverse casi al unísono. Sintió tanta tristeza que apenas pudo contener las lágrimas.

—Y huiste.

Julie examinó con pena infinita aquel bello e inaccesible rostro.

—Sí. Intenté no dejar huellas que me implicaran. Después de un tiempo prudencial, abandoné Faro y volví a mi país, a Francia. —El agotamiento se apoderó de su cuerpo y de su alma, el mundo se envolvió en una neblina que ralentizó la realidad temporal de ambas mujeres.

Kenya examinó con frialdad a Julie. ¿Habría dicho la verdad? No sabía qué pensar. Siempre había creído que iba a poder interpretar lo ocurrido al ver la reacción de la mujer cuando le exigiera la verdad cara a cara. En algunos momentos, durante su confesión, había alcanzado a atisbar cómo Julie se retorcía de dolor. No podía ser tan buena actriz.

—Y un tumor cerebral te mantuvo durante meses en jaque mate.

—Siempre he pensado que los remordimientos… que la enfermedad fue un castigo divino.

La joven esbozó una sonrisa condescendiente mientras Julie se palpaba instintivamente la sien con la yema de los dedos, como si todavía estuviera allí el tumor que le habían extirpado en el cerebro.

—Sin embargo, ellos se han podrido en sus tumbas y tú sigues aquí —dijo, con el rostro encendido, queriendo continuar con el machaque; aunque podía sentir cómo se le estaban acabando las palabras que había ido acumulando durante años para martirizarla llegado el momento.

—Si he seguido viviendo, ha sido porque merecías una explicación. Tu padre me habló de Assunçâo y de ti —tragó saliva—. Os quería mucho.

—Lo sé, por eso mi lealtad está con él —puntualizó—. Con ellos.

«Aunque se marcharan dejando tantos cabos sueltos, sin darme la oportunidad de cerrar conversaciones inacabadas o pendientes», remató para sí. Quizás por eso sus ausencias quemaban tanto. Era un

fuego que no había dejado de arder, pues se alimentaba de raíces de tristeza y de ira.

—Sé que mi confesión no justifica mi crimen; este no tiene perdón divino ni humano pero te juro que todo lo que hice fue para protegerme. Estaba totalmente convencida de que tu padre me iba a matar y, después de lo que presencié…, que Leandro remataría la faena. Si Elder no se hubiera cruzado en mi camino…, si yo no hubiera cogido el libro que él se había dejado abandonado en un banco de la iglesia de Santa María de Faro… Ahora… Ya no estoy segura de nada. —Tragó saliva para poder continuar hablando—. Su recuerdo sigue escociendo como una herida abierta, su fantasma ha seguido rondándome todos estos años, como si se escondiera debajo de mi piel durante el día y por la noche abandonara su escondite para tumbarse a mi lado y contemplarme mientas duermo.

Antes de hablar, Kenya carraspeó para librarse de la súbita emoción que le atenazaba la garganta.

—Él también me habló de ti. Por eso fui a buscarte a Rocamadour cuando cumplí los dieciocho años.

—¿Él? ¿Cuál de los dos?

—Mi padre.

Siguió un breve silencio.

—Estuve en tu bloque de pisos un par de veces. La primera vez toqué el timbre y nadie acudió para abrir la puerta; la segunda vez…, una vecina me dijo que estabas en el hospital, que te habían encontrado inconsciente y que estabas muy grave.

—El tumor —señaló sin necesidad.

Habían echado la puerta abajo y la habían encontrado inconsciente, tirada en el suelo del salón. No había tardado en acudir una ambulancia que la trasladó al hospital más cercano. «Un tumor cerebral», había sido el diagnóstico que le habían comunicado a los familiares. Había muy pocas posibilidades de que sobreviviera. Tenían que intervenirla inmediatamente. La familia firmó todos los permisos y, en cuestión de horas, entró en quirófano. Antes de que la llevaran en camilla hasta allí, una enfermera le había rasurado la cabeza con una maquinilla de afeitar y la habían lavado.

La operación fue un éxito. Con el paso de los días, el estado de salud de Julie mejoró. De un día para otro recobró la consciencia, aunque durante meses se pasó la mayor parte del tiempo drogada para soportar los fuertes dolores que sufría. En los momentos de lucidez, solo deseaba cerrar los ojos y seguir durmiendo, anestesiar los recuerdos que se amontonaban en su mente sin orden alguno. Apenas podía soportar la presencia de los familiares que se turnaban para acompañarla, de las enfermeras que cuidaban de ella o de los médicos que revisaban con minuciosidad sus progresos.

—Tengo la boca seca, necesito un vaso de agua. ¿Te traigo algo de beber?

—No, gracias —rechazó con una sonrisa desquiciada.

Julie se levantó a por el vaso de agua. Volvió enseguida a ocupar su sitio en el sofá. El líquido consiguió suavizar un poco el nudo de su garganta. Se miró las manos como si estuviera examinándose las uñas.

—¿Sabes? Me ha gustado vivir en este pueblo. La soledad y la armonía del silencio de los que he disfrutado en los meses de invierno en este lugar me han hecho mucho bien. Bruna —volvió a llamarla con su nombre primigenio—, tal vez deberías quedarte un tiempo por aquí, tal vez este pueblo también te pueda ayudar a ti.

Escuchar su antiguo nombre hizo que le palpitaran las cicatrices que los acontecimientos del pasado le habían dejado en su interior. Cicatrices que dolían tanto como las que se podían hacer en la piel con un cinturón o si se sufrían quemaduras de tercer grado.

—Ya conoces la verdad. Y ahora, ¿qué? —dijo Julie, aunque creía saber la respuesta. Bruna había venido a vengar la muerte de su padre y de su amante.

—Venía con la intención de matarte, pero he cambiado de opinión —dijo Kenya.

La persona que tenía delante se le antojaba a la joven como un cascarón, por fuera seguía irradiando algo de luz, pero intuía que en su interior solo había vacío. Todo el odio que había sentido, todo el fuego y toda la rabia, le parecieron en aquel instante una pérdida de tiempo. La mujer que tenía delante no era el monstruo que había imaginado.

Julie intentó controlar la voz.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo, y se hundió más en el sofá. Sus ojos expresaron un cansancio infinito. Kenya se quedó impresionada por la convicción que descubrió en la mirada de Julie—. No tengo más palabras que ofrecerte, ni de consuelo ni para suplicar por mi vida.

Hubiera sido un descanso morir, acabar con ese dolor tan voluble que venía y desaparecía a su antojo, que en ciertos momentos era tan intenso que le cortaba la respiración. Había estado muchos años prisionera en su propia casa porque ella así lo había decidido. Había sido implacable al juzgarse y condenarse. Ni un solo día había dejado de sentirse amenazada y vigilada por las almas de Elder y Leandro. No podía desearle a nadie vivir de aquella manera. Así que, si había llegado su hora, bienvenida fuera.

Julie sintió cómo se cerraba la puerta delante de ella. Otra vez estaba sola. Sola con sus recuerdos y con aquellos dedos gélidos que le

estrangulaban el corazón.

¿Por qué no sentía nada? No había rabia acumulada ni sensación de satisfacción o desahogo. Solo cansancio. ¿Había cambiado algo? El azul del cielo era el mismo de siempre. Tal vez la marea estaba más baja. Tendría que estar desesperada, deshecha en lágrimas y llena de dolor. Sin embargo, su alma parecía estar anestesiada, replegada en algún rincón oscuro, lejano y caliente de su interior, donde la angustia no podía alcanzarla.

Kenya regresó a su hotel por la calle principal del pueblo, sin prisas, disfrutando del paseo. No quería llegar pronto. Le gustaba El Rompido. Tenía cierto encanto. El ambiente local era variopinto, mestizo: lugareños que vendían coquinas o pescado en la calle, familias de clase media o nuevos ricos que amarraban sus yates en alguno de los clubs marítimos del pueblo. La ría de aguas tranquilas, que solo se envalentonaban al paso de los barcos.

Cuando dejó atrás el ambulatorio, bordeando uno de los dos faros con los que contaba la villa, se percató de que alguien la seguía. No se volvió para comprobarlo, pero estaba segura de que el sujeto en cuestión había estado todo el tiempo detrás de ella. Al principio le pareció un turista más, pero acabó delatándolo el que mantuviera todo el tiempo la misma distancia entre ellos. Ella se había detenido varias veces en el camino: para acariciar las flores de algunas maceta que sus dueños habían sacado a la puerta de la casa, para contemplar desde lejos los faros, y había entrado en el pequeño parque que había enfrente, deambulando alrededor de la fuente sin agua que había en su epicentro. Durante el trayecto se había cruzado con otros transeúntes, incluso varios la habían rebasado, pero estaba segura de que su afinado instinto no la engañaba sobre el misterioso hombre que había despertado sus sospechas.

Saludó al encargado del control de seguridad, que vigilaba la entrada al recinto privado del hotel desde su claustrofóbica garita. El gesto que le hizo al muchacho le facilitó dirigir con disimulo la mirada hacia el costado, lo que le permitió advertir con total claridad al rezagado sujeto. Este seguía manteniéndose a unos veinte pasos de distancia. Pensó rápido. ¿Sería un policía? Treinteañero, cabello rubio, alto y robusto… Si la habían seguido a la casa de Julie, se acabó. No, seguro que no era de la pasma.

Aquello pintaba más que fuera cosa de Carlos. Aunque, pensándolo bien, también podría andar por medio Joao. La banda de sicarios, la banda a la que su padre había dedicado gran parte de su vida, había acabado por desaparecer tras la muerte de Leandro, el líder de todos ellos. Pero Joao, antiguo integrante de la misma, le

había cogido gusto a la sangre e iba por libre, poniéndose a las órdenes del mejor pagador. Él había sido quien le había contado todo sobre la asociación de justicieros, el que había intentado que sus miembros no se desbandaran tras las muertes de Elder y Leandro, aunque sin éxito.

Joao había puesto a su disposición todos sus conocimientos del arte de matar y también del arte de amar. Habían sido confidentes y amantes durante un tiempo. Le estaba agradecida, había sido el salvavidas que la mantuvo a flote en momentos angustiosos, pero la aprendiz acabó por superar al maestro. Se volvió un incordio al dejar claro que se había enamorado de ella.

En cuanto al sujeto que la seguía, Joao no era de los que enviaban a otros a hacer el trabajo. Él era de los que se presentaban a cara descubierta, y no le temblaba el pulso si decidía acribillar a alguien a balazos en mitad de la calle. ¿Tenía motivos para hacerle algo así a ella? Esa era otra historia.

Tenía que averiguar quién era aquel individuo y, si era un mandado, descubrir para quién trabajaba. Suspiró resignada mientras, con paso decidido, subía la cuesta que llevaba a la entrada del vestíbulo del hotel.

Soñó con su padre, su madre y su hermana; con los paisajes portugueses de su infancia y juventud; con los países que había visitado con Carlos y Andrés; con todo lo bueno que había tenido en la vida. No eran los sueños que solía tener, pues los más recurrentes eran más oscuros. Eran otros que la hacían despertarse bruscamente; que la hacían sentirse frustrada, sucia, sola y desarraigada. Fuera cual fuese el escenario, siempre se trataba de escenas sexuales con hombres mayores de rostros deformes, que la poseían con indiferencia, en orgías más o menos numerosas, como si no les importara a quién se estaban follando sino el hecho en sí, acentuando, con la negación de su existencia, un singular ambiente de angustia y desprecio que la hacía despertarse sudorosa, fatigada y respirando con dificultad.

Sin embargo, el nuevo despertar no fue así. Sonrió al notar la amigable caricia de los rayos de sol en su rostro, que se colaban juguetones a través del ventanal. Tuvo el presentimiento de que había ganado la primera partida.

Tocaba volver a repartir baza.

9

¿Cuántas veces lo había llamado ya? Por lo menos veinte veces en los dos últimos días, el doble de las llamadas que había realizado al móvil de su marido. Y nada. Seguía con el teléfono apagado o fuera de cobertura.

Las niñas estaban en su habitación entretenidas con sus iPads. No volverían a requerir su atención hasta la hora de la merienda. No tener nada que hacer, ningún objetivo, no era vida. Por eso había acabado seduciendo a Edu, el jovencito que había sustituido a su gurú espiritual durante los meses que este iba a necesitar para recuperarse de una embolia pulmonar. ¿Dónde se había visto que un profesor de yoga acabara con un trombo en la pierna que le provocara una embolia? Le parecía algo surrealista. Según Edu, la causa más probable podrían ser las horas que este había pasado hacinado, con escasa movilidad por la estrechez de las filas de asientos, en su último viaje a China. Los médicos se decantaban por este diagnóstico tras las numerosas pruebas que le habían hecho, variados estudios específicos que no habían arrojado resultados que pudieran indicar otras causas posibles.

Llamaron a la puerta. Paula intuyó que sería la policía. La habían llamado hacía apenas media hora para anunciarle la visita. Esperaba encontrarse en la puerta con el mismo agente que la había atendido en la comisaría. No creía que este la volviera a importunar por los moratones de la cara y del cuello. Parecía un hombre sensible, que sabía tratar a las mujeres. Sintió frío y se abrazó a su propio cuerpo.

A Paula le costó asimilar que la joven que tenía delante, de rasgos exóticos, fuera inspectora de policía.

—¿Podemos pasar? —preguntó la joven, ante la momentánea parálisis de la dueña de la casa.

Paula asintió en silencio y se hizo a un lado.

—Houda Falú. Y ya conoce a mi compañero, Raúl Damacio.

—¿Lo han encontrado? —preguntó al policía, prefería hablar con él antes que con la joven.

Si hubieran sabido algo, se lo habrían dicho en el acto, pero la hacía sentirse algo más tranquila el mero hecho de preguntar. Fue la agente quien le contestó con voz serena.

—No, ya le hemos dicho por teléfono que teníamos que hacerle más preguntas sobre los últimos movimientos de su marido y sobre su

entorno social. Es necesario que abordemos con usted todo eso.

Había sonado demasiado oficial, pero hasta que no sacaran a aquella mujer de la lista de posibles implicados en el caso…

—Sí, perdonen, es que estoy muy nerviosa. Pasen a la cocina, por favor, les prepararé un café.

Empezó a preparar la cafetera de espaldas a los policías, pero sentía en todo momento su presencia. Algo le decía que no habían venido solo a hacerle unas cuantas preguntas rutinarias. Como movida por un resorte automático, puso encima de la enorme mesa de cocina de madera maciza los platos, las tazas, las cucharillas, el azucarero y la lechera. Destacaban en aquellos movimientos mecánicos sus uñas rojas, perfectamente recortadas y limadas.

—¿Qué mas quieren saber? —dijo Paula, vertiendo el café en las tazas.

—Siéntese, por favor. —Houda le señaló uno de los taburetes a la mujer, aunque ella y Raúl todavía estaban de pie. A la inspectora le gustaba mantenerse a una distancia suficiente de los entrevistados para poder analizar sus reacciones—. Antes que nada, tenemos que informarle de un suceso que puede estar relacionado con la desaparición de su marido. —Le dedicó una mirada seria, cargada de intensidad.

Paula se sentó.

—Esta mañana, en la comisaría, usted le contó al agente Raúl Damacio que mantiene una relación sentimental secreta con un tal Eduardo Morales, ¿cierto?

—Sí, ¿pero qué tiene eso que ver con la desaparición de mi marido? —Se quedó horrorizada al comprobar lo débil que le sonaba la voz.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Eduardo Morales Tauste? —Preguntó la agente mientras tecleaba a una velocidad endiablada en un iPad que había sacado de una cartera de cuero y que había colocado sobre la encimera de mármol.

La confusión nubló su mente. Intentó pensar con lógica. ¿A cuento de qué venían a preguntar por Edu? Se arrepentía de haberle hecho caso a Kenya y de haber dicho que había sido él el que la había marcado. Ahora pensarían que Edu estaba involucrado en la desaparición de Carlos. ¿Y si decía la verdad? Que su marido era un maltratador y que en la comisaría había mentido porque tenía miedo de lo que le pudiera hacer Carlos cuando volviera a casa. ¿Por qué la iban a creer entonces, cuando ya les había mentido una vez? Quedaría como una estúpida. No sabía qué decirles. No saldría nada bueno de todo aquello. Optó por ser lo más sincera posible en lo referente a sus encuentros con Edu. Respiró hondo antes de contestar.

—El domingo. Mi marido no suele parar por casa los fines de

semana, dejé a mis hijas con su niñera y yo…, quedé con Eduardo en su apartamento de Sevilla. Apenas estuve allí un par de horas. Tenía que volver pronto para ocuparme de la cena de las niñas y para prepararles las mochilas y la ropa que iban a utilizar al día siguiente para ir al colegio.

—De eso hace cinco días —calculó el agente. Era la primera vez que intervenía, pues habían pactado, de camino hacia allí, que en esta entrevista dejaría a Houda llevar la voz cantante.

—¿Y desde entonces han tenido algún tipo de contacto…, ya sea a través de llamadas, wasap…? —continuó la agente con el interrogatorio.

Paula se aclaró la garganta.

—Puede que algún wasap esa noche, alguno más al día siguiente. Si ayuda en algo… puedo mirar el móvil —dirigió la mirada hacia la puerta de la cocina, como esperando una señal de los policías para ir al salón a coger el teléfono—. Pero sigo sin comprender por qué me hacen tantas preguntas sobre Eduardo.

—Señora, es importante que conteste a nuestras preguntas, confíe en nosotros. Estamos aquí para ayudar a encontrar a su marido. Cualquier información que nos suministre puede ser relevante, aunque a usted no se lo parezca.

La voz suave de la joven no la convenció del todo, pero se resignó a que siguieran, a su entender, por aquellos desacertados derroteros.

—¿El señor Eduardo Morales solía maltratarla asiduamente?

—No, no, el domingo fue la única vez que lo hizo. —Sufrió un pellizco en el estómago al oírse acusando de algo tan horrible a aquel pobre infeliz. Debía contactar con él antes de que lo hiciera la policía. Le suplicaría que corroborara su declaración, por muy humillante que esta fuera para los dos. Sabía que Edu la protegería, que mentiría por ella. La amaba tanto como ella a él—. Es un crío. Es un chico muy cariñoso. Me porté muy mal con él, lo provoqué. Yo empecé la pelea. —Un largo silencio hizo creer a la inspectora que la mujer esperaba a que dijese algo, pero finalmente continuó—. Lo insulté y le pegué porque él quería acabar con la relación. Le tenía miedo a mi marido, a lo que este nos podía hacer si descubría lo nuestro. Le llamé cobarde. Me dio un ataque de ira. Le escupí en la cara. Rompí platos y vasos. Algunas de esas piezas se rompieron tras impactar contra su cuerpo. Él se defendió de mí.

—¿Está diciendo que él la golpeó en defensa propia?

—Sí, eso mismo.

La mujer empezó a angustiarse. Sus cuidadas manos se movían nerviosas sobre la encimera, entrelazaba los dedos y los apretaba. Los nudillos se le ponían un poco más blancos.

—¿Piensa denunciarlo por la agresión?

—¿No ha escuchado lo que le he dicho? Fui yo la que empezó todo aquello. Su aspecto debe ser peor que el mío.

«Le pediré que se haga unos cuantos arañazos en la cara y que se dé algunos golpes con los muebles», pensó. Estaba a punto de derrumbarse.

—Señora, antes de continuar, tenemos que darle una mala noticia.

La inspectora no había llegado a sentarse, había permanecido de pie todo el rato. Tampoco había tocado la taza de café. Este ya debía de estar frío. Dio la vuelta a la elegante isla que presidia la cocina y se acercó a la mujer. Quería estar lo más cerca posible de ella. Podría necesitar ayuda tras la noticia que iba a recibir.

—¿Ha oído hablar del chico que han asesinado en el parquin del Centro Comercial Holea?

Claro que había oído hablar del degollado del Holea, aquel día no se había hablado de otra cosa en los corrillos de madres que se formaban a la hora de la salida en el colegio de los niños. Asintió con la cabeza.

—Siento comunicarle que hemos identificado al joven y que es la persona con la que usted ha estado manteniendo una relación sentimental, el señor Eduardo Morales. —Intentó darle la noticia con la voz más dulce que fue capaz de sacar de sus cuerdas vocales.

Unas manos gélidas le estrujaron el corazón a medida que empezó a tomar consciencia de lo que significaban las palabras que acababa de pronunciar la inspectora. Una imagen horripilante se le empezó a dibujar en la mente. Se puso pálida como la cera. Intentó levantarse y se tambaleó. La agente impidió que cayera, sujetándola por los hombros, y esas manos fueron lo único que frenó un poco su resquebrajamiento, el que se rompiera en pedazos. Sin dejar de agarrarla, la ayudó a volver a sentarse en el taburete para que aquel cuerpo laxo no resbalara hacia el suelo. Apoyó la cabeza en la mesa. Sintió la frialdad del mármol en la cara.

Los inspectores, una vez más, pudieron examinar el horror del crimen centrados en el impacto que este produce en los allegados de la víctima.

En ese mismo instante, las hijas de Paula entraron en tromba en la cocina exigiendo la merienda. Se frenaron en seco al ver a dos extraños con su madre, y a esta temblando y llorando quedamente. Se asustaron mucho al no entender qué estaba pasando, se abrazaron y se pusieron a llorar desconsoladas.

Houda hizo un gesto a Raúl, que estaba sobrepasado por los gritos y las lágrimas de las pequeñas, para que fuera a sustituirla y sujetara a Paula. Así ella podría intentar calmar a las niñas, que cada vez gritaban más alto. No fue buena idea: al primer atisbo de que la desconocida que había hecho llorar a su madre se acercaba a ellas, las

niñas huyeron aterrorizadas a una de sus habitaciones y se atrincheraron en ella.

Los inspectores se quedaron un rato más intentando tranquilizar a la mujer. Les pareció que no fingía, que aquel dolor no podía ser el resultado de una interpretación planificada. No, si la madre no había llegado ni a percatarse de la presencia de sus hijas; no si, al aparecer estas en escena, no se había secado las lágrimas y corrido tras ellas a consolarlas. Aunque en una investigación no se podía descartar a nadie a la ligera.

—Paula —Houda la tuteó por primera vez—, tienes que serenarte. Tus hijas te han visto así y han sufrido un shock. Están en una de las habitaciones de la casa aterradas y angustiadas por ti. Tienes que calmarte e ir a tranquilizarlas.

Paula no pudo responder más que con un gesto. Miró a Houda y asintió con la cabeza. Se enjugó las lágrimas con la manga de la blusa de seda que llevaba puesta, dejando marcas negras de rímel en ella.

—¡Encuentren al hijo de puta que le ha hecho eso a Edu, encuentren a Carlos! —dijo con un hilo de voz, mientras arrastraba los pies fuera de la cocina e iba al encuentro de sus hijas.

Houda le respondió con un gesto. Había demasiadas cosas que no cuadraban, reconoció la inspectora para sí. Para empezar, ni siquiera estaba segura de que la pelea de la que había hablado la mujer hubiera transcurrido tal y como esta les había contado. Las últimas palabras de Paula la habían dejado descolocada: «Encuentren al hijo de puta que le ha hecho eso a Edu, encuentren a Carlos». ¿Había insinuado que su marido era el asesino del profesor de yoga, o solo había querido decir que encontraran al asesino y también al empresario? ¿Les había ocultado información? Sin lugar a dudas, había algo más que lo que les había contado. ¿Quién le había pegado en realidad, el finado o el marido?

En todo caso, Houda se planteó que lo que les había dicho suponía una línea de investigación bastante interesante, segura. Su cabeza ya andaba anotando que tenían que comprobar si el desaparecido tenía seguro de vida, si el matrimonio tenía algún contrato prematrimonial. Debían rebuscar en la vida de Paula: necesitaban una lista de amigos a los que interrogar, otra de compañeros de trabajo, comprobar si alguien de su círculo más cercano podría señalar a algún enemigo declarado, encontrar el vehículo del empresario… Paula había dejado caer en su primera declaración que a veces su marido bebía sin mesura. No se podía descartar que hubiera sufrido un accidente por ir borracho perdido y que estuviera desangrado, atrapado e, incluso, finado entre los hierros de su coche, en el fondo de un barranco. Ni tampoco se podía descartar que este no fuera el asesino del amante de su esposa, y que su desaparición fuera consecuencia de ese crimen al

estar huyendo de la justicia.

Se pondrían manos a la obra. Con suerte, encontrarían pronto algo que arrojara algún rayo de luz sobre todo aquello.

Antes de dejar a la mujer a solas con su dolor, el inspector Damacio le pidió que no hiciera pública la desaparición de su marido hasta que ellos no se lo indicasen.

10

Pasó las horas del viaje ensimismada, sin poner la radio y con la vista fija en la sucesión de curvas de la carretera; sin contemplar el paisaje que la rodeaba, que iba haciéndose más verde y salvaje según se adentraba en la sierra.

Al pasar por una de las pequeñas aldeas de casas blancas y de señoras que conversan despreocupadamente en bata y pantuflas con vecinas escandalosas en las puertas de sus hogares, se quedó mirando la trifulca que estaban montando dos perros callejeros. Se atacaban con saña. Aquella escena le recordó la última pelea que habían tenido Carlos y Ángel años atrás.

Después de una discusión terrible, en la que ambos se habían echado en cara toda la mierda que tenían acumulada en su interior, Carlos le había dado un puñetazo en la boca a Ángel, que se había tambaleado sin llegar a caerse. Este podría haberle respondido, pero se había limitado a mirarlo con odio, lo que había exasperado aún más al empresario. Carlos volvió a arrojarse sobre el cuerpo de su amigo y volvió a golpearle, esta vez en el mentón. Ángel, por aquel entonces, lucía el pelo un poco más largo de lo normal y Carlos había aprovechado ese hecho para agarrar un buen mechón y tirar de él hacia su rodilla, golpeándolo por tercera vez en el rostro. Ángel se había revuelto y había logrado soltarse: ya había aguantado lo suficiente. Decidido a no dejarse vapulear más, había actuado con premura antes de que el empresario volviera a atacarlo. Había sacado una navaja afilada de uno de sus bolsillos, e interpuesto esta entre él y su amigo. A Carlos le tembló la nuez. Le había desconcertado que Ángel hubiera decidido defenderse.

—Si vuelves a tocarme, te degüello —le había dicho Ángel.

—Eres chusma, siempre lo has sido. ¿Por qué llevas una navaja? ¿No sabes pelear como los hombres, con los puños? Necesitas esa mierda para sentirte un machito.

Ángel había sentido un cosquilleo primitivo, que le había empujado a acabar de un simple tajo con la amenaza que se cernía sobre él. Se había abalanzado sobre Carlos y había acabado presionando la afilada hoja contra su cuello. Kenya, como espectadora privilegiada de aquella escena, había intuido desesperación en la mirada febril del hombre, pero este al final había aflojado poco a poco la presión de la navaja sobre el cuello enrojecido de Carlos. Entonces,

el empresario se masajeó el cuello, soltó una carcajada y exclamó:

—¡Nenaza, no eres más que un puto maricón!

Sus ojos se habían achicado como los de los felinos que siguen a su presa en la espesura, esperando un nuevo momento, volviendo a calibrar las fuerzas, husmeando el miedo de la presa.

—Si yo soy un maricón…, ¿tú que eres? Déjalo ya, me voy y no puedes impedírmelo —había dicho Ángel en un tono más conciliador —. ¿No ves todo el daño que nos estamos haciendo? Quiero empezar de nuevo en otra parte.

—¡No, tú te irás cuando yo lo diga! ¡Me perteneces! —Se abalanzó hacia delante con un grito desesperado.

Había empezado a repartir golpes de inmediato, algunos de los cuales alcanzaron a Ángel en el vientre y en la cara. Ángel había tirado la navaja lo más lejos posible, para no caer en la tentación de usarla, y había empezado a pelear con ahínco. Fue un choque de titanes, que no pararon de buscarse encontronazos y de destrozarse hasta que las salpicaduras de sangre dibujaron estelas carmesíes por doquier y les abandonaron las fuerzas.

Vio el cartel de un supermercado a las afueras del pueblo y paró. Entró a comprar un presente para llevárselo a Manu. No quería presentarse con las manos vacías. Siempre era mejor conversar con un vaso de por medio; pensó que eso mismo le había dicho Julie cuando fue a ajustar cuentas con ella. Kenya se alegraba de haber rechazado aquel ofrecimiento de buena voluntad.

En cambió, Joao solía decir que al enemigo, ni agua.

Manu era inofensivo, o por lo menos lo había sido hasta ese momento.

Era un día hermoso. Se agradecía un breve descanso después del viento y de la lluvia de las dos horribles jornadas anteriores. Ella odiaba la lluvia, la deprimía. Debía de ser porque en el Algarve la mayoría de los días se sucedían luminosos y cálidos.

Una anciana le hizo pegar un bote, al no darse cuenta de que esta pasaba una escoba de cuerda por la acera de su casa.

—¡Perdone!

—¡Ten cuidado por dónde pisas!, la calle está llena de mierdas de perro.

El supermercado no merecía tal nombre, pues bajo el toldo mugriento y deshilachado había cajas apiladas de cualquier manera. Kenya observó, con gesto desvaído, la sordidez del local: la entrada y las paredes rugosas y con manchas, suciedad en el suelo de terrazo, estanterías repletas de productos que no parecían seguir ninguna lógica concreta. Apenas un par de clientes en el interior, que acabaron de hacer sus compras y pagaron antes de que la chica pudiera ubicarse y cogiera una cajita de sobres de té y una selección de pastas de

mantequilla que encontró olvidada en lo más alto de una estantería. No le convenció que la fecha de caducidad hubiera cumplido un par de semanas atrás, esperaba que no estuvieran demasiado rancias.

La cajera la observó con descaro, con ojos vidriosos de indolencia. Era una mujer gruesa, bajita, con grandes pechos que casi descansaban encima de la cinta transportadora de alimentos. Le dijo el precio de la compra acentuando las arrugas de la frente, echándose uno de los grasientos mechones de su cabello tras la oreja. Ni siquiera le ofreció una bolsa para transportar lo que la joven había comprado. Kenya le dio un billete de cincuenta euros, que la otra miró desconfiada y observó durante un largo minuto al trasluz, volteándolo entre sus dedos.

Kenya se pasó la mano por la cara y estuvo a punto de arrebatarle el billete y de tirarle a aquel adefesio la bandeja de té a la cabeza.

—Saldrá todo bien —dijo en un murmullo, para tranquilizarse.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó la cajera con un interrogante en los ojos.

—Nada, nada, pensaba en voz alta.

Cogió el ticket de compra y el cambio y salió de aquel cuchitril.

Kenya respiró profundamente aliviada, como si al verbalizar sus miedos se hubiera descargado de una terrible incertidumbre.

La tarde había acabado siendo templada, de nubes y sol.

No esperaba tener aquella visita tan pronto. Cogió de la bandeja el pequeño vaso de caña plateado, con filigranas de color verde, y bebió un sorbo de té con yerbabuena que le quemó los labios. Volvió a depositarlo sobre la bandeja.

Estaban en el pequeño y acogedor saloncito de la casa rural en la que se alojaba Manu. Kenya había traído la cajita de bolsas de té y las pastas ecológicas que el joven había colocado en un plato; la tetera metálica marroquí y los vasos formaban parte del menaje de cocina de la casa.

—Todavía no me creo que estés aquí —dijo Manu, sonriendo.

Kenya miró hacia la barra americana que separaba la cocina del salón, y descubrió las pequeñas macetas aromáticas que decoraban un rincón de aquella coqueta cocina. «Los dueños de la casa tienen muy buen gusto», pensó.

Lo que había venido a decirle a Manu no le iba a resultar nada fácil.

—Me invitaste a venir, ¿recuerdas? —bromeó la chica.

Antes de que esta llegara, el hombre se había cambiado el traje que había llevado durante toda la mañana por algo más informal; ahora vestía vaqueros desgastados y camiseta negra de manga larga.

—Pero no pensé que aceptarías —señaló—. ¿Carlos sabe que estás aquí?

Manu guardó silencio, seguramente con la esperanza de advertir en ella alguna reacción, pero Kenya se limitó a cruzar las piernas. Él siguió el movimiento con la mirada y después la subió hacia sus pechos.

—No, ¿por qué habría de saberlo?

Manu toqueteó su vaso de té, pasando los pulgares por las ondulaciones de la superficie, pero no se lo llevó a los labios. Todavía sentía la lengua dolorida por el primer sorbo que había dado. Se puso a juguetear con la cucharilla del azucarero.

—Ayer lo esperábamos en el curso, pero no apareció —añadió—. Hoy tampoco se ha dejado ver.

—Estuve hablando con Paula. Ella tampoco sabe nada de él desde hace unos días, dijo que iba a dar aviso a la policía.

—¿En serio?

El estupor de Manu era sincero. Miró a Kenya como esperando una aclaración inmediata.

—Ya te digo. —Encogió los hombros e hizo un gesto con las manos—. Nadie sabe en qué asuntos anda, ni dónde se ha metido.

A Manu no le pareció que la joven estuviera demasiado afectada.

—Pero…, es raro, ¿no?

Kenya parecía divertida por el desconcierto del hombre.

—Ya conoces a Carlos… Es imprevisible.

Asintió el otro, inseguro. Le costaba un poco creer que la joven no supiera nada del paradero del jefe.

—Lo importante es que estás aquí —dijo, acariciándole la mejilla. En aquellos momentos, con Kenya tan cerca de él, a Manu no le importaba lo más mínimo lo que estuviera pasando con Carlos—. Tengo alquilada la casa hasta el domingo.

—No te emociones, solo me quedo un rato —apostilló con aire neutro.

—¿Has hecho un montón de kilómetros solo para quedarte un rato?— Manu volvió a manosear, nervioso y con cierto grado de frustración, la cucharilla.

—No, he venido a visitar a un amigo que vive cerca de aquí. A un amigo al que hace mucho tiempo que no veo. Y, de paso, me he desviado para saludarte.

—¿Qué tipo de amistad mantienes con ese «amigo»? —quiso saber Manu.

—¿En serio me preguntas eso? —le recriminó fríamente Kenya.

—Perdona, no tengo derecho…, ya sabes que soy un idiota.

La joven hizo una mueca de resignación.

—Si quieres que Carlos te siga protegiendo, apoyando, tienes que

dejar esas tonterías fuera de nuestra relación. Temo que tus celos lo puedan estropear todo.

«Es obvio que no te importaría nada que eso ocurriera», pensó Manu, a la vez que notaba cierto regusto biliar en la garganta.

—Ya eres mayorcito para entender de qué va todo esto. —Kenya miró al hombre como lo haría un vendedor de helados agotado por una dura jornada laboral al último e insufrible niño del día que espera anhelante su cucurucho.

Manu entreabrió la boca para decir algo, pero pareció pensarlo mejor. Fue ella quien continuó hablando.

—No sabemos dónde está Carlos, pero todo tiene que seguir igual cuando aparezca.

—¿Y si no aparece?

—Aparecerá —dijo con voz apagada—. Pero si no lo hiciera…, tú y yo no nos volveríamos a ver jamás.

Kenya lo miró resoluta. Manu se estremeció. Entre ellos se interpuso una barrera de hielo.

—Pero, ¿por qué?

—Mira, Manu, estoy cansada. Carlos es el eslabón que nos une, si le hubiera pasado algo… —El hombre movió la cabeza con exagerado aire de lamentar todo aquello, pero Kenya siguió hablando—. Yo me volvería con mi familia, a Portugal. Porque aquí ya no habría nada que me retuviera.

Manu se sintió fatal. Se puso más pálido que de costumbre. Parecía enfermo.

—¿Y qué voy a hacer yo? —le preguntó, mirándola a los ojos.

—Eso es asunto tuyo —acompañó sus palabras con el esbozo de una leve sonrisa, en la que se le pudieron entrever las puntas blancas de sus dientes antes de desaparecer otra vez tras los labios pintados de rojo.

Kenya se recostó en el asiento, se quitó una mota imaginaria del pantalón y dirigió un vistazo sereno hacia la ventana, hacia el bucólico paisaje del exterior. Entornó los párpados para descansar un poco, había llegado la hora de iniciar la despedida y de enfrentarse con alguien que sí era importante para ella.

—Ya veo lo que he significado para ti.

Agarró la cucharilla y la arrojó contra la pared de enfrente. Había chispas de rabia en sus ojos. Parecía que se había enfadado de verdad.

—Carlos no elige muy bien últimamente. Por eso se acaba aburriendo tan pronto de todo y acaba cambiando de amigo, de acompañante, como de camisa.

Manu se mostró desconcertado, desubicado.

—Se cansa de todos menos de ti —señaló con rabia—, ¿no?

—Ojalá se hubiera cansado de mí. No puedes imaginarte la de

veces que he deseado que eso hubiera ocurrido —dijo con calma y tristeza—. No me guardes rencor —pidió, al fin—. Igual que tú, yo soy un peón más en la partida de ajedrez que Carlos le echa a la vida.

—La reina del tablero.

—No, la reina no —añadió sin pensárselo mucho—. Un alfil en todo caso. Paula siempre será su reina oficial.

Manu, más calmado, cogió el vaso de té de la bandeja que estaba sobre la mesa. El té se había enfriado. También sabía amargo.

—¿Qué pasaría si le contara a Carlos lo que de verdad sientes por él?

—¿A cuál de los dos creería? Yo lo tengo muy claro.

—No las tienes todas contigo —la amenazó.

Kenya se levantó del sofá y cogió el bolso. Lo había dejado encima de la barra americana al entrar en la casa. Al pasar junto a Manu, le alborotó el pelo e, incluso, se agachó para darle un beso en la frente. El joven la agarró de la cintura y la obligó a que se sentara en su regazo. Kenya le sonrió a pesar de que le costó un tremendo esfuerzo hacerlo.

Paradójicamente, la sinceridad de la mujer le iba a permitir a Manu, a partir de aquel momento, reconsiderar su situación con serena distancia. A saber, su trabajo en la empresa de Carlos y la relación que mantenía con este y con la joven. Si ella era capaz de sobrellevar en secreto la farsa de la relación que mantenían, él también lo haría. Sin embargo, a partir de aquel día nada lo iba a estimular tanto como lo de intentar hacerla cambiar de opinión. Y así, con esa renacida seguridad, acercó su reseca boca a la de la joven y la besó. El beso no fue muy intenso ni placentero, pero le bastaba por ahora.

Kenya se soltó del abrazo y, sin dirigir un último vistazo hacia atrás, se encaminó hacia la puerta, la abrió y salió hacia un nuevo atardecer.

La vida había sido como una montaña rusa durante años. Kenya había propiciado que esto fuera así por su necesidad de sentir que estaba en continuo movimiento, que se desplazaba a una velocidad endemoniada por encima de las nubes, lejos de un suelo al que aferrarse. Mejor ese vértigo constante que una base estable en la que apoyarse, que acabara destruyéndose y dejándola tirada en el camino.

En sus primeros diecisiete años de vida se había creído invencible, en gran medida, gracias a su padre. Elder la había sobreprotegido y la había mimado demasiado, ahora lo veía claro. Ese paternalismo extremo debió ir forjándose en el carácter de su progenitor tras quedarse huérfano a una edad muy temprana. Así pues, intentó darles

a sus hijas toda la atención y los cuidados que él no había recibido de sus padres, ni tampoco de la tía que se había hecho cargo de su custodia legal siendo él todavía un niño.

No podía decir lo mismo de su madre. Sintió un nudo en el estómago al pensar en ella. Por conexión, pensó en su hermana Assuçâo. Se resquebrajó un poco la dura coraza con la que cubría su corazón. Las lágrimas le ardieron en los ojos y se obligó a dejar de pensar en ellas.

¿Cómo hubiera sido su vida si hubiese tenido una base estable en la que apoyarse después de la tragedia que vivió a una edad tan temprana? «Soy una estúpida por hacerme una y otra vez este tipo de preguntas», pensó Kenya.

Podía consolarse creyendo que todo lo que sucede en esta vida tiene un propósito, pero no era tan ingenua. Cuando dormía, en sus sueños breves, inquietos, se le aparecían los muertos, sus muertos. Los veía ante sí suplicantes, juzgadores, hostigadores. Algunos días, al despertarse, se pellizcaba los brazos para asegurarse de que estaba despierta, pero la impotencia no la abandonaba nunca. Creyó que huyendo de Portugal, quedándose con Carlos cuando este se cruzó en su camino, podría librarse de la angustia, del dolor, pero se había equivocado. Se volvió a fustigar por su tremenda estupidez. Había acabado hundiéndose más en la oscuridad. Kenya notaba dentro de ella demasiadas cosas susceptibles de estallar en cualquier momento.

11

Julie arrancó un manojo de tréboles y los metió en la bolsa de plástico donde iba echando los hierbajos que sacaba del pequeño arriate sembrado de flores que tenía en un lateral del patio de su casa. El tiempo que le dedicaba a su pequeño paraíso era el mejor bálsamo para sosegar su corazón. El cuidado de las flores y la fotografía, que había pasado de ser un hobby a su sustento actual, la habían mantenido cuerda los últimos años. Comprar macetas bonitas en algún mercadillo, ir al vivero a por semillas o a por flores, sembrarlas y ver cómo crecían y florecían, le proporcionaba unas migajas de felicidad.

La visita de Bruna, ahora Kenya (aunque ella jamás se acostumbraría a llamarla así), le había aligerado un poco el gran peso que portaba a sus espaldas. Quería creer que el encuentro les había hecho bien a las dos, aunque había sido duro enfrentarse a la mirada de la chica, una mirada tan quebrada como la suya.

Acercó su cara a un ramillete de flores del jazmín y aspiró su aroma. Olían mejor que todas las velas perfumadas o inciensos del mundo. Esta fragancia la envolvió y calmó su espíritu. Casi logró serenarla, pero los pensamientos seguían en su cabeza como el molesto zumbido de un moscardón que la estuviera rondando.

Le había gustado aquella chica, le había parecido tan decidida y tan obstinada… Tenía algo que la había conmovido en lo más hondo. Podía haber sido su hija si su exmarido, Antonio «El andaluz», y ella hubieran tenido alguna. Le había impresionado el asombroso parecido que la joven guardaba con su padre, Elder, del que había heredado el pelo negro, pero no sus ojos azules. El recuerdo que tenía del portugués se había ido difuminando con el tiempo. Le gustaba creer que cuando le extirparon el tumor cerebral, se llevaron parte de su memoria. Notó que se le encogía el estómago por todos los recuerdos que se estaban removiendo en los últimos días, y que le hubiera gustado que se hubieran quedado relegados a un pasado remoto.

Se incorporó, le crujieron las rodillas y se llevó una mano a los riñones. Precavida, echó un nudo a la bolsa repleta, para no tener que volver a meter la maleza otra vez si, por algún descuido, esta se llegaba a volcar. Luego se quitó los guantes y los dejó en la cesta de mimbre que utilizaba para guardar sus herramientas de jardín, encima del plantador de bulbos, de las pequeñas tijeras de podar, de la azada japonesa y de la navaja para injertos.

Se dirigió a la cocina para preparar un té, pero se decidió por una nueva infusión relajante, tila alpina, que había comprado en un herbolario de la ciudad. Sería maravilloso que algún joven emprendedor del pueblo abriera un negocio de esos en El Rompido. Se había tenido que medicar tanto durante años, que le había tomado tirria a todo lo que atufara a química: se estaba volviendo una verdadera especialista en remedios naturales. Pese a todo, el dolor físico y también el psíquico seguían estando ahí, no se decidían a abandonarla.

Por un lado, estaba lo del acúfeno, ese zumbido irritante y persistente que se le había quedado dentro de los oídos tras el trauma sufrido por el tumor cerebral. De todas las secuelas que podían haberle quedado, aquel sonido era un mal menor. Aun así, no se acababa de acostumbrar a esa nota musical apenas susurrada que continuaba insistente cuando todo a su alrededor estaba en silencio. Esa presencia se volvía siniestra por la noche, pues la envolvía como si fuera un sofisticado instrumento de tortura.

Por otro lado, tenía que soportar la presión en el pecho, que se volvía más intensa cada día. Era algo a lo que estaba acostumbrada, nada que unos analgésicos no pudieran solucionar. Lo peor era llevar muchos años, demasiados, sin sentir otra cosa que remordimientos, tristeza y apatía. No bastaba con dejar pasar los días, no cuando se está medio muerta por dentro.

Debía dejar de engañarse: lo peor no era el malestar físico sino la sensación de vulnerabilidad, de sentir que la única razón por la que todavía estaba viva era que había tenido demasiada suerte. ¿Hasta cuándo la seguiría protegiendo su ángel de la guarda?

Bruna no había sido capaz de matarla, ¡bien por ella! La compasión por aquella chica, que no había tenido la adolescencia que cualquier jovencita merecía tener, le dolía en el corazón. No cabía duda de que era una buena persona, aunque estuviera envenenada por la ira. Todavía no era tarde para ella, podía curarse. Y esperaba con toda su alma que, después de las confidencias que le había hecho, esta pudiera al fin superar su dolor.

Por lo que se refería a su persona, Julie sabía que pronto tendría que tomar una decisión, que borraría de un plumazo la placentera vida que había llevado durante años.

Le brillaban los ojos, le atacó el escozor de un inminente llanto.

A media mañana, cuando las mujeres del pueblo andaban ultimando el almuerzo, siempre reinaba cierta paz en El Rompido. Los marineros estaban en la mar y los niños en el colegio Virgen del Carmen. El silencio que imperaba le permitía salir al patio y cuidar de sus plantas.

No había intimado con nadie del lugar durante todos aquellos

años. Hola y adiós, alguna conversación sobre el tiempo o sobre la frescura del pescado que se vendía en la pescadería o en el supermercado Covirán. Había hablado más con sus plantas que con los lugareños de El Rompido. Echaba de menos hacer lo mismo que veía hacer a los demás. Envidiaba a los grupos de mujeres que se reunían para desayunar en las terrazas de los cafés, después de dejar a sus retoños en el colegio, y se pasaban horas hablando de problemas conyugales, de lo que tocaba hacer de comer, de las consecuencias de la crisis en la economía familiar o de los últimos zapatos que se habían comprado.

Dio un sorbo a la taza de tila. Estaba demasiado caliente, la dejaría reposar unos minutos.

Le hubiese gustado no estar tan sola, tener algo de compañía, pero la soledad era la penitencia que se había impuesto. Era la niebla que cubría su existencia, hasta en un pueblo como aquel en el que todo era luz. Era lo que se merecía por haber arrebatado una vida.

Solo la esperanza de que algún día Bruna tocara el timbre de su puerta, la obligación moral de responder a sus preguntas, y sus flores, habían conseguido que sacara fuerzas de flaqueza para levantarse un día tras otro de la cama. A partir de ahora, ¿qué? Sin duda, la vida continuaría sin su presencia. Alguien se haría cargo de sus flores, el sol seguiría calentando…

¿Habría llegado la hora de poner fin a su vida? La opción del suicidio siempre la había rondado. Pero algo le decía que todavía no había llegado el momento de realizar dicho acto contrario a la salvación y sufragio de su alma. Se avergonzaba de sus pensamientos suicidas, por sus creencias y porque se consideraba una mujer débil, cobarde. Se escudaba en: «Dios me ha confiado mi vida. Estoy obligada a recibirla con gratitud. No he podido conservarla con honor para la salvación de mi alma, pero tampoco puedo quitármela así como así, porque soy solo su administradora, no la propietaria. Es un don de nuestro Salvador, y solo él tiene autoridad para despojar de su savia mi cuerpo».

Cerró los ojos e intentó rememorar la voz de la abuela Severina, la voz que conseguía reconfortarla más que ninguna otra. ¡Cómo le hubiera gustado tenerla a su lado, poder abrazarla, dejarse cuidar por ella…! Pero hacía ocho años que el Creador había decidido llevársela.

Levantó la mirada, que se le había quedado atrapada en la observación del oscurecimiento del agua de la taza, y el aleteo de la luz que le brillaba en la pupila se detuvo en una de las fotografías del salón. El retrato de la abuela Severina contaba su historia. En cada una de las arrugas de su piel, en cada una de sus cicatrices y en lo profundo de su mirada se podía descifrar su larga y provechosa vida: las cientos de sonrisas, las miles de carcajadas, los inusuales ceños

fruncidos e, incluso, las lágrimas que se podían adivinar en lo más profundo de aquellos ojos azules.

Recordó el entierro de la abuela, en el que toda la familia había vestido ropas oscuras; también las oraciones que el octogenario sacerdote, amigo de la difunta, había desgranado a lo largo del emotivo oficio; por supuesto, la tumba y las coronas de flores con sus cintas blancas en las que se leían cariñosas dedicatorias y los enterradores asiendo las cuerdas y bajando el féretro a la tierra. Los árboles del cementerio de Rocamadour, donde fue enterrada, habían sido testigos de la desorientación y del frío que se había adueñado de Julie cuando la última palada de tierra cubrió la caja.

La muerte de la abuela Severina había sido una pérdida terrible para Julie. La última conversación lúcida que había tenido la anciana había sido con ella. La nieta no se había apartado de su lado hasta que exhaló el último suspiro. Había sido duro ser testigo de su agonía. Esta no se había alargado demasiado, apenas un par de días, en los que aquel enjuto cuerpo parecía que se hubiera ido empequeñeciendo y amarilleando. La habían amortajado con uno de sus vestidos favoritos, el de gasa de seda de color hueso con ribetes de tonos pastel. Hacía años que lo tenía, se lo ponía en contadas ocasiones, y solía bromear con que quería que la enterraran con él. Julie se emocionó al recordar la extrema delgadez de la abuela; aun así, lucía hermosa. Sus hijas la lavaron y peinaron, pero dejaron que Julie se encargara de aplicarle un leve maquillaje. Se enjugó unas cuantas lágrimas que le emborronaron la visión con un trapo limpio que sacó de uno de los cajones de la cocina.

El pitido estruendoso e intermitente de un coche en la calle la hizo volver de sus recuerdos. Se acercó la taza a los labios. El líquido le produjo una agradable sensación al bajar por la garganta hasta el estómago. Se bebió la tila a pequeños sorbos y, cuando terminó, dejó la taza sobre la encimera y se dispuso a descansar un rato en el sofá.

Nada más tumbarse y cerrar los ojos, la invadieron sentimientos extraños… Se le instaló una sensación tan inquietante en el estómago que notó temblar su cuerpo y cierto mareo que la aturdió. Con toda probabilidad solo sería miedo. El miedo que nace en la psiquis más profunda de las personas atormentadas, que ellas mismas se provocan y hacen crecer en su interior.

Se empezó a sentir realmente indispuesta. Sentía mermar sus fuerzas y la mente algo embotada. Conforme iba sumergiéndose en un nivel más profundo de inconsciencia, más se agudizaba aquella premonición de que algo malo iba a ocurrir. Una sucesión de imágenes inconexas se abrieron paso desde su subconsciente. El tiempo se estiró ampliando su espacio, mientras ella era devorada por la eternidad que marcaba el miedo y la angustia. Se hundió en un

abismo vertiginoso, pesado y onírico, ajeno a su voluntad. Decidió luchar, intentar despertar para liberarse, y su mente inició el camino de retorno desde algún lugar profundo del que no era tan fácil escapar.

Pero fue el tono del teléfono el que en realidad logró traerla de vuelta. Se tensó y abrió los ojos de golpe, mientras intentaba recordar, llena de angustia, dónde se encontraba. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que se echó en el sofá, un rato o varias horas? Parpadeó, desterrando los últimos restos de aturdimiento. Se levantó con torpeza para atender la llamada.

Sintió estupor al escuchar la voz que le hablaba. Prestó la máxima atención a sus palabras y, tras unos minutos, se le iluminó la cara.

—Sí, me alegraría volver a verte. ¿Te parece bien que yo elija el restaurante? —continuó tras la respuesta a su pregunta—. Pues entonces, en La casa del Palo, en El Rompido. ¿Las dos de la tarde es demasiado pronto para ti? Estupendo. Entonces quedamos a esa hora y en ese lugar. Sí…, yo también. Adiós.

Colgó el aparato y se puso a rezar. Las oraciones eran lo único que la habían ayudado a sobrellevar su cruz. Creer en un ser superior que, a su manera, cuidara de ella le hacía bien. Julie no entendía cómo los no creyentes, al carecer de fe, podían soportar la soledad infinita de la nada.

12

Bajó del coche con el humor contrariado, ¡no debía haberse desviado de la ruta para visitar a Manu! Le daba la sensación de que se estaba convirtiendo en una mujer fatalista, que iba dejando demasiados cabos sueltos por el camino. Debía ceñirse a los planes trazados, a las estrategias, y no vivir a golpe de instantes. Dentro de su cabeza se libraba una batalla continua: inseguridad y aplomo, dolor y placer, miedo y esperanza. Era una mujer condicionada por la educación recibida, por el ambiente en el que se había criado, por lo que le había afectado su pasado. Kenya solía justificar y culpar de sus arrebatos actuales a la pérdida de los dos hombres que tanto había amado.

Subió el camino que llevaba a la casa y golpeó la aldaba de la puerta. No sabía qué iba a encontrar detrás de aquella vetusta madera, ni qué quedaba del hombre que ella había conocido años atrás. La única esperanza que tenía era la de que él no la hubiese olvidado si las mujeres que hubiera conocido en sus viajes, con las que hubiera compartido algo más que una cama, no hubiesen eclipsado su recuerdo por completo. Se encogió de hombros; de todas formas sería interesante mantener una conversación con él, ver en lo que se había convertido.

Se oía el canto de un pájaro y el zumbido de los insectos.

Le pareció que había algo raro en el ambiente, era cierto que ella no estaba acostumbrada al campo, pero no era solo que estuviera fuera de su hábitat natural, sino que había algo más que la urgía a acabar con lo que había ido a hacer allí y a marcharse cuanto antes.

No acudió nadie a abrir la puerta. Comenzó a sentirse algo mareada. Además, notaba que todos y cada uno de sus músculos estaban en tensión y que la ansiedad crecía y crecía en su pecho, como si tuviera un globo dentro que se hinchara más y más, dejándole cada vez menos espacio para respirar.

Se volvió a mirar las cumbres que rodeaban la vivienda, incluso dio una vuelta alrededor de la casa. Estaba tan absorta pensando que había llegado demasiado tarde y que tal vez Carlos ya habría pasado por allí y lo había estropeado todo, que no vio acercarse la furgoneta hasta que esta se detuvo al lado de su coche. Dejó de respirar durante unos segundos. Se abrió la puerta del conductor y un hombre muy distinto al que recordaba bajó del vehículo.

Ángel supo que el coche era de ella nada más rebasar la última curva que había antes de llegar a la explanada donde solía dejar aparcada su furgoneta. Y en aquel mismo instante tuvo un presentimiento extraño. Una intuición absurda, de esas que no se basan en nada racional, pero que acaban por ser ciertas. No quiso mirar hacia la fachada de la casa hasta que apagó el motor. Al salir del vehículo sus ojos se encontraron: había llegado el momento de enfrentarse a la joven. Se movió despacio, como si estuviera dentro de un sueño, como si el aire se hubiera vuelto líquido y le costara avanzar. Hielo y calor se mezclaron en su pecho, en su garganta.

Kenya lo miraba, silenciosa y dura, con el gesto propio de quien quiere resquebrajar los resortes más íntimos de un hombre. Pocas autoestimas masculinas podían sobrevivir a una mirada como aquella, pero Ángel no se dejó amilanar por ella.

Una descarga eléctrica que la quemó brotó imprevisible en el bajo vientre de la joven. Sus primeras emociones de adolescente afloraron a la superficie, sofocantes, centuplicadas por su apetito de mujer adulta.

Ambos andaban recordando el aciago momento en el que sus vidas se cruzaron. Un velo de desánimo cayó sobre ellos.

Las jóvenes iban camino de su hotel cuando media docena de hombres trajeados llamaron su atención. Desde que pusieron un pie en Italia, nada más salir del aeropuerto de Malpensa, lo que más les había sorprendido a las portuguesas era que, aunque hiciera un calor terrible, la mayoría de los hombres y de las mujeres de aquella ciudad lucían una elegancia extrema.

El grupo de hombres con el que acababan de toparse hablaban español y estaban sentados en la terraza del elegante restaurante Vento di Sardegna, en el barrio de Navigli. Uno de ellos, el que más seguridad y prepotencia irradiaba de todos, cruzó la mirada con Kenya. En ese momento quedaba una mesa libre cerca de ellos y a la joven se le ocurrió que podía hacer que aquella noche se convirtiera en toda una aventura. No tuvo que insistir mucho para convencer a una de sus amigas de que la acompañara a una última copa en aquel lugar. Con buenos reflejos, se adelantó a una pareja de enamorados árabes, que probablemente estarían de luna de miel, que se disponían a ocupar la mesa. Les arrebató el sitio en sus mismas narices. El resto de las chicas portuguesas optaron por irse al hotel: el día había sido muy intenso y estaban agotadas por las altas temperaturas que habían tenido que sufrir durante toda la jornada. Aquel verano era uno de los más calurosos que se recordaba en años.

Ignorando las voces de protesta y los aspavientos de la mujer árabe, Kenya y su amiga se repantigaron en los asientos y comenzaron

una charla superflua para que la pareja se cansara de su retahíla y se fuera. No les interesaba que alguno de los camareros se percatase del conflicto, acudiera a ver qué ocurría y tuvieran que abandonar su recién conquistada atalaya.

Los hombres de la mesa de al lado se dieron cuenta de lo ocurrido y, por una u otra palabra que pudo atrapar Kenya, esta entendió que bromeaban sobre el tema. El buen humor propició que el acercamiento entre las dos mesas fuera rápido y efectivo. Las chicas recibieron encantadas la oferta de unirse al grupo y la invitación a sus copas.

Hablaron de la excursión de fin de estudios de las jóvenes y de que ellos estaban en Milán por negocios. Carlos se presentó como empresario y los demás como ejecutivos de su empresa. El jefe de todos ellos pasaba de los cincuenta años, pero aparentaba algunos menos. Pelo entrecano, cuerpo esculpido por varias horas al día en el gimnasio, manos nerviosas y ojos inteligentes.

No tardó en hacerse evidente la atracción entre Kenya y Carlos, por lo que acabaron planeando la incursión en un bar de copas. El conocimiento de Ángel, uno de los ejecutivos, sobre los mejores lugares de la ciudad donde poder relajarse disfrutando de buena música y de unas magníficas vistas urbanas, les hizo decantarse por La Terraza Aperol, ubicada junto a la Piazza Duomo. Cogieron un taxi para llegar allí, pero solo Kenya, Carlos y Ángel. La otra joven decidió marcharse al hotel, ya que a duras penas podía mantenerse en pie. Lo mismo hizo el resto de los hombres trajeados: se excusaron con lo de que al día siguiente tenían que seguir con maratonianas y soporíferas reuniones y se largaron dejándolos solos. Carlos le confesó a Kenya, meses más tarde, que le había ordenado a uno de ellos que les dijese a los otros que pusieran tierra de por medio, que la noche solo continuaba para ellos: la chica portuguesa, Ángel y él mismo.

Carlos pidió por los tres, un Aperol para cada uno, y le explicó a la portuguesa en qué consistía aquella típica bebida italiana, por qué tenía aquel color naranja intenso y el porqué de su sabor amargo. Esto último, porque aquel mejunje se elaboraba a partir de esencias de hierbas amargas, de algunas determinadas cortezas y de raíces.

—¿Sabes cuáles son las hierbas, las cortezas, las raíces…? —preguntó Kenya, bastante mareada por todo el alcohol que llevaba ingerido aquella noche.

—Naranja amarga, ruibarbo, genciana…

—Y ¿por qué es tan dulce?

—Por el azúcar —contestó Ángel.

—Qué mono eres, amor.

Carlos soltó una carcajada y le hizo un guiño a Ángel.

Las vistas desde la terraza eran impresionantes: la plaza, la

catedral, el bullicio… A Kenya le sorprendió mucho que al cabo de unos minutos se acercara un camarero a traerles unos aperitivos: ensaladas de *mozzarella*, minipizzas, vasitos de arroz negro, patatas, croquetas…

Al Aperol le siguió una botella de *prosecco*.

Carlos extendió los dedos y atrapó un mechón de pelo de Kenya. Se demoró con él unos minutos y después lo abandonó para colocar su mano en la pierna de la chica. Notó el leve estremecimiento de placer de la joven al contacto de sus dedos.

—¿Te molesta que deje mi mano aquí un ratito?

—No —Fue la turbada respuesta.

—«Considero un valor al vino mientras dura la comida, una sonrisa involuntaria, el cansancio del que ha dado todo, dos viejos que se aman», fueron las palabras de Erri de Luca, escritor y poeta italiano, bellísima *donna* —le susurró a Kenya en el oído, mientras que, por encima de la coronilla de la chica, le guiñaba un ojo a Ángel.

Las burbujas de aquel espumoso italiano fueron las culpables de que sus bocas se buscasen, se paladeasen.

La llevaron al hotel en el que se hospedaban, el Baglioni Hotel Carlton, en la Montenapoleone Terrace Suite. En realidad no resultó ser una única *suite*, sino dos interconectadas con una impresionante terraza privada con vistas a la calle peatonal Via della Spiga. La decoración dejó sin palabras a la muchacha susceptible y ebria: materiales nobles, sedas de tonos cálidos, muebles antiguos y jarrones de flores.

Ángel no se despidió de ellos para irse a su suite, sino que se quedó en la de Carlos. A Kenya le resultó evidente desde el principio que aquellos dos querían montarse un trío con ella. No había que tener mucha experiencia para advertir la excitación de Ángel, aunque todavía no la hubiera tocado. No le importó. El alcohol que había ingerido hacía que sintiera el suelo fluctuar bajo sus pies y que le costase mantenerse de pie sin oscilar.

Recorrieron el espacio que había desde la puerta a la cama sin dejar que la chica se deleitara demasiado en la contemplación del lujo que la rodeaba. Carlos la empujó con suavidad, haciéndola tumbarse de espaldas, y ella se dejó hacer. Estar tumbada no hizo que el mundo recuperara un poco de su nitidez y consistencia habituales, sino que la cama pareciera que daba vueltas por la habitación. No estaba acostumbrada a beber tanto, sus pensamientos se habían nublado, pero le divertía la situación. Los hombres se tumbaron a su lado.

—Haz los honores —le dijo Carlos a Ángel, señalando a la chica.

Kenya llevaba puesto un vestido rojo de tirantes con pequeñas florecitas blancas. Mientras Ángel le subía el vestido y se lo deslizaba por encima de la cabeza con suma delicadeza, la joven lo estudiaba

con atención con sus enormes ojos negros. Descubrieron con deleite la piel morena de la muchacha. Carlos deslizó una mano por el interior de sus muslos, Ángel la besó por primera vez. Fue un beso suave, apenas una caricia sobre aquellos labios carnosos que habían dejado húmedos la saliva de su amigo. Alzó una mano y puso sus dedos alrededor del cuello de la chica. Podía sentir el latido de su pulso. Podría haberla estrangulado apenas sin esfuerzo, tal era la laxitud de la joven. Ese pensamiento lo excitó, pero no fue nada más que un fogonazo, instinto salvaje y primario, que le había saltado a la cabeza, ya que en realidad solo sentía la extraña necesidad de ser tierno con ella, de acariciarla sin precipitación ni urgencia. La besó de nuevo, abriéndose paso entre su humedad y tibieza.

Carlos le agarró del pelo y lo separó de ella para apoderarse de los labios de su amigo. El deseo físico de ambos no distinguía de sexos; surgía brusco, inevitable, dentro de las orgías que llevaban tiempo compartiendo. No era la primera vez ni la última que lo experimentarían de aquel modo. Carlos deslizó su mano por debajo de la camisa de Ángel, por el pecho y el vientre de su congénere, y por encima del pantalón le acarició los muslos y el sexo endurecido. Sentía un deseo tan violento que tuvo que volver a pensar en la chica para no dedicarse por entero a Ángel.

Las minúsculas bragas de algodón no tardaron en desaparecer, dejando al descubierto un virginal sexo de vello rizado, negro y húmedo. No necesitaron despojarla del sujetador, pues los pechos habían aparecido libres minutos antes, sin nada que los sujetase. Estos eran de color rosado, de areolas pequeñas y de pezones enhiestos.

Carlos fue el primero en desnudarse. Kenya se retorcía bajo las caricias de Ángel: no parecía sino que este la estuviera preparando para su acompañante. Su respiración cada vez era más fuerte y rápida.

—Por favor, hazlo con mucho cuidado. Por favor, ponte un preservativo —pidió la joven a Carlos en un atisbo de lucidez, balbuceante, que Carlos desoyó de vil manera al echársele encima.

Se clavó en ella hasta adentro, sin consideración y freno alguno, haciéndola gritar. Ángel recibió aquel grito en su boca, pues la estaba besando enfebrecido, de forma acuciante y rítmica.

—Para, por favor… —suplicó en un murmullo, que ignoró el hombre que la penetraba. Palabras ininteligibles de la chica coincidieron con los espasmos orgásmicos del empresario.

Cuando le tocó el turno a Ángel, apenas unos segundos después de que Carlos se saliera del interior de la joven, este la poseyó de una forma muy diferente a su compañero. Lo hizo más despacio, con mucho más cuidado. Sintió la mezcla de humedades del interior del sexo de la portuguesa, las propias de la joven y las del semen de Carlos. Intentó dedicarle algo de atención a la chica. Deseaba que esta

disfrutara del momento tanto como lo estaba haciendo él; que la mujer notara la diferencia entre ellos dos. En su pensamiento etílico, estaba convencido de que Carlos la había utilizado para satisfacer su calentón, y de que él la estaba tratando con el máximo respeto y con mucho mimo. Ahondó una y otra vez en aquel cuerpo que Ángel quiso creer más esponjoso, más cálido y más receptivo hacia el segundo amante que acogía. La joven lo miró con cara de alucinada, soltó una risa tonta y pareció quedarse inconsciente.

Mientras tanto, Carlos se pegó a la espalda de Ángel, le besó el cuello, le acarició los muslos, e intensificó el placer que estaba sintiendo su amigo introduciéndole uno de sus dedos en el ano, manteniéndolo allí hasta que este se derramó en el interior de la chica.

—Siento lo de Kikuē —fueron las primeras palabras que pronunció Kenya.

Ángel miró a la joven con los ojos entrecerrados y con los labios apretados, nada emocionado por verla allí. Esta interpretó aquella mirada vacía como un reproche silencioso. Durante un instante volvió a ser una joven traumatizada por la culpa, por los fantasmas del pasado que no la dejaban en paz, y una vez más sentía el deseo de arrojarse, kamikaze, en los brazos protectores de cualquier ángel poderoso, protector. Se asqueaba de sí misma por esta flaqueza de espíritu.

—Kenya, ¿a qué has venido? —Su cara expresó a la perfección que no tenía ningunas ganas de prolongar demasiado aquel encuentro. Guardó un calculado silencio, que la chica no supo aprovechar para responder a su pregunta—. No se te ha perdido nada por esta tierra: sube a tu coche y márchate de aquí.

La extraña mezcla de inseguridad y miedo que se había abierto camino en el interior de la joven, como cuando salen a flote los cadáveres de los ahogados, empezó a mitigarse. Respiró varias veces. Poco a poco se fue tranquilizando, aunque no la llegó a abandonar del todo la sensación de pesadez, de tristeza infinita, de melancolía.

—Ha pasado mucho tiempo, pero sigues siendo un gruñón —dijo Kenya, tratando de ganar tiempo, de salvar aquella situación. Desistió, resignada, al ver la mirada del hombre. Era la mirada de alguien que no la quería cerca—. Iré al grano: Carlos sabe que has vuelto, que estás aquí, y mandará a alguien a matarte. He venido a advertirte.

Aunque la voz de Kenya no delataba ninguna emoción, sus ojos reflejaban la severidad de quien se cree con derecho a ser tenido en cuenta, a ser escuchado.

—¿Y por qué no haces tú el trabajo sucio? Creo recordar que

tuviste un tutor muy eficiente en cuanto a defensa personal. Recuerdo cómo, estando borracha perdida, me contaste tus andanzas con ese tal Joao. Me dijiste que era el número uno, el asesino entre los asesinos, un ídolo para ti. ¿Se lo recomendaste a Carlos? ¿Lo mandasteis a Kanazawa? ¿Fue él quién decapitó a Kikuē?

Sintiendo un momentáneo arrebato de ira, la agarró del brazo y la zarandeó con brusquedad mientras le hacía aquellas preguntas. No esperaba respuesta alguna, pues era consciente de lo injusto de dirigir aquellas acusaciones hacia la mujer.

Kenya se soltó con un tirón y lo miró con desprecio. Ángel no tenía derecho a tratarla así, con esa pose hierática de santo varón, recriminándola con inculpaciones falsas. Quedaba claro que ni el tiempo ni la distancia bastaban para cerrar las heridas profundas. Todo lo contrario: se acaban convirtiendo en heridas sangrantes, que amenazan con acabar con quienes las padecen por dentro y por fuera.

—Lamento lo que le pasó a Kikuē, pero no me manches con tus mierdas: no te pega ir de santo varón. A lo mejor la culpa de lo que le ocurrió a esa pobre chica es tuya, por ser un cobarde, por huir y por no haberte enfrentado a Carlos cuando tuviste ocasión de hacerlo —se sulfuró Kenya, y sus propias palabras fueron recalentando su ira. Deseó con fervor que su afirmación destilara una certeza absoluta, solo para herir a Ángel—. Has tenido tanto tiempo como yo, o más, pues tu relación con nuestro amigo en común es anterior a que yo me cruzara en vuestro camino, para analizar dónde y cómo comenzó toda esta historia. —Sus ojos, ennegrecidos al máximo exponente, parecían a punto de ponerse a relampaguear—. Yo también sé muchas cosas sobre ti, no te atrevas a juzgarme. —Suavizó un tanto el tono al continuar hablando—. Parece que se te ha olvidado que yo también sé lo que es pasar por una etapa postraumática; que sé lo que es no reaccionar a la voz de tus seres queridos, ni al dolor; que sé lo que es desear que llegue la noche para dormir y no poder hacerlo porque tu mente está poblada de pesadillas en las que tu padre y tu amante se pelean hasta la muerte por tu culpa; que sé lo que es que otros te utilicen, te humillen, y que mi propia cobardía y mi debilidad de espíritu me impidan rebelarme contra esas injusticias —su voz destiló amargura al pronunciar la última frase del discurso. El grito que iba creciendo en su garganta amenazaba con teñir de angustia sus últimas palabras—. Recuerda que tú formaste parte de algunas de esas escenas.

Kenya se había preguntado muchas veces por qué había participado durante años en algo que no acababa de gustarle. La respuesta era demasiado sencilla. Necesitaba formar parte de algo, de alguien.

Escenas oscuras que había intentado olvidar, procurando que otras

las sustituyeran. Como aquella sombra que había empezado a visitarla por las noches en su habitación tras la muerte de Elder y Leandro. Siempre de pie, de espaldas a la ventana, mirando hacia su cama. La luz de las farolas que llegaba desde la calle la iluminaba por detrás, impidiendo descubrir su rostro. Nunca supo cuál espíritu era, si el de su padre o el de su amante. Un día habrá desaparecido sin más. En realidad, se había esfumado el día en el que ella se atrevió a poner cara a aquella sombra, el día en el que se armó de valor para acercar su mano hacia la mesilla y encender la lámpara. Se había desvanecido al hacerse la luz y nunca más había vuelto.

En cierta forma, fue un respiro. Alguna vez se había planteado hablarle, preguntarle quién era y, fuera quien fuese, decirle lo mucho que le echaba de menos, pero las palabras no habían llegado a salir de su boca. Solo era una niña de diecisiete años y las emociones que esa aparición le producía la dejaban sin habla y hacían que un frío glaciar le recorriera todo el cuerpo y le congelara el alma.

Hasta aquel momento se las había ingeniado para mantener semiocultos esos recuerdos. Ahora se le representaban como imágenes en fogonazos, pero no tardó en volver a relegarlos al mismo recóndito lugar de su mente, donde mantenía emparedados al resto de sus fantasmas. Pero el sexo que ambos tuvieron con Carlos seguía incordiándola con toda claridad. Y también la frustración y el dolor.

—Perdona, no he debido culparte —claudicó Ángel a regañadientes. Le hubiera gustado echarla a patadas de su propiedad, pero algún motivo incomprensible le hizo replantearse esa posibilidad —. ¿Quieres hablar? Hablemos, pero no vamos a entrar en la casa. Demos un paseo hasta aquella colina. Una vez allí, daremos la vuelta y tendrás que marcharte.

—Gracias, me basta para lo que tengo que decirte.

—Si solo es lo de que Carlos quiere acabar conmigo…

—No, no lo simplifiques, porque no es tan simple. No podemos escapar de lo que somos, de nuestras cobardías, de nuestras debilidades y de nuestras renuncias. Creo que eso ya te lo ha enseñado la vida. Pero sí que hay una manera de escapar de Carlos. Podemos unir nuestras fuerzas y acabar con él.

—¿En serio crees que puedo confiar en ti, que soy tan inocente como para no sospechar que todo esto no sea una trampa que me estáis tendiendo Carlos y tú?

Dolió. Le desesperó e indignó esa falta de confianza, aunque entraba dentro de lo previsible. «¿Acaso creía que podía ser de otra forma?», se preguntó sintiendo el regusto de la bilis en la boca.

—No te estoy tendiendo ninguna maldita trampa. En el fondo sabes que no lo es. Estoy cansada, solo quiero que todo esto acabe y volver con mi hermana y mi madre a Oporto. Hace dos días estuve a

punto de asesinar a la mujer que destrozó la vida de mi familia, pero no lo hice.

Miró de reojo al hombre para ver cómo reaccionaba al escuchar la confesión, pero él siguió andando y con la vista fija en algún punto de la lejanía, así que no dio más detalles al respecto, pues la colina cada vez estaba más cerca y el tiempo que habían pactado corría demasiado rápido.

—No quiero que Carlos se convierta en mi nueva obsesión, quiero empezar a llevar una vida normal y sé que acabar con ese cabrón es lo único que me puede facilitar emprender un nuevo camino. No sé tú, pero yo odio ese juego maquiavélico que parece que va marcando nuestras vidas. En mi caso, parece que deba perpetuar los errores de mi padre y los de mi primer amante, como si fuera un hámster de laboratorio atrapado en la maldita rueda de su claustrofóbica jaula.

Ángel la escuchaba con atención, a pesar de que no lo pareciera. Sabía que Kenya no era una mujer despiadada. Tal vez estuviera algo desquiciada, pero nada más. También entendía que lo que le estaba diciendo pudiera ser la última oportunidad de ambos para darles sentido a sus vidas. Él también estaba cansado, hacía demasiados años que iba vagando por la vida sin vivirla, con la sombra de Carlos pisándole siempre los talones.

Habían llegado a la ladera de la colina; se pararon unos instantes antes de emprender el regreso. A un par de metros de donde se encontraban, se mantenía en pie una destartalada construcción que en otros tiempos había debido albergar animales, pero que ahora no era más que el ejemplo de lo que podían llegar a hacer a lo largo de años de abandono los elementos atmosféricos extremos de aquella zona de sierra.

—Entonces…, ¿tienes un plan? ¿O solo puedes ofrecerme unos pobres esbozos de sentimientos caducos que dejaron de existir hace mucho tiempo, de rencores enquistados que, de duros que están, serán lo último que se pudra de nuestros cuerpos una vez que estemos en el hoyo? ¡Ah!, y también parece que traes un puñado de emociones de desequilibrada.

—¿Has llegado a escuchar algo de lo que te he dicho? —le replicó iracunda—. No sé si estoy perdiendo el tiempo contigo. Carlos siempre te consideró su eunuco, tal vez tuviera razón —puntualizó para volver a herirlo.

—Nuestro amigo siempre nos tuvo en gran estima… —dijo con cierto matiz irónico—. A ti te consideraba su puta.

Se calibraron con la mirada. Unos nubarrones negros, que se acercaban veloces por el este, amenazaban con engullir el cielo azul sobre sus cabezas.

—Acabemos. ¿Cuál es ese fantástico plan? —volvió a insistir

Ángel, con tono sarcástico y autoritario.

—Carlos me dijo que viniera a verte, que te engatusara… —Contemporizó Kenya con templanza.

—¿Te pidió que me sedujeras? —la interrumpió.

De manera atropellada, intentó explicarle lo que había pasado en su última entrevista con Carlos.

—Sí. Que te la chupara; que me dejara hacer lo que demandaras; que fuese muy activa y convincente en nuestro encuentro. Que, aunque tú me repudiases una y otra vez, como has hecho al verme, que yo te suplicara, que me arrastrase ante ti; que te recordara algunas de nuestras viejas peripecias sexuales. Sus palabras textuales fueron: «Déjalo tan maravillado que cuando lo telefonees para acordar una nueva cita en un lugar discreto, que no te interesa conocer en estos momentos pero que ya estoy preparando para tal fin…, no se lo piense ni un segundo y corra con la lengua fuera en busca de tu coño. Y entonces, allí estaré yo, junto con unos amigos, esperando mi oportunidad. Se las haré pagar todas juntas. Resolveremos nuestros asuntos en un periquete, en buena compañía y fuera de miradas indiscretas. Acabará suplicándome por su vida mientras se lo follan una banda de expresidiarios mercenarios. Puede que sea clemente y le pegue un tiro en la nuca antes de que lo conviertan en un guiñapo sanguinolento. Todavía sigues aquí, ¿a qué esperas? No quiero saber nada de ti hasta que consigas su confianza y me llames para darme una buena noticia: que ese marica de mierda ha caído en la trampa y está dispuesto a ir a por el queso a la ratonera». Más o menos esas fueron sus palabras. Como ves, su obsesión por ti raya en la locura.

Se quedaron mirándose con los ojos hundidos, pozos de negrura y de desazón.

—Y ahora que conozco todo eso, ¿qué esperas de mí?

Tenía los labios resecos. Ladeó un poco la cara para humedecérselos con la lengua, mientras dejaba vagar su mirada por el deteriorado tejado de la chiquera. Sus rasgos, sus movimientos faciales, se mostraron impasibles por primera vez aquella tarde, pero sus ojos estaban como ausentes, pensando en otra cosa.

El hombre comenzó a andar de vuelta a la casa. Kenya tardó unos segundos en seguirlo, pero enseguida lo alcanzó al acelerar un poco el paso.

—No tenemos mucho tiempo, pero podemos tenderle la misma trampa que pensaba utilizar contra ti. Desde que te fuiste, otros hombres han ocupado tu puesto, pero acaba cansándose de ellos muy pronto. Intenta sustituirte por jóvenes cuyo físico es muy parecido al tuyo. Bueno, parecido a como eras hace diez años —puntualizó, pues Ángel era una sombra de lo que fue—. Carlos anda un poco enganchado con su último amigo, Manu. Parece que ha encontrado en

este tipo a alguien distinto a todos los que te han ido sucediendo durante estos años. Por lo menos, es el que más está durando a su lado. —Ángel seguía sin interrumpirla, esperando conclusiones—. Pero a ese chico, Carlos le importa una mierda. Es más, creo que le tiene asco y que lo soporta solo porque está muy colgado de mí. Ahora mismo está muy cerca de aquí, en una casa rural que ha alquilado durante unos días, para asistir a un curso que está haciendo en Aracena relacionado con su nuevo trabajo en la empresa de Carlos. Puedo pedirle que lo localice, que lo cite en esa casa y, cuando esté con él…, entramos y los matamos a los dos.

Ángel paró en seco, ya muy cerca de la casa. Miró a Kenya con los ojos muy abiertos. «¿Hasta dónde es capaz de llegar esta mujer?», se preguntó. ¿Cómo podía pensar en él como cómplice de la muerte de un inocente? Aniquilar a Carlos era una cosa pero asesinar a ese tal Manu… Él era creyente, y sus experiencias vitales lo habían hecho mucho más místico, lo habían acercado más a la divinidad. Sin embargo, Kenya se le estaba mostrando como una verdadera cínica en relación al valor de la vida humana.

—No haré daño a ningún inocente —negó con la cabeza, como si tratara de protegerse de una emoción volátil.

—Nadie es totalmente inocente—puntualizó, exasperada por lo que creía falta de arrojo en Ángel—. Pero está bien, está bien…, olvídate de esa parte del plan. Puedo convencer a Manu de que nos ayude con Carlos, aunque mucho me temo que después quiera conseguir prebendas por su maldita participación. Tendré que lidiar con ese problema y ver cómo lo resuelvo más tarde. —Las últimas palabras se las dirigió a sí misma, no tanto para que las escuchara el hombre, en un vano intento de restarle importancia a aquel imprevisto, eventualidad que ni siquiera se había planteado que pudiera surgir, pero que la maldita moralidad de Ángel había convertido en un problema que resolver.

—Otra cosa —la interrumpió—. Has dicho que puedes pedirle que lo localice. ¿Es que no sabes dónde está?

—Lleva un par de días desaparecido. Puede que esté buscando, o entrevistando, a las personas que espera que le ayuden a acabar contigo. Debe de estar como loco organizándolo todo. Viniendo para acá, temí haber llegado tarde, que ya estuvieras muerto y enterrado en cualquier rincón de esta sierra.

Ángel cerró los ojos un momento. Meditó durante unos segundos sobre lo que debía decirle a Kenya para que se marchara de allí y no volviese por aquellos páramos nunca más.

—Tu plan no tiene ni pies ni cabeza —le dijo por fin a la joven, mirando por encima de ella, hacia la colina a la que se habían acercado minutos antes—. Debes buscar otra forma de escapar de

Carlos. Intentar asesinarlo te hundiría mucho más en el fango. No sé si realmente has llegado a sentir deseos de matar, como has dicho antes, y no has sido capaz de hacerlo; o si, por el contrario, alguna vez has asesinado a alguien. Contigo no se puede estar seguro de nada. Si lo has hecho…, no puedo más que compadecerte. Y en cuanto a mí, lo que tenga que ser, será. —Le puso una mano en el hombro, que Kenya no rechazó—. Pero te prometo que tendré cuidado. Te agradezco que hayas venido hasta aquí para prevenirme. No me quedaré mucho tiempo en la sierra. Pensé que volver a los orígenes cicatrizaría alguna de mis heridas, pero me equivocaba. Algunas heridas se cierran, otras no lo hacen nunca. —Dijo casi lo mismo que Kenya había pensado minutos antes.

Un rayo rasgó las densas nubes, iluminando el cielo apenas unos instantes. La joven se estremeció, no supo si achacarlo a la coincidencia de pensamiento en ambos o por el trueno que había golpeado sus tímpanos y que había llegado como señal premonitoria de que el tiempo que le había dado Ángel para que le dijera lo que había venido a decirle llegaba a su fin.

—Será cuestión de días, arreglo unos asuntos y pondré tierra de por medio.

—Eso si Carlos no te encuentra antes.

Ángel hizo un gesto con los hombros. La resignación que reflejaba su mirada era demasiado blanda como para que la joven la creyera.

—Ya veremos. Ahora márchate, por favor.

Kenya lo miró con lástima, como miraría a un perro callejero y sarnoso al que jóvenes despiadados rompieran la columna vertebral y que agonizara intentando arrastrar unos milímetros su cuerpo con las patas delanteras. Se acercó un poco más a él. Fue apenas un roce de labios, la joven consideró que le debía ese beso. Sería la última gracia concedida a un soldado derrotado que se entrega por voluntad propia al enemigo para que lo juzguen y lo ejecuten.

—¡Suerte! —Fue lo último que le dijo Kenya antes de meterse en su coche, arrancar el motor y alejarse ladera abajo.

La joven sintió una punzada de dolor mientras conducía de vuelta a la civilización. Se aferraba al volante con tanta fuerza que se le veían los nudillos totalmente blancos. Se sentía sola, se sabía sola y, una vez más en la vida, estaba asustada. Fue consciente de que Ángel no le pertenecía ya, si es que alguna vez tuvo algo más que una simple porción de él. Le hubiera gustado gritar para silenciar la potencia de sus emociones, pero su garganta estaba tan bloqueada que le negaba ese consuelo. Le hubiera gustado llorar, para que salieran de su cuerpo los dolorosos recuerdos que se afanaba por bloquear y esconder dentro de sí misma, pero las lágrimas tampoco llegaban. Solo las gotas de lluvia que empezaron a golpetear los cristales y la carrocería del coche

la acompañaban en su vuelta a la ciudad.

Los ojos de Ángel tardaron en adaptarse a la oscuridad del interior de la casa. Al hacerlo, se dibujaron los contornos de los familiares muebles antiguos. Miró por la ventana más cercana, pero no para comprobar si el automóvil de la mujer todavía podía verse en la lejanía, sino para cerciorarse de que la colina seguía en el mismo lugar, para escudriñar las nubes que se cernían por encima de ella y que ennegrecían aún más el pobre chiquero que parecía gemir, encogerse, ante la inminente embestida de la tormenta que se aproximaba.

13

La inspectora Houda leía, tomando notas en su iPad, los datos más relevantes del informe forense que acababa de recibir sobre el chico al que habían degollado en el centro comercial Holea. Le gustaba más trabajar con este soporte digital que con el ordenador de la oficina, pero ni aun así avanzaba en la investigación. Estaba atascada.

La primera fase de cualquier investigación criminal era la más tediosa. Había que estructurar, ordenar y clasificar todos los documentos que iban llegando, incluso había que analizar las noticias que iban saliendo sobre el tema en los distintos medios de comunicación, por si trascendía alguna información a la que la policía no hubiera tenido acceso todavía. No era normal que ocurriera eso sino todo lo contrario, que los periodistas no pararan de requerir carnaza para el circo mediático que montaban con este tipo de sucesos. Había que agradecer que no se hubiera filtrado aún la desaparición del empresario y su posible implicación en la muerte de Eduardo Morales. La intromisión de los periodistas siempre era un obstáculo para las investigaciones. Podían conducir a algunas aportaciones válidas, pero no era lo habitual. Las especulaciones y las afirmaciones infundadas habían arruinado más de una vez una investigación de asesinato.

¿Estarían ante un doble asesinato? Eso sería ponerse en lo peor, pero mientras no apareciese el cadáver de Carlos Abreu… ¿Un asesinato y un secuestro? ¿Un asesinato y una fuga? Si fuera esto último, las líneas de investigación darían un giro de ciento ochenta grados. Lo que eran dos casos pasarían a ser uno solo. «Demasiado pronto para aventurarse en una única tesis», pensó.

Descansó unos minutos, levantándose de la silla y realizando algunos estiramientos para desentumecerse de la mala postura que había mantenido durante las dos horas que había estado ojeando papeles. Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Tuvo suerte, porque en Huelva no se podía estar seguro de si al abrir la ventana para ventilar se iba a mejorar o no el aire enrarecido de una habitación cerrada, debido a los malos olores que llegaban desde el polígono industrial Nuevo Puerto, producidos por fosfoyesos, aguas residuales, asfalto denso, químico/laboratorio/farmaceútico, ácido sulfúrico, aceite vegetal, amoniaco/urea y pescado/aminas, entre otros. Aquel día Huelva olía a marisma, a tráfico, a comida…, sobre

todo, a esto último, porque se acercaba la hora de la cena.

A veces Houda se imaginaba que, aparte del olor, también había partículas en suspensión en el aire, sustancias tóxicas que las fábricas lanzaban a la atmósfera y que iban penetrando en los tejidos del cuerpo de los habitantes de la ciudad e impregnando sus pulmones. En Huelva, posicionarse a favor de la ecología era un tanto complicado y frustrante, la inspectora lo sabía por experiencia. Había discutido más de una vez con su compañero Raúl por ese motivo. Aún a su pesar, tenía que reconocer que era un mal necesario, ya que muchas familias dependían de que todo siguiera como hasta ahora en la zona industrial.

Durante unos minutos siguió indiferente al bullicio de la calle.

Dejó la ventana abierta y se sentó otra vez, metió el informe forense en el sobre en el que había llegado, lo puso encima de varias carpetas que tenía apiladas a su derecha y cogió una vez más, de otro montón de documentos que tenía a su izquierda, la transcripción de las tres entrevistas que le habían hecho a Paula, la mujer del empresario desaparecido y amante del joven asesinado.

Se decantó por la última. La mujer había vuelto a la comisaría horas después de haber recibido la noticia de la muerte de Eduardo Morales. Había llegado bastante entera, excusándose por la escena que había montado en su casa, pero esa fortaleza no le había durado mucho. Se vino abajo en un par de ocasiones y tuvieron que dejarla recuperarse para que pudiera continuar colaborando. Houda dudaba de que ella pudiera estar involucrada en alguno de los dos sucesos, aunque si algo había aprendido en sus años de servicio era que hasta el último momento no se podía descartar a ningún sospechoso.

De todas formas, les había resultado de ayuda. Delante de ella tenía una lista de personas con las que tendrían que hablar, en parte para comprobar si tenían coartada, y, por otro lado, para ver si tenían alguna información que pudiera ayudar a avanzar en ambas investigaciones. Pocos amigos íntimos de la pareja, pues el matrimonio se relacionaba por separado con la mayoría de las personas con las que interactuaban. Paula, con sus familiares y con algunas madres del colegio de sus hijas. Carlos, con empresarios (alguno de ellos enemigo declarado del desaparecido), subalternos (como una tal Kenya Saravia que, aparte de relaciones públicas de la empresa de Carlos Abreu, era la amante oficial del empresario, según les había asegurado, despreciativa, la esposa), algunos amigos íntimos que también trabajaban para él, pero con los que no solía relacionarse Paula…

La inspectora anotó en su iPad que la chica portuguesa, Kenya Saravia, también conocía a Eduardo Morales pues, al igual que Paula, asistía a las clases de yoga que impartía el joven, aunque a distintas

horas que la mujer del empresario, como había recalcado esta última. «Ambas mujeres se conocen, se toleran, pero no tienen una buena relación», escribió en la misma nota.

Se repartirían las personas de aquella lista entre Raúl y ella.

Siguió anotando en la tablet los nombres, teléfonos y direcciones de los sujetos de los que ella pensaba encargarse. El último nombre que escribió fue el de Kenya Saravia.

Había que tener cuidado a la hora de sacar conclusiones, tenían que intentar que estas no fueran precipitadas, reflexionó Houda. Claro que, si Raúl y ella tenían la misma intuición al respecto de que lo dos casos andaban relacionados…

Sin embargo, no podían limitarse a seguir en exclusividad una única línea de investigación porque, cuando algo parecía tan evidente, existía el riesgo de obcecarse y, de esta manera, despistarse. Ella era de las que siempre se cuestionaba la teoría principal en cualquier situación, y de las que alentaban las discrepancias. Así había sido desde que puso un pie en la Academia de Policía de Ávila. Habían pasado los años y seguía poniendo en duda cada opinión, cada conclusión. Al parecer, actuar de esa manera venía de fábrica, estaba más que presente en su ADN. Intentaba contrarrestar esta virtud o defecto, según el prisma con el que se mirara, esforzándose por ser objetiva.

El equipo de técnicos criminalistas de Huelva no había encontrado nada relevante en el escenario del crimen del Holea. Tenían cabellos, colillas, pañuelos de papel usados, envoltorios de caramelos, botellas de agua vacías…, y hasta un sujetador negro en el informe que mencionaba la basura que habían encontrado en las inmediaciones del lugar, además de otro largo listado de objetos dentro del coche donde se había hallado el cadáver, pero nada de eso destacaba por su interés ni les servía para llegar al posible autor de los hechos.

Por el aparcamiento del centro comercial pasaban miles de personas cada día. Era como buscar una aguja en un pajar, y el asesino se había asegurado de no dejar ningún rastro de novato. Las cámaras de vigilancia del parquin habían captado cientos de coches entrando y saliendo del lugar. Estaban identificando a todos los dueños de los vehículos, después tocaría identificar a todas las personas que viajaban en ellos como acompañantes, y todo ese trabajo podría no servir para nada si el asesino había entrado y salido del centro comercial andando.

¿Cuánta gente va de compras al Holea? Los residentes de la ciudad, los que vienen de los pueblos de la provincia a hacer algún recado a la capital o a visitar al especialista médico de turno de alguno de los hospitales de Huelva (y que, para comer algo y aprovechar sus últimas horas, se decantan por una visita exprés al

centro comercial), los turistas que están de paso y que deciden malgastar uno de sus preciados días de vacaciones yendo a las mismas tiendas que, con toda seguridad, pueden encontrar en su lugar de origen...

Aun ajustando las horas de la posible muerte del joven, era un verdadero trabajo de titanes el que tenían por delante, que desbordaba por completo a la unidad de homicidios de la comisaría debido a los escasos recursos de los que disponían, tanto humanos como técnicos. La crisis económica mundial no solo se había abierto camino dando tijeretazos en la Educación o la Sanidad en España, sino también en la Seguridad del Estado.

El único dato seguro que habían conseguido hasta ahora era el momento exacto en el que el coche de Eduardo Morales entró en el aparcamiento, dato que podría ser relevante cuando la investigación avanzara, pero que no servía de mucho en aquellos momentos.

Las veinticuatro primeras horas de una investigación eran decisivas para obtener buenos resultados, como muy bien sabía Houda. Había que hablar lo antes posible con las personas más cercanas a la víctima, el autor de los hechos podía tener tiempo de eliminar su rastro… Para la agente, lo más importante era priorizar correctamente los pasos que debían seguir.

En el exterior de la comisaría, las farolas se encendieron. Los coches ya hacía rato que circulaban con las luces encendidas.

Se mordió la uña del dedo corazón de la mano derecha. Era una de sus más duraderas manías, la tenía desde pequeña. No era la única manía que había sufrido, pues acumulaba unas cuantas y a cual más rara: desde la angustia que le producían los bostezos de las personas, pasando por el asco momentáneo que le daba que la gente se tocara demasiado la cara delante de ella, hasta la sensibilidad selectiva al sonido producido por el cuerpo de otra persona al comer, sorber o masticar.

Procedente de algún lugar del cielo encapotado de Huelva, Houda oyó el ruido característico de un helicóptero: al principio más alto, luego más tenue y, por último, cercano a la comisaría. En aquel instante decidió que Kenya Saravia sería el siguiente movimiento de ficha en aquella especie de partida de ajedrez.

14

Kenya respiró hondo antes de entrar en la pequeña sala de reuniones.

La llamada de la policía que había estado esperando después de su entrevista con Paula, la cogió volviendo de su viaje a la sierra. Utilizó el manos libres para contestar la llamada, a escasos veinte minutos de la ciudad. Descartó ir al hotel de El Rompido a cambiarse de ropa y se dirigió inmediatamente hacia la comisaría. Lo mejor era realizar aquel trámite lo antes posible. Un visible temblor le recorrió el cuerpo al bajarse del coche. La lluvia todavía no había llegado a Huelva, pero no tardaría en hacerlo. Kenya había dejado atrás la tormenta, en la autovía, a escasos kilómetros de la capital. Se frotó los brazos con energía para entrar en calor.

Al identificarse en el puesto de control de la entrada y mencionar que la inspectora Houda Falú la estaba esperando, un policía que debía estar a punto de jubilarse se hizo cargo de ella y la acompañó hasta una sala pequeña. El mismo agente fue quien le abrió la puerta y quien la presentó a la mujer que esperaba sentada tras la única mesa de aquella estancia.

—Inspectora Falú, le presento a la señora Kenya Saravia.

—Encantada. Muchas gracias por acercarse a las dependencias policiales. Nos hace un gran favor, pues andamos muy liados estos días.

—Espero serles de alguna ayuda, aunque no sé…

—Siéntese, por favor —pidió la inspectora—. Antes de comenzar tengo que decirle que lo que para usted puede ser un dato sin importancia, para nosotros podría resultar el indicio que diera algo de luz a la investigación que estamos llevando a cabo.

Fue cortante: le gustaba dejar claro desde el principio quién mandaba allí. Atarlos corto era una buena táctica para conseguir que los entrevistados se sintieran inseguros y se pusieran nerviosos. Les quitaba las ganas de mentir, y si lo hacían se les acababa notando a la legua. A la mayoría de las personas les imponía la autoridad. Sin embargo, la mujer que tenía delante no parecía ni vulnerable ni asustada.

—Por eso, le rogamos que a la hora de contestar a las preguntas sea completamente franca y clara. También debe saber que toda la entrevista está siendo grabada en vídeo y en audio.

—Bien, entiendo.

—Entonces, para no hacerle perder mucho tiempo… ¿Qué le parece si comenzamos con una primera batería de preguntas reglamentarias?

Nombre completo, lugar de nacimiento, domicilio actual, teléfono de contacto, trabajo que realizaba, empresa dónde lo hacía…

—A continuación pasaremos a preguntas más específicas, ¿le parece?

—Claro, cuando quiera.

Houda miró de reojo por encima del hombro de la joven a Raúl, que permanecía sentado cerca de la puerta, en una silla pegada a la pared. Asintió con la cabeza.

—¿Qué relación mantiene con el empresario Carlos Abreu Fuentes?

—Es el dueño de la empresa donde trabajo.

—Aparte de esa relación laboral, ¿mantiene relación de alguna otra índole con el desaparecido?

—Podría decirse que somos amigos.

—¿Solo amigos?

—Algo más que amigos: también nos acostamos juntos. —No valía la pena negar algo que todo el mundo sabía, incluso Paula. Kenya estaba segura de que esta ya le habría ido con el cuento a la policía—. Tenemos una relación abierta. Como ya sabrán, él está casado, y yo suelo verme con otros hombres.

—¿El señor Carlos Abreu llegó a plantearle la intención de abandonar a su familia para empezar una relación más seria con usted —dudó— o con cualquier otra persona?

—Nunca. Jamás tuvimos una conversación en la que él sugiriera que iba a abandonar a su familia, ni por mí ni por ninguna otra persona. No puedo hablar por los demás, por aquellos con los que también se relacionaba... íntimamente, pero en cuanto a nosotros, desde el principio de nuestra relación dejamos muy claro cómo iba a ser esta.

La inspectora la miró con cara de póker, dando a entender con su expresión que no juzgaba su forma de vivir la vida.

—¿Podría concretar un poco más cómo era esa relación «abierta» entre ustedes?

—No sé... abierta para nosotros significa que cada uno puede mantener relaciones románticas o físicas con otras personas, sin ocultárnoslo, y dejando de lado el sentimiento de posesión y de exclusividad —dijo, esperando que la inspectora se conformara con aquella explicación.

—¿Cuándo empezó a trabajar para él?

—Hace algo más de cuatro años.

—¿Cuándo intimaron por primera vez?

—Unos meses antes de comenzar a trabajar en su empresa.

Este dato sorprendió a los dos policías. Raúl se retorció en la silla. Kenya sonrió al notar la sorpresa en el rostro de la inspectora. «Sus rasgos son demasiado exóticos, aunque hable perfectamente el español: sus orígenes son extranjeros, tal vez árabes», pensó Kenya.

—¿Nos podría resumir cómo se conocieron y cómo entró a trabajar en la empresa del empresario Carlos Abreu?

Con tranquilidad y de forma ordenada fue repasando varios años de su vida. Kenya no escatimó detalles en contarles aquel primer encuentro en Milán y lo que ocurrió después. Pero en ningún momento les habló de Ángel.

Kenya tenía una voz ronca, cautivadora, que solía fascinar a quien la escuchaba.

—Al parecer usted es importante para Carlos Abreu y han pasado mucho tiempo juntos. ¿Cuál es su impresión sobre este caso, cree que el empresario pueda haber decidido tomarse algún tiempo para desconectar de sus problemas, del trabajo, sin comunicárselo a sus familiares, a sus amigos? ¿O, por el contrario, ha podido desaparecer en contra de su voluntad?

—Si le soy sincera… Carlos es una persona que podría marcharse sin más, desaparecer durante un tiempo indeterminado y tener la desfachatez de ocultar su escondite, sin importarle la preocupación que podría acarrearles a su familia y amigos. ¿Por qué estoy tan segura? —Se adelantó a los pensamientos de la policía—. Porque no tiene que preocuparse del buen funcionamiento de su empresa mientras él esté desaparecido. Porque, aunque se esfumara durante un año entero… sabe que sus negocios están en muy buenas manos. Si hay algo que él hace muy bien, es rodearse de grandes profesionales, de esos que no vacilan en tomar todas las decisiones que sean necesarias sin tener que estar continuamente incordiando al jefe. Carlos confía en ellos, y estos lo saben. Además, no se atreverían a defraudarlo por nada del mundo. Temen las represalias que su incompetencia les acarrearía. Por otro lado, también es cierto que, aunque Carlos hace escapadas continuas, este nunca se ha largado sin decirle a alguien de confianza dónde se le puede localizar. Ya sea a algún familiar o a algún empleado. Siempre ha habido alguien que conocía dónde se encontraba Carlos Abreu en todo momento.

—Entonces… ¿usted también cree que le ha podido ocurrir algo?

—Solo le puedo decir, que es raro que esta vez haya actuado de forma distinta a las anteriores. Y sí, me preocupa que tenga problemas, que le haya pasado algo.

—¿Tiene conocimiento de algún hecho relevante en relación al empresario que le haya llamado la atención en los últimos tiempos?

¿Recuerda alguna cosa que este le haya contado que le preocupara? Ya sea en el ámbito familiar, profesional…

«La vuelta a España de Ángel».

—No —contestó rauda, y apartó la vista—, ahora mismo no se me ocurre nada en particular.

—¿Sabe de alguien que se la tuviera jurada al señor Abreu?

—No.

—¿Puede facilitarnos información sobre los días anteriores a la desaparición del empresario? Por ejemplo, ¿cuándo lo vio por última vez?

—El lunes por la mañana —dijo Kenya—, cuando lo visité en su casa de Huelva.

La inspectora se inclinó un poco hacia la joven. Hacía ya más de sesenta horas.

—¿Más o menos, a qué hora se produjo ese encuentro?

—Sería... poco después de las nueve de la mañana.

—¿Hubo algún testigo del encuentro?

Kenya no respondió enseguida.

—No, en aquel momento no estaban su mujer ni sus hijas en el domicilio familiar.

—¿Vio algo que le llamara la atención? Por ejemplo, ¿alguna maleta o bolsa de viaje que estuviera enmedio?

—No, no recuerdo nada de eso.

—¿Había ido con anterioridad a esa casa?

—Sí, a reuniones de trabajo, a fiestas a las que Carlos me invitaba.

—O sea, que usted conocía muy bien la casa.

—Sí, más o menos.

—¿Tan bien como para poder apreciar que no hubiera nada fuera de lo normal?

—Le repito que no vi nada extraño.

—¿Solía encontrarse con la familia del empresario en alguna de esas visitas?

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

—Diría que con bastante frecuencia.

—¿Por qué se vieron en la casa del empresario y no en las oficinas?

—Él me había citado allí.

—¿Con qué motivo?

—Teníamos que tratar varios temas: comentamos el balance positivo de nuestro último viaje a Berlín por cuestiones de trabajo, cotilleamos sobre algunos amigos que tenemos en común, me dijo que me diera una vuelta por el lugar donde se está llevando a cabo un curso dirigido a los nuevos ejecutivos de la empresa para comprobar

que todo se hacía según sus órdenes y, no sé, Carlos tal vez comentara que él también se pasaría por allí para la clausura de dicho curso.

—¿En qué lugar se realiza ese curso y cuándo es su clausura?

Kenya temió haber orientado el interrogatorio en un sentido equivocado. Sería contraproducente para todos que la policía metiera las narices en la casa que Carlos tenía en la sierra de Huelva. Le sorprendió ser capaz de seguir demostrándole lealtad a Carlos después de todo.

—En Aracena, y la fiesta de clausura es el sábado.

—Volviendo a la reunión en la casa del empresario, ¿recuerda a qué hora aproximada se marchó?

—Estaría en la casa poco más de una hora. Llegué pasadas las nueve de la mañana, así que hacia las diez y media.

—¿Se cruzó con alguien a la salida? ¿Recuerda ver a alguien en la calle? ¿Algún coche sospechoso aparcado por los alrededores?

—No, no me crucé con nadie ni vi a nadie, ni me fijé en ningún coche. Salí de allí y me fui directamente a las oficinas de Huelva.

—Por ahora, usted es la última persona que sabemos que vio al señor Abreu ese día. ¿Le dijo el empresario qué iba a hacer el resto del día? Piénselo bien.

—No, no me dijo nada. —La joven acompañó estas palabras negando con la cabeza—. Él no tiene un horario fijo. Lo mismo va dos días seguidos a la oficina que unas horas, o se está más de una semana sin aparecer por allí.

—Nos encargaremos de confirmar la hora a la que usted llegó al trabajo. —Al ver la sorpresa en la cara de Kenya, la agente añadió—: Es puro trámite, tenemos que preguntarlo.

—Lo entiendo —dijo Kenya, estirándose un poco en la silla.

Todas aquellas preguntas eran una auténtica locura, pensó Kenya, aunque entendía que se las hicieran. Ella no tenía ni puta idea de dónde se había metido Carlos, así que por ese lado estaba tranquila.

—¿Qué hizo después de salir del trabajo?

—Me fui a El Rompido. Carlos Abreu me deja utilizar la habitación que tiene reservada durante todo el año en el hotel Fuerte. Cené en el restaurante del hotel, me retiré temprano a la habitación y no salí de ella hasta el día siguiente. —Se frotó los párpados; estaba cansada, había sido un día muy largo—. ¿Me va a preguntar también lo que he hecho en los dos últimos días?

—Por ahora es suficiente, pero una vez que salga de aquí, si recuerda cualquier detalle ocurrido antes o después de su encuentro con el empresario que pueda ser importante para dar con su paradero... debe llamarnos sin dilación alguna. Nosotros decidiremos si esa información vale la pena o no. Y si el señor Carlos Abreu se pone en contacto con usted, también debe comunicárnoslo —ordenó

Houda—. Hay otro tema del que queríamos hablar con usted.

—Dígame.

—Habrá oído hablar del degollamiento del Holea.

—No. ¿De qué me está hablando? —preguntó alarmada.

—Han asesinado a un hombre en el centro comercial Holea. Y usted conoce a ese hombre. Está dentro de su círculo de conocidos.

—¿De quién se trata? Doy por supuesto que no es Carlos Abreu, ¿no?

—No, es Eduardo Morales —Houda hizo una breve pausa teatral–. Tengo entendido que era su profesor de yoga.

A Kenya se le revolvió el estómago al escuchar la noticia. No tuvo que fingir desolación: su rostro reflejó toda la culpabilidad y la rabia que la reconcomía.

Carlos la había obligado a llamar al joven para pedirle aquel absurdo recado.

El empresario sabía que este no le negaría nada a su protegida. Aunque se acostara con Paula, el muchacho no dudaría ni un solo instante en abandonarla si con ello conseguía una sola de las sonrisas constantes y contagiosas de Kenya.

En la cabeza de la joven las ideas parecían agolparse de un modo casi visible.

Había sido una ingenua al pensar que el empresario solo quería asustarlo para que este no volviera a acercarse a su mujer, que el encuentro en el centro comercial solo sería una advertencia para el muchacho. Tendría que llevar un nuevo fardo sobre sus espaldas, pero, lo sintiera o no, este despropósito favorecía sus planes de futuro. La noticia mantendría ocupada a la policía de la ciudad durante un tiempo, el que ella necesitaba para seguir cerrando las compuertas de su agónico submarino interior. No veía otra forma de salir de las podridas y fangosas aguas en las que llevaba hundida demasiado tiempo. «El degollado del Holea», como lo habían bautizado en aquella comisaría o en los medios de comunicación, tenía todos los ingredientes de morbo y misterio para atraer toda la atención mediática y mantener el asunto en el candelero durante algunos días. Una muerte violenta, que anduviera suelto un peligroso asesino por Huelva… Eso le daba algo más de tiempo. Contaba con una baza ganadora el ansia de venganza de dos hombres, Carlos y Ángel. Por un momento pensó que la historia se repetía, su padre y Leandro, pero desechó esos pensamientos por infantiles. No, no era lo mismo.

—Pobre joven —sacudió la cabeza—. Lo conocía. Sí, asistía a sus clases de yoga. Es terrible lo que le ha ocurrido —parpadeó varias veces—. ¿Quién es capaz de hacer algo así?

—Haremos cuanto podamos para averiguarlo. ¿Conocía el hecho de que el joven mantenía una relación con Paula Ríos?

Kenya notó un nudo en la garganta.

—Verá, no lo sabía a ciencia cierta, pero algo intuía.

—Explíqueme el porqué de esa intuición.

—Paula Ríos y yo no coincidíamos en las clases, ella iba una hora antes y, bueno… alguna vez noté, en el intercambio de sesiones, cierto coqueteo entre ellos. Pero si le soy sincera, no me había planteado que pudieran tener algo hasta este momento. Pensé que lo único que hacían era eso, tontear, sin más. —Pestañeó varias veces seguidas—. No era la única mujer que coqueteaba con el profesor. ¿No estará insinuando que Carlos Abreu podría haber matado a ese muchacho? —Dio la impresión de que en aquel mismo momento se había puesto a calibrar las posibles implicaciones de aquella idea.

Houda dirigió a Kenya una mirada que esta creyó que la atravesaba de parte a parte.

—No, yo no he dicho nada, eso lo acaba de decir usted. ¿Le parece que el señor Abreu sería capaz de tal cosa?

Le respondió con voz clara y serena.

—No, no lo creo —trató de no hacer ningún gesto que la traicionara.

—¿Ni en un arrebato pasional, llevado por los celos?

Negó con la cabeza.

—Fuera de las clases de yoga, ¿tenía usted relación con Eduardo Morales?

—No, ninguna —negó con un gesto vehemente, como si la mera idea la pusiera nerviosa.

—¿No se vieron nunca fuera del gimnasio?

—Sí, una vez coincidimos en la Tartería Las Alemanas. Suelo ir de vez en cuando a merendar allí.

Houda lo conocía, pues era uno de los mejores locales de Huelva donde tomarse un buen café y una generosa porción de tarta. La de piñones era su favorita.

—¿Cómo fue ese encuentro?

—Creo recordar que era domingo. Fui a merendar a la tartería y mientras esperaba a que me trajeran lo que había pedido… Me había sentado en la terraza porque hacía muy buen día. Edu pasó por allí, me reconoció, nos saludamos y… No recuerdo muy bien si fue él el que decidió sentarse a tomarse un café o si fui yo la que lo invitó a que me acompañara a merendar.

—Esfuércese un poco en recordar quién de los dos tomó la iniciativa —dijo Houda con la vista clavada en Kenya.

—Tal vez fue él, pero no estoy muy segura.

—Entonces, ¿diría que fue el señor Eduardo Morales?

—Sí, tal vez.

—¿Tuvieron una conversación agradable? ¿De qué hablaron?

Las preguntas se sucedían cada vez con más rapidez.

—No me acuerdo muy bien, pero creo que del tiempo. Como ya he dicho anteriormente, hacía un día estupendo y por eso me senté en la terraza.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Pues el tiempo que se tarda en beberse un café y tomarse un trozo de tarta.

—Intente recordar, por favor. ¿Media hora, una hora…?

—No sé, tal vez media hora, no mucho más —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y en media hora solo hablaron del tiempo?

Kenya tragó saliva un par de veces.

—Puede que también habláramos del yoga, que él me contara algo sobre los beneficios de esta disciplina. No estoy segura, puede que esté mezclando recuerdos de lo que nos contaba en clase con lo que pudimos hablar aquel día.

—¿Puede precisar cuándo ocurrió ese encuentro?

—Eh… hará mes y medio. Antes de que realizara el viaje a Berlín.

—¿Se podría decir que usted y el señor Eduardo Morales eran amigos?

—No, para nada.

—Entonces, ¿solo eran conocidos?

—Sí. La relación era la normal en estos casos: él era mi profesor de yoga. Y si le soy sincera… tanto el resto de los alumnos como yo echábamos de menos al instructor que estaba de baja, al que Eduardo estaba sustituyendo. Solíamos comentar entre nosotros que a Edu, al ser más joven, se le notaba la inexperiencia.

—La pregunta que le voy a hacer a continuación le puede parecer extraña por la poca relación que, según usted, tenía con el joven, pero estoy obligada a hacérsela. ¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño al señor Eduardo Morales?

Los oscuros ojos de Kenya buscaron los de Houda.

—No.

—Creo que es suficiente por ahora. ¿Hay algo más que quiera añadir? —acabó preguntando la inspectora, sosteniéndole a Kenya la mirada. Los ojos de la joven eran insondables, pero Houda creyó percibir en su frente una arruga de preocupación.

—No. Solo quiero decirles que estoy muy preocupada por Carlos, espero que esté desconectando del estrés del trabajo y que aparezca pronto. En cuanto a lo de Edu… siento mucho lo que le ha ocurrido. Espero que atrapen a quien lo hizo.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano, no le quepa la menor duda. —Se levantó de la silla—. Hemos terminado, puede marcharse.

Kenya también se incorporó y colocó bien la silla. Notó con sorpresa que le temblaban las piernas. Le había ocultado mucha información a aquella agente.

—Una última cosa: debe de estar localizable en todo momento, por si necesitáramos volver a hablar con usted.

—Sin problema, mantendré el móvil encendido y con batería.

El agente que había estado durante todo el interrogatorio en silencio, sentado detrás de ella, le abrió la puerta. No la acompañaron a la salida; Raúl cerró la puerta de la sala con sumo cuidado. Ahora tocaba que Houda y él analizaran la impresión que les había causado el testimonio de aquella joven.

15

Oleh, el ejecutivo de origen rumano que se encontraba sentado a la derecha de Manu, había estado chateando con el móvil y, a raíz de ello, había perdido el hilo de lo que explicaba la conferenciante en su presentación. Era uno de los participantes del curso que más se había hecho notar, pero aquel día parecía que andaba algo distraído. Manu creía que era el típico tío ansioso de que se le tuviera en cuenta, que solo pensaba en escalar puestos en la empresa y en conseguir la preciada chapa dorada en la puerta de uno de los despachos de la última planta. Era un hombre de más de cuarenta años, de cabello negro rizado con entradas, ojos pequeños, boca femenina de labios finos, barbilla poco pronunciada, manos delicadas, manicura en las uñas, zapatos caros, actitud despreciativa y sin interés visible en algo o alguien que no fuera su propia persona.

—No sé —contestó Manu en tono cortante sin saber por qué—, yo también me he despistado.

Manu hacía tiempo que había dejado de escuchar a la mujer, de atender al PowerPoint con el que esta intentaba potenciar el impacto de su mensaje.

Miró a su alrededor en la sala y se sintió estúpido por estar allí con aquel anodino grupo de personas. Se sintió un estafador; le vino a la memoria el principio de incompetencia que Laurence J. Peter, catedrático de Ciencias de la Educación de la Universidad de California, formuló en 1969 en su libro *The Peter Principie*. Esta teoría, explicada de forma sencilla, venía a decir que, si eres bueno y haces un buen trabajo en tu puesto, podrás ascender, y que, si en el nuevo trabajo sigues siendo eficiente, puedes continuar promocionando…, así hasta que llegues a un puesto en el que ya no lo hagas tan bien y alcances tu máximo nivel de incompetencia.

—Pero, ¿ha empezado ya con el tema de los presupuestos anuales o sigue dando datos económicos?

—¡Joder!, ¡deja de prestarle atención al puto móvil y podrás enterarte! —Dijo Manu, reprobándolo con la mirada, aunque continuó conciliador al ver el gesto de desagrado del compañero—. Hace rato que desconecté, yo no entiendo de estas cosas —acabó gruñendo—. ¡No sé qué coño hago aquí!

El hombre se encogió de hombros, cruzó las piernas y volvió a concentrar toda su atención en el móvil, que mantenía en silencio

pero que no dejaba de vibrar.

El rechazo de Kenya le había dolido. No debería haberle importado tanto, pero lo había hecho. Cada vez que pensaba en ella, la irritación le atravesaba el cuerpo como un rayo. Tenía un nudo en el estómago desde el día anterior, y un montón de pensamientos oscuros no dejaban de atormentarlo.

¿Dónde coño se habría metido Carlos? Era la pregunta recurrente que se hacía en las últimas horas.

Por otro lado, no era capaz de comprender el comportamiento de la joven. ¿Cuántas veces se habían acostado juntos? ¿Cuántos orgasmos le había provocado? ¡Joder! ¿Follaba con él solo porque Carlos así lo quería?

Él no había participado en ningún trío antes de unirse a ellos. Se había metido en todos aquellos rollos sin tener ni puta idea, creyendo que había tenido una suerte cojonuda porque iba a terminar una noche en la que había salido de juerga con el jefe montándoselo con una guarra que estaba cañón; que el plan era que Carlos y él se turnaran para follársela mientras el otro miraba y se iba poniendo cachondo. Pero no, no era eso lo que Carlos tenía en mente. Se sorprendió tanto de que Carlos lo acariciara mientras él estaba dentro de Kenya que, por un momento, pensó que se le iba a convertir el pene en un cacahuete. Pero se estaba follando a una diosa, a la mujer más increíble que había conocido en su vida, así que la excitación se mantuvo. ¡Qué mierda! Si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que ese había sido el orgasmo de su vida.

Acabó acostumbrándose a aquellos jueguecitos. Llegó a hablar de ello con Kenya y esta lo tranquilizó bastante. No era que Carlos y él tuvieran una vena gay; sino que disfrutaban del sexo con total libertad, sin ponerse límites, pasándose por el forro cualquier etiqueta. Ella también se lo montaba con chicas en las orgías que planificaba Carlos, tipo la película *Eyes wide Shut* de Stanley Kubrick, en la casa que tenía en propiedad en las afueras de Almonaster la Real. Carlos no se cansaba de decir que las orgías eran tan viejas como la humanidad.

Una vez participaron en una fiesta organizada por la empresa suiza Castelevents y fue la leche. Decorados barrocos, camas redondas, humo de colores, un catering increíble, músicos tocando en directo, pijos por todos lados… Según Carlos, se había dejado medio riñón por participar en aquel sarao. A Carlos y a él les habían hecho unos smokings a medida para la ocasión, y Kenya lució un vestido largo de esos que solo se ven en la alfombra roja de los Oscar. Total, para lo que les había durado la ropa.

La participación en una de esas celebraciones solía ser muy restringida; el empresario había tenido que currárselo para que les permitieran participar en aquella. Esa noche se había follado a un par

de mujeres hermosas, pero ninguna comparable a Kenya. Tanto vestida como medio desnuda, con tacones vertiginosos y lencería fina, estaba espléndida. Era obligatorio llevar máscaras venecianas que cubrieran los rostros, ya que muchos de los asistentes a la celebración eran gente influyente. ¡A saber a quién se había llegado a follar aquel día!

Había estado a punto de matar a una mujer a la que le excitaban las prácticas sadomasoquistas. Se le había pasado la mano, se había ensañado con aquella desconocida. Kenya había impedido que la matara al parar aquella locura. Debió de intuir que él andaba mal, que por un momento había perdido la cabeza al verla rodeada de hombres que la penetraban por todos lados. Carlos los estaba arengando para que hicieran con ella, y con él, lo que quisieran. Él no había podido aguantarlo durante mucho tiempo, pero ella… Ella les seguía el juego y parecía disfrutar.

Había logrado zafarse de las zarpas y de los penes que le asfixiaban y había acabado en aquella habitación oscura. La desconocida estaba encadenada a una pared por el cuello y por las muñecas, y en aquel momento estaba recibiendo latigazos de un hombre enclenque. Era el blanco ideal contra quien descargar su rabioso aturdimiento. Había echado a aquel depravado de allí y se había volcado en darle a aquella enferma lo que tanto deseaba, utilizando los puños para tal fin. Kenya había aparecido a los pocos minutos y le había separado del cuerpo que él había convertido en un saco de boxeo. Se había enfadado muchísimo, no tanto por lo que estaba haciendo sino por la reacción de Carlos si aquello se le hubiera ido completamente de las manos. «Llevábamos muchas horas allí, por lo que no me habría resultado difícil convencer a Carlos de que estaba agotada y de que nos marcháramos», se dijo para sí.

Después de aquel despiporre, a Carlos le había gustado tanto la experiencia que se había obsesionado con tener un lugar en el que montarse sus propias orgías con la gente que él eligiese para tal fin. Compró la casa de la sierra, la reformó y la amplió (ahora contaba con más de cuatrocientos metros cuadrados), y la había convertido en un club privado de intercambio *swingers*.

Según le había contado Kenya, su mujer no tenía ni remota idea de la existencia de aquel lugar y mucho menos del uso que le daba su marido. Si alguna vez se hubiera enterado y hubiera visto lo que este tenía montado allí...: un jacuzzi, una sauna, una mazmorra con todo tipo de herramientas para dar placer o para torturar, según las intenciones con las que se entrase en ella; un cuarto con camillas de masaje y estanterías en las que se podían encontrar todo tipo de inciensos, cremas y aceites olorosos; una cocina equipada con todo lo necesario para que cualquier cocinero o empresa de catering

elaborasen *in situ* sus exquisiteces; el bar, con la barra decorada con antiguas contraventanas venecianas y con candelabros de base de madera con cientos de cristales.

Manu se estiró y sacudió los hombros y la cabeza para desbloquear la tensión que lo atenazaba.

«¡Hostia, deja de pensar en toda esa mierda y céntrate en lo que esta puta estirada está diciendo!», se recriminó.

Pero era inútil fustigarse e intentar librarse de todos aquellos pensamientos catastróficos que no le dejaban en paz desde la visita de Kenya, de la misma manera que tampoco podía dejar de rememorar los momentos, algunos buenos y otros angustiosos, vividos junto a ella y junto a Carlos.

16

Julie avanzaba por el sendero que corría paralelo a la orilla de la ría. En algunos tramos, con marea alta, no había más de un par de metros desde el camino hasta el agua. En cuanto dejó atrás la zona más despejada y se internó bajo la sombra de los árboles, volvió a sentir el desasosiego que tan bien conocía. Se quedó mirando, por entre los troncos de los pinos, las aguas de color verdoso de la ría, el brillo de los últimos rayos del sol en la superficie y las copas de los árboles meciéndose por una suave brisa. Su ánimo estaba teñido de pérdida, de dolor, de soledad. Los acontecimientos del pasado le habían destrozado la vida para siempre. Su reflejo en los ojos de Kenya había sido tan oscuro como lo eran ahora los ojos de la chica. La angustia que sentía era como el zumbido sordo de su acúfeno, como el temblor constante de unas vísceras plagadas de parásitos.

«No, no puedo seguir torturándome o me volveré loca», pensó.

Julie se encontraba tan preocupada por gestionar sus emociones que ni se fijó en el ciclista que pasó por su lado y que dejó de pedalear unos metros más adelante; que se bajó de la bicicleta y que se agachó, como si inspeccionara las ruedas. Julie no se dio cuenta, pero aquel hombre sacó un móvil de última generación de un bolsillo de su maillot y le hizo un par de fotos. El joven de cabello rubio, alto y robusto, se irguió, se guardó el móvil y, sin más dilación, se montó en la bicicleta para continuar su recorrido. Julie siguió mimetizando su dolor con las impresionantes vistas de la ría.

17

Se había pasado toda el día de un lado para otro. A primera hora de la mañana, informando a los burócratas de turno de las líneas de investigación que seguían en el caso del degollado del Holea. En los pasillos, entre las visitas a los despachos de los mandamases, había tenido que ir esquivando a periodistas que la seguían a todos lados para intentar conseguir algún dato nuevo sobre el homicidio. Había ido a comer en casa de sus padres porque era el cumpleaños de Hanae, su hermana pequeña y hacía semanas que le había prometido a su familia que asistiría a la fiesta sorpresa que le habían montado. A las cuatro de la tarde, Raúl y ella iban camino de Aracena para interrogar a los ejecutivos que participaban en el curso de formación que impartía la empresa de Carlos Abreu en ese pueblo de la sierra.

Hasta pasadas las once de la noche no habían regresado a la capital. Todo el camino de vuelta habían conducido bajo un aguacero terrible, a una velocidad irrisoria parte del trayecto. El paisaje había pasado a su lado sin mostrarse, en una noche demasiado oscura y mística. En la ciudad, la lluvia había hecho descender varios grados la temperatura ambiente y que el aire fuera todavía más húmedo, pero, por otro lado, también más respirable. Raúl la había dejado en el parquin de la comisaría para que pudiera coger su coche y marchase a casa. Esa había sido su primera intención pero, en el último momento, había decidido entrar en el edificio. Le pareció agradable encerrarse en su despacho. Creía que el tiempo dedicado solo a absorber datos tenía un valor tremendo para cualquier investigación.

Después de un par de horas más de trabajo, el cansancio pudo con Houda. Apenas podía mantener los párpados abiertos. Si no se espabilaba un poco, sus compañeros la iban a encontrar a la mañana siguiente dormida en su silla. Habría sido un completo desastre. Solo faltaba algo así para que la miraran todavía con más rencor. Seguro que acababan pensando que andaba haciendo méritos para escalar puestos. Y la motivación no era esa en absoluto.

En el viaje a Aracena había ocurrido algo que la tenía preocupada.

Antes de desplazarse hasta allí, habían investigado a los asistentes al curso y a los conferenciantes del mismo. Un tal Oleh Oncioiu, de origen rumano, había cumplido condena penitenciaria en su país por prevaricación y malversación de fondos públicos cuando trabajaba como directivo de la televisión pública de Rumanía. Al parecer, había

dispuesto de dos Visas Oro con las que se había gastado más de seiscientos mil euros en drogas, hoteles, restaurantes, viajes y prostitutas de lujo. También había sido incriminado por agresión sexual y acoso a varias empleadas, aunque las denuncias habían sido desestimadas cuando estas mismas trabajadoras se desdijeron de las acusaciones. Se sospechaba que había pagado cantidades millonarias a esas chicas para comprar su silencio. Y algo más preocupante aún: en el expediente que les había enviado la policía de aquel país se sugería que podía estar en contacto con las mafias rumanas de explotación sexual que actuaban por Sevilla y Huelva, que empleaban una violencia extrema con las jóvenes a las que captaban y engañaban para que se dedicaran a la prostitución *low cost*. Solían utilizar el método conocido como «*lover boy*», que consistía en simular una relación sentimental con la joven para luego aludir a la necesidad de obtener dinero para ambos, con lo que se las empujaba a ejercer la prostitución. Esta táctica la usaban los miembros de esas bandas con varias chicas a la vez, y a veces incluso llegaban a casarse con alguna de ellas. Estas mafias rumanas se asemejan a las rusas, y ambas se diferencian del resto de organizaciones criminales por lo peligrosas y violentas que son.

Houda se había informado y descubierto que a mediados de 2000, tras una modificación legal del Gobierno de España fechada en 2001, que afectaba a la llegada de extranjeros al territorio español, se había incrementado la llegada de mujeres rumanas con edades comprendidas entre los dieciocho y los treinta años de edad para su explotación sexual. Esta ley había propiciado que disminuyeran las mujeres latinas que se dedicaban a la prostitución, pues a partir de entonces se le exigía el visado a todo ciudadano procedente de países latinoamericanos. Ahí fue cuando irrumpió la mafia rumana, introduciendo en España a centenares de jóvenes con contratos de trabajo falsos. Las sacaban de su país, normalmente en autobús, a través de la frontera con Hungría, ya que Rumanía no ingresaría en la Unión Europea hasta 2007. Hungría por aquella época era uno de los veintiséis países que formaban dicho grupo, que no tenía controles fronterizos internos, por lo que el viaje hasta España resultaba bastante sencillo. Cuando las chicas llegaban a este país, las instalaban en prostíbulos que solían gestionar españoles. Los proxenetas eran los que se quedaban con el dinero que ganaban las chicas y estos, a su vez, pagaban un porcentaje del negocio a los dueños de los establecimientos. De esta forma, todas las partes ganaban salvo las mujeres. A las chicas apenas se les daba para sus gastos más básicos. Últimamente estas mismas mafias habían cambiado de escenario y habían conducido el negocio de la prostitución desde los clubes de alterne hasta pisos particulares. Las chicas a las que captaban

procedían de familias desestructuradas, de bajo nivel sociocultural. Muchos padres vendían a sus hijas por dos mil o tres mil euros y firmaban una autorización notarial para que pudieran salir de Rumanía. Por todo eso se podían encontrar pisos llenos de menores, vulnerables y asustadas, a las que se les privaba de libertad y se esclavizaba. Otras prácticas delictivas de estos grupos solían ser la extorsión y la coacción a empresarios rumanos asentados en España, para que les pagaran por recibir protección y «evitar problemas». En el caso de que alguno se negara a efectuar el pago, entraban en escena matones que le propinaban una brutal paliza. Dichos delincuentes solían estar en muy buenas condiciones físicas, pues se estrenaban hasta la extenuación para tal fin, convirtiendo sus cuerpos en armas letales.

La inspectora Falú buscó entre un montón de carpetas la que tenía el rótulo «Ioan Clamparu, alias Cabeza de Cerdo». Estaba tan cansada que ese esfuerzo hizo que le temblase todo el cuerpo. Sacó el abultado informe que había en el interior de la carpeta, que básicamente describía cómo se había llevado a cabo la captura del mayor capo de la prostitución rumana en Europa. Se le había detenido por el delito de determinación a la prostitución, por obligar a menores a prostituirse y por ser el autor de un delito de aborto. Se frotó los ojos con fuerza para intentar ver mejor, pues se le nublaba la vista. Leyó que las mujeres que habían testificado en su contra relataron que a las chivatas se les cosía la boca con alambres; que una chica había recibido el peor de los suplicios, la ataron a una palmera y le azuzaron perros famélicos que la devoraron en cuestión de minutos; que muchas abortaron por las palizas que recibían y que, al poco de perder a sus bebés, las obligaban a volver al trabajo con algodones en la vagina.

Asqueada por leer todas aquellas barbaridades, Houda soltó los papeles encima de la mesa y, levantando del suelo la papelera que tenía a su derecha, vomitó dentro toda la comida que había ingerido en el cumpleaños de su hermana. Trocitos de las empanadillas de berenjenas, de las croquetas de verduras y legumbres, del couscous de ternera y del turrón de almendras salieron a chorros de su boca. Las contracciones del esófago se sucedieron durante unos minutos. Cuando empezaron a remitir, porque ya no había nada dentro del cuerpo que expulsar, se levantó de la silla y llevó la papelera al cuarto de baño. No tuvo fuerzas, ni ganas, de vaciarla en uno de los inodoros y ponerse a limpiarla. Lamentaba tener que dejar aquella guarrada allí, para que se hiciera cargo de ella alguna de las limpiadoras, pero su cuerpo le acababa de lanzar un ultimátum: «O te vas a casa, o este caso te va a pasar factura».

Se resignó a irse a su apartamento con cierto sentimiento de frustración: sabía lo importante que era el factor tiempo para resolver

un crimen, sobre todo los primeros días. Eran demasiados los casos que no llegaban a resolverse. Pero convenía que estuviera descansada al día siguiente, para evitar cometer, por agotamiento, algún error que pudiera resultar desastroso para la investigación.

De camino a su casa, en los momentos que pasó bajo la ducha y hasta que cayó hecha un guiñapo en la cama, sus últimos pensamientos fueron para el rumano.

Al parecer, Oleh Oncioiu había entrado en una de estas organizaciones criminales con el cometido de blanquear capital. Se encargaba de contactar con empresarios corruptos que no tuvieran escrúpulos en negociar e invertir ese dinero negro. Oleh y las mafias rumanas podían estar detrás de la desaparición del empresario y también del degollamiento del profesor de yoga.

Una de las llamadas que había hecho regresando de Aracena era para que autorizaran investigar las cuentas de la empresa de Carlos Abreu. Tenían que comprobar si el empresario español estaba siendo extorsionado o presionado por aquella gente, o si este era cómplice de aquellas mafias. En cualquiera caso, había esperanzas de volver a verlo vivo aunque, cada día que pasaba, esa probabilidad se hacía cada vez más pequeña.

¿Se había salido algo del guion? ¿Los rumanos habrían borrado todo rastro de sus chanchullos con el empresario? No tenían pruebas con las que enjuiciar a Oleh, así que en la entrevista que mantuvieron con él solo le habían hecho las preguntas rutinarias. Este les había contado cómo había conocido al empresario en una fiesta privada que él había organizado en Rumanía, cuando todavía residía allí, y que, al trasladarse a España, utilizó ese contacto para encontrar trabajo. Otros conocidos le habían cerrado las puertas en las narices o le habían dado excusas estúpidas para quitárselo de encima por sus antiguos problemas con la ley, aunque aseguró con vehemencia a los inspectores de policía que ese había sido un error del pasado. Concluyó su testimonio con que había venido a España para comenzar una nueva vida y había tenido la buena suerte de que Carlos Abreu hubiera decidido echarle una mano, que le hubiera querido dar una segunda oportunidad, por su experiencia y «por los viejos tiempos». Este le había ofrecido un puesto en su empresa, de Recursos humanos, que él se había apresurado a aceptar. Y, no, no sabía nada del empresario desde hacía días, por lo que no podía serles de más ayuda en aquel asunto.

Por si no hubieran tenido bastante con Oleh, estaba ese tal Manuel Pavón Viera, otro posible sospechoso, con otra historia delictiva a sus espaldas.

El caso no dejaba de embrollarse según iban pasando las horas. No tenían testigos del asesinato ocurrido en el Holea. Un par de cámaras

del parquin no funcionaban el día en el que se cometió el asesinato. No eran las de entrada y salida al mismo, por lo que los encargados de la seguridad del centro comercial no se habían partido el culo por arreglarlas. Una maldita negligencia humana les había fastidiado parte de la investigación. Ninguna prueba física, no tenían el arma del crimen y el único móvil aparente era el de venganza por honor. Pero la conexión con el empresario desaparecido podía no existir después de todo.

Las declaraciones de todos aquellos a los que habían interrogado parecían confirmar que el joven era de lo más normal. Lo único reprochable en él era la relación que mantenía con Paula, una mujer casada. ¿De qué eran capaces algunos hombres cuando se enteraban de que sus mujeres les eran infieles? De matar. Violencia de género llevada al máximo extremo. ¿Y si esta vez se había optado por acabar con el donjuán en vez de ir contra la adúltera?

Houda se recriminó que lo único que hacía era especular sobre ambos sucesos. Era evidente que no conocía todos los detalles. Todo eran conjeturas genéricas, sin la menor pista que las respaldara. ¿Qué se le estaba pasando? Apretó los dientes hasta que le dolieron, frustrada.

Nunca había ignorado, en los años que llevaba en el cuerpo de policía, un par de premisas básicas: que las cosas rara vez son como parecen a primera vista y que en el interior de todas las personas anida algo oscuro, incluso en ella misma. Los instintos más ancestrales pueden imponerse en cualquier momento si se dan las condiciones adecuadas. Se esforzó en relajar la boca y cerrar los ojos.

Houda no pudo más que preguntarse antes de caer rendida en brazos de Morfeo, ¿a qué nos enfrentamos? ¿Qué camino debemos seguir ahora, si dondequiera que miramos nos encontramos con más y más sospechosos e interrogantes? Son demasiados interrogantes a los que darles respuesta. Como en cada caso al que se enfrentaba, le costaría dormir bien —se despertaría sobresaltada en más de una ocasión, asediada por alguna pesadilla surrealista— hasta que hubiera encontrado respuestas a todas aquellas preguntas que le rondaban por la cabeza.

18

Kenya salió marcha atrás del aparcamiento del hotel y se reafirmó en que había sido muy buena idea lo del nuevo acercamiento a Julie. La había llamado a la aventura hacía un par de días y esta, superada la sorpresa inicial de volver a saber de ella, había accedido sin dilación a una nueva entrevista. Incluso había tomado la iniciativa y la había invitado a comer en uno de los restaurantes de El Rompido, en La casa del Palo, un negocio familiar en el que había que reservar con varios días de antelación si se pretendía degustar su famoso arroz negro. Así que allí se dirigía Kenya ahora. Del hotel al restaurante solo había unos diez minutos andando, pero se llevaba el coche porque después de la comida tenía intención de ir a Huelva, al despacho que utilizaba en el edificio de oficinas de la empresa de Carlos.

Los últimos días había reflexionado sobre la desaparición de Carlos y cada vez estaba más segura de que debía de estar relacionada con la vuelta a España de su antiguo amigo. Tenía la impresión de que muchas de las piezas del rompecabezas empezaban a tener sentido, a encajar. Y Ángel, lo quisiera o no, era una parte importante de aquel puzle.

Aparcó el coche en el amplio parquin del centro comercial El Faro y, jugueteando con las llaves antes de guardarlas en el bolso, empezó a bajar la cuesta que conducía a la calle más transitada del pueblo, donde se ubicaban la mayoría de los restaurantes y tiendas.

Descubrió a la mujer sentada en una de las mejores mesas del local, las de primera línea, sin interferencia alguna a las vistas de la ría.

—¡Hola!—Dijo Kenya. Julie se levantó enseguida y le tendió la mano—. Has elegido un restaurante con encanto.

—Es uno de mis favoritos, por sus guisos tradicionales y por la magnífica calidad de los productos que utilizan —dijo Julie, observando a Kenya con franqueza, pero también con algo de intensidad, como si quisiera leerle el pensamiento.

—Me habían hablado de él, de que aquí se puede comer un buen arroz negro.

—¡Oh! Me he atrevido a pedir que fueran preparando uno para nosotras, con la intención de que lo probaras. Me he arriesgado porque, aunque no hubiera sido de tu agrado…, aquí lo que sobra te lo guardan para que te lo puedas llevar a casa.

Kenya se sorprendió sonriendo ante la franqueza de aquella mujer. Había algo en ella que le resultaba auténtico, natural y firme. Aquel día llevaba el pelo claro peinado hacia atrás, pero esta vez no recogido en un moño sino en una coleta alta. Seguía vistiendo con ropa cómoda: falda de color salmón por encima de la rodilla, camisa de un blanco impecable y unas sandalias abotinadas de cuero de puntera abierta con detalle de borlas. No había en ella nada frívolo ni superficial.

—Me parece bien —dijo Kenya—, el arroz me gusta y tengo hambre.

—Me alegro de que mi elección haya sido de tu agrado.

Una camarera se acercó a tomar nota de las bebidas y, como ambas pidieron vino blanco, les aconsejó un Vega de la Reina del 2013. A las mujeres les gustó su aroma a frutas blancas, anisado e intenso, que les dejaba al final en la boca un gusto algo amargo, aunque agradable. El vino fue el acompañamiento perfecto al plato de gambas y a la pimentada con melva que compartieron antes de que llegara el arroz negro.

Hablaron durante dos horas. Y cuanto más hablaban, más se desdibujaban los sentimientos enfrentados del pasado. Por unos instantes, ambas mujeres se sintieron en paz entre sí. Las cicatrices del corazón todavía seguían allí, tanto las de Julie como las de Kenya, pero algo les decía que podrían vivir con ellas. La angustia que había corroído a Julie durante años, que se había encallecido en su estómago hasta casi convertirse en una bola de acero, se fue diluyendo conforme pasaban los minutos enfrente de la hija de Elder.

Conocía la verdad y estaba allí, con ella.

Las palabras de la joven, junto con el frescor del aire, el rumor de los comensales del restaurante, el grito de las gaviotas, el traqueteo de la vajilla que llevaban o recogían de las mesas los camareros… eran una sinfonía muy agradable que la aliviaba, la calmaba y le daba paz.

Habían comido copiosamente y tenía una sensación muy placentera que se extendía por todo su cuerpo.

Kenya calló de pronto, como si lamentara tantas palabras pronunciadas, como si se diera cuenta de que había estado monopolizando todo el tiempo la conversación. Apuró con avidez las últimas gotas de vino de su copa y alargó el brazo en busca de la botella, que se mantenía fría en la cubitera de pie que habían colocado en uno de los extremos de la mesa, para volver a rellenar las copas. Vació la botella. A causa del vino, sentía una flojera agradable. Pensó en las ironías de la vida. Quién le hubiera dicho hacía unos días que acabaría disfrutando de una buena comida, en un lugar precioso, con la asesina de su primer amor. La vida era fútil, imprevisible, a veces todo se podía normalizar a la velocidad del viento. Por unos instantes,

se había olvidado de la desaparición de Carlos, del ermitaño de Ángel y del intenso Manu, se había olvidado de ellos y de todas sus preocupaciones. La fotografía, el arte y la música habían copado la totalidad de su conversación con Julie.

Sonó el timbre de llamada del móvil de Kenya. Le tenía puesto como tono una canción que le encantaba: *Carreteras infinitas*, del grupo Sidonie, compuesta para homenajear a todos aquellos que se echaban a la carretera llevándose tan solo unas canciones, una adolescencia inacabada y un inexplicable amor hacia el peligro. Pensó en ignorarlo y no responder a la llamada pero, aunque el teléfono estaba dentro del bolso, aquel tono podría molestar a los comensales que las rodeaban o, por lo menos, eso pensó la joven al ver a la mujer de la mesa contigua mirar hacia su dirección.

—Perdón, voy a ver si es importante —dijo a Julie mientras se levantaba de la mesa y se dirigía al callejón que había a un lado de la terraza del restaurante. Estaban esperando los postres, así que no consideró que fuese muy descortés dejarla unos minutos sola.

Al escuchar la voz que le hablaba al otro lado de la línea, sintió un leve hormigueo por todo el cuerpo.

—Sí, iré a verte —fue lo único que dijo antes de pulsar el botón de cancelación de llamada y de sumergirse de nuevo en el fango de unas emociones de las que se había creído liberada.

En la pantalla del móvil seguía apareciendo el número y el nombre de la persona con la que acababa de hablar. Se quedó desconcertada, pensaba que no volvería a saber nada más de él…, que un nuevo encuentro podría ser desastroso para ambos. Y había ocurrido todo lo contrario, incluso la citaba en un lugar que no era nada neutral, en la casa de Almonaster la Real de Carlos.

La mente de Kenya se llenó de una angustiosa maraña de dudas. ¿Por qué razón la había citado en aquel lugar en concreto? ¿Sería posible que la viera como una aliada? No le importaba que la usara, siempre y cuando eso no impidiera que alcanzaran un objetivo común. Podría quedarse solo en una alianza circunstancial, surgida en el presente y obviando las raíces del pasado. De todas formas, debía permanecer muy atenta, pues no podía confiar en él. No, no sería tan estúpida para hacerlo, pues en cualquier momento el viento podía cambiar de dirección y echarle toda la mierda encima. Si algo le había enseñado la vida es que los vientos siempre están cambiando.

Tuvo la sensación palpable de que algo malo iba a ocurrir, como la que sintió diez años atrás en Faro, unos días antes de las muertes de su padre y de Leandro. Intentó apartar aquel mal presagio de su imaginación. Respiró hondo antes de encaminarse a la mesa en la que la esperaba Julie, con los postres ya encima del inmaculado mantel blanco.

19

El vestíbulo del hotel estaba casi vacío. Los únicos sujetos que encontró allí, a las cuatro de la tarde en un día de temporada baja, fueron la chica morena de ojos verdes y sonrisa arrebatadora de detrás del mostrador de recepción que tecleaba compulsivamente frente a uno de los ordenadores y el anciano que esperaba la llegada del ascensor apoyado en su bastón.

El hombre arrugó el entrecejo, molesto por el olor a productos de limpieza que flotaba en el ambiente que le resultaba un tanto mareante.

Escudriñó con minuciosidad a la joven mientras se acercaba a ella. La luz que desprendía, sus hoyuelos, sus senos… Cuando esta reparó en él, dejó lo que estaba haciendo y se levantó de la silla giratoria para recibirlo, perspectiva que aprovechó el hombre para evaluar en conjunto el armonioso cuerpo de la joven. La encontró tentadora, deseable. Pensó que, cuando finiquitara todos los cabos sueltos, tal vez podría permitirse un regalito de despedida antes de regresar a su país. Se la follaría hasta que la chica desfalleciera por los empellones de su rabo o hasta su propia extenuación. Pero aquel no era ni el lugar ni el día, ni la chica adecuada para desahogarse. Estaba allí por trabajo, y no era tan gilipollas como para mezclar negocios y placer. La realidad, la razón por la que había ido a aquel hotel, reafirmó su postura.

La recepcionista respondió a su mirada ruborizándose y con una sonrisa encantadora. No le sorprendió que reaccionara así, pues estaba acostumbrado a que la mayoría de las mujeres se turbaran ante su presencia. Se sabía atractivo.

—Buenas tardes, ¿qué puedo hacer por usted?

«Puedes empezar por salir de detrás de ese mostrador, arrodillarte delante de mí, bajarme la cremallera y chupármela», pensó. Sus ojos centellearon de forma cruel.

—Buenos tardes. Verás, una amiga mía se hospeda en este hotel y me gustaría verla. ¿Serías tan amable de comprobar si se encuentra en su habitación y avisarla de que estoy aquí?

—¿Esa amiga sabe que usted iba a venir a verla? —preguntó recelosa, antes de interesarse siquiera por el nombre de la huésped.

—Sí y no. Hablamos por teléfono hace unos días y le dije que tal vez me pasara a saludarla, que dependería de si podía escaparme de una de las tediosas reuniones de trabajo que tengo en Sevilla.

—No podemos darle información sobre las personas que se hospedan en nuestro hotel. Lo mejor será que llame a su amiga por teléfono para que baje a recepción o le autorice a subir a su habitación.

—Verás, si pudiera llamarla por teléfono no estaría aquí hablando contigo y perdiendo un tiempo precioso. He extraviado el móvil y no recuerdo de memoria su número de teléfono. Si no te importa, nos dejamos de tonterías, y haces lo que te he pedido. Eso, o me das el libro de reclamaciones, tú verás.

La recepcionista bajó la mirada hacia la saliva blanca que se le había acumulado al hombre en las comisuras de la boca; estos residuos la asquearon un poco y le restaron atractivo a aquel tipo. Además, odiaba a los hombres a los que se les veía a la legua una vena prepotente. Había resultado ser un capullo más. Estaba cansada; la noche anterior su hermana había dejado a su sobrina, de apenas dos años de edad, a su cargo, porque ella y su marido iban de bodorrio. Si la pequeña tirana no se había despertado diez veces aquella noche, llorando a moco tendido y llamando a sus padres…, que bajara Dios y se lo desmintiera. Se moría de sueño, hoy no tenía alma para lidiar con los marrones que, aun estando en temporada baja, iban surgiendo en la recepción. Para más inri, a esas horas no había ningún compañero o superior al que consultarle qué debía hacer en relación a lo que le estaba pidiendo aquel tipo.

—El nombre de mi amiga es Kenya Saravia.

—Veré si puedo ayudarle —dijo la joven con la placidez que siempre exhibía ante personas que perdían los nervios o que intentaban hacérselos perder a ella.

Tecleó en el ordenador y, tras un breve escrutinio a la pantalla, dijo:

—Kenya Saravia no se encuentra en este momento en el hotel.

—¿Ha dejado su habitación? —Se humedeció los labios y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Sí. —No consideró que aquel guiri gilipollas debiera saber que el empresario Carlos Abreu era el que reservaba durante todo el año aquella habitación con vistas al mar, ni que la tal Kenya Saravia entraba y salía del hotel como Pedro por su casa.

Se quedó pensativo y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero negra que llevaba.

—¿Estás segura? –De repente, la voz y los rasgos faciales del hombre eran duros como el acero.

—Sí —asintió nerviosa. Volvió a dirigir una mirada vaga a la pantalla del ordenador—, completamente segura.

Escudriñó a la chica unos segundos más de lo conveniente. Le ofreció un breve saludo de cabeza como despedida e hizo un rápido

giro de piernas para darle la espalda y encaminarse a la salida del hotel.

«¡Maldita puta! Me ha dado esquinazo», pensó iracundo el hombre mientras bajaba a zancadas la cuesta que enfilaba hacia la entrada del recinto hotelero. Seguro que Kenya Saravia sabía dónde se encontraba el maricón de su jefe. Estaba muy cabreado. Él había hecho un buen trabajo, rápido y limpio, y todavía no le habían pagado. Se acabó la espera, había llegado el momento de actuar, era hora de moverse. Alguien tenía que hacerse cargo de ese dinero, ¡pero ya! Si continuaba por aquellos lares podía salir algo mal y acabar en el trullo. Solía guardar la compostura en situaciones estresantes, pero en esta ocasión hervía de ira por dentro. Toda la culpa era suya, por el error organizativo de no haber cobrado el trabajito por adelantado. Una y no más, Santo Tomás. Su intuición le aconsejaba a voces que se pusiera las pilas porque, si no, podría acabar bien jodido.

20

Houda se arrepintió de haber accedido a acompañar a su hermana Houriya al centro comercial Holea para ayudarla, y darle apoyo moral, a la hora de elegir ropa para sus hijos en el Primark. Si había algo que su hermana mayor odiaba, por encima de todas sus obligaciones como ama de casa, era eso. La inspectora no había declinado la poco apetecible oferta porque creía que era bueno ocuparse de otras cosas, distanciarse de los casos que estaba investigando, para conseguir darles soluciones. Así el cerebro descansaba un poco y podía volver a estar a pleno rendimiento más tarde. Se había vuelto tan recelosa de su intimidad que podría decirse que su vida social se limitaba casi por completo al tiempo que pasaba con su familia.

Sin embargo, nada más estacionar la furgoneta Citroën Berlingo de Houriya en el aparcamiento del Holea, Houda rememoró el caos que, no hacía tantos días, había tenido lugar allí. Vehículos policiales, técnicos, curiosos que mantener a raya… Se había cortado la entrada al centro comercial y se había tardado en desalojar el mismo. Lo normal si se encuentran degollado a un joven dentro de su coche en un recinto tan concurrido como ese. Regresar al lugar del crimen y comprobar que todo había vuelto a la normalidad le produjo una sensación que no sabía muy bien cómo definir. En cierta forma, la estimulaba pero también le dejaba un regusto amargo en la boca. Sobre todo, porque los pasos que estaban dando se le antojaban demasiado lentos e improductivos.

Para empeorar su humor, cuando subían por una de las escaleras mecánicas, un hombre había empujado a su hermana, que le impedía el paso al no haberse posicionado en el lado derecho de las mismas para dejar libre el lado izquierdo a los que decidían subirlas activa y no pasivamente como lo estaban haciendo ellas. De todas formas, Houriya no se merecía el empujón que ese energúmeno le había dado, ni que aquella mala bestia, que vestía con vaqueros y camisa blanca, les gritara al pasar por su lado: «¡No queremos moros en Huelva! ¡Iros a vuestro puto país!». Ninguna de las dos había tenido tiempo de reaccionar y contestarle con algún exabrupto que hubiera estado a la altura de la afrenta recibida.

Houriya era la única de las hermanas Falú que llevaba velo. Al cumplir doce años, en plena rebelión hormonal, tomó la decisión de

ponérselo. Nadie la había obligado o sugerido que lo hiciera. Tampoco lo había hecho porque creyera que por usar el *hiyab* era mejor musulmana, sino porque la hacía feliz llevarlo.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Houda. Había una rabia latente en el tono alarmado de la joven.

—¿Ese gilipollas enclenque? ¡Qué va! —respondió Houriya, negando con la cabeza.

La rabia que sentía Houda creó un silencio entre ellas que duró unos minutos. En el ínterin, Houda pensó que hoy en día el hecho de llevar velo seguía siendo un asunto controvertido, a pesar de que los onubenses estaban acostumbrados a ver a mujeres con velo, por la importante comunidad musulmana que reside en la provincia. Se seguía considerando un símbolo religioso y de opresión, cuando en el Corán no hay ningún párrafo que diga que las mujeres estén obligadas a llevar esta prenda de ropa. Como mucho, se les pide que vistan con pudor, especialmente en la oración comunitaria, ni más ni menos que como se les aconseja que lo hagan en el libro sagrado de los cristianos, la Biblia. Desde luego, ese no era el caso de su hermana: ella lo llevaba por convicción y porque le daba la gana.

Houriya era una mujer dura, cerebral y atlética. La miró de reojo y se quedó prendada de su rostro. Este era perfecto sin ser bello. Lo que más destacaba en él eran los hermosos ojos: grandes, almendrados e intensos.

La inspectora meneó la cabeza, disgustada al considerar que era inconcebible que se siguiera molestando a una mujer por usar el *hiyab*, que se intentara anular su personalidad, para que su yo exterior no estuviera en armonía con su yo interior. También pensó que era un asco que todavía hubiera gente que no entendiera el refrán: «El hábito no hace al monje». Se le pronunciaron un par de líneas en la frente al imaginarse lo que se podría montar en la comisaría si ella apareciera una mañana por allí llevando el velo.

—¿Estás trabajando en el caso del degollado del Holea? —Preguntó Houriya para intentar que Houda dejara de fruncir el ceño y se olvidara del incidente con el racista descerebrado.

Con celeridad mental, la inspectora pensó primero en lo que le podía contar a su hermana sobre el caso y, a continuación, en los cientos de razones que debía tener en cuenta para no contarle nada sobre él. El principal argumento en contra de un inocente cotilleo entre hermanas era lo poco ético que resultaría que un agente ofreciera datos de una investigación en curso fuera de la cadena de mando inmediata y de los miembros de su departamento. O algo tan obvio como la ética del secreto de sumario.

—Sí –dijo, lacónica.

Para cualquier persona que no fuera Houriya esa respuesta podría

haber sido insustancial, pero esta sabía que a su hermana no le gustaba hablar de su trabajo con la familia. Lo entendía, pues no se lo habían puesto fácil en el pasado.

—El asesinato debe de cambiar todo para siempre —dijo Houriya con voz amable—. Les roba a los familiares algo que nunca volverá a ser igual. La víctima pierde la vida, pero el asunto no acaba en esa injusticia. Seguro que para algunos allegados también es el final.

Houda la miró asombrada. Su hermana había dado voz a las reiteradas reflexiones que ella misma se había hecho, innumerables veces, sobre ese tema.

—Es peor la rabia —dijo la inspectora después de un largo silencio.

—¿Rabia…?

—Es la fase del duelo que resulta más difícil de superar.

Houriya notó una opresión en el pecho. Su rostro dejó ver una serie de emociones en conflicto, pero demasiado sutiles para que su hermana las identificara. Estuvo tentada de sincerarse con ella, de hablarle de «su rabia», pero respiró hondo y, una vez más, se contuvo. Lo que no pudo evitar fue que su mente se ralentizara, se desconcentrara, se inquietara por recuerdos dolorosos. La angustia aleteó dentro de la jaula del pecho de la mujer como un murciélago atrapado dentro de una habitación. Sintió un escalofrío y se abrazó los hombros, como si estuviera acostumbrada a consolarse ella sola. Y así era por el secreto que guardaba en lo más recóndito de su ser desde hacía años. Deseó volver a ser una niña, volver a experimentar la debilidad de ser una pequeñaja para que los adultos buenos la protegieran y acunaran en su regazo. Sacudió la cabeza, rechazando todos aquellos pensamientos. No era momento de mirar hacia el pasado, por su familia debía concentrarse en seguir hacia adelante con paso firme, evitando recrearse en viejas heridas, que no habían dejado de supurar durante años, a pesar de su sempiterna sonrisa.

—La pérdida puede llegar a ser tan grande que los familiares se pasen el resto de sus vidas pensando en lo que podría haber sido —continuó Houriya después de un breve silencio.

Desistió de continuar por esos derroteros al detectar un tic de inquietud en la comisura de los labios de Houda. Tosió y se aclaró la garganta.

—Bien, ¿por dónde empezamos? ¿Directamente al Primark o nos pasamos antes por Zara?

—¿No dijiste que solo íbamos al Primark? —intervino Houda exasperada.

Hubo un destello divertido en los ojos de la hermana mayor.

—Sí, pero ya que estamos aquí…

Houda pestañeó. Se contuvo para no bufar. Miró el reloj. Las

próximas horas se le iban a hacer eternas.

21

Manu miraba pensativo el humo que ascendía de su taza de café. Le dio un largo trago para intentar espabilarse, esperando que la cafeína convirtiera su vida en algo más nítido y real.

Había pasado una mala noche. Le había costado dormirse y, en las cinco horas que calculaba que había estado tumbado, se había despertado varias veces. La imagen del pequeño bulto cubierto con una sábana blanca había vuelto a fastidiarle las horas de descanso. La visión despertaba en su mente toda una cadena de horribles recuerdos. Era inútil analizar si los fantasmas del pasado le asediaban alimentados por las preocupaciones que le rondaban, o si lo hacían porque tenía enquistada mucha mierda en el cerebro.

Había tenido muy presente a Carlos durante aquella aciaga noche. Incluso había llegado a soñar con él. Todavía podía sentir su mirada furiosa, exigiéndole algo que él no llegaba a entender.

Cada día que pasaba se sentía más agotado, más nervioso, más irritable.

«Lo racional está sobrevalorado, no es la primera vez en mi vida que la mente me juega malas pasadas, que me da por alucinar», pensó.

Algo así era normal cuando se ponía hasta arriba de todo tipo de estupefacientes, pero llevaba limpio mucho tiempo. Ya solo se permitía fumar un porro de vez en cuando, así que no le veía sentido a que volvieran las paranoias.

Se terminó el café y respiró profundamente un par de veces. Se sentía agotado y melancólico. ¡Lo que hubiera dado porque todos sus demonios volvieran a aletargarse en el rincón más aislado de su mente! En cambio, parecía que todos los miedos y traumas que arrastraba desde que era un crío estuvieran volviendo, reagrupándose con astucia y alevosía para pillarlo desprevenido.

Se avergonzó de la extrema debilidad mental de la que estaba nutriéndose aquella mañana.

Por nada del mundo deseaba volver a sentir que lo observaban, a tener la sensación constante de que no estaba solo. Sabía que si el pasado volvía a hacerse presente, esta vez no podría escapar. Un conocido cosquilleo en la base del cráneo hizo que su cuerpo se bañara en sudor y que el corazón le golpeteara alocado en el pecho. Todo se arreglaría si pusiera pies en polvorosa, si renunciara a trabajar para Carlos, si se quitara de la cabeza a esa zorra de Kenya, si

se marchaba de Huelva, si se alejaba lo máximo posible del país… Pero sabía que todo eso eran elucubraciones sin sentido, porque no podía hacer nada por ahora, y tampoco en un futuro inmediato. Carlos había desaparecido, la policía lo andaba buscando y él tenía antecedentes penales. Solo faltaría que se hubieran cargado a Carlos por todos sus sucios chanchullos y que le cargaran el muerto a él. Sus pensamientos iban a tal velocidad que se sintió mareado. Empezó a hiperventilar.

«De todas maneras, no puedo huir de la oscuridad porque la llevo dentro», pensó.

Improvisó unos ejercicios respiratorios para calmarse. Inspiró: uno, dos, tres. Espiró: Uno, dos, tres. Poco a poco, el aire comenzó a entrar en sus pulmones y su corazón fue serenándose. Pero no le abandonó la sensación de ser un pobre pringado en un mundo demasiado competitivo y complejo.

—¡Joder! A ver si una puta ducha se lleva toda la mierda de mi cuerpo y de mi mente —dijo en voz alta.

Soltó la taza encima de la mesa, se levantó de la silla y se encaminó hacia el cuarto de baño. Mientras se quitaba los calzoncillos y se metía bajo el chorro de agua, tuvo claro que ninguna ducha podría hacerle sentir menos miserable.

Él no se consideraba un hombre racional ni práctico. Le costaba confiar en la gente por las patadas en el culo que había recibido durante años. Y, después de la visita de Kenya, la confianza ya no significaba nada para él. Era una forma de debilidad, el último error que, a estas alturas de su vida, podía permitirse. Debía aprender del jefe, de Carlos. La explotación y la manipulación debían empezar a ser la principal base de su relación con los demás.

22

«Lo han vuelto a hacer, o madre o las hermanas han entrado en casa a hurtadillas, sin avisar», pensó Houda, todavía medio adormilada. Lo que la había despertado fue el olor a comida, no el sonido del despertador. Abrió un ojo y le echó un vistazo: las siete y veintisiete, en tres minutos sonaría.

Cuando entró en la cocina, vio a su madre en pleno zafarrancho de combate: cazuelas y sartenes puestas en el fuego, aparte de todo un despliegue de exquisiteces en la mesa. El té verde con menta humeante en la tetera de metal, pan de pita, zumo de naranja recién exprimido. Houda no recordaba tener naranjas ni ninguna otra fruta en casa, pero ahora un frutero lleno de fruta fresca presidía la mesa, que estaba repleta de todo tipo de viandas: miel, queso, magdalenas, galletas caseras y una tortilla francesa con comino, recién hecha. En vez de regañar a su madre por utilizar la llave de su apartamento para entrar cuando le venía en gana y no en caso de emergencia, ante tal bacanal de exquisiteces que le hicieron la boca agua, no pudo más que abrazarla por la espalda y besarle la nuca. Se estrechó contra ella buscando su calor, su consuelo, su protección, su amor de madre.

—Mamá, no tenías que molestarte. No quiero ni pensar a qué hora debes de haberte despertado para venir aquí y prepararme todo esto.

—¡Bah!, ya sabes que yo no duermo más de cuatro o cinco horas —dijo, mientras le cogía la cabeza con una mano y acercaba la mejilla izquierda de Houda a su cara. Estuvieron en esta postura unos placenteros segundos, hasta que el «chupchup» de una cazuela inquirió la atención de la madre. A regañadientes, Houda la dejó ocuparse de esa emergencia intrusa.

Aaminah, la madre de la inspectora, era fiel representante del significado de su nombre: «dama de paz y armonía». Le encantaba cuidar de su familia: de su marido, de sus hijas y de sus nietos. La cocina era el dominio donde le gustaba reinar. Cuando su casa estaba en calma y todos dormían, era cuando a ella más le gustaba dedicarse a esta tarea, así nadie andaba metiendo cucharas en sus cazuelas, ni robándole dulces de las primorosas bandejas en las que colocaba, con un gusto exquisito, sus pastelillos bañados en miel. Houda recordó con cariño las ruidosas mañanas en la vivienda familiar, cuando sus hermanas y ella se levantaban temprano para ir al colegio, somnolientas y protestonas, y cómo siempre tenían un copioso

desayuno esperando en la cocina.

—Me encanta que vengas a casa a cocinar para mí, pero ya sabes que no es necesario que lo hagas. Tengo treinta y dos años, sé cuidarme sola.

—Pues no lo parece, cada día estás más delgada.

—Mamá, ya te lo he dicho mil veces, me alimento muy bien. Si estoy delgada, que no lo estoy tanto, es por el gimnasio. Por mi trabajo, tengo que mantenerme en forma.

Aaminah se tuvo que morder la lengua para no decirle a su hija que cada día que pasaba se arrepentía más de haber intercedido por ella con tanta vehemencia, en contra de la opinión de su marido, quien no había entendido ni se había esforzado por hacerlo, que Houda hubiera estudiado Criminología y que, al terminar estos estudios, se hubiera presentado a las oposiciones del Cuerpo Nacional de Policía.

El enfrentamiento con su marido no había llegado a la violencia física, pues este nunca le había puesto la mano encima, pero sí que habían discutido mucho por la educación de sus tres hijas. Hassan no podía soportar que sus mujeres no acatasen sus deseos, que Aaminah se enfrentara a él por las niñas y que no fuera más sumisa. Un argumento que solía repetir muy a menudo para justificar su rigidez en relación con sus hijas era el de que él solo quería que fueran por el camino correcto, aunque no sabía explicar muy bien cuál era ese camino que él quería que siguieran. Intentaba no pronunciar las palabras que sabía que, exceptuando Houriya, nadie en aquella casa de mujeres quería escuchar: matrimonio, esposo, hijos…

Aaminah se cuestionaba si no había cometido un grave error al imponerse a Hassan, ciega por el brillo de los ojos de Houda cuando esta le pidió que la apoyara en tan loca empresa. Sí, había cometido un error y ahora solo podía enmendarlo con sus rezos. Rezaba muchísimo para que su bondadosa hija encontrara, más pronto que tarde, a algún buen musulmán al que no le importara la edad de Houda, que la pidiera en matrimonio y que tuvieran todos los hijos con los que Alá les quisiera bendecir.

Cada poco tiempo, Aaminah iba bajando sus expectativas en cuanto al posible marido de Houda. En aquel momento se conformaba con que su hipotético yerno fuese viudo, e incluso con que viniese con algún hijo a cuestas. Si en vez de uno, eran dos o tres chiquillos, también sería aceptable.

Houda cogió dos vasos de té de una estantería de la cocina y vertió el aromático líquido en ellos.

—Mamá, siéntate y desayuna conmigo.

—Tengo que cuidar que no se me pase el cordero…, pero me tomaré ese té.

—Y también la mitad de la tortilla, ¿cuántos huevos le has echado?

—¡Cómetela entera!, solo lleva dos huevos —mintió la madre.

Antes de sentarse en uno de los taburetes de la cocina, cerca de la abarrotadísima mesa, Houda cogió un plato de un armario y le sirvió una porción de tortilla a su madre. Ella se quedó con el trozo más grande para que la madre se conformara y así conseguir que se comiera el que le había reservado.

Aaminah escudriñó con sus ojos oscuros el rostro de su hija y su radiante sonrisa se fue apagando, aunque mantuvo cierta calidez en los labios. Aquella maravillosa sonrisa era uno de los salvavidas a los que se aferraba la inspectora en su día a día, era la caricia que envolvía todo a su paso y que convertía la oscuridad en un arcoíris inmediato, era la sonrisa balsámica que había cicatrizado durante años sus heridas de guerra y las de sus hermanas. Aunque Houda no consideraba a Aaminah una cómplice, una amiga, sí que era una gran madre.

—Tienes ojeras, ¿cuántas horas has dormido?

—Las suficientes, mamá.

—¿Y cuántas son suficientes? —preguntó cortando un trozo de tortilla y llevándoselo a la boca.

—Más que las que has dormido tú, eso seguro.

—No te compares conmigo, jovencita. Yo ya soy vieja, pero tú todavía eres joven y necesitas dormir mucho. Te acabarán saliendo un montón de arrugas si no descansas lo suficiente. —La apuntó con el tenedor—. Debes dormir lo que tu cuerpo necesite. Un día te levantarás por la mañana, te mirarás en el espejo y te horrorizarás al ver que te has convertido en una uva pasa.

Houda optó por acabar su tortilla en silencio y no entablar una conversación absurda, sin pies ni cabeza, con su madre. Le debía mucho a la mujer que estaba sentada al otro lado de la mesa, por nada del mundo quería darle más disgustos de los necesarios. Se había dedicado toda su vida a las tareas domésticas, a ayudar en los distintos negocios que había dirigido su marido y, sobre todo, a cuidar de la familia. Vivía por y para la familia: todo lo que hacía o cualquier decisión que tomaba era siempre pensando en los suyos.

La hermana mayor de Houda, Houriya, había decidido adoptar el mismo rol que Aaminah: ser esposa y madre, limitar su independencia por el compromiso con su familia. Esta había dejado sus estudios de bachillerato para comprometerse con un primo con el que había intimado más de lo que sus lazos de sangre les permitían en una de las vacaciones que habían pasado en Marruecos.

Houda y su hermana pequeña, Hanae, veían la vida de otra manera. Valoraban sobremanera su independencia, lo de tener más

autonomía sobre sus vidas. Nunca había entrado en los planes de Houda casarse a edad temprana. Hanae había estudiado un grado de Traducción e Interpretación con el que no le había resultado difícil encontrar trabajo en Huelva nada más terminar sus estudios. Había sido una suerte que un cliente de la carnicería que regentaba su padre resultara ser el coordinador del servicio de traductores e intérpretes de los juzgados de lo penal de Huelva. En una conversación entre ambos hombres mientras Hassan le despachaba una pierna de cordero, hablaron de la joven. La propuesta de una entrevista y un posible trabajo se realizó en el trasiego del pago de la carne y la entrega del cambio.

Hanae y Houda no eran las únicas mujeres árabe-musulmanas que buscaban, a día de hoy, un reconocimiento en la sociedad. La inspectora sabía que su hermana y ella misma debían luchar más: por tener una religión o cultura distinta, por ser mujeres y por ser hijas de inmigrantes. Aaminah había sido un referente: su entereza y ejemplo había propiciado que otras mujeres en su situación hubieran crecido sin ningún tipo de complejo de inferioridad por ser mujeres, marroquíes y musulmanas. Las había ayudado a sobrellevar las ofensas por su origen magrebí. Aunque Hanae y ella hubieran nacido en España, habían tenido que escuchar más de una vez insultos como «mora», o expresiones como «vete a tu país». No se victimizaron demasiado con esas actitudes racistas, pues habían ocurrido de forma puntual y, en general, habían vivido una infancia y una juventud muy buenas. Houriya había adoptado el velo al casarse; Aaminah dejó de usarlo al emigrar a España; Hanae y Houda ni se plantearon su uso.

Houda lo había discutido con Hanae muchas veces: en el fondo, el problema no era que fuesen marroquíes o musulmanas, sino que eran mujeres. Y en un país como España, a la mujer le quedaba mucho camino que recorrer para conseguir la igualdad de género.

—Papá sabe que estás aquí, ¿no?

—Pues claro, ¿cómo te crees que he venido? Me ha traído él. Hoy tiene que ver a unos nuevos mayoristas en Sevilla. Yo abriré la tienda a las nueve. Imagino que para las once o doce tu padre habrá vuelto, así dispondré de tiempo de sobra para preparar la comida. Si se demora… no pasa nada, hay algunos restos de la cena y del almuerzo de ayer en la nevera, con eso nos apañaremos.

Su padre era el dueño de un negocio en Huelva, una pequeña tienda de alimentación en la que predominaba la sección de carnicería, donde solo se vendía cordero y ternera. Infinitud de bolsas de couscous y una no menos impresionante variedad de tés llenaban también un par de estanterías. Aaminah era ante todo ama de casa, pero a veces ayudaba en la tienda, aunque solo si era estrictamente necesario, pues a su marido no le gustaba que lo hiciera. Aquel día era

una de esas excepciones.

—Me encantaría que Hanae y tú fueseis más a menudo a comer a casa. —Ante el gesto de reproche de su hija, pues esta consideraba que aquel tema estaba más que trillado, Aaminah continuó—. Sí, sí…, ya sé que tenéis vuestra vida, que sois independientes…, y todo eso. Pero ya sabes cuánto me gusta que la familia se reúna para comer.

—¡Si hace nada estuvimos todos juntos celebrando el cumpleaños de Hanae!

—Ya, ya…, pero no me acostumbro a que tu padre y yo comamos solos. A veces pienso que para qué me voy a molestar en hacer de comer solo para nosotros dos. Él con colesterol y yo con los niveles de azúcar altos. Muchas noches pico algo antes de que llegue a casa, los días en los que me llama para decirme que se va a retrasar porque ha quedado para tomar un té con fulanito o menganito, y cuando se digna asomar por la puerta me dan ganas de ponerle cualquier cosa encima de la mesa.

—Mamá, ya sabes cuánto odio los chantajes emocionales —dijo sin acritud, aunque a Aaminah no le sentó nada bien esta acusación.

—Hija, no se te puede decir nada… Siempre saltas con esos historias tuyas de psicóloga de pacotilla. —Fingió estar enfadada, mientas negaba una y otra vez con la cabeza—. ¿Eso es lo que te enseñaron en la universidad, a psicoanalizar a tus padres, a ofender a tus mayores?

—No te enfades, pero es que a veces te pones un poco pesada, ¡te haces la mártir! —Acabó con los últimos trozos de tortilla, bebió lo que quedaba de té en el vaso y se levantó para retirar los utensilios de cocina que había utilizado en el desayuno y llevarlos al fregadero.

—¿Te vas ya? —preguntó Aaminah, clavándole a su hija sus enormes ojos oscuros, mientras apoyaba los codos en la mesa, cruzaba los dedos de las manos y colocaba su barbilla sobre ellos.

—Sí, una ducha rápida y me marcho. No sabes la locura que tenemos en la comisaría desde lo del chico al que asesinaron en el Holea —se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Te dejaré recogida la cocina —dijo su madre con la mirada más triste que Houda le conocía. Sabía que era por la preocupación constante que le producía que ella fuera policía.

—Mamá, tendré mucho cuidado, te lo prometo. —Se arrepintió al momento de haber pronunciado esas palabras, porque subrayaban lo peligroso de su profesión, pero no había podido contenerse.

Su madre asintió con la cabeza. Houda salió de la cocina, encogida; no podía sacudirse de encima el sentimiento de que estaba haciendo sufrir a los de su familia y de que los avergonzaba delante de la comunidad marroquí de Huelva, por mucho que se dijera a si misma que no le importaba.

Cuando Houda salió del cuarto de baño, se encontró con que su madre le había hecho la cama y se había sentado encima de la funda de su fino edredón nórdico. Los dibujos de las medias naranjas que lucía la ropa de cama la habían enamorado nada más verla. Contemplar a su madre en medio de aquel colorido le hizo aflorar una sonrisa a los labios. Esta dio un par de golpecitos en el colchón para indicarle que se colocara a su lado. Houda obedeció, acercándose mucho a ella y apoyando su cabeza en su hombro. Aaminah olía a cítricos y a especias.

—Eres muy tozuda, siempre lo has sido.

—Todo el mundo me dice que me parezco a ti. —Houda se giró hacia ella y le lanzó una sonrisa pícara.

—*Touché,* no tienes remedio… Desde pequeña te ha gustado decir la última palabra, era algo que me sacaba de quicio.

—Lo sé. Por eso lo hacía, para provocarte.

—Houda, soy tu madre y no puedo remediar preocuparme por ti, quiero que lo sepas y…, que tengas paciencia conmigo cuando sientas que lo estoy haciendo.

—Mamá, no me va a pasar nada. Casi todo el trabajo que hacemos en la comisaría es rutinario, de investigación.

—Pues no es eso lo que se ve en la tele… Los piquetes con violencia en las huelgas, los asesinatos, las mafias que trafican con drogas o con mujeres, la corrupción… Tengo que decírtelo o reviento. Hija, pienso que te equivocaste, que nos equivocamos, que este trabajo no es adecuado para ti.

Para Aaminah su hija era tan delicada y hermosa que no entendía cómo nadie podía tomarla en serio como policía. No podía imaginársela peleando con delincuentes, con asesinos. Cuando la abrazaba, podía sentir que no era tan frágil como aparentaba: bajo la ropa se escondía un cuerpo más musculoso de lo que podía imaginarse. Aún así…

—Deja de ver los telediarios, solo cuentan malas noticias. ¿Acaso crees que lo que muestran refleja, de verdad, lo que ocurre en el mundo, lo que le pasa a la mayoría de la gente?

Le mentía de una manera tan descarada que temió que Aaminah lo notara. Houda estaba convencida de que lo que salía por televisión eran solo minucias informativas, seleccionadas a conciencia por los distintos órganos políticos y económicos que sustentaban el poder en el mundo, y que no eran representativas de la realidad, de todas las penurias y desgracias que ocurrían a lo largo y ancho de la Tierra. Se sintió asqueada. Su madre estaba preocupada por ella, abriéndole su corazón, y ella le mentía una y otra vez.

—No, no… Ya sé que no, pero…

—Alguien tiene que encargarse de ayudar a los que lo necesitan,

de ayudar a las víctimas.

—Claro que sí, pero podrías hacer lo mismo trabajando en otra cosa —continuó claudicando—, u ocupándote del papeleo en la comisaría…

—Ya habrá tiempo para eso —dijo Houda—. Ese trabajo de oficina del que hablas, el papeleo, puede esperar unos años —terminó tajante.

No le gustaba ver la preocupación en el rostro de su madre. Habían tenido conversaciones parecidas demasiadas veces. Solía ocurrir que ambas se afianzaran en posturas contrarias, aunque al final acabaran ofreciéndose consuelo mutuo.

—Me gusta ser policía, llámalo masoquismo si quieres. Y, mamá, en este país, en los tiempos que corren, es muy normal que una mujer sea policía. No soy la única en mi comisaría. Somos bastantes —exageró.

—Estos tiempos… Sí. A lo mejor soy yo. Tal vez esté quedándome anticuada —se dolió.

Houda se levantó de la cama, abrió el armario y revolvió dentro de él. Era lo único que se le ocurrió hacer para que su madre no se percatara de cómo se le habían empañado los ojos. Aunque la emoción la desbordaba, le había hecho bien la visita de Aaminah: era la mejor forma de reencontrarse con su antiguo lugar en el mundo.

—Vuelvo a la cocina, no vaya a ser que se me estropee el cordero.

La mujer se levantó de la cama y le dio un cachete en el culo a su hija. Sin decir nada más, salió de la habitación. Se fue con la sensación de que no había hecho lo suficiente. Pero se juró que no flaquearía, que seguiría insistiendo. No quería que su maravillosa niña acabara convirtiéndose en una desconocida. Houda sabía cuidarse sola, lo había demostrado desde que apenas levantaba un palmo del suelo. Pero Aaminah se encargaría de que tuviera siempre presente que su familia estaba en la retaguardia y que nunca le fallaría.

23

—Sí, la policía ha hablado conmigo, pero me han hecho las mismas preguntas que a todos los demás empleados que estábamos en el puto curso —dijo Oleh Oncioiu al interlocutor que tenía al otro lado del teléfono—. No te pongas nervioso. Carlos aparecerá y te pagará lo que te debe. No, no te estoy ocultando nada. —En la cara del hombre se le dibujó una sonrisa torcida, un tic nervioso que le afloraba cuando se sentía amenazado o inseguro—. No cometas ninguna estupidez, no te dejes ver. Lo más probable es que la policía crea que el empresario es el que se ha cargado al tipo ese del Holea por lo de que se estaba follando a su mujer.

El rumano se esforzó en hablar con normalidad, quería que su interlocutor lo desvinculara de aquel asunto. No dejaba quietas las manos, que toqueteaban sin parar todo lo que tenían delante.

—No, ¿cuántas veces te lo tengo que repetir? No sé nada —dijo, para luego añadir—: La única persona que puede saber algo es su puta. —Bajó la mirada al suelo mientras el otro hablaba—. Sí, es esa. La presenta como una de las asesoras de la empresa pero es su coñete, su amante.

Evaluó si darle algún otro nombre para mantenerlo lejos de él, entretenido.

—Hay otra persona que podría estar al tanto de su paradero. Es un tipo al que siempre lleva pegado a los cojones, se llama Manuel Pavón. —Mientras escuchaba lo que le decían al otro lado de la línea, hizo una mueca como si estuviera regurgitando algo indigesto—. No, no estoy dándote ninguna pista falsa, te lo juro. Es más, sé dónde puedes encontrarlo y tener una pequeña charla con él.

Otra mueca dolorida. Le tembló la mano que sujetaba el teléfono.

—¡Pero déjame hablar! ¿Cómo quieres que te dé la dirección si no dejas de amenazarme? Está parando en una casa de turismo rural a las afueras de Aracena. Está lo suficientemente alejada del casco urbano como para que puedas colarte en ella e intentar sonsacarle todo lo que puedas a ese tío. —A medida que hablaba, se le iba hinchando una vena de la sien.

—¡Que no, joder! Que es todo lo que puedo darte. —Tenía la sensación de que las amenazas de aquel tipo no iban a quedarse solo en palabras. Esperaba que consiguiera lo que buscaba a través de alguno de los dos nombres que le había proporcionado, porque si no…

—. Oye, tengo que colgarte, me requieren en el trabajo. Y no me vuelvas a llamar: nos pones en peligro a todos.

Apagó el móvil, y le entraron ganas de estrellarlo contra la pared. Se contuvo y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Tenía muy fresca en su cabeza una de las historias que había oído sobre cómo se las gastaba el sicario con el que acababa de hablar por teléfono. En cierta ocasión había enterrado vivo a un hombre. La agonía de este debió de ser terrible. Le habían contado que con esta técnica se podía tardar días y días en morir, y que los sujetos a los que se les infligía dicho castigo sufrían de forma inimaginable.

Le entraron ganas de vomitar. Trató de no ponerse histérico. Aquel nuevo rumbo en su vida —el nuevo comienzo en aquel país— de repente parecía muy frágil y peligroso. La policía, metiendo las narices donde no debía, podía estropearlo todo. Por nada del mundo deseaba ser la cabeza de turco de todo aquel asunto.

Lo mejor que podía hacer era pedir ayuda a sus compatriotas. Ni siquiera estaba seguro de si lo iban a ayudar o de si le iban a dar una patada en el culo. Pero no podía quedarse con los brazos cruzados mientras la policía o aquel sicario de mierda decidían colgarle el muerto o ir a por él.

Tenía que hacer algo. Él no era un cualquiera, un don nadie. Había hecho ganar mucho dinero a sus compatriotas al ponerlos en contacto con Carlos Abreu. Y ese era solo el principio de lo que su asociación les podría reportar. Tendrían que escucharle, protegerlo. Se lo debían.

La presión que unos momentos antes amenazaba con ahogarlo fue remitiendo.

Cogió las llaves del coche, decidido a conducir hasta el lugar que un día juró no volver a pisar.

24

Carlos se arrepintió del impulso irracional y estúpido que lo había llevado a aquella situación. Temblaba de frustración y miedo en el sucio suelo en el que yacía atado y amordazado.

Lo que le había hecho aquel malnacido lo había convertido en un guiñapo. Oía el golpeteo de la lluvia, notaba la humedad del ambiente, lo registraba todo, pero era como si se hallara fuera de su propio cuerpo.

No había ya nada que pudiera hacer. Solo le quedaba rememorar una y otra vez lo qué lo había llevado a aquel sitio.

¿Cuántos días habían pasado? Tres, dos, uno… Había perdido la noción del tiempo. ¿Cómo había empezado todo?

Aquella aciaga tarde, Carlos no perdía detalle, a través de sus prismáticos, de las incursiones de Ángel por las escaleras de mano y por el tejado de la vieja casa de sus padres. Este se servía de un cochambroso cubo de plástico para transportar las nuevas tejas que sustituían a las rotas o a las que habían salido volando por las tormentas invernales. Se le veía sudoroso y sucio por la labor que estaba realizando, pero su rostro reflejaba paz.

El intruso se había excitado tanto adelantando los acontecimientos que tuvo una erección. Se masturbó detrás del arbusto tras el que estaba agazapado.

25

La inspectora Falú expuso durante una hora, con orden y rigor, todo el trabajo de investigación que llevaban recabado sobre el caso del degollado del Holea y sobre la desaparición del empresario Carlos Abreu. Para que sus explicaciones llegaran a todos los asistentes con claridad, se había servido del gran corcho que cubría una de las paredes de la sala en la que estaban reunidos. Llevaba días clavando en él fotografías y notas sobre ambos casos. A aquellas alturas de la investigación, nadie dudaba de que estos sucesos estaban conectados. Raúl volvió a pensar una vez más, ante aquel despliegue de profesionalidad, que Houda era una gran agente, brillante y muy competente, con una inteligencia superior a la media de los compañeros que había conocido en su larga carrera como policía.

—Resumiendo, las hipótesis que creemos más acertadas, en las que nos vamos a centrar a partir de ahora, son: la de las mafias rumanas, con un posible ajuste de cuentas en la persona de Carlos Abreu, y la del crimen por celos, por la infidelidad de la mujer del empresario con su profesor de yoga.

Con estas palabras, Houda creyó dar por terminada su intervención. Guardó silenció y miró a sus colegas.

—Estoy de acuerdo con la inspectora, pero yo añadiría algo más —continuó explicando Raúl a la media docena de compañeros que les acompañaban en la pequeña sala de reuniones de la comisaría—. Porque en el registro que llevamos a cabo en la casa de Almonaster la Real…, la llamo casa por llamarla de alguna manera…, encontramos cosas muy curiosas. Utilizando la misma definición que ha utilizado la inspectora…, es un auténtico santuario del morbo, por cómo está decorada y por los artilugios que encontramos dentro. —Se volvieron a escuchar risotadas y cuchicheos—. Como os iba diciendo —levantó el tono de voz para intentar que los agentes volvieran a prestarle toda su atención, aunque su mirada siguió siendo imperturbable—, no podemos dejar de darle importancia a un lugar como ese porque, por un lado, podría estar relacionado con nuestras sospechas sobre los negocios que el empresario puede tener con las mafias rumanas, o podría significar algo totalmente distinto. Ya tenemos claro que a Carlos Abreu le gustaba el mundillo de los *swingers* y las orgías. El perfil de hombres y mujeres a los que les gusta participar en ese tipo de encuentros sexuales es muy heterogéneo, de cualquier profesión,

edad y clase social. Aunque todo hace pensar que el empresario se movía solo en un ambiente elitista. Por otro lado, a la inspectora Falú y a mí nos ha llamado la atención un par de datos. Por ejemplo, cuando llevaba a cabo estas prácticas sexuales, no lo acompañaba su mujer. Ella ha jurado y perjurado no conocer esta afición de su marido y, al parecer, tampoco tenía ni idea de que fuera el propietario de una casa en la sierra.

—No me cuadra que el empresario mate por celos al amante de su mujer, cuando él se dedicaba a follarse todo lo que se le ponía por delante —dijo uno de los agentes que estaba en la sala.

—No podemos descartar esa hipótesis —dijo Houda—. Puede que él se permitiera todas las licencias en ese terreno, pero que le molestara que su mujer pudiera pagarle con la misma moneda. —El agente la miró con arrogancia, pero la inspectora no dejó que ese gesto la incomodara—. Si bien es cierto que no parece pertenecer a la clase de hombres a los que le importe conjugar su conciencia con su honorabilidad.

—Houda tiene razón —continuó Raúl—. Cuantos más datos recabamos en esta investigación, más claro tenemos que Carlos Abreu es todo un personaje. Así pues, no podemos descartar nada en relación con este tipo: empresario de éxito, respetable padre de familia. Hace lo que le viene en gana sin marcarse límites, más bien se los salta e, incluso, se mantiene en los límites de la ilegalidad.

—Tiende más a saltárselos —puntualizó Houda.

—Egocéntrico, autoritario y bisexual —continuó Raúl tras asentir con la cabeza al apunte de su compañera.

—¿Tenemos que investigar e interrogar a todos los hombres y mujeres con los que ha estado en esas orgías? —preguntó un nuevo agente.

—En un principio, nos ceñiremos a una pequeña lista que ha confeccionado Raúl. En ella aparecen unos cuantos nombres de ambos sexos, que solían ser sus acompañantes habituales en esos encuentros sexuales. Al parecer, le gustaba tener amantes fijos, siempre un par y de diferente sexo. Los últimos años, la acompañante femenina oficial es siempre la misma, una joven llamada Kenya Saravia con la que trabaja codo con codo en su empresa. Podéis consultar la grabación del interrogatorio que se le hizo cuando acudió a la comisaría. En cuanto a los acompañantes masculinos, han ido cambiando con frecuencia durante los últimos años. En el pasado puede que mantuviera una relación estable de esa índole con un tipo llamado Ángel Vargas Flores, pero no estamos seguros de hasta qué punto fue importante ese vínculo. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que trabajó para él durante años y que hace unos cinco dejó la empresa. Durante un tiempo ha vivido fuera del país; Inglaterra y Japón han

sido algunos de sus destinos. Hace unos meses que volvió a España. Raúl y yo iremos a entrevistarnos con él esta tarde. —Houda sacudió la cabeza para aclararse un poco. Volvió a centrarse en el perfil sexual del desaparecido—. Los hombres con los que el empresario compartía sus jueguecitos sexuales se han ido sucediendo uno tras otro durante años. Hemos podido conocer que el último de sus amigos-amantes es un tal Manuel Pavón Viera, también empleado suyo, como la chica. Es un posible sospechoso, está fichado por la policía por tráfico de drogas y por varios estallidos violentos. En el último de ellos hirió de gravedad a un hombre con una botella rota. Por esta refriega se pasó seis meses en la cárcel. De este pájaro te encargarás tú, Enrique —dijo Houda, acercándose al mencionado agente para entregarle una carpeta con información básica, la que Raúl y ella habían recogido sobre el sospechoso, y que ayudaría a que su compañero comenzara con la investigación. —Es importante seguir muy de cerca los pasos a este individuo. Ya tenemos a un informático que está mirando con lupa las redes sociales de un buen puñado de sujetos, entre ellas las del desaparecido y las del asesinado, y rastreando los movimientos de varios sospechosos a través de la geolocalización de sus móviles, en especial el de ese tipo, pues podría estar implicado en la desaparición del empresario o, como poco, conocer su paradero. Dentro de la carpeta está la transcripción de lo que nos dijo a Raúl y a mí cuando hablamos con él en Aracena, pero ya te digo que es información irrelevante. Aseguró una y otra vez que no sabía nada, que el empresario no solía tenerlo en cuenta nada más que para sus orgías, que no solía hacerle confidencias de ningún tipo…

—Os mentiría —dijo el tal Enrique, que tenía el cuello demasiado largo en relación con el resto del cuerpo y no parecía demasiado espabilado—. No es normal tener ese tipo de relación y no hablar de cosas personales.

—¿Lo sabes por experiencia? —Bromeó un compañero.

—¡Chúpamela! —le contestó Enrique en el mismo tono.

Se oyeron varias risotadas en la sala.

—Podría ser —dijo Houda arrugando la frente y asintiendo con la cabeza.

—¿Se sabe ya algo de los últimos movimientos del empresario y del yogui? —preguntó un agente que estaba sentado al fondo de la sala.

—Nada que arroje algo de luz sobre este embrollo. Nada relevante en cuanto a Eduardo Morales. Como ya sabéis, su móvil estaba entre las pertenencias que encontramos en su coche, y los últimos movimientos registrados van desde su piso en Sevilla hasta el centro comercial Holea, exceptuando una parada de pocos minutos en la gasolinera de Pilas para repostar gasolina. Aparte de eso, nada que nos

pueda servir. En cuanto a Carlos Abreu, la última localización se pierde de camino a la sierra, en mitad de la nada. Después…, móvil apagado o fuera de cobertura. No encontramos el móvil junto a las pertenencias personales que dejó en la casa, tampoco dentro de la maleta que se llevó para pasar unos días en Almonaster la Real. Víctor —señaló hacia uno de los agentes, que tomaba notas en una libreta y que todavía no había hecho ninguna intervención en aquella reunión — se ha encargado de pedir a la compañía telefónica el registro de llamadas de ambos móviles en los últimos meses. Cuando tenga alguna información relevante, esperemos que para la próxima reunión —le hizo un gesto con la mano—, nos informará. Pero si descubres algo importante, algo que creas que debes comunicarnos antes…, nos lo dices enseguida a Raúl o a mí —añadió.

—Si encuentro algo, os aviso en el acto —dijo Víctor.

—También te tendrás que encargar de conversar con algunas de las personas que conocían al joven. ¡Date una vuelta por el gimnasio! —Víctor tomó nota y volvió a asentir con la cabeza—. Raúl y yo ya hemos hablado con sus vecinos y familiares. Todos lo han descrito como una magnífica persona, y lo ocurrido les ha resultado incomprensible. ¡A ver si tienes más suerte en su lugar de trabajo! Por otro lado, nuestros informáticos se están encargando de analizar los ordenadores, los portátiles y los de sobremesa, del chico y del empresario. —Llegados a este punto, la inspectora hizo una pausa prolongada—. Pues, ¡en marcha, chicos! —Houda era la única mujer presente en aquella reunión—, tenemos trabajo que hacer. ¡Vamos a descubrir quién lo hizo!

Nadie dijo nada. Se levantaron para ir a sus mesas de trabajo sin dirigir una sola mirada hacia la inspectora.

«Tendré que advertirle a Houda», pensó Raúl, «que las arengas finales como la que acaba de hacer son las que ponen a los muchachos en su contra».

26

Ángel había esperado durante horas a que dejara de llover. Una eternidad en la que se había paseado por todas las habitaciones a grandes zancadas, sin rumbo fijo, sin plantearse ninguna tarea que realizar. Ahora, apoyado en el quicio de la puerta de entrada a la vetusta casucha que habitaba, se entretenía en ver pasar los arroyuelos que bajaban zigzagueantes de las cumbres; se dejaba tranquilizar con el sonido cada vez más apagado de las gotas que resbalaban por el mohoso tejado recién arreglado mientras se liaba un cigarrillo.

Era un poco maniático con aquel vicio, el tabaco. Solía utilizar un determinado papel de arroz, delgado y de considerable tamaño, que compraba por internet y que manipulaba con facilidad debido a su experiencia como fumador empedernido. Hacía años que utilizaba la misma marca porque le gustaba cómo se quemaba ese papel: lenta y uniformemente. Kenya le había regalado, en uno de sus últimos cumpleaños que habían celebrado juntos, un precioso estuche de plata para guardar su preciado papel de fumar. «Para que no se te doble o se te rasgue en el bolsillo de la chaqueta o del pantalón», le había dicho, mientras contemplaba arrobada cómo él desenvolvía el regalo con torpeza y, una vez descubierto, le daba vueltas entre sus manos enormes y, por aquel entonces, suaves. Le supuso un gran esfuerzo no dejar traslucir su indiferencia hacia aquel objeto delante de Kenya. En un primer momento, pensó que lo utilizaría durante unos días, para que no pareciese que despreciaba la generosidad y el esfuerzo que había invertido la chica en conseguir para él aquel presente pero que, en cuanto pasase un tiempo, lo abandonaría en lo más recóndito de cualquier cajón. No se veía utilizando aquella «pijada». Esos cacharros eran más del gusto de Carlos. Y ¡cómo eran las cosas...!, lo había estado utilizando desde entonces.

Sintió algo parecido al vértigo: que la nuca se le ponía rígida y una repentina flojera. Podían ser los síntomas de no haber comido nada en todo el día. Tenía que reconocer que la visita de Kenya le había alterado sobremanera.

Le gustaba mezclar la picadura de tabaco con el clavo que él mismo trituraba. Antes de echar aquella singular combinación en el papel, la olisqueó dentro de la bolsa, inspiró en profundidad aquel aroma tan familiar, tan viciado. Dejó la bolsa apoyada en la gruesa madera del marco inferior de la puerta partida. Sus movimientos eran

lentos y precisos, como si estuviera realizando un importante ritual. Se puso el papel de fumar entre los dedos pulgar y medio, mientras que con el índice sostenía el pliegue, sujetándolo con firmeza para ganar en estabilidad cuando vertiera el tabaco. Con la mano libre, esparció con delicadeza la mezcla y la apretó. Le gustaban los cigarrillos delgados: así era más fácil cerrarlos y, al no comprimir demasiado la picadura, la succión le llegaba antes a los pulmones. Introdujo el filtro y empezó a enrollar el papel hasta que solo quedó el extremo adhesivo del mismo. Lamió el borde, como si estuviera sellando un sobre. Aplicó una presión uniforme pasando los dedos por todo el largo del pitillo para que quedase bien pegado.

Extrajo del bolsillo del pantalón vaquero el mechero publicitario que tiempo atrás le había regalado Carlos, un artículo más de los cientos con los que promocionaba el logo de su empresa y que se había dejado olvidado en casa de sus padres, migajas que aquel cabrón iba repartiendo por doquier y que no eran más que la mercadotecnia fantasiosa con la que inspirar envidia y deseo. Desde que había vuelto a aquella casa y encontrado el mechero en la mesilla de noche de su antigua habitación, no había dejado de utilizarlo. Era el recordatorio diario que necesitaba para odiar cada día un poquito más al hombre que le había robado todo, hasta la dignidad.

Se puso el cigarro en los labios y, con un rápido movimiento del pulgar en la pequeña rueda dentada, encendió la llama. Mantuvo la presión en el botón, inhalando mientras la llama tocaba la punta del cigarrillo y sintiendo cómo el metal se iba calentando con rapidez. Cuando el aire pasó a través del tabaco y se prendió, tras tres o cuatro caladas, su ánimo empezó a sosegarse.

Jugueteó con el encendedor antes de volver a guardárselo en el bolsillo del desgastado pantalón. Aquel logo que había saltado hasta su retina minutos antes, se había acabado convirtiendo en una seña de identidad propia, exclusiva y diferenciadora: el símbolo de un avión de papel blanco sobre un fondo circular azul. Poca gente sabía que ese fondo azul no solo denotaba que aquel simpático avión había sido creado para desplazarse con total libertad por la inmensidad del cielo, sino que Carlos era daltónico y así lo quiso. La idea había sido un éxito total: una imagen sencilla, relacionada con la libertad, los viajes, la juventud…, en simbiosis con un color que representaba el cielo, el mar, el aire o el agua y que también significaba lealtad, sabiduría o confianza.

«Esta es una buena noche para morir», pensó. «La muerte es algo que le sucede a todo el que está vivo. Es el precio que hay que pagar. La destrucción es el elemento purificador, lo que permite el equilibrio del universo».

Su ánimo se fue calentando con aquellos pensamientos. No sería él

quien se iría al otro barrio. Había llegado el momento de rematar la faena, de ajusticiar. Dejó que los sentimientos que había ido acumulando a lo largo de los años se abrieran paso como las prisioneras aguas de un embalse cuando se abren las compuertas y son liberadas.

—En cuanto deje de llover —respondió, sintiéndose algo más ligero, al trueno que precedió a un cercano relámpago.

27

Sintió un dolor intenso cuando recibió el golpe en la cabeza, que le abrió una brecha y medio le arrancó una oreja. Sonó como si se le hubiese partido el cráneo. La barra de hierro provocó que afilados cantos del interior del cráneo rompieran algunas venas y arterias que corrían a través de su cerebro, provocándole una hemorragia. Manu se desplomó medio metro hacia adelante boqueando. Se llevó por delante un perchero que había en la habitación. Pugnó por levantarse, pero unas punzadas insistentes mantenían su consciencia a cierta deriva. Pensó en arrastrarse hasta la cama, pero algo lo inmovilizó bajo su peso. Le pusieron una bolsa de plástico en la cabeza y lo que le parecieron unos dedos de hierro rodearon su cuello con fuerza. La oscuridad se impuso, como si de pronto un eclipse solar hubiera apagado el mundo. Frenético, intentó zafarse del peso que lo aprisionaba sacudiendo la cabeza hacia todos lados, pues el resto del cuerpo no le respondía. No tuvo que esforzarse mucho para imaginar que su atacante pretendía acabar con su vida.

Sintió que su pecho iba estallar y que sus ojos estaban a punto de salírsele de las cuencas. No había visto llegar al agresor hasta que no lo tuvo encima. Abrió la boca por instinto de supervivencia y se le pegó el plástico a los labios. Levantó los brazos para intentar romper la bolsa con los dedos, pero se intensificó la presión en su cuello y solo consiguió un manoteo flácido, mientras consumía el aire de sus pulmones y el oxígeno de su sangre. Sus últimos pensamientos fueron para Ramón, su hermano.

Dos minutos fueron suficientes para que Manu se desmayara, para que dejara de boquear. Pero el asesino no aflojó a su presa. Siguió apretándole el cuello varios minutos más. Dejó de hacerlo cuando estuvo completamente seguro de que el sujeto había dejado de respirar, de que la parada cardiorrespiratoria era un hecho. Un líquido parduzco empezó a resbalar bajo la bolsa, ensuciándole el cuello de la camisa y formando un pequeño charco debajo de su cabeza. El homicida se incorporó sacudiéndose la ropa. El finado comenzó su proceso de enfriamiento cadavérico, como lo hace una plancha eléctrica cuando se la desconecta de la corriente.

Su primera intención al ir hasta allí había sido la de hablar con él, comprobar si conocía el paradero del empresario Carlos Abreu, pero se había obcecado. La ira y la violencia creaban una respuesta dentro

de él que crecía como lo hizo la marea negra de chapapote procedente del vertido del Prestige, y que lo ahogaba si no hallaba salida. Solo conseguía aliviar esa pesadumbre la certeza de que él sería el caballo ganador de la carrera.

Creía que era un hombre paciente, de los que observan, de los que reparan en los detalles. Cuando iba por la calle se fijaba en la gente, en cómo iba vestida y en su forma de gesticular o de hablar. Con todos esos datos podía elaborar un perfil bastante acertado de cualquier sujeto. El que acababa de matar, sin duda alguna, era un don nadie. Lo había seguido durante todo el día y esa era la conclusión a la que había llegado. Solo había advertido un problema en él: que podía ser un adversario peligroso en una pelea cuerpo a cuerpo. Era corpulento y, a todas luces, se machacaba en el gimnasio. Ese pensamiento fue el que le produjo un chispazo en el cerebro. Si se producía algún contratiempo en el ataque y en el bloqueo, podía salirle el tiro por la culata. Pensar que la suerte se volviera en su contra lo había cabreado tanto que, en el último momento, decidió ir a por aquel maricón sin contemplación alguna.

Sintió las venas hirviendo por la adrenalina que su cuerpo había generado antes y durante el ataque.

Había utilizado la bolsa por dos motivos: primero, por no volver a ensuciar su preciada navaja; segundo, para que cuando encontraran el cuerpo y los forenses le realizaran la autopsia, no pudieran relacionar la muerte del chico del aparcamiento del centro comercial con la de este nuevo fiambre.

Se rio por lo bajo al imaginarse a la policía investigando *modus operandi* tan distintos.

—Lo tengo todo bajo control, la cabeza clara y la sangre caliente —se dijo, envarado.

Miró a su alrededor, con los pies bien plantados en el suelo y con la actitud arrogante de quien se cree superior a los demás mortales, y estalló en una carcajada irrefrenable.

Tendría que conformarse con echar un vistazo a la casa para ver si aquella basura ocultaba algo que arrojara un poco de luz sobre el paradero del empresario. Si había algo que encontrar en aquel lugar, lo encontraría.

28

Grigore Tancolescu era el soplón oficial al que acudía el inspector Raúl Damacio cuando andaba por medio la mafia rumana que se movía por Huelva. Era conocido por las autoridades, porque había acumulado una larga lista de antecedentes criminales desde su llegada a España: había sido arrestado por tráfico de drogas, por posesión de armas, por violación y por una pelea con un vigilante de seguridad de uno de los clubs de alterne más sofisticados de la provincia. Pero solo había sido sentenciado por tráfico de drogas y por posesión de armas. Pasó menos de un año en la cárcel porque las víctimas de sus otros delitos habían acabado retirando las denuncias.

El inspector le había salvado el culo en un par de ocasiones. Por ejemplo, la noche en la que bebió demasiado y se llevó por delante una señal de tráfico. Dejó el coche empotrado en ella y echó a correr al escuchar las sirenas de un coche de policía. Por la matrícula averiguaron que era un coche robado en Rumanía, pero que estaba registrado a su nombre en España. Cuando le echaron el guante al fugitivo, dejaron pasar el asunto. Raúl Damacio fue el que movió varios hilos para que se hiciera la vista gorda. Desde hacía tiempo quería tener un soplón dentro de la comunidad rumana que se movía por Huelva y había aprovechado esa conyuntura para hacerse con uno.

Tancolescu era un hombre robusto, de pelo castaño, largo y peinado hacia atrás con gomina, con profusas entradas en las sienes, que aparentaba unos cuarenta años. Vestía vaqueros, una camiseta básica negra y unas sandalias de piel con cierre de velcro. Raúl odiaba ese tipo de calzado estilo guiri: ver a alguien con ellas puestas era como recibir una bofetada visual. Y si, como en este caso, iban acompañadas de calcetines, sentían que atentaban contra el más mínimo sentido del buen gusto. El rumano tenía la cara redonda, con unas facciones que parecían haber sido comprimidas: los ojos, pequeños, negros y muy juntos; los labios, demasiado abultados, parecían prontos a babear; y le debían de haber roto la nariz en alguna trifulca porque estaba algo ladeada hacia su izquierda. En aquel rostro, todo se conjugaba para resultar desconcertante y repulsivo.

Raúl se acercó al hombre, que lo esperaba fumando al lado de un destartalado y antiguo Citroën C4 Coupé. Dudó si ofrecerle la mano,

pero acabó por hacerlo. Grigore tiró el cigarrillo, examinando nervioso la cara del inspector antes de estrechársela. El contacto fue tan rápido como flácido y sudoroso. El inspector tuvo que contenerse para no restregarse la palma de la mano contra la pernera del pantalón.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el hombre, con ojos huidizos.

—Quiero información sobre el empresario Carlos Abreu —respondió el policía.

—¿Qué pasa con ese tío? —Raúl notó que al rumano le había sorprendido este requerimiento, como si hubiera esperado que el policía viniera a informarse de otro asunto.

Hacía más de noventa horas que se desconocía su paradero. Según las estadísticas, si no se encontraba a un desaparecido antes de las setenta y dos horas, las probabilidades de hallarlo, con o sin vida, se desplomaban.

—Lo estamos buscando, ha desaparecido y, con toda seguridad, anda metido en algo sucio.

Asimiló las palabras del inspector durante un rato, como si estuviera meditando lo que tenía que decir, o, más bien, lo que podía contentarle para que lo dejara en paz. Los segundos pasaron con un tictac desesperante. Por fin, dijo con resignación:

—Esto le interesa de verdad, ¿no?

—¿Tú qué crees? No estoy aquí por tu careto —gruñó Raúl.

—Vale, veré lo que puedo hacer, pero no le prometo nada.

—No me jodas, si hay alguien en Huelva que se puede enterar de dónde coño está ese cabrón… ese eres tú —dijo irritado—. Así que no me vengas con cuentos chinos sino con información fiable. ¿Nos entendemos?

Grigore le miró retraído y se limitó a hacer un leve movimiento con la cabeza. El policía no necesitó más pruebas para saber que aquel tipo había entendido lo que se le pedía.

—¿Sabes dónde está el chiringuito Larena? —le preguntó.

—Sí, en El Rompido, a unos quince minutos de Huelva.

—Bien, ese es un buen lugar para volver a encontrarnos. Te espero allí pasado mañana, a las nueve y cuarenta y cinco en punto. No te retrases.

—Vale. Pero repito, no le prometo nada —dijo, envalentonándose de nuevo cuando el policía le dio la espalda para dirigirse a su vehículo.

29

La única persona que sabía dónde se encontraba Carlos Abreu en aquellos momentos era Ángel Vargas. Lo sabía porque dos días atrás el empresario había intentado matarlo.

Ángel fumaba un cigarrillo sentado en un tocón, daba la espalda a la casa y contemplaba el paisaje. Estaba haciendo una de las varias paradas que se había impuesto hacer para que al final del día no le pasara factura todo el esfuerzo que estaba realizando para rehabilitar la casa de sus padres. Le gustaba sentarse allí, mientras fumaba y escuchaba los quejidos de la vetusta morada, el canto de un pájaro que en aquel momento era incapaz de identificar, el ladrido lejano de un perro…

El cielo estaba empezando a anunciar la llegada de otro anochecer y, en breve, se encendería en tonos rojizos y anaranjados.

—¿Conque te has atrevido a volver? —le recriminó Carlos, sin esperar respuesta alguna, porque antes de que Ángel se diese la vuelta lo golpeó con una piedra en la cabeza y le abrió una brecha en la nuca. Lo volvió a golpear otra vez con la fuerza necesaria para hacerle perder el sentido. Luego, cerciorándose de que estaban completamente solos en aquellos páramos, lo arrastró hasta el interior de la casa. Lo ató y lo amordazó.

No pensaba matarlo sin más. Necesitaba hablar con él antes de dejarlo en manos de Didier, el mercenario francés que se encargaría del trabajo sucio, pero se había convertido en su hombre de confianza en los últimos tiempos. Si se le pagaba bien, era capaz de hacer cualquier cosa: raptar, torturar, violar… Hijo de un militar borracho y pendenciero, desde muy joven había estado en contacto con las armas y con la violencia más extrema. Tenía treinta y tantos años y, por su aspecto físico, podía confundirse con un empleado de banca cuando vestía traje y se despojaba de los piercings que lucía en nariz y orejas, o cuando no se camuflaba bajo alguno de los múltiples disfraces que solía utilizar. Le había demostrado su eficiencia en varias ocasiones. La última vez, al encargarse del muchachito imberbe que se follaba a su mujer. Estuvo tentado de pedirle que se cargara también a esa zorra, pero no quería dejar a las niñas huérfanas de madre.

Sudores fríos le impedían estarse quieto, deambulaba de un lado

para otro por la habitación en la que se encontraban.

En cuanto a aquel maldito traidor, quería ver cómo se meaba encima, cómo le suplicaba clemencia antes de hacérselas pagar todas juntas. Debía recordarle que la amistad es lo más sagrado que hay en la vida, que la lealtad es el único juramento que no se puede romper nunca.

Su excitación aumentó al pensar que Ángel siempre le había pertenecido y que ahora estaba totalmente en sus manos. Podía desnudarlo y violarlo, o, mejor aún, hacer que se la chupara.

«¿Tiene los labios más carnosos que antes?», se preguntó, admirándolos. Estuvo tentado de rozarlos con los suyos. Se sintió mareado e intentó concentrarse en otra cosa.

Podía hacer con él lo que quisiera.

Lo pateó con violencia para hacerlo volver en sí. Ángel, confuso, recuperó algo de consciencia, aunque le costó trabajo reconocer dónde se encontraba. Le dio la impresión de que las paredes de la casa habían encogido por la situación y la postura en la que se encontraba. Trató de zafarse de las ataduras, pero desistió al escuchar la conocida voz de Carlos a sus espaldas.

—No sé cómo te has atrevido a volver aquí —añadió, apretando los dientes—. Deberías haberte escondido en el rincón más remoto de este puto planeta. Seguir huyendo. Eso es lo que mejor sabes hacer. En cambio, tienes la cara dura de pasearte por la sierra de Huelva como el hijo pródigo que viene a reclamar su parte del pastel —se arrodilló a su lado y le agarró de la barbilla—. Pero lo único que vas a conseguir es acabar como esa japonesita a la que te follabas.

Al escuchar las últimas palabras del empresario, Ángel pateó el suelo, emitió sonidos sordos que la mordaza acalló.

—¿Duele? Pues jódete. Teníamos un compromiso de lealtad y lo rompiste —continuó con el discurso que tantas veces había rumiado para sí, por si alguna vez tenía la oportunidad de cantarle las cuarenta a ese don nadie—. Éramos amigos, nos lo pasábamos bien juntos. Pisoteaste mi confianza, me ridiculizaste a pesar de que te lo había dado todo: un buen trabajo, montones de dinero, las mujeres más apetecibles, mi respeto, mi amistad…

Necesitaba escuchar su voz, así que le quitó la mordaza. Lo hizo con tanto ímpetu que la cabeza de Ángel rebotó varias veces contra las losetas del suelo.

—¡Habla! ¡Di algo, justifícate!

Ángel contempló, con una mezcla de desprecio y tristeza, el rostro de Carlos. Pensó en cómo la emoción creaba su propia lógica.

—Me alejé por no matarte. ¡Estás loco!

Carlos lo observó en silencio un momento. Lo hizo con tanta atención que parecía querer atravesarlo con la mirada. Se pasó la

mano por el pelo. Entonces, se inclinó a pocos centímetros del rostro de su viejo amigo. Todo su cuerpo desprendía un olor a exceso de alcohol, y, salpicándole la cara con gotas de saliva, le dijo:

—¿Matarme? —Negó con la cabeza—. Pues debiste hacerlo. Como a ti te gusta hacer las cosas, por la espalda, porque ahora el que te va a destripar vivo soy yo.

—Te desprecio –dijo el prisionero.

Vio cómo a Carlos se le enrojecían las orejas, cómo abría los ojos como platos y cómo cerraba los puños.

—La forma en la que vivías nuestra amistad era insana, se fue enrareciendo según iba pasando el tiempo.

—Tú, tú… ¡Eres un piojoso! —gritó Carlos furibundo, a la vez que se ponía en pie y daba un par de zancadas por la habitación.

—Y tú eres un ser insignificante y un manipulador—dijo Ángel despacio.

Una vena gruesa le empezó a latir a Carlos en el lado derecho del cuello, pero Ángel intentó mantener la calma a pesar de la reacción que estaba provocando en su antiguo compañero de correrías. No dudó en mirarlo a los ojos y en aguantarle la mirada. Fue consciente de que él era el que tenía el poder, aunque estuviera atado, porque no tenía miedo a perder nada. Ya no. Carlos fue el primero en titubear, un brevísimo parpadeo, y apartar la vista.

—Tus expectativas eran muy distintas a las mías —volvió a decir Ángel con calma.

Si había algo que el empresario creía que dominaba a la perfección era lo de fingir sentimientos, controlar sus expresiones faciales y dominar el lenguaje verbal, pero eso era solo la percepción que su arrogancia y engreimiento le hacían tener de sí mismo, no lo que los demás veían en él.

Dio un paso raudo hacia Ángel. Se volvió a agachar y lo abofeteó. Entonces ocurrió algo inesperado. Ángel había conseguido aflojar sus ataduras y contraatacó. Los puñetazos se sucedieron a un ritmo frenético. Ángel se descubrió disfrutando del terror que apreciaba en la mirada de Carlos. Se deleitó con cada golpe, con las gotas de sangre que lo salpicaron, con los aullidos de dolor del empresario.

30

Houda no pudo dejar la investigación a un lado, ni siquiera cenando con su hermana en el restaurante Bonilla del Muelle de Levante.

Se sentía frenética y obsesiva, dando vueltas a los detalles, persiguiendo conexiones. «¡Si pudiera sacar el iPad un momento y ver mis anotaciones!», pensó. Descartó esa idea de inmediato. Su hermana Hanae podría escupirle en la tapa de ensaladilla de gambas por algo mucho menos ofensivo que no prestarle toda la atención que le exigía en aquellos instantes. Se limitó a mirarla fijamente y a asentir de vez en cuando, apenas un leve movimiento de cabeza, para que no la pillara haciendo un gesto inadecuado a su ininterrumpido monólogo. Había algo creativo en aquella concentración, en verse obligada a desplegar a la vez y de forma clara todos los detalles en su cabeza. Algo parecido debían de hacer los escritores: personajes y argumentos e ideas dando vueltas en sus cabezas. En cuanto a ella, era difícil poner orden en todo aquello, darle un sentido. Un ligero arqueamiento de labios y el esbozo de una sonrisa al intentar colocarse en el punto de vista del asesino del joven degollado en el Holea. Estaba todo el rato pensando, jugando con los diferentes hilos de la trama.

El empresario había desaparecido justo después de que encontraran el cadáver del joven amante de su esposa, pero Carlos Abreu hacía negocios con las mafias rumanas. Era *vox populi*, aunque no tuvieran pruebas con las que enchironarlo. Ambos sucesos, el crimen y la desaparición, podrían estar relacionados con aquellos turbios negocios. Por último, quedaba la teoría más fantasiosa, que detrás de todo aquello hubiera una rocambolesca historia cuyo engranaje principal fueran los jueguecitos sexuales que tanto le gustaban al empresario. ¿Y si el profesor de yoga no solo se acostaba con Paula sino también con su marido? Plausible que esta circunstancia fuera el detonante de la muerte del joven. Eduardo Morales podría haber llegado a ser una molestia para el matrimonio.

El dolor de la mujer al conocer la noticia le había parecido sincero, pero podrían estar ante una magnífica actriz.

Sexo a voluntad, sin límites y sin compromiso: era algo que Houda, por su cultura y por la educación recibida, no llegaba a comprender del todo. Es más, no podía dejar de juzgar y condenar tanta lujuria.

Se imaginaba al joven yogui encaprichándose de uno de los dos, o viceversa. Exigiendo más de lo que la pareja de ricos caprichosos estaba dispuesta a darle.

¿Y si otros sujetos, personajes secundarios de esta historia, tenían más relevancia que la que en realidad parecían tener? Kenya, la amante oficial del empresario, ¿tenía algo que ver con todo aquello? Houda no acababa de ver esta última suposición, pero tampoco descartaba a la mujer de su lista de posibles implicados.

¿Y el ermitaño Ángel Vargas? ¿Sería un lobo con piel de cordero? Después de tantos años fuera de España, ¿dónde encajaba ese peón en aquella historia? ¿Había acudido Carlos a él para que lo ocultara?

De hecho, habían encontrado el coche del empresario cerca de la casa de su antiguo amigo. E, incluso, «la casa de los placeres» no distaba mucho de allí.

Le resultaba fascinante pensar en las vidas de los demás. Pensar: por ejemplo, que las vidas de diversas personas ajenas entre sí, por el hecho fortuito de cruzarse sus caminos, podrían acabar en tragedia.

De repente, se le ocurrió que había un sospechoso lógico. Pero hasta que no supiera por qué habían matado al joven, esa hipótesis no era nada más que una conjetura. No podía influir en la forma en que se debía seguir enfocando la investigación.

Se sirvió más agua y decidió empezar a prestar atención a lo que le estaba contando Hanae. Esta tenía el día sensiblero y estaba recordando anécdotas compartidas de la infancia, alabando los días felices de aquella etapa, regocijándose con la suerte de tener unos padres tan comprensivos y cariñosos. Le bastaba articular algún monosílabo suelto o un cabeceo para que Hanae creyera que la seguía en su monólogo perpetuo.

Por alguna razón, de pronto tuvo un tremendo apetito que saciar. Acabó con lo que le quedaba de ensaladilla y aplaudió la llegada de las berenjenas con miel y los chocos a la plancha. Esa ansia súbita coincidió con el momento en el que la hermana empezó a hablarle de un nuevo amigo francés.

—¡Vas a flipar cuando lo conozcas! Didier es lo más.

—¿Has dicho que es francés? —preguntó Houda cuando ya no quedaba más comida en los platos.

—Sí, ¿pasa algo? —inquirió Hanae a la defensiva.

—Claro que no, solo que me he despistado un momento…, no te he escuchado bien cuando me lo contabas.

—De todas formas, está de paso. Ambos sabemos que esta relación tiene fecha de caducidad.

Los ojos le brillaron.

—¿Está en Huelva por trabajo, de vacaciones…?

—Es un programador *free lance* —calló un momento y respiró

hondo antes de continuar—. ¡Relájate!, no ejerzas de poli las veinticuatro horas del día.

—¡No digas tonterías! —En sus labios se le dibujó una sonrisa triste.

—No es ninguna tontería, Houda. Houriya y yo lo hemos hablado, a veces nos haces sentir como unas delincuentes, sobre todo, cuando te da por aplicarnos el tercer grado.

—¿Por qué dices eso? —dejó escapar un pequeño suspiro.

—Por cómo preguntas. Es como si nos estuvieras interrogando, como si recelaras de nosotras.

Houda frunció los labios y apartó la mirada, no quería seguir viendo los acusadores ojos de Hanae.

—¡Escúchame! —dijo Houda alzando un tanto la voz–, no es esa mi intención. Soy policía, sí, pero cuando estoy con vosotras solo soy vuestra hermana. No soy ningún bicho raro, ni actúo con doble intención cuando os pregunto cómo os va la vida.

—¡Bah! Déjalo estar —replicó, mirándola a los ojos—. Olvida lo que te he dicho. Si no me interrumpes mientras hablo, te cuento cómo lo conocí.

Houda no lo pudo remediar, volvió a juzgar negativamente a su hermana. No lo verbalizó para no acabar discutiendo con ella y que esta se levantara de la silla y la dejara con un palmo de narices y con la cuenta por pagar. Se recriminó por tener tan poca paciencia con la pequeñaja de la casa, aunque tenía que reconocer que tampoco le sobraba con el resto de los integrantes de su familia.

Lo que le ocurría con Hanae es que no le gustaba que anduviera de acá para allá con cualquiera. Las noticias de agresiones violentas contra mujeres se habían disparado en el último año. Violencia que casi siempre iba unida al consumo de alcohol y drogas. Su hermana no bebía, o eso creía ella, pero sí que se permitía alguna que otra licencia con las drogas. Hanae la preocupaba, y no se cansaba de advertirle que llevara siempre el móvil encima, con la batería cargada, para poder usarlo en cualquier emergencia. Le había dicho un sinfín de veces que la llamara a la hora que fuese si le surgía algún problema.

Hasta el momento no le había ocurrido nada serio, nunca había tenido que requerir su ayuda, así que Houda no debía preocuparse tanto por ella, pero no lo podía remediar.

En cierta forma, la inspectora hubiera preferido que Hanae fuera como Houriya: que se decantara más por la cultura musulmana que por la occidental; que ansiara llevar una vida tranquila, decente y respetuosa, antes que dar vueltas por ahí como una cabra loca sin cencerro.

—Lo conocí en el chiringuito El mosquito, del paseo marítimo de Huelva. Tocaban Los Malos, el grupo de músicos de El Rompido que

tanto me gusta. Fui sola, ninguna de mis amigas se apuntó, porque el concierto era un día entre semana y muy temprano, a las seis de la tarde. —Hanae siempre había sido algo reservada y autosuficiente, pero le encantaba rodearse de gente—. El poder de convocatoria de este grupo no suele ser grande, pero ese día debían de haber chantajeado a todos sus familiares y amigos para que fueran a verlos, porque todas las mesas estaban ocupadas. De pie no había tanta gente, pero yo estaba agotada y me fastidiaba un poco no poder sentarme. Fui a la barra a pedir una tónica y después me dirigí por entre el barullo a un lateral del escenario. Quería tener la mejor visión del grupo, pero también ver el mar tras ellos. Dio la casualidad de que me coloqué al lado de la mesa en la que Didier estaba sentado, solo. Se fijó en mí —No pudo evitar sonreír mientras recordaba el encuentro— y me ofreció la silla que tenía al lado. Debía de ser la única que no estaba ocupada todavía. No la habían pillado por la mochila que Didier había dejado encima, seguramente pensaron que la reservaba para algún acompañante que estaba por llegar. Le agradecí su ofrecimiento, a la vez que flipé en colores por la suerte que había tenido. Iba a poder ver el concierto con comodidad y, encima, al lado de aquel pedazo de tío. ¡Es supermono! Te vas a quedar bizca cuando lo veas. El concierto fue una pasada, estuvo genial, y estar allí con Didier..., ¡lo máximo! Después del concierto, me invitó a dar un paseo y acabamos a las puertas de su hotel. Para entonces, yo ya estaba completamente enganchada a su mirada y a su olor. No veas lo bien que huele. Me pidió que cenara con él en el restaurante del hotel donde paraba y, sin pensármelo dos veces, le dije que sí. Lo acompañé a su habitación para que pudiera dejar la mochila, tenía pinta de pesar lo suyo por lo grande que era y lo llena que estaba, y yo quería aprovechar para hacer pipí. ¡Ya sabes lo meona que soy! Al final, no bajamos al restaurante. Al salir del baño, me lo encontré al teléfono pidiendo que nos subieran comida a la habitación. En un principio me molestó que no hubiera contado con mi consentimiento pero, al colgar el teléfono, se acercó a mí, empezó a besarme y…

A Houda se le hizo eterna aquella verborrea. Una mezcla de envidia y tristeza se le fue haciendo bola en el estómago, impidiéndole seguir probando bocado. ¿Por qué le pasaban esas cosas a su hermana y no a ella? ¿Por qué Hanae siempre se centraba en la bondad de la gente y ella siempre encontraba algo sospechoso en quien ponía la mirada?

Houda había vivido una experiencia parecida semanas atrás, pero con un final totalmente distinto. Estaba merendando en una cafetería del centro y un hombre un poco mayor que ella hacía lo mismo en una mesa cercana. Ella le sonrió, y a él se le fue la mirada a los hoyuelos que se le habían formado en la cara a la inspectora. Ante ese contacto

visual, sintió que se iluminaba por dentro. Un fuerte aleteo, algo nuevo y vibrante, se removió en su interior. No había podido evitar ilusionarse, había sido algo tan fresco y vivificante que se resistió a dejarlo pasar. Le entraron ganas de ser besada, de que le devoraran la boca. Deseaba creer que había habido algo felino entre ellos, algo elástico, fluido, que sus miradas habían jugado a posarse en las distintas partes de sus cuerpos: ojos, labios, pómulos, cuellos… Había acabado apartando la mirada.

Un par de minutos más tarde, había visto por el rabillo del ojo cómo el hombre llamaba a la camarera y pedía la cuenta. Mientras ella endulzaba el té con el sobre de azúcar que acompañaba la taza, la cuenta había llegado a la mesa del desconocido. El que podría haber sido su Didier había sacado la cartera y dejado un billete de cinco euros en el platillo. Se levantó y se marchó. No volvió a mirar hacia el rincón donde ella se encontraba.

En aquel momento, no pudo dejar de pensar en que las mujeres están condicionadas por su origen, por la educación que reciben y por el ambiente en el que se mueven. Pero también reflexionó sobre los instintos primarios del género femenino. Independientemente de la importancia que tuviera la tesis anterior, estos debían ser los que las llevaban a tomar las decisiones más importantes de sus vidas y a hacer cosas que podían ir en contra de lo que se les inculcaba.

Aquel día, recordó cabizbaja, por más que lo hubiera deseado, no había llegado a aprovechar una posible oportunidad. Mujeres como su hermana conseguían vivir experiencias increíbles y otras, como ella misma, se conformaban con recrear alguna que otra ensoñación de adolescente. La tarde del encuentro con el desconocido, lo único que había ocurrido era que había dejado enfriar un té verde con menta y resecarse un trozo de tarta. El amor para ella seguiría siendo un hambre jamás colmada.

—… después de una noche tan perfecta, le dije a Didier que por qué no dejaba la habitación de hotel y se quedaba en mi apartamento, por lo menos hasta que tuviera que volver a Francia.

Hizo una pausa algo dramática para ver la reacción de Houda a los últimos datos que le estaba refiriendo.

—¿Qué te parece que lo invitara a mi casa?

La pregunta sonó ansiosa y áspera, debido al mutismo autoimpuesto de Houda.

—¿De verdad quieres saber lo que pienso?

Quién era ella para decirle lo qué tenía que ser o lo qué tenía que hacer. Su hermana, y daba la puñetera casualidad de que también era inspectora de policía.

—¿Estás lela? ¿No te lo acabo de preguntar?

—Técnicamente sí, pero contigo nunca se sabe. Después de lo que

me has dicho antes, de la opinión que Houriya y tú tenéis de mí...

—¡Bah! No sé por qué me molesto en pedir tu opinión. No tengo que comerme mucho la cabeza para saber cuál es. Conociéndote…, seguro que piensas que estoy loca por meter a ese chico en mi casa.

—Si yo pienso así, ¿qué es lo que crees que pensarían Houriya o madre si se lo contaras a ellas? —dijo Houda, escrutándola como quien examina a un sospechoso en la sala de interrogatorios.

Hanae no dijo nada, pero hizo una mueca.

—Tú misma te has contestado, parece que me conoces muy bien. Mucho mejor de lo que yo creía conocerte a ti. Sí, es una gilipollez lo de meter a un tipo que solo conoces de un buen polvo en tu casa. Yo no lo habría hecho: no, viendo lo que tengo que ver cada día en la comisaría —lanzó un suspiro y sintió ganas de zarandear a su hermana para que espabilase de una vez por todas—. Me has pedido mi opinión y te la he dado, pero no te voy a sermonear ni nada por el estilo. Ya tienes una edad, tengo cierta responsabilidad sobre ti por ser tu hermana, pero no soy tu madre.

—¿Sabes lo que piensa Didier de la policía? Que sois un instrumento de control y de represión, meras marionetas dirigidas por los poderosos —dijo con una determinación implacable, casi estremecedora.

Houda se asustó por aquel ataque inesperado, por el canal desde el que habían llegado esas ideas absurdas a su hermana, por la rabia que las alentaba y por la intensa emoción que brillaba en los ojos de la joven. Luchó por recomponerse, aunque no lo consiguió del todo.

¿Qué clase de tipejo pensaba así de la policía? La incertidumbre le produjo una sensación horrible. No era tanto que su Hanae la atacara de una forma infantil e irracional, sino la influencia que ejercía en la joven aquel extraño con el que se relacionaba.

—¿Cómo puedes…, cómo has podido decir algo tan estúpido? —Meneó la cabeza, indignada—. ¡Hanae, aléjate de ese tipo si de verdad ha dicho eso de la policía!

Se interrumpió de golpe, porque Hanae se levantó de la mesa, cogió su bolso y se marchó sin darle tiempo a reaccionar. Por un momento, consideró correr tras ella y hacerla entrar en razón, pero conocía la testarudez de la joven. Le daría un tiempo para que se calmara. No demasiado, pues se había quedado conmocionada por la intensidad de las emociones que habían vivido en cuestión de minutos.

Seguro que su advertencia sería tenida en cuenta. Hanae había acudido a ella porque era la única de la familia a la que le podía contar su aventura. No era idiota: supondría que le iban a reprochar la insensatez de haber metido a un desconocido en su apartamento. Y Houda rezaba porque la profunda capacidad de empatía de su

hermana se decantara por los razonables consejos de un miembro de la familia y no por las patéticas reflexiones de un extraño antisocial.

Sintió cierta opresión en el pecho. Se recriminó no haber tenido un poco de paciencia con su hermana, no haber sabido manejar mejor aquella situación y haber impedido que se pusiera la coraza. Podría haberle sacado algún dato más relevante sobre aquel hombre, información que ella pudiera utilizar para averiguar algo de él a través de fuentes policiales o de internet. Un Didier a secas no le servía para nada.

31

Lloviznaba de nuevo cuando Ángel salió a la puerta de la chiquera para despejarse y fumarse otro cigarrillo. Iba en camiseta de manga larga porque el esfuerzo le había hecho sudar y enseguida se había tenido que quitar el jersey de lana que llevaba puesto encima de esa otra prenda de menos abrigo. No sabía qué hora era, pero faltaría poco para la madrugada. Estaba agotado. Le llegaba el rumor suave del río que pasaba a escasos metros de allí. Se iba mitigando el odio profundo que había lacerado su corazón durante horas. El títere que había sido en otros tiempos, la marioneta cuyos hilos movían otros, se había quedado en Japón. Algo había cambiado en él, algo que le infundía coraje.

Ya casi había terminado. Solo le quedaba prenderle fuego a la pocilga. Tenía que borrar todo rastro del cuerpo, de las salpicaduras de sangre que, como pequeñas agujas carmesí, decoraban las paredes y el techo de aquel habitáculo.

Tardaría en olvidar las súplicas, los sollozos, los insultos y los gritos. La agonía.

Podía haber sido más rápido, no había disfrutado torturándolo pero era lo que aquel cabrón se merecía, pensó Ángel dando una chupada al cigarrillo.

Había aflojado para perpetuar su agonía cada vez que lo sentía irse, cuando sus pulmones dejaban salir el aire con un silbido apenas audible.

Habían sido dos días muy intensos para ambos.

El cerebro de Carlos había sufrido tanto como su cuerpo, había estado al límite en varias ocasiones, como una bombilla a punto de fundirse, alternando destellos breves de lucidez, de obstinación por agarrarse a una ínfima esperanza, con periodos de oscuridad.

Ángel se había arriesgado a todo, incluso, a caminar con Kenya hasta el lugar donde lo mantenía retenido, atado y amordazado. La había acercado hasta la distancia adecuada para que él pudiera oír su conversación, para que pudiera escuchar cómo la chica lo traicionaba, cómo le pedía que la ayudara a acabar con el hombre que los había anulado y hostigado desde que había entrado en sus vidas. Es curioso cómo los destinos de las personas se cruzan y se anudan hasta confundirse.

A partir de ahí, sería más fácil quebrarlo. A partir de ahí, el odio

profundo y seco de Ángel empezó a cobrarse lo que estaba convencido de que era su merecida recompensa.

Hace años, al negarse a obedecer una de sus órdenes, había acabado renunciando a su puesto en la empresa, Carlos le había hecho la vida imposible mandándole inspectores de trabajo a su primer proyecto (un taller de cerámica tradicional) y consiguiendo que lo asfixiaran con decenas de requerimientos judiciales estúpidos. Al final, le tendió una emboscada mandándole una surrealista inspección sanitaria en su restaurante de cocina española en Japón, especializado en paellas. Para ello, llegó a sobornar a uno de los cocineros, a dos camareros y al inspector de sanidad que había ido a realizarle el que, en un principio, parecía un control sanitario de rutina. La lista de extorsiones era larga: amenazantes o injuriosas llamadas anónimas que habían recibido sus dos últimas parejas, las mentiras que había ido divulgando entre las amistades en común, en fin, falacias que habían conseguido que Ángel se fuera encogiendo, amargando sin remedio. Todas aquellas personas habían apoyado la guerra sucia que Carlos dirigía contra él por el miedo que le tenían al empresario o por sacar algún beneficio de toda aquella mierda.

Volvió a chupar el cigarrillo. El humo en las fosas nasales le ayudaba a olvidar el otro olor: el agrio del miedo en descomposición, que se unía al de los añejos excrementos de los cerdos.

En aquel remoto lugar de la sierra de Huelva, era él el que mandaba. Allí había poca gente a kilómetros a la redonda, lo que abundaban eran seres de cuatro patas, sobre todo, cerdos ibéricos, cuyos preciados jamones acabarían en lugares tan remotos como Japón.

Durante un tiempo había sido feliz en Japón, con su restaurante, con Kikuē…, hasta que Carlos dio con él. La enfermiza obsesión del empresario había derivado en un tsunami. Se había afanado por destruir todo lo que Ángel había creado o amaba. Primero había sido el restaurante y, después, había desaparecido la bella y servicial Kikuē.

Paeria Ángel: así llamó a su local. Estaba en una de las callejuelas del centro de Kanazawa. Había que reservar con meses de antelación para poder disfrutar de sus famosas paellas: de marisco, de jamón ibérico, con setas, de tierra y mar…, la multipaella para los indecisos, en la que se servían dos o tres elaboraciones de arroz en una misma sartén con varias divisiones.

Habían encontrado su cabeza en la orilla del río Asanogawa, el que cruza Kanazawa, cuyas aguas contribuyen a la belleza de sus famosos jardines, ubicados cerca del castillo y famosos por su estanque artificial, en cuyo interior hay una isla con colinas y casas. Una leyenda local hablaba de que esa isla se había construido para

que viviera en ella un ermitaño inmortal. Ángel se consoló durante un tiempo pensando que, por lo menos, el espectro de su compañera vagaría por un lugar hermoso hasta que él vengara su muerte. Aquel vergel de más de once hectáreas de longitud no era un mal lugar para errar en cuerpo o en espíritu. Las flores de los ciruelos y de los cerezos en flor en primavera, las azaleas o los iris japoneses a principios de verano; las hojas rojizas y amarillas en otoño o el *Yukitsuris* de los pinos *Karasaki*, técnica que protege las ramas y los troncos de la nieve que cuelga durante el mes de noviembre, acompañarían al espíritu de su amada.

La cabeza cercenada de la japonesa la había encontrado uno de los encargados de mantenimiento en uno de los símbolos del jardín *Kenrokuen*, junto a la linterna de piedra *Kotokitoro*.

Ángel supo con certeza que detrás de aquel asesinato no estaba ninguna mafia japonesa, como le habían intentado hacer creer las autoridades locales, sino Carlos. Lo constató al regresar a España.

Llevaba unos cuantos días en la vieja casa que había heredado de sus padres, situada a casi cinco kilómetros de Aroche, cuando bajó al pueblo a abastecerse de alimentos, pues no había hecho acopio de demasiados víveres cuando decidió exiliarse en aquel lugar. En un principio, incluso había tenido que compartir algunos alimentos con terroríficas ratas, que deambulaban por entre aquellas viejas paredes como si la alimaña fuera el hombre y no ellas. Había matado algunas a estacazos, pero también había necesitado matarratas para acabar con aquellos bichos. Algunas noches le había costado coger el sueño, porque su imaginación jugaba con él recreando escenas grotescas en las que acababa devorado por una legión de esos roedores repugnantes.

Después de hacer la compra, se había pasado por el bar El Chino para picotear algo antes de volver a su vida de ermitaño. Entró un momento al baño, dejando la mochila y las bolsas de la compra en la mesa de la terraza en la que se había sentado. Era día laborable y, aparte de él, solo había una mesa ocupada en aquel anodino local, por la que a todas luces parecía una pareja de senderistas que disfrutaba de vacaciones a destiempo, ambos entrados en la cuarentena y no en muy buena forma física, por el volumen de sus cuerpos. Iban pertrechados con todos los aparejos necesarios no solo para un día de caminata, sino para una semana de supervivencia en la sierra. Cuando regresó a su mesa, los acaramelados senderistas, sus mochilas y sus juegos de bastones nórdicos para caminar se habían esfumado. No tardó en llamarle la atención que de uno de los bolsillos delanteros de su trillada mochila sobresalía parte de un sobre blanco. Al abrirlo lo que leyó lo dejó petrificado en la silla.

«Tu traición ha cercenado la rama dorada del crisantemo».

Kikuē significa en japonés rama del crisantemo. Es una palabra que proviene de la antigua Grecia. Su significado etimológico deriva de *Chrys,* cuya traducción es oro, y de *Artemión*, que quiere decir flor en griego antiguo. Por lo tanto la traducción literal de crisantemo vendría a ser flor de oro. Según la filosofía Feng–Shui, esta flor atrae la risa y la alegría. Todo eso y mucho más era su Kikuē.

La única traición que le habían repetido una y otra vez, hasta la saciedad, que había cometido, había sido la que obsesionaba al psicópata de Carlos.

¿Se habían limitado a cortarle la cabeza? Quería creer que Carlos había sido algo benévolo, que dejando a un lado su crueldad innata, se había limitado a dar órdenes simples y claras: raptadla, cortadle la cabeza, deshacéos del cuerpo y dejad la cabeza a la vista de todos para que la encuentren lo antes posible. De esta manera, le quedaba el consuelo de que el asesino o los asesinos no habían jugado con la chica, no la habían torturado.

Sin embargo, las pesadillas no se lo habían puesto nada fácil. Lo habían visitado y atormentado demasiadas noches. Lágrimas, temblores, súplicas, carne maltratada…, gritos que retumbaban en el silencio de los páramos solitarios que rodeaban la vieja casa de sus padres y que lo confundían, volviéndole loco, pues era incapaz de reconocer si eran los del espectro de Kikuē o sus propios gritos huyendo de la pesadilla. A veces había conseguido despertarse e, ironías de la vida, le había tranquilizado sentir rasposa la garganta, pues era un claro indicio de que habían salido de él los gritos y no del alma en pena de su japonesa reviviendo golpes, soportando violencia sexual, aullando por los desmembramientos o las abrasiones.

Sin haber podido superar la muerte de Kikuē, había regresado a España; y ahora que había terminado todo, estaba planteándose volver a Japón. No tenía que ser a Kanazawa, la hermosa ciudad de las geishas y los samuráis: le valía cualquier otro lugar del país nipón para abrir un nuevo restaurante.

«Lo llamaré *Paería Kikuē* en homenaje a mi preciado crisantemo», pensó.

Se aferró a este último pensamiento para calmarse, aunque en su fuero interno sabía que jamás volvería a encontrar paz. De todos modos, si quería mantener la cordura, necesitaba creer que había hecho lo correcto con Carlos. No solo por la memoria de Kikuē, sino también por Kenya y por él mismo.

Había dejado de llover. Lentamente, empujada por el viento, una tenue niebla flotaba en el aire. El silencio de la noche parecía absoluto.

El hombre volvió a entrar en la chiquera, se acercó a la lata de gasolina que había en un rincón y derramó el líquido inflamable sobre el amasijo de ropa, carne y huesos que había en el suelo. Al fin, hizo brillar por última vez la brasa del cigarrillo y prendió con él unas hojas de periódico, lanzó la llama al aire y siguió con la mirada el arco luminoso que precedió la llamarada antes de provocar la llamarada que acabó convirtiendo poco a poco aquella vieja construcción en una voraz bola de fuego. Ángel desapareció entre el humo mientras se dirigía hacia la salida de aquel infierno.

—Apaga el fuego, si puedes —susurró a las tinieblas.

32

Los inspectores de policía llamaron con la aldaba de hierro que había en la puerta, pero nadie acudió a abrirles. Houda llamó una vez más, algo más fuerte, pero sin obtener ninguna respuesta.

—Parece que no hay nadie en casa —dijo Houda con la voz un tanto ronca, pues estaba incubando el virus de la gripe, con toda probabilidad el mismo que estaba soltando su compañero, Raúl Damacio.

Podrían haber llamado por teléfono para haberse cerciorado de que el hombre estuviera allí, pero tanto ella como Raúl preferían personarse en el hogar de los entrevistados siempre que fuera posible. Presentarse de forma inesperada en el domicilio de las personas a las que iban a interrogar podía servirles de mucho. Por un lado, se podían hacer una idea de cómo eran, por dónde vivían y por las cosas de las que se rodeaban; y, por otro lado, el sujeto no tenía tiempo de pensar en lo que iba a decir. De ese modo, era más fácil que la verdad saliera a la luz. El hombre al que habían ido a ver no estaba involucrado en ningún acto delictivo, que ellos supieran, así que en realidad no iban a interrogarlo sino a hacerle unas cuantas preguntas.

—Vamos a mirar por los alrededores —dijo Raúl.

Rodearon la casa y después siguieron un camino de tierra que se dirigía hacia una colina cercana. Houda no pudo menos que respirar hondo y embeberse del magnífico paisaje que los rodeaba. La luz se filtraba por el follaje de los árboles, que se tornaba fría, sombría, con reflejos verdes: verde oliváceo oscuro, casi negro, verde grisáceo, verde agua o verde ácido. Debía de ser agradable vivir allí, pensó la mujer. Aquel lugar transmitía una impresión de paz y tranquilidad, de jardín secreto en el que poder refugiarse. Aunque le gustaba vivir en su minúsculo apartamento, también disfrutaba con la naturaleza. En cuanto se lo permitían el trabajo y sus obligaciones familiares, se escapaba a la playa o se perdía por uno de los cientos de senderos que se podían recorrer por la provincia de Huelva.

El hombre se sobresaltó al sentirlos casi encima: tan ensimismado estaba contemplando los restos del incendio de la cochiquera. Inhalaba un cigarrillo de liar.

—¡Buenos días!, somos inspectores de policía —se presentaron enseñando sus identificaciones—. ¿Es usted Ángel Vargas Flores?

El hombre asintió, mirando boquiabierto a la exótica mujer que

tenía frente a él. Dio una nueva calada al cigarrillo y retuvo el humo en los pulmones más tiempo del necesario antes de expulsarlo fuera. La colilla era tan pequeña que se quemó los labios. La tiró al suelo y la pisó con la suela del zapato. Carraspeó un poco antes de estrecharles la mano.

—¿Qué les trae por estos parajes?

—Nos gustaría hacerle una serie de preguntas —dijo Houda.

—¿Qué se ha quemado ahí? —preguntó Raúl.

—Una ruina de cochiquera que llevaba aquí desde el año en que mis abuelos construyeron la casa. —Ángel encendió un nuevo cigarrillo, se olvidó de ofrecerles a los agentes—. El día de la tormenta, que tantos destrozos ha dejado a su paso en la provincia de Huelva, le cayó un rayo justo encima. No he perdido gran cosa, ya casi no se sostenía en pie.

Se dio la vuelta y echó a andar de vuelta a la casa. Los agentes le siguieron.

—Estamos buscando a un hombre que desapareció hace unos días, un empresario de Huelva. Tenemos entendido que usted lo conoce. Su nombre es Carlos Abreu.

Ángel dio una calada bien profunda antes de responder.

—Sí, trabajé para él, pero hace varios años de eso. Hace mucho tiempo que no le veo.

Habían llegado a la casa y los invitó a entrar. La atmósfera estaba muy cargada. Olía a una mezcla de muebles viejos impregnados del olor del humo de la chimenea y del tabaco. Durante unos segundos, Houda se sintió mareada. Ella era de las que no podían aguantar ni el humo de las varillas de incienso cuando se quemaban.

Los tres se sentaron en unas sillas de madera de chopo con asiento artesanal de enea que había alrededor de una mesa camilla con enaguas de color beige.

—Hemos localizado su coche cerca de aquí y una maleta a medio deshacer en su casa de Almonaster la Real. ¿Sabía que el empresario Carlos Abreu tenía una casa tan cerca del lugar donde usted vive? —preguntó Raúl.

—No, es la primera noticia que tengo al respecto. Como les he dicho antes, hace mucho tiempo que no sé nada de él.

Houda le observaba con atención. Se le veía muy relajado, como si la persona por la que le estaban preguntando no le importara lo más mínimo.

—¿Cuántos años trabajó en la empresa del señor Carlos Abreu?

Ángel fingió estar haciendo memoria mientras observaba una pequeña mancha en el hule de mesa floreado que había encima de las enaguas beige.

—Unos quince años.

—¿Cuándo dejó de trabajar para él?

—Hará unos cinco.

—¿Por qué dejó su trabajo?

—Estaba cansado de hacer siempre lo mismo, necesitaba un cambio en mi vida —dijo, y dio otra calada.

Después de tantos años con aquel vicio, era de lo más habilidoso a la hora de hablar con el cigarrillo entre los labios.

—¿Qué relación mantenían usted y el señor Carlos Abreu? ¿Se limitaba a la de jefe-empleado o eran amigos? —preguntó Houda, y luego tosió por la cortina de humo que la rodeaba.

La inspectora creyó ver por un instante un destello de inseguridad en los ojos del hombre.

—Éramos amigos —dijo Ángel con tono neutro.

—¿«Éramos», en pasado? —recalcó Raúl.

—Sí, porque mi renuncia no le sentó nada bien a Carlos. Se lo tomó como algo personal y, antes de marcharme de la empresa, discutimos varias veces.

—Entonces, ¿rompieron quince años de relación simplemente porque usted dejó la empresa para cambiar de aires? ¿No hubo ningún otro motivo? —preguntó Houda, observando con atención al hombre.

—Le aseguro que intenté por todos los medios que mi salida de la empresa fuera lo más cordial posible, pero ya les digo que Carlos se lo tomó como una traición. Pregunten por ahí…, en su círculo más cercano. Es una persona muy controladora. Ahora no sé, pero por aquel entonces se hacía lo que él decía y cuando él ordenaba que se hiciese, no antes.

Se hizo el silencio unos instantes. Ángel aprovechó para inclinarse hacia delante y apagar el cigarrillo en un rústico cenicero de cerámica que había encima de la mesa.

—¿Cómo definiría la reacción del empresario al conocer que usted dejaba la empresa? —Preguntó Raúl.

—Ya se lo he dicho, le costó aceptar mi decisión. Discutimos y acabamos por romper definitivamente nuestra relación.

—¿De quién partió la idea de romper todo contacto? En cualquier relación de amistad o sentimental, una de las partes es la que toma la iniciativa de poner punto final a la historia —dijo Houda.

—Creo que surgió sin más. Una última discusión y no volvimos a vernos. Cambié de provincia, los últimos años he vivido en Inglaterra y Japón. Volví hace unos meses.

—Especifique cuándo volvió, por favor —dijo Raúl.

—Hace tres meses.

—¿No han mantenido ningún tipo de contacto en todos estos años?

—No —aseguró Ángel meneando la cabeza.

—¿No ha tenido ningún contacto con Carlos Abreu desde que volvió?

—No —repitió Ángel—. Carlos es parte de mi pasado, pertenece a otro tiempo. Incluso podría decir que a otra vida.

—Hemos investigado las relaciones personales del señor Carlos Abreu y hemos encontrado cierta información que queríamos que usted corroborara —especificó Raúl.

Ángel se sobresaltó.

—Me refiero a un tipo de relaciones muy concretas con aquellos que comparten sus inclinaciones sexuales —continuó el agente—. A su amigo le gusta realizar encuentros sexuales grupales. Ya sabe… tríos, intercambios de parejas, orgías… —Conscientemente, dejó que aquella enumeración siguiera resonando en el aire durante unos segundos—. ¿Conocía este hecho?

—Sí —Ángel meneó la cabeza—. Ya los practicaba cuando yo trabajaba para él.

—¿Usted llegó a participar en alguno de esos encuentros sexuales?

Houda vio que se mordía el labio para no perder la compostura.

Ángel activó su cerebro a mil revoluciones por minuto, tratando de elaborar una mentira sencilla, creíble y razonable, pero desistió de ello. No tenía sentido mentir sobre su relación con Carlos. Si los policías habían venido en su busca y le estaban preguntado por todo aquello era porque debían de estar al corriente de casi todos los trapos sucios del empresario. Y si no era así…, nada les impediría conocer más detalles en el futuro. Le interesaba contar la verdad.

—Sí. —Fue su escueta respuesta.

—¿Realizaban a menudo esas prácticas sexuales?

—No sé de qué les puede servir esa información. De eso hace varios años. Desde entonces no las he vuelto a practicar, he tenido parejas estables y, en fin…, con ellas he mantenido relaciones más convencionales. Deben comprender que no me siento cómodo hablando de este tema —dijo mirando hacia Houda. Esta le sostuvo la mirada sin pestañear. La inspectora creyó intuir una abertura, cierta vulnerabilidad, y decidió utilizarla.

—Es nuestra obligación hacerle este tipo de preguntas —dijo la agente—. Cuanto antes conteste a lo que le requerimos, antes nos marcharemos.

Durante unos segundos, Ángel negó con la cabeza, como si estuviera manteniendo una discusión consigo mismo.

—En fin…, sí. Según como se mire, lo hacíamos con frecuencia.

—En esos encuentros… ¿Carlos Abreu y usted se tocaban, mantenían relaciones sexuales? —preguntó Raúl.

Ángel no mostró ninguna reacción, solo una venilla le palpitó en la sien. Esperó unos segundos antes de contestar, parecía estar

sopesando qué camino seguir. Finalmente, respondió bajando la voz para susurrar como un conspirador.

—Sí, ambos éramos bisexuales, aunque yo solía decantarme más por las mujeres y era un tanto pasivo con los hombres.

—Y él…, ¿por qué género solía decantarse? —Siguió preguntando Raúl.

—Tendrán que preguntárselo a él cuando lo encuentren. Ahí sí que no les puedo ayudar. Yo solo puedo hablar por mí.

—¿Cree usted que el señor Carlos Abreu podría albergar sentimientos más intensos en cuanto a la relación que ustedes dos mantenían?

—No, no lo creo —se apresuró a negar. Houda apreció cómo el hombre entornaba un poco los ojos al asegurar aquello—. Cuando me marché de su empresa, él lo único que me recriminaba era que «lo dejara tirado con todo el trabajo que había», según sus propias palabras.

Raúl le echó una mirada discreta a Houda. La expresión de su colega desvelaba que no le cuadraba algo de lo que les estaba contando aquel hombre. «Es un supuesto», pensó la inspectora.

—Bueno, puede que fuera eso lo que pensara en voz alta, pero a lo mejor él se guardaba alguna otra razón —dijo Houda—. Nos sería de gran ayuda si nos pudiera ofrecer alguna percepción personal al respecto.

Ángel alzó la mirada, confuso.

—Lo siento, pero ahora mismo no se me ocurre nada más que decirles.

La policía cambió el rumbo de las preguntas.

—¿Los últimos días ha visto u oído algo fuera de lo normal? ¿Algún coche desconocido por los alrededores? ¿Alguna persona merodeando por los terrenos circundantes? ¿Algo que le llamara la atención?

—Aparte de la tormenta del otro día…, no —dijo Ángel despacio.

—Muy bien —dijo Raúl—. Nos marchamos, pero puede que tengamos que volver a hablar con usted más adelante. Por favor, comunique a las autoridades locales cualquier desplazamiento que tenga que realizar. Tiene que estar localizable hasta que le comuniquemos lo contrario.

—Estoy rehabilitando la casa de mis padres. Durante una temporada, los únicos viajes que voy a realizar serán a la empresa de materiales de construcción del pueblo.

Antes de que se marcharan, les preguntó:

—Perdonen, pero me gustaría saber cómo se han enterado de que estaba aquí, porque muy poca gente conoce que he vuelto.

—En la casa de Almonaster la Real hemos encontrado varias

fotografías en las que aparece usted junto a Carlos Abreu y una mujer llamada Kenya Saravia —dijo Houda.

En la sien le latió una vena. ¿Qué coño estaba diciendo? ¿De qué fotografías hablaba?, se preguntó angustiado. La puta manía de Carlos de «inmortalizar los momentos», siempre haciendo aquellas putas fotografías. Esperaba que no fueran…

—¿Me está diciendo que tiene fotografías mías en su casa de Almonaster la Real?

—Sí, enmarcadas y colocadas a la vista —dijo la agente.

Por un instante, Houda creyó ver un atisbo de asombro en la mirada de Ángel, pero desapareció tan rápido como había llegado.

Se quedó petrificado en el umbral de la puerta viendo cómo se metían en el coche. El trabajo que le había costado mantener la calma había sido titánico. Un velo de oscuridad se le instaló en la mirada. Los policías maniobraron con habilidad por el estrecho camino y se alejaron.

Necesitaba otro cigarrillo.

Kikuê siempre le pedía que dejara de fumar.

—Hay algo que no me cuadra en este tipo—dijo Houda.

Raúl le había pedido que lo dejara conducir, y ella acabó accediendo porque sabía que a su compañero le ponía de los nervios su forma de hacerlo. Según él, era demasiado lenta e insegura. Ella, en cambio, creía que no era para tanto, que solo conducía con precaución.

—¿A qué te refieres? —Acompañó la pregunta con el dibujo de una arruga en la frente.

—Creo que se ha quedado un poco flipado cuando le hemos comentado lo de las fotografías.

—Hombre, yo también lo hubiera hecho si me dicen que mi jefe, con el que tuve varias discusiones antes de dejarlo tirado, tiene fotografías mías en su casa de campo. En primer lugar, porque eso ya no se lleva, solo los mayores de sesenta años las tienen —hizo un intento de relajar los ánimos de Houda—. A no ser que sean fotografías artísticas. Y, en segundo lugar, porque las que se suelen enmarcar son fotografías familiares y no del tipo que nosotros hemos encontrado allí. De hecho, familiares, lo que se dice familiares, de esas no se encontró ninguna.

Aminoraba una y otra vez la marcha por las numerosas curvas que había bajando de la sierra.

—Normal, imagínate que el empresario hubiera puesto en esa casa, a la vista de todo el que la visitaba, fotografías de su mujer y de sus hijas —se horrorizó Houda—. ¿Y no te parece raro que el tipo no

haya preguntado qué tipo de fotografías hemos encontrado?

—Se imaginará cuáles son. Hemos hecho bien en no decirle todavía nada al respecto. —Desvió la mirada de la carretera para mirar a su compañera. Atisbó cierta preocupación en su rostro—. Ha sido lo mejor: no tenemos nada contra él. Lo hemos investigado y está limpio. En este caso hay otros sospechosos que están más cargados de mierda. Tenemos que ir primero a por esos cabrones —dudó, Raúl casi podía sentir cómo le trabajaba el engranaje del cerebro a Houda—, pero si has tenido uno de esos pálpitos tuyos, esos que hacen que marques la diferencia con otros policías…, lo citaremos en comisaría, y en esa segunda entrevista le enseñaremos las fotografías y veremos cómo reacciona.

—Sí, lo que dices es lo más sensato. Primero tenemos que investigar a los otros.

El silencio en el que se sumieron fue más largo de lo debido. El inspector lo interrumpió, porque le invadió una sensación de inquietud.

—Nos está pasando factura este caso. Cada vez se embrolla más, pero tenemos que mantener la cabeza fría y realizar un trabajo concienzudo, no ir dando palos de ciego. Hemos de hacerlo todo como es debido y a su tiempo —repitió machacón, aunque la agente no se lo tomó a mal, sabía que Raúl estaba intentando que ella se relajara un poco—. No debemos cometer el error de alejarnos del objetivo. Vamos a centrarnos en lo que tenemos.

Houda asintió.

—Sí, tienes razón. Antes de abrir una nueva línea de investigación, tenemos que avanzar con las que ya tenemos abiertas.

—Ya verás como todo este asunto se va desmarañando poco a poco —le dio una palmadita en el hombro—. Cuando menos lo esperemos, nos encontraremos con alguna información valiosa, con la pista mágica que nos ayude a desenredar la madeja, como siempre.

—Sí, eso es verdad —dijo Houda—. Las pistas nunca se sabe de dónde pueden salir. Lo dices muy a menudo, y tienes razón.

—Estoy seguro de que el desaparecido está involucrado en el asesinato del profesor de yoga. La segunda razón más habitual para matar (la primera es el dinero) son los celos. A su señora, en cambio, no la veo con la suficiente sangre fría como para urdir el homicidio de su amante. En cuanto a la desaparición de su marido…, no sé. Las veces que hemos hablado con ella parecía estar destrozada, pero creo que más por lo del chico que porque su marido no dé señales de vida.

—Estoy de acuerdo contigo, yo también lo creo. El que se ha cargado al yogui tiene que ser alguien relacionado con todos ellos. Un ajuste de cuentas, un asesinato por venganza, algún asunto turbio relacionado con la mafia rumana… Pero de un círculo no tan amplio.

—Aún así, también tenemos que hablar con los soplones, con las putas, con los inmigrantes sin papeles, tanto con los que ya tenemos fichados como con los que se hace la vista gorda. Toda esta gente puede constituir una fuente de información muy valiosa. Solo hay que apretarles las tuercas, amenazarlos con lo de que o nos consiguen información o les toca el billete de vuelta a su país.

Aunque parecía que ambos tenían claros los derroteros por los que continuar la investigación, la mujer siguió parte del viaje pensando en cómo diablos encontrar una prueba concreta que demostrara que Ángel Vargas guardaba algún tipo de relación con todo aquel embrollo. Decidió guardarse ese empecinamiento para sí misma. Razonó, para convencerse de lo acertado de su presentimiento, que ese malestar que la carcomía debía tener un porqué. Se recordó que la mente de un asesino es incompresible para la gente normal. Una simple obsesión puede ser una razón de peso en una mente perturbada para cometer el más horrendo de los crímenes.

Empezó a cartografiar en su cerebro el plano de la ciudad de Huelva, clasificando zonas y jerarquizando la población susceptible de poseer alguna información relevante. Como una actriz, se intentó meter en la piel de los sospechosos, vivirlos.

Ya se había hecho cierta idea de cómo debía ser el empresario Carlos Abreu por lo que habían averiguado sobre sus actividades empresariales y por sus *hobbies*. Ahora tocaba hacerlo con Ángel Vargas. Debía intentar que no se le escapasen los pequeños detalles, detalles que podían dar un giro de ciento ochenta grados en los dos casos que les traían de cabeza.

33

Se sentó a la sombra de un castaño, pálido, sin afeitar y con los ojos enrojecidos.

Levantó la cabeza y miró al cielo sin pestañear, a pesar de que los rayos de sol se abrían paso entre las hojas del árbol y lo cegaban. No se escuchaba nada: ni el canto de un pájaro, ni el rumor del agua del arroyo que pasaba cerca de allí, ni siquiera el susurro del viento entre las ramas del castaño. El silencio era tan absoluto como si el resto de los habitantes del planeta se hubieran extinguido, dejándolo solo consigo mismo. La calma que lo rodeaba no era más que el estado natural de su mente.

El dolor le pesaba en el pecho.

Ángel se había convertido en un guiñapo de oscuridad. No se reconocía en el ser que habitaba su cuerpo, aunque él mismo lo hubiera creado. Echaba de menos al antiguo Ángel, la persona equilibrada y espiritual que no iba por ahí torturando y matando a la gente. Sintió un desconsuelo inconmensurable, una tristeza aniquiladora. Se sintió cansado de vivir.

Inclinó la cabeza y cerró los ojos. Lo que le había hecho a Carlos, por venganza, ¿por amor?, lo había visto Dios y sería castigado por su crimen. ¿Cómo había podido llegar a pensar que sus actos eran correctos, adecuados? ¿Dónde había quedado su compasión hacia los demás? Había sucumbido a la ira, al ojo por ojo. ¿Cómo había llegado a creer que iba a poder vivir con ello? No podría librarse jamás de esos episodios insoportables que le aguijoneaban la conciencia, y seguirían atormentándolo hasta su último aliento.

La diosa Fortuna había danzado sin ton ni son, había jugado con él y con todos lo que se habían cruzado en su camino.

Fue consciente de la soledad que lo amortajaba. Su única pretensión había sido aplacar al demonio que llevaba dentro desde la pérdida de Kikuê: la única manera de exorcizar su recuerdo.

Con las manos temblorosas, buscó la pitillera en el bolsillo de la cazadora. Encendió un cigarrillo y se limitó a mirar hacia la nada, sin ver el hermoso paisaje que se desplegaba ante su vista.

En el pasado, entre Carlos y él se había creado un vínculo muy fuerte, basado en la complicidad, en una camaradería íntima de alta nutrición emocional, casi comparable a la que se produce en una relación de pareja. ¿De ahí la obsesión de su amigo con él?

Se le revolvió el estómago. Echó la cabeza a un lado y vomitó.

¿Perder su amistad le había dolido tanto como perder al amor de su vida?

Sentía golpes en la cabeza. ¡Habían compartido tantas experiencias!

Cuando comprendió que la lealtad hacia alguien que no lo respetaba no tenía sentido, decidió cambiar de aires. Se enfrentó al amigo y terminó por alejarse de su perniciosa influencia. No había podido seguir viviendo en aquel sucedáneo de nube de la felicidad que había creado el empresario a su alrededor.

Todo lo que le rodeaba pareció desaparecer y volverse borroso, entonces fue cuando se acordó de ella.

Kenya había sido una pieza clave en todo aquel asunto. Ángel no había podido soportar ver cómo Carlos la trataba, como si fuera un felpudo con el que limpiarse el fango de los zapatos.

La crueldad de Carlos hacia los demás, deliberada y repetida a lo largo de los años, y de la que él había sido testigo, le habían demostrado la mísera calidad humana de su amigo.

Si una amistad hace daño, duele y quema, no es amistad. «La amistad tiene que ser mágica y emocionante, debe enseñar, aportar y ayudar a desarrollar la mejor versión de nosotros mismos», le había dicho Kikuê en una de sus noches de confidencias.

Lanzó una mirada vacía al frente.

Huir no había servido de nada. Había sido una estupidez pensar que iba a poder construirse una nueva vida lejos de todo, de Carlos y de Kenya.

Los sentimientos antiguos seguían viviendo en su interior, habían echado raíces profundas, tan profundas como las del árbol australiano conocido como Árbol de Navidad, cuyas raíces suelen extenderse más de cien metros en todas direcciones, buscando las de plantas y árboles cercanos a las que rodear y penetrar para robarles el alimento, la esencia. Por eso mismo se había ensañado con Carlos, para intentar arrancarse de cuajo esas malditas raíces.

Había sido en vano. No comprendía cómo podía haberse engañado y creer otra cosa. Se había manchado las manos de sangre para nada.

Un fuerte ataque de tos hizo que se agarrara el pecho mientras todo su cuerpo se sacudía por el esfuerzo. Tiró la colilla, que aún mantenía entre los dedos, lo más lejos posible. Por un momento pensó que se quedaba sin respiración y que se iba a asfixiar, pero poco a poco el ataque fue remitiendo. Se sacó un arrugado pañuelo de papel del bolsillo trasero del pantalón para limpiarse la boca y las gotas de sudor que le resbalaban por la frente.

Cerró los ojos de nuevo, aun sabiendo que lo envolvería la más absoluta oscuridad.

El calor le duró poco, pues un frío que vino del interior de su cuerpo lo invadió por completo y lo paralizó, a la par que un desagradable hormigueo le recorrió la piel, como si tuviera electricidad. Creyó que su cuerpo le estaba mandando un mensaje, o imponiéndole una sentencia.

Visualizó a Kikuê a su lado con su vestido verde y sencillo, sus hermosos ojos y la forma con la que lo miraba, con adoración. Fue consciente de que no la había perdido cuando se la arrebataron, sino que lo acababa de hacer en aquel mismo momento.

Perdió el poco autocontrol que le quedaba. Las lágrimas surcaron su cara, le temblaba todo el cuerpo. Abrió los ojos en un vano intento de retener a Kikuê a su lado.

Seguía estando solo bajo la sombra del castaño.

Gritó desesperado su nombre. No tuvo el consuelo de que la sierra se lo devolviera a través del eco.

Dejó de vociferar y, derrotado, comenzó a murmurar una oración.

34

No sabía cómo continuar. Tenía la sensación de que las cosas estaban llegando a un punto crítico y necesitaba avanzar.

Los expertos informáticos le acababan de pasar un informe en el que manifestaban que no habían conseguido esclarecer nada. Los ordenadores del empresario, el de su despacho y el portátil, estaban encriptados con protocolos de primera. El de Eduardo Morales y Paula Botillo no estaban protegidos de la misma forma; tampoco lo necesitaban, porque estos solo los utilizaban para interactuar en sus redes sociales, mirar información en la Wikipedia, escuchar música a través de YouTube, piratear películas y series, ver porno, hacer compras *on-line* y poco más.

Lo único interesante que habían descubierto fueron los últimos movimientos del localizador del móvil de Carlos Abreu, datos que les habían facilitado desde una operadora de telefonía y que los informáticos habían pasado por un software, que les había reportado la posición del mismo en los últimos días en que el móvil estuvo activo y antes de que se esfumara cualquier señal del mismo. Por suerte, el móvil tenía activada la geolocalización. En cierta ocasión habían explicado a Houda cómo los datos obtenidos, al ubicar a cualquier mortal en posesión de un teléfono móvil, eran de una fiabilidad casi absoluta, con un margen de error de quinientos metros aproximadamente.

A la inspectora le llevó apenas unos minutos entender la información que le adjuntaban de Google Maps en formato de imagen de satélite. Unas líneas amarillas que iban y venían de Huelva a la sierra de Aracena, varias más hacia Almonaster la Real, muy cerca de la casa familiar de su antiguo empleado y acompañante de correrías. Ya no le cabía la menor duda de que Ángel Vargas les había mentido. En alguna de aquellas incursiones debían de haberse encontrado, hablado. Era obvio que el empresario había ido en su búsqueda en más de una ocasión.

«El ermitaño se cree muy listillo», pensó.

Siguió con el informe, pero ya con la certeza de que habían dejado de dar palos de ciego.

Ojeando los folios se topó con dos tablas de datos en las que venían registradas todas las personas con las que habían hablado tanto el desaparecido como el finado, con día, hora y duración de la

llamada y nombre del titular de la misma. Lo único que le interesó a la inspectora, a primera vista, fueron las llamadas que había hecho Paula Botillo a Eduardo Morales, las de este a Kenya Saravia y las que se habían intercambiado la joven portuguesa y el empresario. No le pareció relevante la que había realizado Carlos Abreu a Manuel Pavón unas tres semanas atrás, ni las que el matrimonio se había intercambiado, aunque le parecieron muy escasas en comparación al tráfico de llamadas establecido con su empleada y amante, Kenya Saravia.

El informe concluía con una breve nota manuscrita de su compañero Víctor Aranda, en la que informaba de que aún quedaba por rastrear el resto de directorios y, también, de que seguiría rastreando cualquier nimiedad en las redes sociales de ambos sujetos.

Houda decidió llamar a Raúl para ponerle en antecedentes de las últimas noticias y de paso para preguntarle si la reunión con su soplón había dado algunos frutos. Lo llamó al móvil. Saltó el buzón, así que dejó un escueto mensaje.

Volvió a concentrarse en todos y cada uno de los peones de aquella partida de ajedrez criminal. Las infidelidades de Carlos Abreu y su esposa, y las posibles conexiones con el finado Eduardo Morales. Manuel Pavón y Ángel Vargas eran amigos y compañeros de orgías. El primero asistía a un curso de empresa en Aracena y el segundo estaba restaurando la casa de sus padres en el municipio de Almonaster la Real. Ambos podían estar colaborando en esconder al desaparecido, dándole apoyo logístico, situación más que probable si el despechado marido resultara ser la mano ejecutora del profesor de yoga.

Houda abrió la funda del iPad y posó su dedo en el lector de huellas del mismo. Poner las cosas por escrito era una de las mejores maneras de aclarar las ideas. Dedicó apenas quince minutos a pensar y redactar la nueva línea de investigación y una breve lista de preguntas cuyas respuestas podrían afianzar esta nueva hipótesis.

Priorizó el esbozo de un posible perfil del asesino. La planificación y la ejecución del homicidio parecían de una eficiencia brillante, teniendo en cuenta el lugar donde se había cometido. A su entender, el centro comercial Holea no era el lugar más idóneo para tal fin. Demasiado concurrido, aunque la hora en la que se cometió el crimen fuera de las más despejadas del día en cuanto a asistencia de clientes.

A continuación, llegó el turno de las preguntas que el caso le sugería: ¿Habían secuestrado al empresario? ¿Lo mantenían retenido en algún lugar para hacerlo pasar por el principal sospechoso de la muerte de Eduardo Morales? ¿Lo habían matado y habían hecho desaparecer su cadáver? ¿Qué papel desempeñaban Kenya Saravia y Paula Botillo en aquella tragedia? ¿Estaba implicada de algún modo la mafia rumana que se movía entre Sevilla y Huelva?

En aquel momento le sonó el móvil. El inspector Raúl Damacio le devolvía la llamada.

—Raúl...

Él la interrumpió.

—Puede que tengamos algo. Tenemos que volver a la sierra, a Almonaster la Real. Me han asegurado que un tipo, un francés que se vende al mejor postor, anda haciendo preguntas sobre el paradero del empresario. Me han contado que se le ha guiado hacia aquellos lares. Al parecer el sicario es muy peligroso y está cabreado porque no ha llegado a cobrar su último «trabajito», encargo que habría realizado bajo las órdenes de Carlos Abreu. Me han insinuado que su insolencia a la hora de requerir información a la banda de mafiosos rumanos de Huelva ha molestado a uno de sus cabecillas y que por eso nos dan su cabeza en bandeja de plata, aun habiendo sido un viejo colaborador de esa gentuza.

—¿Ese «trabajito» podría ser el asesinato de Eduardo Morales?

—Es algo que tendremos que descubrir. Pero ese es el mensaje que nos mandan nuestros «amigos», que se desvinculan totalmente del muerto y de la desaparición del empresario y apuntan al mercenario francés por los tejemanejes que este se traía con Carlos Abreu —continuó con firmeza—. Hay que ir a por ambos pichones antes de que emprendan el vuelo. Me jugaría el pescuezo a que el empresario dio la orden de ejecución del yogui y a que ha levantado el vuelo porque se ha acojonado. Ya sea por remordimientos, porque se arrepienta de lo requerido al sicario o por miedo a que el francés o los mismos rumanos quieran aprovechar esta muerte para ajustar cuentas con él.

—Entonces, ¿podría estar vivo?

—Mi intuición dice que sí, que el tipo está vivito y coleando, pero cagado hasta las trancas por el lío en el que se ha metido. Y puede que se esconda en su casa de la sierra porque piense que después del registro que llevamos a cabo en ella hace unos días..., ya no volveremos por allí durante un tiempo, el que necesita para pagar la deuda que tiene con el sicario o para huir del país. Pero en lo que el muy cabrón no ha debido de caer es en que esa madriguera puede convertirse en su tumba.

El tono que utilizó Houda a continuación, fue circunspecto.

—¿Dónde estás?

—Acabo de dejar al soplón en el chiringuito Larena. Te recojo en quince minutos en la puerta de la comisaría y salimos para la sierra echando leches.

35

Ángel había estado pensando qué decirle a Kenya cuando la viera. Una idea se le había metido en la cabeza y no conseguía librarse de ella. Era un poco como aquellos molestos estribillos de algunos anuncios de televisión o de canciones populares que no paraban de sonar en bucle en el cerebro. Se puede intentar sustituir por otro pensamiento, pero la obsesión se hace más y más presente, hasta que esa preocupación o pensamiento reiterativo se convierte en lo único en qué pensar.

Tiró la colilla a un metro de distancia y cerró el coche con llave. Se dirigió al sendero que sabía le llevaría a la casa. Era un camino con importantes desniveles, pero que compartía espacio con huertos, entre olivos y hermosos bosques de encina y alcornocales. Incluso, se podrían encontrar castaños a medida que se fuera acercando a su destino.

No era la primera vez que notaba, al inhalar, cierta tensión en el pecho y humo caliente en el fondo de la garganta. Tosió y se imaginó que era por culpa de sus pulmones, que debían de estar hechos un asco por tantos años de contaminación suicida.

Echó un vistazo al camino y se pasó la mano por el gris ceniciento de su rostro cansado antes de continuar andando. Se adueñó de él el estado de ánimo pesado y oscuro que no lo dejaba en paz los últimos días, que le atenazaba con tal fuerza que le hacía desear que todo aquello llegara a su fin de una vez por todas. Nunca había estado en el grupo de los que se rinden con facilidad, pero se reconocía sobrepasado por los últimos acontecimientos, sin ganas de nada. El mundo seguía girando sobre su eje, pero para Ángel los últimos días se habían convertido en una tortura, por la culpa y el arrepentimiento.

Caminó durante veinte minutos al lado de una pequeña rivera cuyo caudal estaba custodiado por unos erguidos chopos. Ángel conocía, porque en el pasado se había preocupado por empaparse de todo lo relativo a aquellos lugares, que sus aguas surtían a las huertas con frutales de la zona. También había hecho lo propio con los antiguos molinos de agua que seguían en pie, aunque ya no en funcionamiento.

Currucas, carboneros, pinzones, verdecillos y otras pequeñas aves fueron los acompañantes de Ángel en todo momento. Mejor así, pues si se hubiera topado con algún senderista despistado, se habría

estremecido al notar en el rostro del ermitaño tanto dolor, agotamiento y angustia.

¿Estaba haciendo lo correcto? Sentía la cabeza embotada. ¿Debía dar media vuelta, subir al coche y marcharse de allí? Huir era lo más fácil.

Era solo un despojo de lo que había sido, para qué molestarse en intentar burlar al destino hambriento, de fauces abiertas, que lo esperaba.

Había sido un iluso al creer que todo terminaría al ocuparse de Carlos, que llegaría la ansiada paz.

Suspiró. Fue un suspiro largo, histriónico.

Se había equivocado. Lo dominaba la hostilidad y la apatía, estaba muy lejos de sentir cualquier pizca de serenidad. Continuaba con el aliento entrecortado.

Siguió andando por aquel sendero estrecho y serpenteante. Apretó los dientes y alargó las zancadas. Tenía que reunirse con ella y confesárselo todo.

¿Y después? ¿Acaso había un después?

Podría seguir con esa extraña entropía que iba desarrollándose en la telaraña de su vida, podría seguir aislándose de todos en la casa de sus padres, o podría suicidarse y acabar con la negrura que asfixiaba su alma.

El pánico lo invadió. Apretó los puños con una mezcla de rabia y compasión, para mantenerse cuerdo. Por lo menos hasta que consiguiera ponerle punto final al cometido que le había llevado hasta allí.

Tras cruzar una cancela, el paisaje se fue aclarando y los castaños le dieron la bienvenida. Viejísimos árboles de troncos retorcidos que se enroscaban en sus pupilas y le traían el sonido de los arrendajos, que con sus graznidos parecían alertar de su presencia a los habitantes de la casa a la que se dirigía. Los enrojecidos ojos del hombre se distrajeron un tanto contemplando las hozaduras de los jabalíes entre la vegetación.

Otra cancela le llevó a un cruce de caminos. El sendero de la derecha era el que culminaba el ascenso al altozano donde Carlos había construido su casa del placer. Apenas quinientos metros y la vía de montaña terminaba en la parte trasera de esta.

Las vistas desde el punto donde se encontraba eran fantásticas, se podían otear algunas poblaciones y sierras cercanas, también algo del Andévalo si el día se presentaba claro y soleado. Se dejó cautivar unos segundos por el espectáculo que se desplegaba delante de él antes de volver a echar a andar. Habían sido los únicos momentos de paz que había podido disfrutar en días porque, durante unos minutos, el paisaje lo había alejado de pensamientos oscuros y eso le había hecho

bien.

Ángel ignoraba que al final de la cañada no solo se iba a encontrar con la mujer con la que necesitaba sincerarse, sino con el fuego fatuo de un muerto.

36

Las manos aferraban el volante con tensión. Conducía demasiado rápido y se ponía en peligro al desplazarse al centro de la carretera al tomar las curvas. Frenaba con excesiva brusquedad, corrigiendo el rumbo cada vez que veía un coche en dirección contraria. Se ganó varios pitidos acusadores, insultantes.

El sitio estaba aislado, era un lugar al que había que ir *ex profeso*. Una carretera casi ilocalizable, situada en la linde de un coto de caza en la sierra de Huelva. El asfalto de la carretera se calentaba con los rayos de sol en algunos tramos, por la desnudez que había causado años atrás algún incendio, pero en el último tramo hasta la casa había que tomar un camino de tierra flanqueado por encinas que filtraban la luz a través de su follaje oliváceo, tornando el camino de sombras oscuras que no se abandonaban hasta estar casi encima de la vivienda. Aquellos árboles debían de haber realizado algún pacto con el diablo para haber conseguido salvarse de la saña del inmisericorde fuego. Sus copas amplias y redondeadas se mostraban orgullosas a más de veinte metros de altura. Sus troncos parecían columnas de hormigón imbatibles, desafiantes. Tras una curva cerrada, la imponente estructura emergía a la vista del visitante.

Aparcó el coche en la misma puerta de la casa. El magnífico edificio de dos plantas parecía que la estaba esperando. En la fachada imperaba la piedra y en las ventanas la madera. Era el tipo de construcción que deja con la boca abierta a cualquier amante de la arquitectura tradicional serrana. Mientras se bajaba del vehículo, Kenya tuvo la sensación de que alguien la observaba. Miró en derredor, con disimulo, pero no vislumbró ningún movimiento furtivo entre los árboles que tenía a sus espaldas.

Al fin, cuando después de un rato enfrente de la puerta logró ignorar aquellos aprensivos pensamientos, pasó por debajo del precinto policial y, con manos temblorosas, hurgó en el interior del bolso bandolera, que llevaba cruzado sobre el pecho, buscando las llaves de la puerta que tantas veces había atravesado. En cuanto las aferró, con los dedos un tanto entumecidos, recuperó algo del control que necesitaba para enfrentarse a lo que le esperaba allí dentro, para encararse de nuevo con el hombre que la había citado en aquel lugar.

Tuvo que contar hasta diez antes de decidirse a utilizar las llaves.

Al abrir la puerta y entrar, tuvo la quimérica sensación de que

todo estaba en calma, igual que siempre, como si el tiempo se hubiera detenido. Un segundo vistazo contradijo esa primera percepción. La luz que traspasó el umbral de la entrada le mostró el desorden que había dejado la policía científica. Percibió un olor contenido de sustancias químicas que mitigaban los olores conocidos del lugar. Parecía que el tiempo se ralentizaba allí dentro. Le hormiguearon las manos, el pecho y la cara.

Todo ocurrió tan deprisa que fue incapaz de reaccionar. Un hombre corpulento se le echó encima. La agarró del cuello por detrás, con una fuerza extrema. El cuerpo de ella, delgado y ágil, pensó en cómo afrontar aquella situación. Pataleó histérica cuando empezó a faltarle el aire, pero no había forma de separarse de aquellos brazos que la retenían, los del agresor. El atacante cerró la puerta de una patada y la arrastró hacia el interior de la casa. Intentó golpearlo con las piernas, pero la desproporción de fuerzas le daba a él toda la ventaja. La soltó empujándola hacia delante y, antes de que cayera al suelo, le golpeó la cabeza con la culata de una pistola que sacó de uno de los bolsillos interiores de la chaqueta de cuero que llevaba puesta. Notó un dolor agudo. El golpe había sido tan repentino y violento que tuvo la sensación de que la cabeza se le había separado del resto del cuerpo, que una suerte de corriente eléctrica le recorría el cráneo. Kenya se tambaleó, para acabar cayendo desplazada hacia delante. Se produjeron unos segundos de braceo en el aire antes de estamparse de cara contra el suelo.

El impacto del arma había sido tan brutal que no tardó en brotarle sangre por el oído derecho, que, en segundos, se unió al flujo incesante de la hemorragia nasal que había sufrido al romperse la nariz en la caída.

El atacante empezó a hablar. Frases cortas, ininteligibles. Kenya lo oía como en la lejanía, porque a su mente le costaba entenderlo. Estaba confusa pero consciente.

Tenía dificultades para respirar. Notaba cómo una cantidad importante de sangre le drenaba la garganta. El sabor metálico de dicha sangre le produjo arcadas.

—Te he hecho una pregunta. ¿No vas a responderme? —le gritó el agresor.

Durante varios segundos, lo único que se oyó fue el sonido de la respiración de aquel hombre.

La agarró por un brazo y le dio la vuelta. Se agachó a su lado y la abofeteó. Kenya se vio obligada a abrir los ojos. No pudo ver con claridad su rostro, porque no era capaz de enfocar la visión y por la oscuridad de la estancia en la que se encontraban. La puerta de la calle estaba cerrada y las persianas bajadas, solo la luz de una claraboya del interior de la vivienda daba algo de vida a lo que a

Kenya se le antojó su sepulcro. Sus brazos se agitaron, con movimientos espasmódicos, y sus manos se abrieron y cerraron sin que ella les diera orden alguna.

—Te lo voy a volver a repetir una vez más. ¿Dónde está Carlos Abreu? —Volvió a plantearle la pregunta en un tono tan suave que la chica apenas le oyó.

Kenya hubiera querido contestarle que no lo sabía, que ella también lo andaba buscando, pero solo salió de su garganta un gorgoteo mórbido.

Maldijo en su idioma materno, en francés. Se levantó y se retiró un par de pasos del cuerpo de la joven. Se había excedido en sus fuerzas, le había destrozado la cabeza a aquella puta.

Por un momento vaciló, ¿qué debía hacer?

Se acercó de nuevo a la chica y le pegó un par de patadas. Ella trató de esquivarlas, a pesar de que, a todas luces, no tenía fuerzas para hacerlo, y eso acabó por cabrearlo. Le hubiera gustado aplastarle la cabeza con un par de golpes de sus botas, hundirle la frente y que se le saltaran los ojos, ver cómo el líquido cefalorraquídeo le salía por las cuencas, pero tenía que marcharse de allí lo antes posible. Era un profesional. Esta vez controlaría su ira, no iba a volver a perder la cabeza como lo había hecho ante el ejecutivo de la casa rural y, sobre todo, no debía descuidar el tiempo de fuga. Dudó unos segundos: aquel lugar estaba muy alejado de cualquier camino transitable y nadie sabía que estaban allí.

La muy zorra se lo estaba poniendo difícil, seguía sin decir ni pío. Pero no, no podía dedicarle más tiempo a aquella fulana, todavía tenía que acercarse a la casa del sarasa, el antiguo amigo del patrón. Tal vez él supiera algo del empresario.

Cuando tuviera cara a cara al maldito cabrón, este se las iba a pagar todas juntas. Le iba a dejar bien clarito que había estado mal, muy mal, el haberse esfumado de la faz de la tierra antes de soltarle hasta el último céntimo que le debía. Cuando le pusiera las manos encima, se iba a cobrar bien cobrados los intereses atrasados. Él había hecho un buen trabajo con el imberbe del amante de su mujer. A Carlos Abreu le iba a salir aquel trabajito por el doble de lo que en un principio habían acordado. Y, si no se avenía a entendederas…, lo acojonaría con las fotografías que iba a hacerle con el móvil a aquella puta mientras la despellejaba viva. Cuando le mostrara que no se andaba con chiquitas, que había sido él el que se había cargado y dejado como un trapo a su chupapollas favorita…, se le aflojarían los esfínteres y le soltaría toda la pasta que le pidiera.

Después se marcharía de España durante una buena temporada. A lo mejor no volvía. Sí, mejor largarse a la otra punta del planeta. La policía de Huelva estaba haciendo muchas preguntas y metiendo las

narices en los negocios de los rumanos. Estaba seguro de que, si seguían incordiándolos, estos no dudarían en sacarle los intestinos y echárselos a aquellos perros sarnosos. Sabía de buena tinta que la camarilla que rodeaba a la inspectora marroquí, la hermana de su morita, la sumisa y húmeda Hanae, estaba vinculando la muerte del chaval, que había metido la polla en el coño de la parienta del empresario cornudo, con la desaparición de este.

Él mejor que nadie sabía que aquello no era cierto, pero como se siguieran torciendo las cosas, no tendría ningún reparo en que se convirtiera en realidad esa puta tesis.

¡Joder! Lo que iba a ser un caramelito, uno de los trabajos más sencillos que había hecho en su vida, se había complicado por la desaparición del cornudo.

«¿Dónde coño andará?», pensó por centésima vez, mientras volvía toda su atención hacia la mujer, con los labios apretados y un nubarrón flotando en la mirada turbia.

—¡Acabemos con esto!

Terminó sus elucubraciones apuntando a Kenya con la pistola en la cabeza, justo en el mismo momento en el que la chica recuperaba por unos segundos la respiración, se le aclaraba un tanto la visión y conseguía reconocer a su agresor.

Era el sujeto que la había seguido hasta el hotel el día en que se entrevistó por primera vez con Julie. En un principio creyó que se trataba de un policía, impresión que acabó descartando días después al sospechar que este la debía de estar vigilando por orden de Carlos para cerciorarse de que ella cumplía con lo que le había ordenado: que fuera a visitar a Ángel y que le tendiera una trampa. Treintañero, cabello rubio, alto y robusto… Sí, sin duda alguna, era el que la había estado siguiendo.

Cuando llegó la detonación, un chorro fulgurante de sangre y sesos cubrieron su visión. Por un momento, temió que el cuerpo del hombre se le viniera encima y la aplastara, pero este se desplomó unos centímetros a su derecha.

La sangre de ambos se juntó en un charco que se fue agrandando por momentos.

Kenya intentó conectarse con la realidad. Le costó entender lo que estaba pasando, pues tenía la consciencia anestesiada. Le resultaba imposible mover un solo músculo. Emitió unos pequeños gemidos a la persona que en ese momento se inclinó hacia ella.

¡El fantasma de Ángel! Tenía arrugas de preocupación en la frente, piel descolorida, ojos apagados y cansados, pero era él.

—Tranquila. Estás bien. Estás a salvo.

Durante apenas un par de segundos, una sonrisa mitigó la desolación de su mirada. Kenya pestañeó. Había lágrimas en sus ojos.

—Tranquila —repitió él con suavidad—. Estás bien. Estás a salvo.

Eran las únicas palabras que le salían. Era su manera de decirle a Kenya que ya no tenía que preocuparse de que el hombre que yacía a su lado le hiciera más daño, y que tampoco se lo iba a volver a hacer Carlos. También era su forma de pedirle disculpas por todo en lo que le había fallado en el pasado.

Estuvo tentado de agarrarla por los hombros, de poner su cabeza encima de sus piernas, pero se limitó a seguir en cuclillas y mirarla dentro de los ojos. Hay ocasiones en las que no es necesario hablar mucho para que llegue todo lo que queremos transmitir. No hubo tiempo de más. Ángel escuchó ruido fuera de la casa; corrió a esconderse en la habitación colindante, presto a volver a atacar. No se le pasó por la cabeza huir, no hasta que supiera las intenciones que traían los que estaban a punto de entrar. Tenía que seguir protegiendo a Kenya, aunque se dejara la vida en ello.

37

Raúl se demoró un poco pidiendo refuerzos, pero enseguida alcanzó a Houda.

Los policías avanzaron sigilosos hacia una de las ventanas para poder mirar dentro. No pudieron apreciar casi nada del interior. De repente, se oyó un disparo, y se sobresaltaron.

Un sudor frío recubría cada centímetro de piel de la inspectora.

Se desplazaron hacia una puerta que quedaba a su izquierda. Probablemente daba al recibidor de la parte trasera de la casa, o eso creía recordar Houda de cuando estuvieron registrando la finca.

«Si hay suerte, la puerta estará abierta», pensó. La hubo.

Avanzaron despacio, la inspectora un tanto rezagada, cubriéndole las espaldas a su compañero. El corazón le iba a cien por hora.

Nada más entrar, percibieron un tenue olor metálico. Cruzaron varias habitaciones y tramos de pasillos iluminados solo con la linterna del móvil de la inspectora. Houda se golpeó la rodilla con la esquina de un mueble y tuvo que morderse la lengua para no gritar. Respiración entrecortada. Se les hicieron eternos los pocos minutos que necesitaron hasta llegar al escenario de los hechos. Cuando Houda vio la sangre y los cuerpos desmadejados en el suelo, sintió una repentina oleada de náuseas y la saliva le inundó la boca.

—Houda... ¡A cubierto! —Gritó Raúl.

No necesitó que el inspector Damacio dijese nada más: aquellas dos palabras llevaban información implícita, como que los responsables de aquella escena dantesca podían estar todavía dentro de la casa, tal vez escondidos cerca y prestos a aniquilar a todo aquel que se les pusiera por delante. Reaccionó, aún sintiendo la angustia en la garganta. Bloqueó cualquier emoción que la pudiera hacer vulnerable. Una sombra espesa y fugaz atravesó sus ojos. No iba a ser un blanco fácil. Cambió de postura, levantó un poco más los hombros.

Se colocaron espalda contra espalda y, con las armas apuntando al frente, hicieron un barrido de la sala en la que estaban. Damacio le hizo una señal a Houda para que se desplazara hacia la pared de su derecha, justo la que hacía esquina con el pasillo por el que habían entrado. Él se iba a ocupar del segundo pasillo, el que llevaba a las habitaciones privadas.

La inspectora, apoyada en la pared, expectante, puso en alerta todos sus sentidos y dividió su atención en dos focos de interés. Por un

lado, seguía centrada en lo que había ocurrido en el interior de la habitación, en los dos cuerpos que se desangraban en el centro de ella y, aunque los refuerzos venían de camino, Houda volvió a llamar para que también enviasen ambulancias. Por otro lado, se mantenía alerta de que no acechara ningún peligro inminente en la parte de la casa que se le había encomendado inspeccionar, lo que le llevó apenas unos cinco minutos. Volvió con rapidez al escenario del crimen para verificar, intentando no contaminar demasiado el lugar, si alguno de los dos sujetos que yacían en medio de aquel gran charco de sangre todavía seguía con vida. No reconoció al hombre, pero sí a la mujer: Kenya Saravia. La identificación dejó en su ánimo una mezcla singular de asombro, compasión y ansia de respuestas. Se alegró de que las pupilas de esta estuvieran reactivas, lo que no significaba que estuviera viva. No podía apreciar la gravedad de sus heridas, pero rezó para que no fuesen mortales. En cuanto al varón, no había nada que hacer.

«¿Kenya Saravia, en qué lío andas metida?», se preguntó la inspectora Falú.

—Si sales de esta, vas a tener que dar muchas explicaciones —susurró, más para sí que para que la joven la escuchara.

Se oyeron las sirenas de las ambulancias que se acercaban.

38

Ángel aprovechó los vívidos recuerdos que tenía de la casa para encontrar una salida. Saltó al exterior por uno de los pequeños ventanucos de uno de los cuartos de baño de la vivienda. Se marchó cuando estuvo completamente seguro de que Kenya ya no corría peligro, y tras identificar a las dos personas que habían irrumpido en la casa como policías.

Su huida fue a la desesperada, y no el resultado de ningún plan. No sabía hasta dónde iba a conseguir llegar, si sería cuestión de horas que lo cogieran.

Al adentrarse en el monte, recordó los sucesos acontecidos como un lento extinguirse de sus fuerzas y de la capacidad de procesamiento de su cerebro. Dormir a ratos los últimos días, acabar con Carlos y hacer desaparecer su cuerpo, encontrar a Kenya medio muerta. La acumulación de sentimientos que le atravesaban el cerebro y la montaña rusa de emociones que avivaban el fuego de su cada vez más exigua cordura se habían sumado para dejarlo reducido a un guiñapo encorvado que corría zigzagueando a ciegas por la sierra, sin hacer ni puñetero caso al dolor que le atravesaba el pecho, que iba ganando intensidad a la altura de sus pulmones. Le empezó a costar respirar, y a ratos se sumía en estados mentales obnubilantes. Tuvo que apretar los dientes fuertemente para no romper a gritar. Sus botas de tracking se hundían en las zonas más sombrías, húmedas aún por las lluvias de los días anteriores. Resbaló un par de veces, pero volvió a levantarse con premura para seguir huyendo. Laceró su cerebro una premisa de supervivencia: debía intentar pisar terreno seco para no dejar un rastro demasiado visible a sus perseguidores.

Sintió su respiración rota y ronca.

Aunque andaba desorientado y no se dirigía a ningún lugar en concreto, porque solo estaba poniendo tierra de por medio entre él y la presencia amenazante de la policía, sus pasos lo llevaban hacia el lado noroeste de la sierra. Por intuición, de forma mecánica, se dirigía hacia sus raíces, hacia su hogar.

Un atardecer prematuramente oscuro y salpicado de nubes se extendió de forma uniforme y cenicienta sobre su cabeza. Sudaba por el esfuerzo, pero se estremecía como si estuviera aterido de frío, como cuando era niño y el viento helado del norte se instalaba en la sierra y envolvía con su abrazo la casa de sus padres. El comedor, con la

pequeña chimenea y el brasero de cisco debajo de la mesa camilla, era el único sitio caliente de la casa. En cuanto tuvo edad para ello, fue el encargado del aprovisionamiento de leña, pues su padre trabajaba de sol a sol en el campo y su madre estaba siempre ocupada con los quehaceres de la casa, con la huerta o con los animales: las cabras, la burra, las gallinas, los conejos...

Necesitaba fumar un cigarrillo, sentir la nicotina en sus pulmones, pero no iba a parar para hacerlo. Aun así, se palpó el bolsillo de la chaqueta donde llevaba su preciada pitillera.

El viento azotaba las copas de los árboles, abombando las ramas más altas a su paso. La hojarasca peleaba por no desprenderse de las ramas, pero era una batalla perdida, porque el viento soplaba cada vez más fuerte y a cada embestida se llevaba consigo cientos de hojas. Algunas de ellas caían sobre Ángel y otras eran arrolladas o aplastadas por su apresurado vía crucis.

Ángel siempre se había alegrado de haber crecido en el campo. Nunca había renegado de sus orígenes. Era una vida tranquila: todo el mundo se conocía por aquellos parajes, tanto se vivía en una pequeña aldea como en uno de los pueblos circundantes. Si había que ayudar a un vecino, se le ayudaba. Pero, aunque siempre le gustó el contacto cercano con la naturaleza, incluido el de los animales, había habido una época de su vida en la que había ansiado otros ambientes, vivir en la ciudad y viajar por el mundo. Cuando no había podido aguantar más esa picazón, había metido su ropa en una mochila, había cogido, avergonzado, el fajo de billetes en pesetas que su padre le ofrecía y había aspirado con ansias el olor de su madre al darle el último abrazo.

¿Había llegado a encontrar lo que había ido a buscar?

Encontró un amigo, Carlos.

Su boca reseca hubiera agradecido que las nubes empezaran a descargar sobre él su preciado líquido. El temblor que recorría su cuerpo empezaba a afectarle a los músculos. No veía dónde pisaba ni las ramas que le golpeaban a su paso ni, mucho menos, las raíces que lo hacían trastabillar.

Había dejado de visitar a sus padres con asiduidad, solo lo hacía unos días al año y no tenía por qué coincidir con fechas señaladas, como Navidad o Semana Santa, pues en esos días solía hacer planes con Carlos; más bien él los hacía por los dos. A veces se pasaba varios meses en Huelva, la capital, pero nunca había llegado a tener remordimientos por no subir a la sierra a darles una vuelta a los viejos. Ángel era hijo único porque sus padres no habían conseguido tener más prole. Antes de quedarse embarazada, su madre había tenido cuatro abortos naturales, así que al dar a luz a aquel sietemesino escuálido y llorón había decidido, con el beneplácito de su

marido, que con un heredero Vargas tenían más que suficiente y, a partir de entonces, los esposos habían tomado precauciones para no tener que volver a pasar de nuevo por la angustia y el suplicio de una pérdida gestacional.

Hacía tiempo que Ángel se sentía solo: sin padres, sin hermanos, sin pareja, sin amigos.

¿Qué ocurriría si un policía le daba el alto y él se negaba a parar, a obedecer la orden? Le dispararían tal vez en una pierna pero, si el policía no era muy avezado y erraba el tiro...

Estuvo tentado de volverse a mirar hacia atrás para comprobar si luces de linternas escudriñaban entre los árboles, hambrientas, en su busca. No se atrevió a hacerlo.

¿Lo echaría alguien de menos si muriera abatido por la policía? Solo le vino un nombre a la cabeza, Kenya. ¿Por cuánto tiempo?

Con el paso del tiempo lo olvidaría, sería como ocurre con aquellas hojas que arrastra el viento, duraría en su memoria lo que una hoja tarda en descomponerse y en convertirse en polvo.

Ya no tenía ningún sitio adonde ir. Era un fugitivo al que la policía le pisaba los talones, un paria colgado de su pasado. A cada zancada que daba parecía que iba pregonando por la sierra: «¡Eh, pardillos, estoy aquí, cogedme!». Entonces, ¿por qué seguía huyendo, por qué no se rendía y por qué no esperaba sentado a los agentes debajo de algún castaño?

Siguió corriendo, acalorado y sin mirar atrás, con la cabeza y los pulmones a punto de estallarle por el dolor. No podría aguantar durante mucho tiempo ese ritmo, acabaría desmayándose y cayendo de bruces por la tierra. Y sería absorbido por la retama, el brezal y la jara.

Nunca había añorado volver al campo, pero lo había hecho.

Tomar la decisión de regresar había sido duro pero, después de perder a Kikuê, era lo único que se le había ocurrido hacer.

Había sido un iluso por creer que podía tener una tercera oportunidad. Ya lo único que le esperaba era contar los pasos en una celda. Uno, dos, tres...

¿Cuántos pasos se necesitarían para darle la vuelta entera a una celda diminuta?

Cegado por las gotas de sudor que perlaban su frente y que se le metían en los ojos, no vio el agujero, un profundo abismo natural que lo engulló sin misericordia alguna. Cayó golpeándose con los salientes de la roca y con su cuerpo formó sombras chinescas en la semioscuridad de la gruta. Sus gritos resonaron durante unos segundos, después se escuchó «¡Plom!» y se hizo el más profundo silencio.

39

El hombre de pelo gris, alto, delgado y de facciones afiladas, de unos sesenta años de edad, fue el primero en identificarse como inspector de policía. Su compañera, la joven inspectora de rasgos exóticos: piel aceitunada, ojos verdes, rostro anguloso y pelo negro, fue la que se encargó de darle la noticia.

Julie esperaba la visita, pues hacía unos veinte minutos que había hablado por teléfono con ese mismo policía. Este le había informado de que se iban a pasar por su casa, porque tenían que hablar de cierto asunto que era mejor contarle en persona.

—¿Podemos pasar? —preguntó el agente, ante la angustia de la mujer.

—Por favor —les dijo al tiempo que, sosteniendo la puerta, se hacía a un lado para que pudieran entrar.

Les señaló, inquieta, el sofá y los sillones del salón, pero ellos optaron por mantenerse de pie. A Houda le sorprendió el orden y la pulcritud que reinaban en aquella casa. Envidió la elegancia de la estancia en la que se encontraban, la luz de la misma, pues no había cortinas, y las vibraciones tan positivas que le transmitía.

«Debe de ser una pasada vivir en un pueblo como este, en una casa como esta», pensó.

—Tiene usted una casa muy bonita —no pudo evitar el comentario la inspectora, en parte porque realmente lo pensaba y también porque intentaba hacer tiempo. Intuía que lo que le habían venido a decir a aquella frágil señora podía llegar a ser tan devastador como un *tsunami*.

—Sí, la casa es bonita —dijo, algo fría—. Bueno, no me han querido decir nada por teléfono…, y tengo que reconocerles que su llamada me ha dejado un poco angustiada —admitió nerviosa—. Me gustaría saber a qué se debe su visita, qué es lo que me quieren decir, preguntar…, —dijo, mientras intentaba radiografiar el talante con el que habían venido a su casa los policías. No presagiaban nada bueno aquellos rostros taciturnos y cansados.

—¿Conoce a una joven llamada Kenya Saravia?

Dio un respingo. Notó que le empezaban a sudar las palmas de las manos. ¿Bruna se había ganado su amistad para tenderle una trampa? ¿Habría grabado sus conversaciones, en concreto la del primer día, aquella en la que le había contado la verdad sobre la muerte de Elder

y Leandro? ¿Habría entregado esas grabaciones a la policía? Notó horrorizada que las lágrimas empezaban a quemarle en los ojos. ¿Aquellos dos agentes estaban allí para llevársela a la comisaría?

—Sí, la conozco, pero…, —se le cortó la voz.

—No se asuste, por favor. Venimos a comunicarle que la joven está en el hospital.

Julie sintió un punto de dolor en el pecho y, muy despacio, empezó a tomar conciencia de que no la había denunciado a la policía, que se habían presentado en su casa porque algo grave le había pasado a la chica. Tragó saliva y respiró hondo varias veces.

—Se encuentra en coma, ha sido víctima de una agresión. En un momento de conciencia que tuvo en la ambulancia, de camino al hospital, nos dio su nombre y nos dijo dónde podíamos encontrarla.

Mientras escuchaba la noticia, las manos le empezaron a temblar y la respiración se le volvió más superficial, más brusca y espasmódica, y no pudo contener las lágrimas. Se traslucía la impotencia en su mirada.

—Al parecer usted es alguien importante para ella y por eso hemos venido a buscarla, para contarle la situación en la que se encuentra la joven y por si nos pudiera ser de ayuda para resolver este caso.

Escuchar las condiciones en las que se encontraba Kenya, que les hubiera dado su nombre a los policías y que les hubiera pedido encarecidamente que la localizaran antes de perder el conocimiento fue superior a sus fuerzas. Soltó un aullido silencioso, y las lágrimas empezaron a salir sin freno.

En apenas unos días esa chica se había ganado su cariño. No había podído dejar de pensar en ella ni un minuto.

—Soy una amiga —pudo articular a duras penas—. ¿En coma, en el hospital, una agresión...? —Preguntó retóricamente, sin aliento—. ¡Dios mío!

Houda pensó en la diferencia de edad que había entre ambas mujeres. Se preguntó qué tipo de amistad las uniría. Ella consideraba que sus amigas eran las mujeres de su familia, su madre y sus hermanas. Ni estrujándose durante horas la cabeza se le ocurría ningún nombre de mujer al que ella pudiera añadirle ese apelativo. En el colegio y en el instituto se había relacionado con muchas chicas, pero nunca había llegado a pertenecer a ningún grupo ni a confraternizar con ninguna compañera de forma estrecha, y mucho menos a desear desvivirse por nadie. No entendía del todo la amistad. A veces pensaba que se estaba perdiendo demasiadas cosas, que estaba relegando sentimientos y emociones por dedicarse en cuerpo y alma a aquel trabajo que tanto le apasionaba.

—Han intentado matarla, no podemos contarle más.

Compréndalo, usted no aparece como pariente cercano, aunque sea alguien importante para ella.

Una eternidad después, pues la mujer pareció necesitar su tiempo para asimilar lo de «han intentado matarla», preguntó:

—¿Cuándo? Si estuve hablando con ella hace solo unos días…, —insistió en saber, anegada en lágrimas.

El inspector le alargó un pañuelo de papel y dijo con voz serena:

—No podemos darle más información al respecto, pero sí le podemos decir en qué hospital se encuentra por si desea ir a informarse de su estado, aunque al no ser familiar cercano… Si recobra la consciencia, esperemos que sí, seguro que se alegrará de tenerla a su lado.

—¿Y su familia?

—La hemos avisado pero su madre está de vacaciones en Nueva York y, aunque no tarde en reservar un vuelo de vuelta a España…, no creo que pueda llegar a Huelva en un par de días. Y su hermana trabaja en la isla de Madeira, así es que tampoco esperamos que llegue de un momento a otro al hospital.

—Kenya…, pequeña, ¿qué te han…?

No pudo terminar la frase. Se le quebró la voz por la ira contenida hacia Dios, tanta que parecía que las paredes de su casa fueran a venirse abajo.

—Llévenme con ella —les dijo con voz trémula y con una tristeza infinita.

Houda sucumbió a la compasión ante el dolor de la mujer. Seguía sintiendo cierta curiosidad por el tipo de relación que unía a ambas mujeres, pero el sufrimiento que estaba contemplando hizo que se acercara a Julie y la rodeara con sus brazos, que le susurrara palabras de consuelo mientras abundantes lágrimas desesperadas le mojaban su fino suéter.

La intención inicial de interrogar a aquella mujer en el acto, por si tuviera conocimiento de algo que les pudiera ayudar a desentrañar los últimos sucesos, había pasado a un segundo plano por el momento.

40

—Seré su enlace con la policía —le anunció la inspectora Houda Falú a Julie—. Debe informarme de cualquier cosa que crea que pueda tener relevancia. Es importante conocer si el atacante actuaba solo o no, si se movía por algún interés personal o si se limitaba a cumplir las órdenes de alguien.

—¿Habrá una investigación? —le preguntó Julie y, acto seguido, se sintió estúpida por haberlo hecho. «Como si pudiera ser de otra forma», pensó.

Iban en el coche de policía camino del hospital, Julie había dejado de llorar y se mostraba más tranquila, aunque los acúfenos, que habitualmente no era consciente de que los tenía, ahora se hacían más presentes. En el último momento, la inspectora había decidido sentarse en la parte de atrás, al lado de la mujer. Le hablaba en un tono tranquilo y reconfortante, aunque sus palabras estuvieran llenas de formalismos.

—¿Por qué habrán intentado asesinarla? —Volvió a preguntar Julie por tercera o cuarta vez.

No le entraba en la cabeza que hubieran querido matar a la hija de Elder. Lo cierto es que sentía rabia de que el mundo fuese una cloaca llena de locos peligrosos.

Raúl dirigió la mirada al espejo retrovisor y se encontró con los ojos verdes de su compañera. Admiró una vez más cómo la joven era capaz de asumir, con una facilidad pasmosa, distintos roles de policía. En aquel momento iba de poli buena.

—Es lo que intentamos esclarecer, por eso necesitamos toda la ayuda que nos pueda dar.

Julie abrió la boca como para decir algo, pero al instante volvió a cerrarla. Una parte de ella hubiera querido contárselo todo a la agente, los lazos que la unían a la joven, explicárselo sin escatimar detalles pero, ¿de qué serviría? Quien ha intentado matarla no lo habrá hecho por asuntos del pasado, sino por los que Kenya tuviera en el presente. Estaba completamente segura de eso.

La mujer policía empezó a hacerle preguntas a Julie: «¿Cuándo habló con la joven por última vez?». El día que comieron en el restaurante El Palo, en El Rompido. «¿La notó preocupada por algo?». No, aunque recibió una llamada y se levantó de la mesa para atenderla. Cuando volvió a sentarse, Kenya estuvo menos

comunicativa, como si le preocupara algo. «¿Le cambió el ánimo?» «Sí, tal vez... Sí. En cuanto terminamos los postres, se despidió de mí y se marchó».

Julie estuvo a punto de sucumbir al impulso de dejarse llevar y volver a venirse abajo. Se creía culpable de no haberse percatado de que la joven podía estar en peligro. La culpa era como una piedra que le obturaba la garganta. Se sentía como si se fuera a ahogar, pero seguía respirando y recordando.

Había vuelto a pasar.

Era una idiota, una pobre desgraciada que no se había dado cuenta de nada. Intentó reconciliarse un poco con ella misma, pensando con tristeza que, por lo menos, había presentido cierta oscuridad en la joven. Pero ¿para qué le había servido esa percepción? Hubiera dado cualquier cosa, lo que fuera, por haber podido ayudarla. ¿En qué andaría metida?

—¿De qué hablaron? —preguntó la policía.

—Del tiempo. De la calidad de la comida que habíamos pedido. Le interesaba la fotografía… Le hablé de lo gratificante que era esta afición para mí, cómo a través de ella descubro detalles que la gente no suele apreciar en su día a día: la luz, las sombras, los colores, las texturas de las cosas… Parte de nuestra conversación se centró en la fotografía.

No era del todo cierto.

—Le expliqué cómo esa afición se había acabado convirtiendo en un trabajo. Es la forma con la que me gano la vida.

Eso sí que era verdad.

—¿Y qué le contó ella?

Julie se encogió de hombros con una sonrisa triste.

—Me temo que monopolicé casi toda la conversación —dijo.

—¿Le dijo adónde pensaba ir después de comer?

Ella negó con la cabeza.

—No, la acompañé hasta donde tenía aparcado su coche, en el parquin del centro comercial El Faro, y se alejó en dirección a Cartaya. Es lo único que puedo decirles.

—Y, después de eso, ¿no volvió a verla, a tener contacto con ella, aunque solo fuera a través del teléfono? —Preguntó.

Julie negó con la cabeza.

La agente pareció quedar satisfecha. Le dio una tarjeta con un número de teléfono para que pudiera llamarla en caso de que se acordara de algo más, por muy insignificante que le pudiera parecer en un principio, le recalcó.

—Así lo haré —afirmó, con los ojos brillantes por la emoción, en el mismo instante en el que el inspector Damacio paraba el coche en la entrada de urgencias del hospital donde habían ingresado a Kenya.

41

Houda no había llegado a comentar nada con sus superiores ni con sus colegas sobre la corta relación que había mantenido su hermana Hanae con Didier, el francés que había atacado a la amante del empresario en la casa de Almonaster la Real. Había estado tentada de hablarlo con Raúl, pero se había impuesto el férreo deseo de proteger a su hermana.

¿Estaba cometiendo un grave error?, se había preguntado en varias ocasiones en las últimas horas. No, hacía bien. Bastante tenía con consolar y aleccionar en el mutismo a la llorosa Hanae.

¿Por qué no había actuado con celeridad cuando se enteró de que se había cruzado en la vida de su hermana lo que, a todas luces, parecía un tipejo antisocial? Porque vivía volcada en su trabajo.

Se reconoció hecha polvo. No recordaba la última vez que había comido algo.

Eran demasiadas las sensaciones y las emociones con las que tenía que bregar en aquellos momentos. La primera, el reto de actuar a espaldas de sus compañeros. Y segunda, la impotencia por no encontrar solución alguna para los cabos sueltos de toda aquella rocambolesca historia. Presumía que todo aquello acabaría pasándole factura.

La enfermera de planta, una mujer de unos cincuenta años, con labios finos y ojos algo asimétricos, le informó de que no debía quedarse mucho tiempo en la habitación. Al abrir la puerta y descubrir el estado de Kenya Saravia, sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo: tenía la cabeza completamente vendada; el rostro no era más que un enorme hematoma degradado en negros y grises; los labios, lívidos y resecos, los mantenía, en su inconsciencia, entreabiertos, y los párpados se mostraban abotargados y azulones; la nariz, fracturada, había triplicado su volumen. La habían arropado a conciencia, la sábana blanca estaba estirada y sin arruga alguna. Los brazos reposaban, inertes, a ambos lados de su cuerpo.

Kenya Saravia seguía grave, aunque el personal de urgencias estaba relativamente seguro de que lo peor ya había pasado. «Aun así, todavía no me dejarán interrogarla», pensó Houda.

Tenían en un congelador de la morgue al sicario que había dejado a la mujer en aquel estado, pero el que se había cargado a aquel malnacido se había dado a la fuga delante de sus propias narices.

Todavía no estaban seguros de que no hubiera más de una persona implicada. ¿El fantasma justiciero enmascaraba en realidad a Carlos Abreu?

Estaba decidida a mantener la mente abierta, aunque esperaría a ver el informe forense del finado y el de la policía científica.

Debía ponerse manos a la obra con lo que ya tenían: las imágenes grabadas en la mente de la escena del crimen, los antecedentes penales del francés y los datos biográficos de los desaparecidos Carlos Abreu y Ángel Vargas.

Para colmo, este último también había ido a engrosar la lista de desaparecidos de Huelva. Ni rastro de él en las últimas cuarenta y ocho horas. Se había esfumado.

42

—¿Cómo se encuentra Kenya? —preguntó Houda cuando entró en la sala de espera seguida de su compañero Raúl.

—En estado crítico —dijo Julie, levantándose de la incómoda silla. Se oyó la voz extremadamente normal, a pesar de que el corazón le aporreaba en el pecho. Tenía los ojos enrojecidos, hundidos, cargados de cansancio.

La inspectora soltó un suspiro. Se sentía culpable por no haber llegado a tiempo de impedir la agresión a la joven. Julie, en cambio, interpretó el suspiro como que la oficial también sentía que el aire de aquella sala de espera del hospital era sofocante y difícil de respirar. En cuanto a sus ojos… le parecía que estos la escudriñaban penetrantes, como queriendo sacarle los secretos que ocultaba a la fuerza. Se obligó a serenarse.

—Su hermana nos ha comunicado que llegará de un momento a otro —dijo Houda.

Un médico se les acercó. Era el mismo que había estado informando a Julie en las últimas horas. Y, causalidades de la vida, también resultó ser el hombre con el que semanas antes Houda había fantaseado en una cafetería. Julie se puso de pie con los brazos caídos a los lados de su cuerpo, inmóvil, en medio de ambos.

Las miradas del médico y de la inspectora se cruzaron. Houda se apresuró a bajar la vista, ruborizada. Aquel rostro desnudo, sincero, no había podido más que turbar a Houda y arrancarla por un instante de sus preocupaciones. De labios prominentes, con un hoyuelo que le hundía la mejilla; sus ojos eran luminosos y claros, ribeteados de pestañas negras, muy espesas.

—Hola —le dio la mano a la agente—. Me llamo Zakarias Luque, soy el médico responsable.

—Inspectora Houda Falú —se presentó estrechándole la mano— y mi compañero, el inspector Raúl Damacio. ¿Alguna novedad? —preguntó Houda. Y se sintió violenta.

—Sí, el estado de Kenya ya no es crítico. Creo que hemos hecho un buen trabajo con ella —dijo intentando hacer una gracia, que no fue secundada por ninguno de los tres interlocutores.

A continuación, les hizo un resumen sucinto de las traumáticas lesiones que había sufrido Kenya.

—¿Cuándo podremos hablar con ella? —preguntó la inspectora,

tras haber escuchado el parte que el doctor acababa de darles. Su tono de voz fue menos agradable de lo que habría querido que sonase.

—No lo sabemos.

Julie se derrumbó en la misma silla en la que había estado sentada toda la noche. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y le cayeron en los pantalones de seda azul, dejando, bien visibles, marcas húmedas. Intentó obligarse a serenarse, pero era demasiado grande su pena. El cansancio y la congoja se desbordaron sin control.

—Entonces…, ¿ni idea de cuándo podrá estar en condiciones de hablar con nosotros? —Volvió a preguntar el inspector Damacio, para darle tiempo a su compañera a que recuperara el control de sus emociones. Era consciente de que los últimos acontecimientos la tenían en constante tensión.

—Habrá que esperar. —El médico sacudió la cabeza–. Imagino que necesitarán un informe médico para adjuntarlo al del caso, ¿no? En breve les haremos llegar una copia a la comisaría. —Echó un vistazo al reloj— ¿Alguna pregunta más?

Los inspectores de policía se intercambiaron una breve mirada y negaron, al unísono, con la cabeza.

43

Cuando advirtió la presencia de la mujer, su mirada se enturbió de lágrimas. Kenya se sentía exhausta. Notaba una profunda sensación de quemazón en la cabeza y una rigidez dolorosa en todo el cuerpo.

Julie acudió con celeridad a su lado y le cogió la mano. Kenya cerró los ojos y los volvió a abrir. Eran ojos vidriosos, sin luz, que se habían oscurecido más si cabe. Intentó pronunciar alguna palabra, pero estaba sin voz. Los múltiples dolores le impedían pensar con claridad. Julie apoyó la mano libre sobre el hombro de la joven para tranquilizarla, intentando transmitirle con ese gesto que no era necesario diálogo alguno.

Kenya giró la cabeza hacia el otro lado, como si sintiera vergüenza de su debilidad, de su infantil entusiasmo porque Julie estuviera allí. Las enfermeras le habían contado, en uno de sus momentos de lucidez, que la mujer no había salido de la sala de espera del hospital durante todo el tiempo que ella había estado inconsciente en la UCI, que cada dos por tres se interesaba por ella y que había pedido verla en numerosas ocasiones. Por eso no era necesario dialogo alguno.

—Gra… gracias —dijo Kenya con un hilillo de voz.

A Julie le hubiera gustado decir algo, pero se bloqueó ante esa palabra, la había pillado desprevenida. En el tiempo que tardó en intentar balbucear cualquier cosa, Kenya había vuelto a cerrar los ojos. Volvió a dormirse.

Desoyendo la advertencia de la enfermera, Julie se quedó un ratito más con ella, velando su acompasada respiración. Presenciar el despertar de la chica había conseguido que se le quitara un gran peso de encima, como si se le hubiera aflojado el grillete que le atenazaba el corazón amenazando su vida. Era indudable que la joven la había hechizado desde el primer momento en que irrumpió en su casa. Le parecía que Kenya encerraba algo hermoso, inalcanzable e irreductible en su interior; algo que superaba su mirada, su experiencia vital y su conocimiento del ser humano. Con su padre, Elder también llegó a sentir lo mismo.

Se estremeció.

Se reprochó, con estupor, por lo injusto que resultaba para Kenya que sus pensamientos la llevaran por aquellos derroteros. La chica estaba muy lejos de tener la debilidad mental de su padre. O eso espero, se dijo angustiada.

La enfermera entró a recordarle que su tiempo de visita había terminado. Julie intentó robar unos segundos más a las estrictas normas hospitalarias, pero tuvo que abandonar la habitación porque la sanitaria se mantuvo erguida, con las manos en la espalda y los finos labios fruncidos hasta que salió por la puerta.

Julie, al comprender que no le permitirían otra visita ese día, decidió tomar un taxi que la llevara a El Rompido. También pensó en acercarse por la comisaría para comunicarles a Houda y a Raúl el estado de Kenya. Había quedado con los inspectores en que se pasaría por las instalaciones para hacer una declaración rutinaria, Pero le llegó de golpe todo el agotamiento acumulado durante las angustiosas horas en las que había estado esperando algún atisbo de buenas noticias con respecto al estado de la joven.

Por otro lado, parecía como si estuviera sufriendo continuos *déjà vu*, como si no pudiera evitar moverse con aire subrepticio por entre las cuatro paredes de aquella sala de espera. Es más, le parecía que se aventuraba por los pasillos de aquel hospital de la misma manera en que lo haría por las catatumbas azarosas y oscuras de una mortuoria ciudad subterránea.

Había algo extraño en cómo gestionaba sus sentimientos últimamente. Sentía que la supervivencia de Kenya era un factor decisivo para su propia vida, para su propio futuro. Pareció faltarle el aliento durante un instante. Solo conseguía entenderlo desde la perspectiva de la culpabilidad, por haberse sentido responsable durante años de la muerte de dos hombres que habían sido importantes para la chica. Julie suspiró. Ignoraba cómo desligarse de aquellos sentimientos.

44

La inspectora le mostró la fotografía de su atacante. Después de unas cuantas preguntas de cortesía sobre su salud, le preguntó si lo había visto antes de la tarde de los hechos. La primera reacción de la joven fue negar con la cabeza. A continuación, juró que no lo había visto en su vida. Mintió sin que le temblara un solo músculo de la cara. Era el mismo hombre que la había seguido hasta el hotel Fuerte. Por entonces desconocía que era el mercenario que Carlos había contratado para quitar de en medio a Eduardo y, tal vez, a Ángel.

—¿Podría contarme lo que sucedió en la casa de Almonaster? ¿Está preparada para hacerlo?

En un principio, Houda pensó utilizar el tuteo en aquella primera entrevista con Kenya Saravia tras su agresión pero el protocolo le frenó ese impulso, ya que aquella no era la forma más correcta de llevar un interrogatorio. Se dijo para sí, frustrada, «¡qué demonios!». Raúl y ella prácticamente le habían salvado la vida al presentarse justo a tiempo en la casa del Almonaster la Real y al llamar a los servicios sanitarios de emergencias.

—No le puedo contar mucho, no sé muy bien lo que pasó —respondió Kenya—. Me cuesta recordar.

Hizo una mueca por el dolor que sentía en la coronilla, en el nacimiento del pelo, en las orejas y en la nariz, latigazos de dolor que le iban y venían en oleadas regulares. Seguían recetándole paliativos para neutralizarlo, pero en cuanto se le pasaba el efecto de los mismos...

«Intentaré gestionarlo a mi favor durante la visita de la inspectora», había pensado. Le iba a servir de ayuda, su cara reflejaría el sufrimiento y la agente, ante eso, acabaría largándose antes de lo previsto.

—Es importante que lo intente. Cuando mi compañero y yo la encontramos…, estaba malherida y a su lado… —dejó la frase inconclusa al notar cómo la mujer cerraba los ojos.

—Solo tengo recuerdos confusos.

—Tranquila, es normal que sea de ese modo. Ha vivido una experiencia horrible, pero debe intentarlo… Cuanta más información tengamos sobre lo que ocurrió allí, en aquella casa, antes podremos dejarla descansar. Sé que le debe de costar muchísimo recordar aquellos momentos, pero tiene que intentarlo.

Kenya estaba exhausta. Si hubiese querido, hubiera podido, aplazar unos días más aquella conversación con los policías, pero no quería que aquella situación se eternizase. Cuanto antes contara su «verdad», antes la dejarían en paz. Notaba la boca seca, la garganta dolorida y los ojos como envueltos en un palo de alfileres.

—Intentaré ayudar en lo que pueda.

—¿Vio algún coche por los alrededores al llegar a la casa? ¿A alguien merodeando por allí?

—No, no vi a nadie, ni ningún coche.

—¿Por qué fue aquel día a aquella casa?

—No sé cómo explicarlo. —Hubo un breve silencio. Kenya pensó que el tiempo equivalía a un posible nuevo comienzo para Ángel. El tiempo le daba espacio para huir muy lejos—. Estaba enfadada con Carlos Abreu.

—¿Por qué estaba enfadada con él? —se apresuró a preguntar Houda.

—No entendía por qué había desaparecido sin dejar rastro. Creía…, creía que podía estar allí.

—¿Y por qué creía algo así?

—No sé. Tal vez porque Carlos no es la típica persona que desaparece así como así. En cambio, sí es de los que pueden tomar una mala decisión y…, acobardarse y esconderse como las ratas, para no tener que pagar las consecuencias de sus actos.

—¿A qué se refiere con eso de que pudo haber tomado una mala decisión?

—No sé, solo son conjeturas.

—Me gustaría oírlas.

—Ese chico al que asesinaron en el Holea…

—¿Qué pasa con él?

—La relación que mantenían la mujer de Carlos y el profesor de yoga…

—¿Cree que el empresario fue quién lo mató?

—No, no él personalmente, pero…

—Pero pudo haber mandado a alguien para que lo hiciera —Houda acabó la frase por ella.

—Sí.

—¿Vio a Carlos Abreu aquella tarde?

—No.

—Entonces…, ¿está segura de que no estaba en la casa?

—No puedo estar segura. Si alguien mató a mi atacante… Pero yo no vi a nadie. Creo que perdí el conocimiento cuando recibí el primer golpe. La única persona a la que pude ver aquella tarde, levemente, fue a mi agresor.

—Olvidémonos del empresario, por ahora. ¿Notó en algún

momento si había una tercera persona en la casa? Tómese su tiempo para responder, piénselo un poco. ¿No había ningún otro hombre o mujer?

—No. Si hubo alguien más allí, no lo vi.

—Bien, no vio a nadie pero…, en su inconsciencia, ¿escuchó algo, o a alguien que no fuera su agresor?

—No —insistió Kenya—. Le repito que apenas recuerdo la agresión. Después del primer golpe, todo se me presenta muy borroso. Cuando me volvió la consciencia me costó reconocer dónde estaba. Imagínese la confusión que experimenté al despertarme en una habitación desconocida, con la mente embotada y con dolores insoportables por todo el cuerpo… ¡Tenía tanto frío!

Houda recordó los guiñapos sanguinolentos que Raúl y ella habían encontrado en la casa. Ambos con una palidez cadavérica, aunque la del hombre más acentuada si cabe. Kenya tenía los ojos entreabiertos, pero en apariencia sin vida alguna.

La inspectora pensó que los confusos recuerdos de la joven eran verosímiles, a pesar de la evidente dificultad que estaba teniendo para describir todo lo que le había ocurrido en aquella, en otro tiempo, su casa del placer. Realizó una pausa en el interrogatorio. Notaba que la joven estaba hecha polvo, que cada una de las preguntas que le formulaba la agotaban un poco más. Pero tocaba hacer las más difíciles, las que no admitían demora.

—Kenya, ¿está encubriendo a alguien? —preguntó Houda.

La joven sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué quiere decir?

—El hombre que te agredió podría haber acabado contigo —acabó tuteándola—. Alguien lo impidió, matándolo. Te lo voy a volver a preguntar y, por tu bien, no nos mientas. ¿Sabes quién te pudo ayudar?

No había respuesta para esa pregunta, nunca la habría, pensó Kenya. Intentó que no le temblara la voz.

—No.

La inspectora dejó de tutearla.

—¿Llamó o envió algún mensaje a alguien para contar dónde se encontraba o que se hallaba en peligro?

—No. No sé por qué me pregunta eso. Mi hermana me dijo que la policía se había quedado con todo lo que hallaron en la casa, con todas mis pertenencias personales, mi bolso y todo lo que llevaba dentro, incluso el móvil.

—Sí; los expertos lo están analizando, no quiero engañarla. Pero preferiría que, si hay algo que tengamos que saber, nos lo dijera antes de que lo descubramos nosotros. Sería una atenuante…

—¿Sospecháis de mí? ¡No me lo puedo creer! —objetó Kenya,

intentando que el sonido de sus palabras no desmintiera su sinceridad. Apretó los dientes para no temblar—. Atenuante… ¿Atenuante de qué?

—Kenya, no la voy a engañar. La situación es compleja, tenemos dos cadáveres, cuyas muertes probablemente están relacionadas, una desaparición de lo más sospechosa… Y el único testigo que podría aportar algo de luz, parece que no recuerda mucho de lo ocurrido —dijo la inspectora, apretando la presa aun a su pesar, pues no las tenía todas consigo—. ¡Piénselo!, ¿por qué tendría que creer lo que cuenta? Pero si reconoce que alguien la ayudó, que ese alguien actuó en su defensa…

—No, no... No tengo ni idea de lo que me está hablando —Kenya clavó una mirada brillante en la inspectora, como si realmente no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—Eso es todo por el momento.

La policía salió al pasillo y respiró hondo. No le gustaba ser una cabrona, pero tenía que descubrir si aquella mujer estaba diciendo toda la verdad. Las tramas de algunos sucesos solían ser muy enrevesadas. Le estaba resultando muy difícil identificar las emociones exactas que se reflejaban en las pupilas de la mujer magullada que acababa de dejar tras de sí. ¿Miedo? ¿Rabia? ¿La feroz determinación de encubrir a alguien? ¿Calculaba el beneficio que podía conseguir con su silencio?

Notó que el complejo sentimiento de rechazo, tristeza e impotencia que se le había instalado en el cuerpo al enterarse de la identidad del sicario francés, le estaba empezando a pasar factura. Se le había abierto una profunda herida que tardaría en sanar.

Estaba asustada. Había omitido información relevante en uno de los casos que se estaban investigando. No sabía cómo podía mirar, con toda tranquilidad, a sus compañeros a la cara y no derrumbarse.

En su estómago habitaba una minúscula y apretada bola de ácido que no paraba de dar vueltas, enloquecida. Terribles retortijones le provocaban ganas de vomitar toda la bilis que tenía en su interior. Sobre todo cuando estaba al lado de Raúl Damacio. Por eso había preferido acudir sola al interrogatorio de Kenya Saravia. Había dado una excusa estúpida a su compañero para que no la acompañara. Raúl la dejó ir sin pedirle explicaciones. Solo una intensa mirada delató su preocupación por ella, escrutinio que le mandaba a Houda un mensaje muy claro: «Sé que algo te está atormentando. Soy paciente, ya lo sabes. Estaré dispuesto para aconsejarte, para ayudarte, cuando decidas contármelo». No podría engañar a su fiel compañero durante mucho tiempo. ¿No? ¿O sí?

Sí, sí que podía. Tendría que hacerlo. Retendría la bilis en el estómago, por mucho que esta intentara salir fuera y anegar a todo

aquel que se le pusiera por delante, porque las consecuencias de no hacerlo podrían ser terribles para ella y para Hanae.

No podía permitirse perder el control de sus actos. Debía mantenerse callada cuando se hablara de Didier en su presencia. Muy sencillo de pensar, un milagro que saliera bien.

Se imaginaba la realidad de su situación como un enorme dedo acusatorio que la seguiría por donde quiera que fuese y que la señalaría, justiciero.

«¿De dónde voy a sacar las fuerzas para seguir con todo esto?», susurró, avergonzada y con el rostro congestionado, al dejar atrás las puertas de urgencias del hospital.

45

—Procure que no se canse demasiado. Todavía está débil.

Aquello le sonó como una seria advertencia de la enfermera.

—Lo haré —contestó Julie—, no se preocupe. Yo pasé por un coma y todo el mundo tuvo el máximo cuidado en hacer que la transición a mi nueva vida fuera lo más natural y fácil posible.

—La hermana de Kenya se encuentra también en la habitación. He estado hablando con ella y es encantadora, ¡toda vitalidad! ¡Seguro que será un gran apoyo para la recuperación de la paciente!, pero he tenido que hacerle la misma advertencia que a usted.

Julie se sintió un poco insegura. No había previsto encontrarse con Assunçâo. Había decidido dejar en manos de Kenya (ya se había acostumbrado a llamarla así) la información sobre lo ocurrido a Elder y Leandro. Si esta quería contárselo a su hermana… que lo hiciera.

Kenya ladeó la cabeza, dirigiendo su mirada hacia la puerta para ver quién entraba en la habitación. Se le iluminó el rostro al reconocer a Julie.

—¡Hola, buenas tardes! ¿Cómo estás? —le preguntó Julie enseguida.

—Bien, hoy no me duele la cabeza.

—Claro, porque estás drogada con tantas pastillas que estás tomando —bromeó la hermana.

—Assunçâo, te presento a… —Titubeó antes de añadir— una amiga, Julie. Julie, esta es mi hermana Assunçâo.

—Encantada —dijo la joven.

—Lo mismo digo —enunció Julie.

A partir de las presentaciones, la conversación fluyó de forma natural entre las tres mujeres.

Había transcurrido casi una semana desde la agresión que Kenya había sufrido en la finca de la sierra de su amante, el empresario Carlos Abreu. Cuando la joven Assunçâo llegó de Portugal, la complicidad entre las hermanas había eclipsado un poco la presencia de Julie, pero a esta no le importó, pues ya había tenido su momento de gloria cuando la joven le agradeció su presencia en el hospital al recobrar la consciencia, y con eso se conformaba.

Todos aquellos días Julie se había deslizado por los pasillos del hospital como si llevara patines: por la habitación de la chica y por la sala de espera, entre la tienda de regalos y la cafetería, colándose en la

sala de enfermeras y dando vueltas por el aparcamiento del hospital. El duelo había entrado en una nueva fase y la vida volvía a darles a Kenya y a ella otra oportunidad. Estaba segura de que ambas soñaban con enterrar el lastre de su pasado lo más hondo posible y mantener algún tipo de amistad entre ellas. ¿Qué tipo de amistad? La que fuese.

No era euforia lo que Julie sentía, pero sí una silenciosa premonición de esperanza.

46

Quiso retrasar lo inevitable.

—Kenya —repitió, y se aclaró la garganta—. Tal y como el inspector Damacio acaba de mencionar, aunque nos dijo que no había tenido ningún contacto con el señor Ángel Vargas en años, los registros telefónicos de su móvil nos han revelado que, en las últimas semanas, se comunicaron tanto por wasap como por llamadas.

Kenya no pudo sostenerle la mirada a la inspectora.

—Sí, un par de veces.

—¿Por qué nos mintió?

Kenya se encogió de hombros.

—No les mentí, solo que…, no creí que un par de llamadas meramente formales tuvieran la importancia que les están dando.

Houda apoyó la espalda en el sillón del acompañante de la habitación del hospital y dejó que el silencio calara antes de añadir:

—Cualquier ocultamiento de datos relevantes podría inducir a que se le implicara en dos asuntos: primero, en la desaparición de Carlos Abreu; segundo, por correlación pragmática y lógica, en los sucesos acaecidos en la casa de Almonaster la Real. Aparte de sus huellas y las de su atacante, también hemos identificado las de su antiguo amigo Ángel Vargas. E, ironías de la vida, eso es lo único que hemos encontrado de él después de una búsqueda exhaustiva, de interrogatorios a conocidos y de peticiones de colaboración ciudadana pues, al igual que el empresario, ha desaparecido sin dejar rastro. Todos sus objetos personales siguen en la casa de sus padres. Lo único que no hemos encontrado ha sido su documentación, bueno, ni a él. Kenya, ¿entiende por qué es de vital importancia que colabore al cien por cien en todo lo que le requerimos?

—Lo hago —dijo agitada—, no le quepa la menor duda de que lo hago.

La duda se reflejó en los dos segundos extra en los que la inspectora le sostuvo la mirada.

—Pues, entonces, conteste a nuestras preguntas y no vuelva a omitir nada más. Mentir es delito, pero también lo es ocultar información —recalcó con frialdad.

Kenya asintió lentamente, como si estuviera tratando de asimilar una idea profunda.

—¿Por qué fue a la propiedad de Carlos Abreu, de su jefe?

—Ya se lo dije el otro día, quería comprobar si estaba allí.

—Bien, entonces pensó que podría estar allí, aunque la policía ya lo había comprobado.

—No es que estuviera segura, pero tenía que hacer algo para no volverme loca. Estaba preocupada por él.

—¿No se planteó que, al saltarse el cordón policial que habíamos dejado allí, podía estar cometiendo un delito?

—Fue una estupidez. Me dejé llevar por las emociones.

—¿Está diciendo que fue una motivación pasional?

—No.

—¿Entonces?

—Llámelo como quiera, motivación pasional o neurótica. No sé. Estaba preocupada por Carlos. Pensé que podía estar escondiéndose allí. Eso es todo.

—¿Escondiéndose? Dígame, ¿por qué necesitaría esconderse el señor Carlos Abreu?

Kenya suspiró con impaciencia.

—¿Tal vez porque caló dentro mí la hipótesis de que pudiera ser el responsable de la muerte de Eduardo? ¿Es eso lo que quiere oír? Pensé que ya lo había dejado claro la última vez que hablé con ustedes.

Cogió un pico de la sabana y la apartó a un lado, dejando al descubierto su cuerpo enfundado en un anodino pijama azul de hospital. De pronto sentía calor, un calor insoportable.

La inspectora siguió con el interrogatorio, sin inmutarse por la apelación de la chica.

—Me interesa todo lo que pueda ayudar a esclarecer los hechos, para poder entender por qué se encontraba usted en aquella casa, porque creo que nos está mintiendo descaradamente.

—¡Escúcheme!: en cierta forma, tendría sentido… Carlos podría haber asesinado a Eduardo, o haber pagado a alguien para que lo hiciera. La motivación está clara, los celos. Después podría haberse arrepentido, o no, ¡quién sabe! Solo le quedaría actuar en consecuencia: o se escondía en alguna de sus propiedades o en las de algún amigo, o salía del país y ponía tierra de por medio.

Houda permaneció concentrada en lo que decía la mujer. Se removió en el borde del sillón para mirarla a los ojos, como si creyera que esa mirada directa era esencial para transmitir una impresión de autoridad.

—Entonces, ¿se reitera en que esas fueron las conclusiones que la empujaron a subir a la sierra de Huelva?

—Sí.

—¿Insinúa que Carlos Abreu pudo cometer un crimen u ordenar a alguien que lo cometiera?

Aquella pregunta pareció trastornarla. ¿Por qué volvían a hacérsela una y otra vez? ¿Cuántas veces la había contestado ya? ¿Estaban intentando minar su resistencia, que se contradijese en alguna de las respuestas?

Resistiría por Ángel, y por ella misma lo haría. Podía hacerlo.

—Tal vez, en un momento de enajenación mental… ¡Son solo especulaciones! No lo sé. ¡No lo puedo saber! ¿No es ese su trabajo, el de descubrir lo que realmente ocurrió?

Hubo un minúsculo movimiento en la comisura de la boca de la inspectora, pero siguió haciendo caso omiso a las imprecaciones de Kenya.

—¿Diría que Carlos Abreu es un hombre irascible?

Se tomó su tiempo antes de responder.

—Todos podemos ser irascibles en un momento dado, ¿no?

Por una vez, Houda creyó percibir cierta honradez en su mirada y en su respuesta.

—Entonces, ¿corrobora que, antes de que el inspector Damacio y yo acudiéramos en su ayuda, no vio ni escuchó ni presintió…, nada ni a nadie más que a su atacante en la propiedad del empresario Carlos Abreu? —Houda cambió de rumbo en las preguntas.

—Sí. Solo tuve constancia de mi atacante —se estremeció—. Nunca dejaré de estarles agradecida. Si no hubiera sido por usted y el inspector Damacio…

Houda frunció los labios y pareció contemplar diversas formas de continuar la entrevista. Tras un largo silencio, la inspectora se resignó a darle una tregua a la mujer que tenía enfrente de ella, pues los últimos interrogatorios se estaban desarrollando como en una especie de bucle sin salida. Tenían al asesino del degollado del Holea, pero ni rastro del que supuestamente se lo había cargado. Una empleada de la limpieza, encargada de los servicios del centro comercial, había encontrado una bolsa con ropa dentro de la cisterna de uno de los aseos para caballeros, habitáculo que había estado sin utilizarse cerca de una semana porque alguien había colocado un cartel de «fuera de servicio». El ADN hallado en las prendas coincidía con el de Didier, el mercenario francés que había seducido a su hermana Hanae. También había dejado su impronta en una casa rural que se alquilaba por Airbnb, al asfixiar con una bolsa de plástico al ejecutivo Manuel Pavón Viera, que se hospedaba allí provisionalmente, y que casi provoca un infarto al dueño de la vivienda por el susto que se llevó cuando descubrió el cadáver del joven al ir a preparar la casa para la llegada de un nuevo inquilino. Por último, que supieran, había intentado acabar con la vida de la señorita Kenya Saravia.

¿Estaría también detrás de la desaparición del empresario? Por lo que ya conocían de él, por el historial delictivo que les había llegado

de la INTERPOL, podría haberlo asesinado y haber hecho desaparecer su cadáver solo con un chasquido de dedos. Pero lo que estaba claro era que al final había resultado ser un auténtico chapucero. Había acabado dejando pruebas de su identidad por todos lados. Le habían encontrado restos de «polvo de ángel» en el organismo. El maldito francés necesitaba su chute de dopamina para sentirse audaz a la hora de llevar a cabo sus «trabajitos».

Se le revolvía el estómago cada vez que se imaginaba a este asesino al lado de Hanae, besuqueándola, haciéndole el amor. La había engañado ocultándole su verdadera identidad, la había utilizado para tener un escondrijo donde descansar después de ejecutar sus misiones y había jugado con sus sentimientos. Podía haber sido peor, podía haber acabado con ella cuando esta hubiera dejado de serle útil, se dijo.

Un nudo de emoción le estranguló la garganta. ¿Cómo había sido tan inocente? Volvió a pensar por enésima vez que, si se llegaba a conocer esa relación, sus colegas tendrían que interrogar a su hermana, la mirarían con recelo, pensarían que era una pobre estúpida que se había cegado ante un buen polvo o, poniéndose en lo peor, que podía ser cómplice de los actos de ese malnacido.

En la comisaría algunos se la tenían jurada, aprovecharían su parentesco con Hanae como licencia para ir a por ella. Y lo más probable es que filtraran a los periódicos la información. Podía ver los titulares: «Una hermana de la inspectora Falú, presunta cómplice del mercenario francés que ha mantenido en jaque a la policía onubense». «Todo eso nos arruinaría la vida a Hanae y a mí, y mataría a nuestros padres», remató en su pensamiento. Lo mejor sería no darle más vueltas al asunto, de nada servía preocuparse por el «qué sucederá si...».

La última imagen que tenía de aquel hombre ni siquiera era de su cara, sino la de su cuerpo metido en la bolsa blanca para cadáveres que se habían llevado los del Instituto de Medicina Legal. Estaba segura de que no iba a haber demasiada gente que lo echara de menos. El tiempo borraría cualquier huella que hubiera dejado en su hermana. Volvió a repetirse que había tomado la decisión correcta. No podía consentir que los miembros de su familia fueran víctimas colaterales de narcisistas y asesinos. No, no pisoteaba su sentido del deber porque, en el podio de lealtades, siempre estaría en lo más alto su familia.

Por un tiempo no dejarían de buscar a Carlos Abreu y a Ángel Vargas, pero la intuición criminalista de la inspectora Houda Falú le apuntaba que no iba a resultar fácil encontrarlos. Y mucho menos con la ayuda de la mujer que tenía delante de ella, Kenya Saravia.

—Inspectora, ¿se encuentra bien?

No respondió.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos de más.

—Me marcho, pero seguiremos en contacto durante un tiempo. Cuando salga del hospital, ¡no abandone el país hasta que le comuniquen que puede hacerlo!

—¿Necesito un abogado? —preguntó.

—Por ahora no —Houda se obligó a responderle—, pero no estaría de más que pensara en alguno, por si acaso —añadió solo para dejarle claro que sabía que les ocultaba información, que a ella no la había conseguido engañar. Pero salió de la habitación con un sabor agridulce en el paladar: los de los cabos sueltos que la acompañaban.

La convaleciente paladeó aquel momento, orgullosa de no haber cedido un ápice.

—Gracias, lo haré. Es terrible que después de recibir una paliza que casi me mata, siga siendo sospechosa de…, de algo que no alcanzo a entender. En fin, a veces la vida es así, un sinsentido.

Houda podría haber contestado a lo que creía una provocación soterrada; sin embargo, sin prueba alguna contra Kenya Saravia, no merecía la pena perder más tiempo con ella. Lo más probable era que se sucedieran los días y que no encontraran nuevos indicios con los que incriminar a nadie más. El operativo de búsqueda se había estancado después de días frenéticos en los que se habían hecho batidas con voluntarios y perros por algunas zonas de la serranía de Huelva; todas las cámaras visionadas de vigilancia de viviendas privadas, locales o bancos de Almonaster la Real, de Aracena y de algún otro pueblo circundante; interrogatorios a todo el que hubiese tratado con el empresario o con el exejecutivo ahora artesano. Ni rastro de ellos, se habían esfumado. La policía judicial había optado por ir cerrando todos los flecos de la investigación. Lo último que se había cursado, una orden de busca y captura de Ángel Vargas. Pero había muchos más frentes abiertos en la comisaría, nuevos casos en los que trabajar, que requerían de tiempo y de medios.

«Hasta la próxima», fueron las últimas palabras que dijo la inspectora al abandonar la habitación. Se marchó antes de que se le notase en la mirada la rabia que sentía por no poder imputarla.

Tras el profundo silencio que siguió a la salida de la agente, Kenya se sintió alejada de cualquier preocupación. Segura. Todo estaba bien. Es lo que Ángel le había dicho: «Tranquila. Estás bien. Estás a salvo». Lo conocía muy bien, no le habría dicho aquello si no fuera cierto. Las palabras ocultaban un mensaje claro y tajante: «Este mercenario ya no volverá a hacerte daño, ni Carlos tampoco». Empezó a tararear la letra de una canción de una de sus bandas favoritas, *From Love to Hate* de Aurora & The Betrayers.

En ese mismo instante, oyó las voces de Assunção y Julie tras la

puerta de la habitación.

Y Sonrió.

Agradecimientos

Los primeros a los que les voy a dar las gracias en esta novela va a ser a vosotros, a mis lectores fieles. Por apoyarme tanto, por seguirme en las redes sociales, por comprar mis libros con el dinero que tanto os cuesta ganar, por ir a una biblioteca y pedirlo para que lo tengan en su catálogo de libros o por hablar de él, recomendarlo y prestarlo a algún amigo. Gracias por leer, gracias por leerme. De verdad, os estoy eternamente agradecida.

A Manuel Delgado por volver a hacer magia con su cámara.

A Raquel por sus inquisitivas apreciaciones.

A Mercedes por darle lustre a mis palabras.

A mi talentoso Lector 0, que no desea que lo mencione pero que no puedo dejar de hacerlo.

A mi hija y a mi marido por ayudar a que nuestro día a día sea el mejor lugar para vivir.

A mi madre por ser un ejemplo en cuanto a coraje y positividad.

Mil gracias a Rafa Pérez y a todos los colaboradores de la editorial Niebla por su magnífico trabajo en la edición final de la obra.

Y, por último, gracias a todos los compañeros escritores por vuestro apoyo y por los buenos ratos que pasamos cuando coincidimos en presentaciones u otros eventos.